

E.M. FORSTER



PASAJE A LA INDIA



Lectulandia

La importancia y sentido de *Pasaje a la India*, considerada de forma casi unánime la obra cumbre de su autor, no se reducen en modo alguno a la simple denuncia de los estragos causados por el imperialismo británico en el subcontinente indio, sino que E. M. Forster lleva a cabo en ella la transposición poética del enfrentamiento de dos mundos opuestos, Oriente y Occidente; de dos actitudes mentales, la intuitiva y la lógica; de dos principios reducidos a norma de conducta, la estética y el pragmatismo. Un conjunto de oposiciones aglutinado por la poesía y el humor y sobre el que planea, a lo largo de toda la novela, la imposibilidad de comunicación de dos seres unidos por la amistad o el amor.

En torno a 1920, el Imperio británico en la India vive, aún sin saberlo, su crepúsculo. Aziz es un joven médico indio de religión musulmana que mantiene buenas relaciones con los británicos pese a ser consciente y asumir la radical lejanía entre el mundo de éstos y aquel al cual él pertenece. Un confuso incidente en las singulares cuevas de Marabar que le hace objeto de una improbable acusación y el consiguiente proceso pondrán de relieve, sin embargo, el enfrentamiento entre dos mundos opuestos y dos mentalidades distintas.

Llevada al cine por David Lean en 1984, *Pasaje a la India* es, además, un retrato inolvidable de una tierra llena de sugestión y contrastes, así como del carácter de sus gentes.

E. M. Forster (1879-1970) es uno de los escritores ingleses más destacados del siglo XX. Autor ya de gran éxito en vida, vio incrementada aún más su popularidad y su fama a raíz de las adaptaciones al cine de novelas como *Regreso a Howards End*, *Una habitación con vistas* o *Maurice*

Lectulandia

E. M. Forster

Pasaje a la India

ePUB v1.0

minicaja 05.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *A passage to India*
E. M. Forster, 1924.
Traducción: José Luis López Muñoz
Diseño portada: minicaja

Editor original: Editor1 (v1.0)
ePub base v2.0

PRIMERA PARTE

MEZQUITA

Capítulo primero

Si se exceptúan las Cuevas de Marabar —y están a veinte millas de distancia—, la ciudad de Chandrapore no tiene nada de extraordinario. Limitada, más que bañada, por el Ganges, sigue su curso por espacio de unas dos millas y apenas es posible distinguirla de los detritos que el río deposita tan generosamente. Como el Ganges no es allí sagrado, no existen escalinatas para bañarse y, en realidad, no puede hablarse de vistas sobre el río, ya que los bazares cierran por completo el amplio y cambiante panorama de su corriente. Las calles son miserables, los templos carecen de interés, y aunque existen unas cuantas casas de calidad están escondidas entre jardines o al fondo de avenidas tan sucias que sólo la persona que ha sido invitada personalmente se siente con ánimos para llegar hasta ellas. Chandrapore no ha sido nunca una ciudad hermosa o de grandes dimensiones, pero hace doscientos años estaba situada en el camino entre la Alta India —entonces imperial— y el mar, y las casas nobles datan de ese período. El gusto por la decoración se extinguió en el siglo XVIII y tampoco puede decirse que fuera siempre democrático. En los bazares no existen pinturas y las esculturas son excepcionales. La misma madera parece hecha de barro y sus habitantes son como barro en movimiento. Todo lo que se ve resulta tan insignificante y tan monótono que cuando el Ganges baja crecido cabría esperar que hiciese desaparecer esas excrecencias que forman la ciudad, devolviéndolas a la tierra. Es cierto que algunas casas se hundan, y hay personas que se ahogan y llegan a descomponerse después *in situ*, pero la silueta de la ciudad en cuanto tal no se modifica, hinchándose un poco aquí y encogiéndose otro poco allá, como si se tratara de alguna elemental e indestructible forma de vida.

Hacia el interior la perspectiva cambia. Existe una gran explanada de forma oval y un largo hospital amarillento. Las casas que pertenecen a los euroasiáticos se hallan situadas en alto, junto a la estación de ferrocarril. Más allá de la línea férrea —que corre paralela al río— la tierra desciende para subir después, otra vez, de manera bastante abrupta. En este segundo altozano se encuentra la reducida zona residencial de los funcionarios ingleses, y visto desde aquí, Chandrapore parece un lugar completamente distinto: una ciudad de jardines, y aún más que una ciudad, un bosque —en el que apenas se distingue una cabaña de cuando en cuando— o un parque tropical bañado por un noble río. Las palmeras, las margosas, los mangos y las higueras de las pagodas, todos los árboles escondidos antes detrás de los bazares, se hacen ahora visibles y ocultan a su vez los edificios. Se alzan en jardines donde antiguos aljibes los alimentan, estallan en suburbios sofocantes y rodean templos carentes de belleza. Buscando luz y aire, y dotados de más fuerza que el hombre o sus

obras, se remontan sobre el sedimento inferior para saludarse unos a otros con ramas y hojas que se hacen señas y con las que construyen una ciudad para las aves. Especialmente después de las lluvias, cubren lo que sucede debajo, pero siempre, incluso cuando están abrasados o han perdido todas las hojas, se encargan de ensalzar la ciudad para los ingleses que viven en lo alto, de manera que los recién llegados no quieren creer que sea tan mezquina como se les describe y se hace necesario pasearlos por ella para que se desilusionen. En cuanto a la zona residencial de los funcionarios, no provoca emociones. A nadie cautiva ni a nadie repele. Planeada con sentido común, tiene delante un club de ladrillos rojos y detrás una tienda de comestibles y un cementerio; los bungalows, por su parte, están colocados a lo largo de calles que se cruzan en ángulo recto.

No hay nada que sea horrible, pero sólo el panorama es hermoso; tampoco comparte nada con la ciudad, a excepción del cielo que todo lo cubre.

También el cielo tiene sus cambios, aunque menos pronunciados que los de la vegetación y el río. A veces las nubes le dan relieve, pero de ordinario es una cúpula de mezclados colores, con predominio del azul. Durante el día el azul palidece hasta convertirse en blanco allí donde toca el blanco de la tierra; al ponerse el sol esa franja adquiere una nueva tonalidad: un anaranjado que se disuelve hacia lo alto en el más suave de los morados. Pero el núcleo azul persiste, y lo mismo sucede de noche. Entonces, las estrellas cuelgan como lámparas de la inmensa bóveda. La distancia entre la tierra y los astros no es nada si se la compara con la distancia que hay detrás, y ésta, aunque más allá del color, es la última que se libra del azul.

El cielo lo determina todo: no sólo el clima y las estaciones, sino también cuándo se hermostrará la tierra, que, por sí sola, puede hacer muy poco: únicamente débiles explosiones florales. Pero si el cielo así lo decide, llueve gloria sobre los bazares de Chandraporeo hay una bendición que cruza de un lado a otro el horizonte. El cielo puede hacer esto por ser tan fuerte y tan enorme. La fuerza le viene del sol; que se la infunde diariamente; el tamaño, de la postración de la tierra. Ni una montaña quiebra la curva. Legua tras legua la tierra permanece llana, se alza un poco, vuelve a bajar. Solo al sur un grupo de puños y dedos, surgidos del suelo, interrumpen esta interminable llanura. Esos puños y dedos son las Colinas de Marabar, que contienen las extraordinarias cuevas.

Capítulo segundo

Abandonando su bicicleta, que cayó al suelo antes de que un criado pudiera sujetarla, el joven subió al porche de un salto, rebotando animación.

—Hamidullah, Hamidullah; ¿llego tarde? —exclamó.

—No te disculpes —dijo su anfitrión—. Tú siempre llegas tarde.

—Haz el favor de contestarme. ¿Llego tarde? ¿Es que Mahmoud Ali se lo ha comido todo? Si es así me iré a otro sitio. Mr. Mahmoud Ali, ¿cómo está usted?

—Gracias por su interés, doctor Aziz; me estoy muriendo.

—¿Muriéndose antes de cenar? ¡Pobre Mahmoud Ali!

—Nuestro amigo Hamidullah ya se ha muerto. Falleció en el momento en que entraba usted con su bicicleta.

—Efectivamente —dijo el otro—. Imagina que te estamos hablando desde un mundo distinto y mucho más feliz.

—¿Acaso existe una cosa llamada narguile en ese mundo vuestro mucho más feliz?

—Aziz, no digas frivolidades. Estamos hablando de cosas muy tristes.

El tabaco del narguile estaba demasiado apretado, como sucedía con frecuencia en casa de su amigo, y el agua burbujeaba malhumorada. Aziz estuvo persuadiéndolo pacientemente hasta que por fin cedió y el aroma del tabaco se extendió a chorros por su nariz y sus pulmones, expulsando el humo de las hogueras de estiércol que los había invadido mientras el joven médico cruzaba el bazar. Era delicioso. Aziz se hundió en un trance —sensual pero sano— desde el que la conversación de los otros dos no resultaba particularmente triste: discutían si era posible o no tener amistad con un inglés. Mahmoud Ali mantenía que no, Hamidullah disentía, pero haciendo tantas salvedades que no existía desacuerdo entre ellos. Era realmente delicioso estar tumbado en el amplio porche, viendo salir la luna y oyendo detrás preparar la cena a los criados, sin tener que enfrentarse con ningún problema.

—Basta recordar lo que me ha sucedido esta misma mañana.

—Sólo afirmo que es posible en Inglaterra —replicó Hamidullah, que había estado en ese país hacía mucho tiempo, antes de la gran diáspora, y había sido cordialmente recibido en Cambridge.

—Aquí es imposible. ¡Fíjese, Aziz! El chico de la nariz encarnada ha vuelto a insultarme en el juzgado. No le culpo a él. Le habían dicho que tenía que insultarme. Hasta hace poco era un buen chico, pero los otros se han encargado de cambiarlo.

—Es verdad; aquí no tienen la menor posibilidad; eso es lo que yo digo. Llegan queriendo comportarse como caballeros, pero les dicen que no puede ser. Acuérdense

de Lesley o de Blakiston; ahora es el chico de la nariz encarnada y después le llegará el turno a Fielding. Todavía recuerdo la primera aparición de Turton. Fue en otra zona de la provincia. No me creerán ustedes, pero yo he ido con Turton en su coche. ¡Nada menos que Turton! Hubo un tiempo en que éramos muy amigos. Llegó a enseñarme su colección de sellos.

—Ahora tendría miedo de que se la robaras. ¡Turton! Pero ¡ya verás como el chico de la nariz encarnada será mucho peor que Turton!

—Creo que no. Todos llegan a ser exactamente iguales, ni peores, ni mejores. Le doy dos años a cualquier inglés; me da lo mismo que se llame Turton o Burton: la diferencia es únicamente una letra. Ya las inglesas les doy seis meses. Todos son exactamente iguales. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Yo no —replicó Mahmoud Ali, participando en aquella amarga diversión, y sintiendo al mismo tiempo dolor y regocijo con cada palabra que se pronunciaba—. Por mi parte, encuentro profundas diferencias entre quienes nos gobiernan. Nariz-encarnada masculla, Turton habla con gran claridad, Mrs. Turton acepta sobornos, Mrs. Nariz-encarnada ni los acepta ni podría hacerlo aunque quisiera, porque, de momento, no existe.

—¿Sobornos?

—¿No sabía que cuando los Turton fueron cedidos a India Central, con motivo del Proyecto del Canal, un rajá o algo parecido le regaló a Mrs. Turton una máquina de coser de oro macizo para que el agua pasara por su provincia?

—¿Y ahora pasa por allí?

—No, cosa que demuestra la gran habilidad de Mrs. Turton. Cuando nosotros, pobres gentes de color, nos dejamos sobornar, hacemos lo que se quiere que hagamos, de manera que la justicia nos descubre. Los ingleses aceptan el soborno y no hacen nada. Son admirables.

—Todos los admiramos. Aziz, haz el favor de pasarme el narguile.

—Todavía no: me resulta muy agradable en este momento.

—Eres un chico muy egoísta. —Hamidullah alzó la voz de repente, pidiendo la cena. Los criados respondieron gritando que ya estaba lista. Querían decir que les gustaría que ya estuviera lista y así lo entendieron todos porque nadie se movió. Después Hamidullah continuó, pero con una actitud distinta, evidentemente emocionado—.

Fíjense en el caso del joven Hugh Bannister. Se trata del hijo de mis queridos amigos, ya muertos, el reverendo Bannister y su señora cuya bondad conmigo en Inglaterra nunca podré olvidar ni describir. Fueron como un padre y una madre para mí, y hablaba con ellos como lo estoy haciendo ahora con ustedes. Durante las vacaciones la Rectoría era mi hogar. Me confiaban a sus hijos; al pequeño Hugh lo llevaba a cuestas con frecuencia: fui con él al funeral de la reina Victoria y lo tuve en

brazos, levantándolo por encima de la multitud.

—La reina Victoria era diferente —murmuró Mahmoud Ali.

—He sabido hace poco que este muchacho se dedica a los negocios y comercia con cueros en Cawnpore. Imaginen lo mucho que deseo verlo y pagarle el viaje para que esta casa pueda ser su hogar Pero sé que es inútil. Los otros anglo-indios le habrán convencido hace ya mucho tiempo. Probablemente pensará que quiero algo y yo no soportaría una cosa así del hijo de mis antiguos amigos. ¿Qué es lo que ha hecho que todo vaya mal en este país, *Vakil Sabib*? A usted se lo pregunto. Aziz intervino.

—¿Por qué hay que hablar de los ingleses? Brr... ¿Por qué hay que ser amigos o enemigos de esas gentes? Vamos a prescindir de ellos y a disfrutar nosotros. La reina Victoria y Mrs. Bannister eran las únicas excepciones y ya se han muerto.

—No, no, no estoy de acuerdo; he conocido otras.

—Yo también —dijo Mahmoud Ali, cediendo inesperadamente—. No todas las señoras son iguales.

Su actitud estaba cambiando, y recordaron pequeñas amabilidades y detalles de cortesía.

—Dijo «Muchísimas gracias» de la forma más natural.

—Me ofreció una pastilla para la tos cuando el polvo me irritaba la garganta.

Hamidullah recordaba ejemplos más importantes de socorros angélicos, pero Mahmoud Ali, que sólo conocía ingleses de la India, tuvo que escudriñar minuciosamente su memoria para encontrar algo y no es sorprendente que terminara volviendo a decir: —Pero, por supuesto, todo eso es excepcional. La excepción no confirma la regla. La inglesa media es como Mrs. Turton y ya sabe usted cómo es esa señora, Aziz.

Aziz no lo sabía, pero dijo que sí. También él generalizaba a partir de sus desilusiones; a los miembros de una raza sometida les resultaba difícil hacerlo de otra manera. Reconocidas las excepciones, estuvo de acuerdo en que todas las mujeres inglesas eran altivas y banales. La conversación perdió su brillo, aunque su fría superficie se desplegara y extendiera interminablemente. Un criado anunció la cena. Todos le ignoraron. Los dos hombres de más edad habían llegado a su tema eterno, la política, y Aziz acabó en el jardín. Los árboles despedían un dulce aroma —campacanes de verdes floraciones— y le vinieron a la mente fragmentos de poesía persa. Cena, cena, cena..., pero cuando volvió a la casa buscándola, también Mahmoud Ali se había alejado para hablar con su *sais*.

—Ven un momento a ver a mi mujer —dijo Hamidullah, y se pasaron veinte minutos detrás del *putrdah*.

Hamidullah Begum era tía lejana de Aziz, y su único pariente femenino en Chandrapore; en esta ocasión tenía mucho que contarle sobre una circuncisión

familiar que no se había celebrado con todo el esplendor debido. Resultó difícil marcharse, porque ella sólo empezaría a cenar después de que terminaran los hombres, y, por consiguiente, prolongó sus observaciones para evitar toda posible sospecha de impaciencia. Después de censurar la circuncisión, se ocupó de temas afines, y le preguntó a Aziz cuándo iba a casarse.

—Una vez es suficiente —le contestó el otro, respetuosamente, pero algo irritado.

—Ya ha cumplido con su deber —dijo Hamidullah—. No le molestes más. Saca adelante a su familia, dos chicos y una niña.

—Tía, viven muy cómodamente con la madre de mi mujer, donde ella vivía cuando murió. Los veo siempre que quiero. Todavía son unos niños muy pequeños.

—Les manda todo su sueldo, vive como un modesto oficinista y no le explica a nadie la razón. ¿Qué más quieres que haga?

Pero Hamidullah Begum no se refería a eso, y después de cambiar cortésmente de conversación durante unos instantes, volvió al tema y explicó su idea.

—¿Qué va a ser de todas nuestras hijas si los hombres se niegan a casarse? —dijo—. Tendrán que casarse mal, o...

Y empezó a contar la historia, tantas veces repetida, de una dama emparentada con la familia imperial que no encontraba marido dentro del estrecho círculo con el que su orgullo le permitía relacionarse; el resultado era que vivía soltera —cumplidos los treinta—, y que moriría soltera, porque nadie querría ya casarse con ella. Durante el tiempo que se prolongó el relato logró convencer a los dos hombres: aquella tragedia parecía un desdoro para toda la comunidad; casi era mejor la poligamia que dejar morir a una mujer sin las alegrías que Dios le ha destinado. Matrimonio, maternidad, poder en la casa..., ¿para qué otra cosa ha nacido, y el hombre que se las niegue cómo podrá enfrentarse con el Creador en el día del juicio? Aziz se despidió diciendo: «Quizá..., pero más adelante», su invariable respuesta ante aquella petición.

—No debes retrasar lo que crees justo —dijo Hamidullah—. Esa es la razón de que la India esté en una situación tan crítica: que siempre lo dejamos todo para más adelante.

Pero al notar que su joven pariente daba la sensación de estar preocupado, añadió unas palabras tranquilizadoras, borrando así todo posible efecto de la entrevista con su mujer.

Durante su ausencia, Mahmoud Ali se había marchado en su coche dejándoles un mensaje en el que decía que sólo estaría ausente cinco minutos, pero que no esperaran por causa suya. Se sentaron a cenar con un primo lejano de la familia, Mohammed Latif, que vivía la hospitalidad de Hamidullah y ocupaba una situación ambigua, ni de criado ni de miembro de la familia con plenos derechos. Sólo hablaba si se le dirigía la palabra, y como nadie habló mantuvo un silencio que nada tenía de altivo.

De cuando en cuando eructaba, como elogio a la esplendidez de la comida. Un anciano cortés, alegre y deshonesto, que no había trabajado en toda su vida. Mientras alguno de sus parientes tuviera una casa estaba seguro de disponer de un hogar, y era muy poco probable que se arruinaran todos los miembros de una familia tan numerosa. Su mujer llevaba una existencia similar a unos centenares de millas de distancia; Mohammed Latif no iba a visitarla debido al gasto que suponía el billete del tren. Aziz empezó en seguida a bromear a su costa y también a costa de los criados; luego hizo citas poéticas: en persa, en urdu y un poco en árabe. Su memoria era buena y había leído mucho para su edad; los temas que prefería eran la decadencia del Islam y la brevedad del amor. Le escucharon encantados, porque sus interlocutores veían en la poesía una actividad social, en lugar de considerarla un asunto privado como sucede en Inglaterra. Nunca se cansaban de oír palabras y más palabras; se limitaban a respirarlas junto con el frescor de la noche, sin detenerse nunca a analizarlas; el nombre del poeta, Hafiz^[1] Hadi, Iqbal, era garantía suficiente. La India —un centenar de Indias— susurraban fuera bajo la luna indiferente, pero en aquel instante la India les parecía una y exclusivamente suya, y recobraron su perdida grandeza al oír lamentar su desaparición, y volvieron a sentirse jóvenes al recordárseles que la juventud se esfuma. Un criado de ropa carmesí le interrumpió; era el *chuprasi* del Cirujano-Jefe y traía una nota para Aziz.

—Callendar quiere verme en su bungalow —dijo, sin levantarse—. Podía tener la cortesía de decir para qué.

—Algún enfermo, imagino.

—Imagino que no, imagino que para nada. Se ha enterado de las cosas materiales, colocó una mano sobre el sillín de la bicicleta, mientras un criado se ocupaba activamente de transportarla.

Entre los dos lograron que pasara sobre una tachuela. Aziz extendió las manos bajo el aguamanil, luego se las secó, se encasquetó su sombrero verde de fieltro y, con inesperada energía, salió a gran velocidad de la residencia de Hamidullah.

Entre los dos lograron que pasara sobre una tachuela. Aziz extendió las manos bajo el aguamanil, luego se las secó, se encasquetó su sombrero verde de fieltro y, con inesperada energía, salió a gran velocidad de la residencia de Hamidullah.

—Aziz, Aziz, no seas imprudente—.

Pero ya iba bazar abajo, pedaleando furiosamente. Su bicicleta carecía de faro y de timbre, y tampoco tenía frenos, pero ¿de qué sirven esos accesorios en un país donde la única esperanza del ciclista es deslizarse de un rostro a otro, confiando en que desaparezcan un momento antes de estrellarse contra ellos? Y además la ciudad estaba casi vacía a aquella hora. Cuando se le pinchó una rueda, tuvo que apearse y llamar a gritos un *tonga*.

Al principio no apareció ninguno; luego fue preciso que se desprendiera de la

bicicleta dejándola en casa de un amigo, y aún se entretuvo algo más lavándose los dientes. Pero por fin se halló traqueteando, camino de la zona residencial de los ingleses, con una intensa sensación de velocidad. Al entrar en su árida pulcritud, se sintió repentinamente deprimido. Las calles —con nombres de generales victoriosos—, que se cruzaban en ángulo recto, simbolizaban la red que Gran Bretaña había arrojado sobre la India. Se sintió cogido entre sus mallas. Antes de llegar a la residencia del Mayor Callendar tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apearse del *tonga* y acercarse andando al bungalow, y no porque su alma fuera servil, sino porque su sensibilidad —la parte más indefensa de su yo— temía una terrible humillación. Se había dado un «caso» el año anterior un caballero indio había llegado en un vehículo a casa de un funcionario inglés y los criados le habían hecho irse, diciéndole que se presentara de nuevo de manera más adecuada; se trataba sólo de un caso entre miles de visitas a cientos de funcionarios ingleses, pero no había tardado en saberse por todo el país. El joven Aziz temía que pudiera repetirse. Finalmente, hizo una concesión y ordenó al cochero que se detuviera en la zona de sombra, muy cerca ya del porche brillantemente iluminado.

El Cirujano-Jefe no estaba en casa.

—Pero ¿el *sahib* no ha dejado un recado para mí?

El criado le dio un escueto «No» por toda respuesta. Aziz se sintió lleno de desesperación. Era un sirviente al que había olvidado dar una propina, y ahora no podía hacer nada debido a las personas que se hallaban en el vestíbulo. Aziz estaba convencido de que existía un recado, y de que aquel hombre no se lo daba para vengarse. Mientras discutían, salieron las personas que estaban en la casa. Eran dos señoras. Aziz se quitó el sombrero. La primera, que llevaba un vestido de noche, le lanzó una ojeada y apartó instintivamente la vista.

—Mrs. Lesley, es un *tonga* —exclamó.

—¿El nuestro? —quiso saber la segunda, viendo a Aziz y repitiendo el gesto de la primera.

—En cualquier caso, aceptemos los regalos que nos envían los dioses —gritó la otra, y ambas se subieron al vehículo—. *Tonga-wallab*, al club, al club. ¿Por qué no arranca este estúpido?

—Haz lo que dicen; mañana te pagaré —le dijo Aziz al cochero y, al ponerse en marcha el *tonga*, añadió cortésmente—: Siempre a su servicio, señoras.

Ellas no le contestaron, demasiado ocupadas con sus propios asuntos. De manera que había vuelto a suceder lo mismo de siempre, como Mahmoud Ali aseguraba. El inevitable desprecio: se habían llevado su coche e ignorado su saludo. Podría haber sido peor, porque algo le confortaba que las señoras Callendar y Lesley fueran gordas y que el cochecillo se hundiera por detrás bajo su peso. Que se hubiera tratado de mujeres hermosas le habría deprimido mucho más. Aziz se volvió hacia el criado, le

dio un par de rupias y le preguntó de nuevo si su amo había dejado algún recado. El otro, esta vez con mucha cortesía, respondió de la misma manera. El Mayor Callendar se había marchado en coche media hora antes.

—¿Sin decir nada?

En realidad había dicho «Maldito Aziz», palabras que el criado entendió, pero que su cortesía le impedía repetir. Tan posible es excederse en la propina como quedarse corto; de hecho, aún está por acuñar la moneda que compre la verdad exacta.

—En ese caso le dejaré una nota.

Se le ofreció el uso de la casa, pero su deseo de comportarse con gran dignidad le impidió entrar. El criado trajo papel y tinta al porche. Aziz empezó: «Estimado señor: obedeciendo su expreso mandato me he apresurado a venir como un subordinado debe...», pero en seguida se detuvo.

—Dile que he venido, eso es suficiente —explicó, rompiendo la protesta a medio formular—. Aquí está mi tarjeta. Llámame un *tonga*.

—Están todos en el club, *huzoor*.

—Entonces, telefona a la estación para que venga uno. —Y como el hombre se disponía a obedecerle, añadió—: No hace falta, no hace falta; prefiero andar.

Luego pidió fuego y encendió un cigarrillo. Aquellas atenciones, aunque compradas, hicieron que se sintiera complacido. Durarían mientras tuviera rupias, lo que ya es algo. Pero ¡si pudiera sacudirse de los pies el polvo de la India inglesa! ¡Escapar de la red y volver a los gestos y costumbres que conocía! Empezó a caminar, a hacer un esfuerzo desacostumbrado.

Aziz era pequeño de estatura, de complexión atlética, delicadamente proporcionado, pero muy fuerte en realidad. Andar, sin embargo, le fatigaba, como fatiga a todas las personas que viven en la India, con la excepción de los recién llegados. Hay un algo hostil en su suelo. O bien cede, y el pie se hunde en una depresión, o bien resulta inesperadamente rígido y cortante, acumulando piedras y cristales bajo cada paso, y esa sucesión de pequeñas sorpresas acaba agotando; Aziz llevaba unas zapatillas muy finas, mal calzado para cualquier país. En el límite de la zona residencial entró en una mezquita para descansar.

Siempre le había gustado aquella mezquita. Era elegante y le agradaba su distribución. El patio —al que se llegaba por una portalada en ruinas— contenía una pila para las abluciones, cuya agua transparente siempre estaba en movimiento, ya que, de hecho, formaba parte de la conducción que abastecía la ciudad. El suelo del patio era de fragmentos de losas. La parte cubierta tenía más profundidad que en otras mezquitas; daba la impresión de ser una iglesia parroquial inglesa a la que faltara uno de los lados. Desde donde estaba sentado, Aziz veía tres series de arcos, rescatados en parte a la oscuridad por una pequeña lámpara colgante y por la luna. La fachada

interior —iluminada de lleno por la luz de la luna— daba la impresión de ser de mármol, y los noventa y nueve nombres de Dios esculpidos en el friso resaltaban en negro, de la misma manera que el friso destacaba en blanco contra el cielo. La oposición creada por este dualismo y el esfuerzo de las sombras por imponerse dentro de la mezquita satisfacía a Aziz, que trató de simbolizar todo el conjunto mediante alguna verdad de la religión o del amor. Cualquier mezquita que, estéticamente, le resultaba satisfactoria dejaba en libertad su imaginación. El templo de otro credo, hindú, cristiano o griego, le hubiera aburrido, sin lograr despertar su sentido de la belleza. Allí estaba el Islam, su propio país, más que una fe, más que un grito de batalla, más, mucho más... Islam, una actitud hacia la vida exquisita y duradera al mismo tiempo, donde su cuerpo y sus pensamientos encontraban un hogar. Aziz se había sentado sobre una pared baja que limitaba el patio por el lado izquierdo. Debajo de él, el terreno iba descendiendo hacia la ciudad, visible tan sólo como una mancha de árboles, y en la quietud de la noche se oían muchos ruidos diferentes. Hacia la derecha, en el club, la comunidad inglesa contribuirá con una orquesta de aficionados. En otro sitio, algunos hindúes tocaban el tambor —sabía que eran hindúes porque el ritmo le resultaba desagradable— y otros lloraban a un muerto: sabía igualmente quiénes eran por haber firmado el certificado de defunción aquella tarde. También había búhos, el correo de Panjab... y las flores del jardín del jefe de estación, que olían deliciosamente. Pero la mezquita..., sólo ella tenía importancia en realidad y volvió a dedicarle su atención —olvidado del completo atractivo de la noche— adornándola con significados nunca imaginados por el constructor. Algún día también él edificaría una mezquita, más pequeña que aquella, pero de un gusto exquisito, de manera que todos los que la vieran experimentarían la felicidad que sentía él en aquel momento. Y al lado, bajo una modesta cúpula, estaría su tumba, con una inscripción en persa:

*Durante miles de años, ¡ay! sin que yo esté,
florecerá la rosa y volverá la primavera,
pero los que, secretamente, hayan entendido mi corazón,
se acercarán a visitar la tumba donde descanso.*

Aziz había visto la quarteta sobre la tumba de uno de los reyes del Decán y la consideraba llena de profunda filosofía: siempre le parecía que lo patético era profundo. ¡Entender secretamente el corazón! Repitió la frase con lágrimas en los ojos y mientras lo hacía uno de los pilares de la mezquita pareció estremecerse. Luego osciló en la oscuridad, separándose. Aziz llevaba en la sangre la creencia en los fantasmas, pero no se movió de su sitio. Vio agitarse otro pilar, luego un tercero y, finalmente, una inglesa quedó iluminada por la luz de la luna. Bruscamente, Aziz se sintió lleno de indignación, y empezó a gritar: —¡Señora! ¡Señora!

La mujer dejó escapar una breve exclamación de sorpresa.

—Señora; esto es una mezquita, no tiene usted derecho a estar aquí; tendría que haberse quitado los zapatos; está usted en un sitio sagrado para los musulmanes.

—Me los he quitado.

—¿De verdad?

—Los dejé a la entrada.

—En ese caso le ruego que me perdone.

Todavía sobresaltada, la mujer se acercó hacia el centro del patio, manteniendo aún entre los dos la pila de las abluciones.

—Siento mucho haber hablado —dijo Aziz.

—¿Estaba en lo cierto, no es eso? ¿Puedo entrar si me quito los zapatos, verdad?

—Por supuesto, pero muy pocas señoras se molestan en hacerlo, sobre todo si creen que nadie las ve.

—Eso da lo mismo. Dios está aquí.

—¡Señora!

—Por favor, déjeme marchar.

—¿Puedo hacer algo por usted, ahora o en cualquier otro momento?

—No, gracias, nada en absoluto...; buenas noches.

—¿Podría saber su nombre?

Ella estaba ya bajo la sombra del portal, de manera que Aziz no podía ver su rostro, pero, en cambio, la dama inglesa sí podía ver el suyo.

—Mrs. Moore —dijo, cambiando el tono de voz—. Mrs...

Al avanzar, Aziz descubrió que su interlocutora era una mujer de edad.

Una edificación más grande que la mezquita cayó hecha pedazos, y no supo si se alegraba o lo sentía. La señora, de piel rojiza y pelo blanco, era mayor que Hamidullah Begum. Su voz le había engañado.

—Mrs. Moore, temo haberla sobresaltado. Les hablaré de usted a los miembros de nuestra comunidad, a mis amigos. Que Dios está aquí... Excelente, de una gran delicadeza, no hay duda. Imagino que acaba usted de llegar a la India.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Por la manera que ha tenido de hablarme. ¿Me permite al menos que le busque un coche?

—No se moleste; sólo tengo que volver al club. Están representando una obra que ya he visto en Londres y hacía mucho calor allí dentro.

—¿Cómo se llama la obra?

—La prima Kate.

—Creo que no debiera usted pasear sola de noche, Mrs. Moore. Andan por ahí tipos poco recomendables, y desde las Colinas de Marabar pueden llegar hasta aquí los leopardos. Serpientes también.

Mrs. Moore dejó escapar una exclamación; se había olvidado de las serpientes.

—Un escarabajo con seis puntos, por ejemplo —continuó Aziz—. Usted lo coge, él la pica y le produce la muerte.

—Pero usted también se pasea.

—Yo ya estoy acostumbrado.

—¿Acostumbrado a las serpientes? Rieron los dos.

—Soy médico —explicó Aziz—. Las serpientes no se atreven a mordirme. —Se sentaron en la entrada, los dos juntos, para ponerse el calzado—. Por favor, ¿le puedo hacer una pregunta? ¿Por qué viene usted a la India en esta época del año, cuando termina la estación fría?

—Quería haberme puesto antes en camino, pero tuve que retrasar el viaje por causas de fuerza mayor.

—¿El clima le resultará en seguida muy poco saludable! ¿Y qué motivo puede haberla traído a Chandrapore?

—Visitar a mi hijo. Es el Magistrado Municipal.

—Perdóneme, pero es completamente imposible. Nuestro Magistrado Municipal se llama Heaslop. Le conozco muy bien.

—Es mi hijo de todas formas —dijo ella, sonriendo.

—Pero, Mrs. Moore, ¿cómo puede ser eso?

—Me casé dos veces.

—Sí, ya veo; y su primer esposo murió.

—Murió él y también el segundo.

—Entonces estamos en el mismo caso —dijo Aziz, un tanto misteriosamente—. ¿Y ahora no tiene usted más familia que el Magistrado Municipal?

—No; tengo otros dos hijos más pequeños, Ralph y Stella, que viven en Inglaterra.

—¿Y el caballero que vive aquí es el hermanastro de Ralph y de Stella?

—Exacto.

—Mrs. Moore, todo esto es muy extraño, porque, igual que usted, también yo tengo dos hijos y una hija. ¿No es el mismo caso, pero en circunstancias más difíciles?

—¿Cómo se llaman? ¿No se tratará de otros Ronny, Ralph y Stella?

La posibilidad le encantó.

—No, ciertamente. ¡Qué divertido suena! Sus nombres son muy distintos y le sorprenderán. Escuche, haga el favor. Voy a decirle los nombres de mis hijos. El primero se llama Ahmed; el segundo, Karim, y la tercera, la mayor, Jamila. Tres hijos son suficientes. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Sí que lo estoy.

Se quedaron en silencio unos instantes, pensando en sus respectivas familias.

Mrs. Moore suspiró y se levantó para irse.

—¿Le gustaría visitar el Hospital Minto una mañana? —quiso saber Aziz—. No tengo otra cosa que ofrecerle en Chandrapore.

—Gracias, ya lo he visto; de lo contrario, me hubiese gustado mucho recorrerlo con usted.

—Imagino que lo vio usted con el Cirujano-Jefe.

—Sí, con él y Mrs. Callendar.

La voz de Aziz se alteró.

—¡Ah! Una señora encantadora.

—Es posible que sea así cuando se la conoce mejor.

—¿Cómo?; No le resultó simpática?

—No hay duda de que se esforzó por mostrarse amable, pero no me pareció exactamente encantadora.

—Acaba de llevarse mi *tonga* sin pedir permiso —estalló Aziz—, ¿llama usted ser encantadora a eso? Y el Mayor Callendar interrumpe noche tras noche mis cenas con otros amigos; y cuando acudo a toda prisa, renunciando a un rato muy agradable, no le encuentro en su casa y ni siquiera me deja un recado. Dígame, se lo ruego, ¿es eso encantador? Pero ¿a quién le importa? No puedo hacer nada, y él lo sabe. No soy más que un subordinado, mí tiempo no tiene valor, el porche es un sitio suficientemente bueno para un indio; sí, sí, que se quede allí de pie, y Mrs. Callendar me quita el coche y no responde a mi saludo...

Mrs. Moore le escuchaba.

A Aziz le excitaban en parte los agravios sufridos, pero, sobre todo, ver que alguien comprendía su situación. Era esto lo que le llevó a repetirse, a exagerar, a contradecirse. Mrs. Moore había manifestado su simpatía criticando a una compatriota delante de él, pero ya antes se había dado cuenta de que no era como otras inglesas. La llama que ni siquiera la belleza misma puede alimentar estaba alzándose, y aunque sus palabras fueran quejumbrosas, su corazón empezó a abrasarse secretamente y muy pronto se le desbordó por la boca.

—Usted me entiende, usted sabe lo que siento. ¡Si los demás se parecieran a usted!

—No creo que entienda muy bien a las personas —replicó ella, bastante sorprendida—. Sólo sé si me gustan o me desagradan.

—Entonces es usted una oriental.

Mrs. Moore aceptó que la acompañara de vuelta al club, y al llegar a la entrada lamentó no ser miembro, y poder así invitarle entrar.

—A los indios no se les permite entrar en el Club de Chandrapore ni siquiera en calidad de invitados —dijo Aziz con sencillez.

Como en aquel momento se sentía feliz no se extendió en la relación de sus

agravios. Mientras descendía hacia la ciudad, bajo el agradable resplandor de la luna, vio otra vez la elegante mezquita, y le pareció que él era tan poseedor de aquella tierra como el que más. ¿Qué importaba si unos cuantos hindúes más bien fofos le habían precedido allí y otros tantos ingleses de alma fría habían de sucederle?

Capítulo tercero

El tercer acto de *La prima Kate* estaba ya más que mediado cuando Mrs. Moore regresó al club. Las ventanas se hallaban completamente cerradas para evitar que los criados pudieran ver actuar a sus *mem-sabibs*, y el calor, lógicamente, era inmenso. Un ventilador eléctrico se agitaba como un pájaro herido, otro no funcionaba. Como no quería seguir viendo la obra, Mrs. Moore se dirigió a la sala de billares, donde fue recibida con un «Quiero ver la auténtica India», reincorporándose así de inmediato a su ambiente habitual. Se trataba de Adela Quested, la extraña y precavida muchacha que Ronny le había encargado traer de Inglaterra; Ronny era su hijo, también prudente, con quien Miss Quested probablemente se casaría, aunque no era del todo seguro; y ella era una señora de edad.

—También yo quiero verla, me gustaría que fuera posible. Al parecer, los Turton van a organizar algo para el martes que viene.

—Terminará siendo un paseo en elefante, como pasa siempre. Fíjese en la velada de hoy. ¡*La prima Kate!* ¡Imagínese! Pero dígame dónde ha estado. ¿Ha conseguido ver la luna en el Ganges?

La noche anterior las dos señoras habían contemplado el reflejo de la luna en un lejano canal del río. El agua dilatava su imagen, de manera que parecía más grande y más brillante que la luna de verdad, cosa que les había complacido.

—Estuve en la mezquita, pero no vi la luna en el río.

—Se habrá modificado el ángulo... Hoy sale más tarde.

—Cada vez más tarde —bostezó Mrs. Moore, que se sentía cansada después del paseo—. Déjame que piense..., aquí no vemos el otro lado de la luna, claro.

—Vamos, la India no está tan mal como todo eso —dijo una voz agradable—. El otro lado del mundo, si usted quiere, pero la luna sigue siendo la misma.

Ninguna de las dos conocía a la persona que había hablado, ni volvieron a verla nunca. Se limitó a decir su frase amistosa mientras cruzaba entre pilares de ladrillos rojos antes de adentrarse en la oscuridad.

—Ni siquiera estamos viendo el otro lado del mundo; de eso nos quejamos —dijo Adela.

Mrs. Moore estuvo de acuerdo; también ella se sentía desilusionada por la monotonía de su nueva vida. Habían hecho un viaje muy romántico a través del Mediterráneo y de las arenas de Egipto hasta el puerto de Bombay para, al final, encontrar tan sólo una serie de bungalows dispuestos en forma de parrilla. Pero no se lo tomaba tan a pecho como Miss Quested: tenía cuarenta años más y había aprendido que la vida nunca nos da lo que queremos en el momento que

consideramos adecuado. Las aventuras llegan, pero no puntualmente. Insistió en su esperanza de que se organizara algo interesante para el martes.

—Beban algo —dijo otra voz agradable—. Mrs. Moore... Miss Quested... Tomen una copa, dos copas.

Esta vez sabían de quién se trataba: Mr. Turton, el Administrador General, primera autoridad de la zona, con el que habían estado cenando. Al igual que ellas, había encontrado la atmósfera de *La prima Kate* demasiado cálida. Ronny, les dijo, estaba de director de escena en sustitución del Mayor Callendar —a quien un subalterno o alguien así había dejado colgado—, y lo hacía muy bien; después pasó revista a otros méritos de Ronny, y con voz tranquila y firme dijo muchas cosas halagadoras. No es que el Magistrado Municipal sobresaliera especialmente en los deportes ni por su dominio de las lenguas locales o que supiera demasiado Derecho, pero —y, al parecer, este «pero» tenía mucha importancia— Ronny creaba una impresión de dignidad.

Mrs. Moore se sorprendió al enterarse de esto, por tratarse de una cualidad que las madres no suelen atribuir a sus hijos. A Miss Quested le produjo cierta ansiedad, porque aún no había decidido si le gustaban los hombres de aire majestuoso. De hecho, intentó discutir aquella apreciación con Mr. Turton, pero él, con un gesto de la mano lleno de buen humor, la hizo callar y siguió hablando hasta terminar lo que había venido a decir:

—Lo importante es que Heaslop es un *sabib*; es el tipo de persona que necesitamos, es uno de los nuestros.

Otro miembro del club, que estaba inclinado sobre la mesa de billar, dijo: «¡Escuchen, escuchen!» El asunto quedó, por tanto, sentenciado, sin apelación posible y el Administrador General salió de la sala, porque le reclamaban otros deberes.

Mientras tanto, terminó la representación, y la orquesta de aficionados interpretó el himno nacional. Las conversaciones y las partidas de biliar se interrumpieron y los rostros adquirieron una rígida expresión. Era el himno del Ejército de Ocupación. Les recordaba a todos los miembros del club —ellos y ellas— que eran británicos y que vivían en exilio. Creaba cierto estado emocional y reforzaba útilmente la convicción del poder de la voluntad. La mezquina melodía, las lacónicas series de peticiones a Yahveh, se fundían en una plegaria desconocida en Inglaterra, y aunque ni la realeza ni la deidad llegaban a ser para ellos realidades concretas, sí percibían un algo específico, y se sentían fortalecidos para resistir otro día más. Luego salieron todos del teatro improvisado, ofreciéndose mutuamente algo de beber.

—Adela, tómate una copa; y tú también, madre.

Las dos dijeron que no —estaban cansadas de bebidas— y Miss Quested, que decía siempre lo que pensaba, anunció de nuevo que estaba deseosa de ver la India

verdadera.

Ronny se hallaba de muy buen humor. La petición se le antojó cómica, y se dirigió a otros de los que pasaban:

—¡Fielding! ¿Cómo se hace para ver la verdadera India?

—Trate de ver a los indios —contestó el interpelado, desapareciendo acto seguido.

—¿Quién era?

—El Director del Instituto.

—Como si fuera posible no verlos —suspiró Mrs. Lésiey.

—Yo lo he conseguido —dijo Miss Quested—. Con la excepción de mi propio criado, apenas he hablado con un indio desde que desembarqué.

—Ha tenido usted mucha suerte.

—Pero yo quiero conocerlos.

Miss Quested se convirtió en el centro de un grupo de señoras que la contemplaban, divertidas.

—¡Querer conocer a los indios! ¡Qué nuevo suena eso! —dijo una de ellas.

—¡Los nativos! ¡Imagínense! —comentó otra.

—Déjeme que le explique —añadió una tercera, con más seriedad—. Los nativos no nos respetan más después de conocerlos, ¿comprende?

—Eso pasa también con otras muchas personas.

Pero la otra, perfectamente estúpida y deseosa de mostrarse amable, continuó:

—Quiero decir que yo era enfermera antes de casarme y tuve que tratar mucho con ellos, así que estoy bien enterada. Sé realmente la verdad sobre los indios. Tenía un empleo muy poco adecuado para una inglesa... Era enfermera en un estado nativo. La única manera de comportarse consistía en mantener rígidamente las distancias.

—¿También con los pacientes?

—Lo mejor que se puede hacer con un nativo es dejarlo morir —dijo Mrs. Callendar.

—¿Y si fuera al cielo? —preguntó Mrs. Moore, con una sonrisa amable, pero irónica.

—Puede ir a donde quiera con tal de que no se me acerque. Me dan escalofríos.

—En realidad, he pensando más de una vez en eso que estaba usted diciendo sobre el cielo, y esa es la razón de que esté en contra de los misioneros —dijo la señora que había sido enfermera—. Estoy a favor de los capellanes, pero completamente en contra de los misioneros. Permítame que se lo explique.

Pero el Administrador General intervino antes de que pudiera hacerlo.

—¿De verdad quiere usted conocer al Hermano Ario, Miss Quested? Eso es fácil de arreglar. No se me había ocurrido que pudiera divertirlo. —Se quedó pensando un momento—. En realidad tiene usted la posibilidad de conocer todos los tipos que

quiera. Elija. Yo estoy en contacto con los funcionarios del gobierno y los terratenientes, Heaslop responde por los que practican la abogacía, y si lo que prefiere es especializarse en educación, podemos recurrir a Fielding.

—Estoy cansada de ver pasar delante de mí figuras pintorescas como si se tratara de un friso —explicó la muchacha—. Era maravilloso cuando desembarcamos, pero ese encanto superficial desaparece muy pronto.

Al Administrador no le interesaban sus impresiones; su preocupación era conseguir que Miss Quested lo pasara bien. ¿Le gustaría un *Bridge Party*? Le explicó de qué se trataba: no de jugar a las cartas, sino de organizar una fiesta que sirviera de puente entre el Este y el Oeste; el término era de su invención, y todos los que lo oyeron lo encontraron divertido.

—Sólo me interesan los indios con los que se relacionan ustedes socialmente; las personas con las que tienen amistad.

—Verá: no nos relacionamos con ellos socialmente —dijo el Administrador, riendo—. Los indios están repletos de virtudes, pero nosotros no, y lo cierto es que son las once y media y demasiado tarde para analizar las razones.

—Miss Quested, ¡qué nombre! —hizo notar Mrs. Turton a su esposo mientras se alejaban en coche.

La señorita recién llegada no le resultaba simpática; le parecía descortés y caprichosa. Confiaba en que no hubiera venido para casarse con Heaslop, un muchacho tan considerado, aunque era esa la impresión que daba. Su marido estaba interiormente de acuerdo con ella, pero nunca hablaba mal de una inglesa si podía evitarlo, y se limitó a decir que Miss Quested cometía errores, como era natural. Luego añadió:

—La India consigue mejoras maravillosas en lo que a discernimiento se refiere, sobre todo cuando hace calor; ha dado muy buenos resultados, incluso en el caso de Fielding.

Mrs. Turton cerró los ojos al oír aquel nombre, y comentó que Mr. Fielding no era *pukka*, y que lo mejor sería que se casara con Miss Quested, que tampoco era *pukka*. Luego llegaron a su bungalow, bajo y enorme, el más antiguo y el menos cómodo de toda la zona residencial, con una extensión de césped tan hundida que parecía un plato sopero; volvieron a beber —esta vez agua de cebada— y se acostaron. Su salida del club había marcado el final de la velada que, como todas las reuniones de ingleses en Chandrapore, tenía cierto carácter oficial. Una comunidad que dobla la rodilla ante un virrey y cree que el carácter divino que rodea a un rey puede trasplantarse ha de sentir cierta reverencia por cualquiera que represente al virrey. En Chandrapore los Turton eran pequeños dioses; pronto se retirarían a alguna villa en las afueras de un centro urbano, y morirían lejos de la gloria que ahora disfrutaban.

—Nuestro gran hombre se está portando francamente bien —comentó Ronny,

muy halagado por las atenciones que habían recibido sus huéspedes—. ¿Os dais cuenta de que no ha dado nunca un *Bridge Party*? ¡Y eso después de invitarnos a cenar! Me gustaría haber organizado algo yo mismo, pero cuando conozcáis mejor a los nativos comprenderéis que al *Burra Sahib* le resulta más fácil que a mí. Le conocen, saben que no pueden engañarle; a mí en cambio me falta experiencia, comparativamente. Nadie puede empezar a pensar que conoce este país sin haber pasado veinte años en él.;Eh, madre! Aquí tienes la capa. Bien: voy a daros un ejemplo de las equivocaciones que uno comete. Poco después de llegar estuve fumando con uno de los abogados; nada más que un cigarrillo, no creáis. Luego me enteré de que mandó «soplos» por todo el bazar, anunciando lo ocurrido; a todos los pleiteantes se les dijo que «les sería más conveniente acudir al *Vakil Mahmoud Ali*: está en muy buenas relaciones con el Magistrado Municipal». Desde entonces le ataco todo lo que puedo en los tribunales. Yo he aprendido la lección y espero que él también.

—¿Y no sería mejor que fumaras alguna vez con todos los abogados?

—Quizá, pero falta tiempo y la carne es flaca. Mucho me temo que prefiero fumar en el club, entre personas como yo.

—¿Y por qué no invitar a los abogados al club? —insistió Miss Quested.

—No está permitido.

Ronny se mostraba amable y paciente, y sin duda se daba cuenta de por qué Adela no comprendía. Él había sido como ella —venía a decir—, pero no por mucho tiempo. Saliendo al porche, llamó con voz firme en dirección a la luna. Su *sais* le respondió y, sin bajar la cabeza, ordenó que le trajeran el coche. Mrs. Moore, a quien el club había atontado, se reanimó en el exterior. Contempló la luna, cuyo resplandor manchaba de amarillo rojizo el morado del cielo colindante. En Inglaterra la luna le daba la impresión de estar muerta y de ser una cosa ajena; aquí, quedaba envuelta en el manto de la noche junto con la tierra y todas las estrellas. Un repentino sentimiento de unidad, de parentesco con los cuerpos celestes, se apoderó de la anciana, abandonándola inmediatamente, como un flujo de agua que atraviesa un depósito y deja una extraña sensación de frescor. No es que le disgustara *La prima Kate* o el himno nacional, pero su contenido había desaparecido ante otro nuevo, de la misma manera que cócteles y cigarros se habían trasmutado en flores invisibles. Cuando la mezquita, alargada y sin cúpula, brilló en una curva de la carretera, Mrs. Moore exclamó:

—Sí; he ido ahí; ahí es donde he estado.

—¿Has estado cuándo? —preguntó su hijo.

—En el entreacto.

—Pero, madre, no puedes hacer esas cosas.

—¿No puedo? —replicó ella.

—No; por lo menos en este país. Aquí no se hace. Está el peligro de las serpientes, sin ir más lejos. Salen de noche con mucha frecuencia.

—¡Ah, sí! Eso es lo que dijo el joven que estaba allí.

—Eso suena muy romántico —dijo Miss Quested, que sentía un gran afecto por Mrs. Moore y le agradaba pensar que la anciana hubiese disfrutado con su pequeña escapatoria—. ¡Se encuentra con un joven en una mezquita y ni siquiera se acuerda de contármelo!

—Te lo iba a decir, Adela, pero por alguna razón cambiamos de tema de conversación y se me olvidó. Mi memoria va de mal en peor.

—¿Era simpático?

Mrs. Moore hizo una pausa y dijo luego, con gran convicción:

—Muy simpático.

—¿Quién era? —quiso saber Ronny.

—Un médico. No me dijo su nombre.

—¿Un médico? No sé de ningún médico joven en Chandrapore. ¡Qué extraño! ¿Qué aspecto tenía?

—Más bien pequeño, con un bigotito y ojos penetrantes. Me llamó cuando estaba en la parte oscura de la mezquita... acerca de 1 mi» zapatos. Esa fue la razón de que empezáramos a hablar. El temía que los llevara puestos, pero afortunadamente me había acordado de quitármelos. Me habló de sus hijos y luego volvimos andando al club. Te conoce mucho.

—Tendrías que habérmelo señalado. No consigo adivinar de | quién se trata.

—No entró en el club. Dijo que no le estaba permitido.

Fue entonces cuando se hizo la luz y Ronny exclamó:

—¡Santo cielo! ¿No estarás hablando de un mahometano? ¿Por no has dicho que habías hablado con un nativo? Estaba haciéndome un lío.

—¡Un mahometano! ¡Qué cosa tan magnífica! —exclamó Miss Quested—. Ronny, ¿no es típico de tu madre? Mientras hablamos de ver la verdadera India, ella va, la ve y luego se olvida de que la ha visto.

Pero Ronny se sentía molesto. Por la descripción de su madre había imaginado que el médico pudiera ser el joven Muggins, del otro lado del Ganges, y esa posibilidad había despertado todas las emociones del compañerismo. ¡Qué confusión tan absurda! ¿Por qué su madre no había indicado con el tono de voz que estaba hablando de un indio? Irritado y dictatorial, empezó a interrogarla. «¿Te llamó en la mezquita, no es eso? ¿Cómo? ¿Insolentemente? ¿Qué hacía él allí a esas horas de la noche? No, no es su hora de oración.» Esto último en respuesta a una sugerencia de Miss Quested, que manifestaba un vivísimo interés. «De manera que te interpeló por los zapatos. Entonces fue una insolencia. Es un viejo truco. Me gustaría que los hubieras llevado puestos.»

—Me parece que hubo descaro, pero no estoy de acuerdo en cuanto al truco — dijo Mrs. Moore—. Tenía los nervios de punta..., se lo noté en la voz. En cuanto contesté, cambió de actitud.

—No tendrías que haber contestado.

—Vamos a ver —dijo la muchacha con mentalidad lógica—, ¿no esperarías que un mahometano te contestara si le pidieras que se quitara el sombrero en la iglesia?

—Es diferente, completamente diferente; no lo entiendes.

—Ya sé que no, pero me gustaría entenderlo. ¿Quieres hacer el favor de decirme cuál es la diferencia?

Ronny preferiría que no se inmiscuyera. El caso de su madre no tenía importancia: era una mujer que viajaba por todo el mundo, una acompañante momentánea, que podía regresar a Inglaterra con cualquier impresión que le pareciera oportuna. Pero Adela, que planeaba pasar la vida en aquel país, suponía ya un problema mucho más serio; sería muy molesto que empezara con ideas equivocadas sobre el tema de los nativos. Detuvo a la yegua que tiraba del coche y dijo: —Ahí está vuestro Ganges.

Su atención se distrajo. Debajo de ellos había aparecido repentinamente un resplandor. No procedía ni del agua ni del brillo de la luna, pero se mantenía como un haz luminoso sobre la oscuridad. Ronny les dijo que era donde se estaba formando el nuevo banco de arena, y que la parte oscura más deshilachada que había encima era la arena, y que los cadáveres venían flotando en aquella dirección desde Benarés, o al menos vendrían si se lo permitieran los cocodrilos.

—No son muchos los cadáveres que llegan a Chandrapore.

—¡Cocodrilos también, qué cosa tan terrible! —murmuró su madre.

Los jóvenes se miraron y sonrieron; se divertían cuando la anciana señora sufría uno de aquellos suaves estremecimientos, y en esta ocasión sirvió para que se restableciera la armonía entre los dos.

—¡Qué río tan terrible! ¡Qué río tan maravilloso! —continuó Mrs. Moore, dejando escapar un suspiro.

El resplandor se estaba modificando, ya fuera por el desplazamiento de la luna o de la arena; pronto habría desaparecido el brillante haz, y un anillo, también destinado a modificarse, adquiriría consistencia sobre el vacío en continuo movimiento. Las mujeres deliberaron sobre si esperarían o no a que se produjera el cambio, mientras el silencio se quebraba en retazos de desasosiego y la yegua se estremecía. En consideración hacia ella no esperaron, sino que siguieron adelante hasta llegar al bungalow del Magistrado Municipal, donde Miss Qusted se acostó y Mrs. Moore mantuvo un breve diálogo con su hijo.

Ronny quería saber más cosas sobre el médico mahometano de la mezquita. Era deber suyo dar parte de cualquier persona sospechosa y probablemente se trataba de

algún *hakim* desacreditado que había subido merodeando desde el bazar. Cuando su madre le explicó que era alguien relacionado con el Hospital Minto, se sintió aliviado, y dijo que debía de tratarse de Aziz, y que era una excelente persona; no había nada en contra de él, en absoluto.

—¡Aziz! ¡Qué nombre tan encantador!

—De manera que estuvisteis hablando. ¿Te dio la impresión de que estaba bien dispuesto?

—Sí, completamente, pasado el primer momento —respondió Mrs. Moore, ignorante de las implicaciones de tal pregunta.

—Quiero decir, de manera general. ¿Parecía tolerarnos... a nosotros, los brutales conquistadores, los burócratas sin corazón, todo ese tipo de cosas?

—Sí, creo que sí, excepto los Callendar; no le son nada simpáticos.

—De manera que fue eso lo que te dijo, ¿eh? Al Mayor le interesará saberlo. Me pregunto qué pretendería con esa observación.

—¡Ronny! ¿No estarás pensando en ir a contárselo al Mayor Callendar?

—Sí, naturalmente. ¡Tengo que hacerlo, de hecho!

—Pero, hijo mío...

—Si el Mayor oyera que no soy del agrado de alguno de mis subalternos nativos, yo esperararía que me lo hiciera saber.

—Pero, querido..., ¡una conversación privada!

—En la India no hay nada privado. Aziz lo sabía cuando dio su opinión, así que no debes preocuparte. Tenía algún motivo para decir lo que dijo. Personalmente creo que esa observación no era sincera.

—¿Qué quieres decir?

—Atacó al Mayor para impresionarte.

—No entiendo qué quieres decir, hijo mío.

—Es la nueva táctica de los nativos con una educación superior. Antes practicaban la adulación servil, pero la generación más joven cree en la necesidad de poner de manifiesto una varonil independencia. Suponen que dará mejores resultados con los miembros del Parlamento que van por ahí viajando. Pero tanto si los nativos fanfarronean como si adulan, siempre hay algo detrás de cada observación que hacen y, cuando menos, están tratando de aumentar su *izzat*; dicho más claramente, de apuntarse un tanto. Por supuesto, existen excepciones.

—Nunca juzgabas así a la gente en Inglaterra.

—La India no es Inglaterra —replicó él con bastante brusquedad.

Lo cierto es que para silenciar a su madre había estado usando frases y razonamientos tomados de otros funcionarios más antiguos, y Ronny no se sentía completamente seguro de sí mismo. Al decir «por supuesto, existen excepciones» estaba citando a Mr. Turton, mientras «aumentar su *izzat*» era del mismo Mayor

Callendar. Las frases funcionaban y eran de uso corriente en el club, pero Mrs. Moore tenía una gran capacidad para distinguir entre expresiones de primera y de segunda mano, y podía insistir para que le diera ejemplos concretos.

—No puedo negar que lo que dices suena muy razonable, pero en ningún caso debes comentar con el Mayor Callendar lo que yo te he dicho sobre el doctor Aziz — se limitó a contestarle ella.

Ronny se sintió desleal hacia su casta, pero prometió lo que se le pedía, añadiendo: —A cambio, haz el favor de no hablar a Adela de Aziz.

—¿Que no le hable de él? ¿Por qué?

—Ya estamos empezando otra vez, madre. No soy capaz de explicarlo todo. No quiero que Adela se preocupe, puedes estar segura; empezará a cavilar sobre si tratamos a los nativos debidamente y todas esas tonterías.

—Pero Adela ha venido para preocuparse; ésa es exactamente la razón de que se halle aquí. Lo estuvo analizando todo en el barco. Tuvimos una conversación muy larga cuando desembarcamos en Aden. Te conoce en los ratos de ocio, como ella dice, pero no en el trabajo, y comprendió que tenía que venir y echar una ojeada alrededor, antes de decidirse..., y antes de que tú te decidieras. Es una persona muy imparcial.

—Lo sé —dijo él con tono abatido.

Al advertir la nota de ansiedad de su voz, Mrs. Moore comprendió que Ronny era todavía un niño pequeño y tenía que conseguir lo que le gustaba; prometió acatar sus deseos y se dieron un beso de buenas noches. Pero como no le había prohibido pensar en Aziz, lo estuvo haciendo al retirarse a su habitación. Reconsideró el encuentro en la mezquita a la luz de los comentarios de su hijo, para decidir cuál era la impresión correcta. Sí; era posible convertir todo en una escena muy desagradable. El médico había empezado por tratar de intimidarla, y después de decir que Mrs. Callendar era encantadora —al descubrir que pisaba terreno firme— había modificado su juicio; se había quejado de sus agravios, adoptado al mismo tiempo un aire protector con ella; había tomado doce direcciones distintas en una sola frase, mostrándose poco serio, demasiado inquisitivo y bastante vanidoso. Sí, todo ello era cierto, pero qué falso como resumen del hombre; los aspectos más esenciales de su vida quedaban destruidos.

Al ir a dejar la capa, la anciana descubrió que el extremo del colgador estaba ocupado por una pequeña avispa. Mrs. Moore se había percatado de la existencia de esta avispa, o de otras congéneres suyas, durante el día; eran distintas de las avispas inglesas, con largas patas amarillas, que llevaban colgando por debajo mientras volaban. Quizás aquélla había confundido el colgador con una rama: ningún animal indio tiene el menor sentido de los interiores. Murciélagos, ratas, pájaros e insectos tan pronto hacen sus nidos fuera como dentro de una casa; para ellos cualquier

edificio no es más que otra normal expansión de la jungla eterna que, alternativamente, produce árboles, casas, árboles. Allí estaba, aferrada al colgador, mientras en el llano los chacales aullaban sus deseos, que se mezclaban con el resonar de los tambores.

—Bonita —le dijo Mrs. Moore a la avispa, que no se despertó. Pero la voz de la anciana salió flotando de la casa a engrosar la inquietud de la noche.

Capítulo cuarto

El Administrador General cumplió su palabra. Al día siguiente envió invitaciones a numerosos caballeros indios de los alrededores, explicando que les esperaba en el jardín del Club entre las cinco y las siete del martes, y también que Mrs. Turton recibiría con mucho gusto a las damas de sus familias que estuvieran excluidas del *puraah*. Su iniciativa causó gran conmoción y fue comentada en distintas esferas.

—Se debe a las órdenes del Vicegobernador —fue la explicación de Mahmoud Ali—. Turton nunca haría esto si no le obligaran. Pero los funcionarios de más alto rango son diferentes; simpatizan con nosotros, el Virrey nos comprende mejor, quieren que se nos trate adecuadamente. Pero ¡vienen tan pocas veces y viven tan lejos! Mientras tanto...

—Es fácil ser comprensivo desde lejos —dijo un caballero anciano con barba—. Valoro más las palabras amables dichas cerca de mi oído. Mr. Turton las ha pronunciado, por la razón que sea. Él habla, nosotros escuchamos. No veo que necesitemos discutirlo más.

Y enlazó con una serie de citas del Corán.

—No todos somos tan mansos por temperamento, Nabab Bahadur, ni sabemos tanto como usted.

—El Vicegobernador puede ser muy buen amigo mío, pero no le causo problemas. «¿Qué tal está usted, Nabab Bahadur?» «Muy bien, gracias, Sir Gilbert; ¿qué tal está usted?» Y eso es todo. Pero sí puedo ser una espina en el costado de Mr. Turton, y si me llama acepto su invitación. Vendré especialmente desde Dilkusha, aunque tenga que posponer otros asuntos.

—Se rebajará usted —dijo de repente un hombrecillo muy moreno.

Se produjo un movimiento de censura. ¿Quién era aquel advenedizo mal educado, para permitirse criticar al terrateniente mahometano más importante del distrito? Mahmoud Ali, aun compartiendo su punto de vista, se sintió obligado a manifestar su oposición.

—¡Mr. Ram Chand! —dijo, inclinándose rígidamente hacia adelante, con las manos en las caderas.

—¡Mr. Mahmoud Ali!

—Mr. Ram Chand, el Nabab Bahadur, me parece a mi, no necesita de nuestra opinión para decidir si se rebajará o no.

—Creo que no voy a rebajarme —dijo el Nabab Bahadur a Mr. Ram Chand, hablando con gran cordialidad, porque era consciente de la descortesía de su interlocutor y deseaba protegerle contra las consecuencias de su acto. Cruzó por su

mente la idea de contestar, «Espero rebajarme», pero la rechazó por tratarse de la alternativa menos cortés—. No veo por qué tendríamos que rebajarnos. La invitación está redactada en un tono muy cordial.

Notando que no le era posible disminuir más las distancias sociales entre él y sus oyentes, envió a su elegante nieto, que le servía de acompañante, en busca de su coche. Cuando volvió con él, el Nabab repitió todo lo que había dicho anteriormente, aunque de manera más extensa, acabando con un «Hasta el martes, pues, caballeros, cuando espero que nos reunamos en los jardines del Club.»

Su opinión tenía gran peso. El Nabab Bahadur era un gran propietario y un filántropo; hombre benevolente y muy capaz de tomar sus propias decisiones. Disfrutaba de gran prestigio entre todas las comunidades de la provincia. Era enemigo leal, amigo sin desfallecimientos y de hospitalidad proverbial. «Da, no legues, ¿quién te lo agradecerá después de la muerte?» era su observación favorita. Consideraba una desgracia morir rico. Cuando un hombre como él estaba dispuesto a recorrer veinticinco millas en automóvil para estrechar la mano del Administrador, la fiesta tomaba otro cariz. Porque el Nabab Bahadur no era como algunos hombres eminentes, que anuncian su asistencia y luego no aparecen en el último momento, dejando que las personas menos importantes se las arreglen como puedan. Si decía que iba a ir, iría; nunca engañaba a sus partidarios. Los caballeros a quienes había explicado los motivos de su decisión se instaron unos a otros a asistir a la fiesta, aun que íntimamente convencidos de que en aquella ocasión el Nabab Bahadur se equivocaba.

El terrateniente había hablado en una pequeña habitación, cercana a los tribunales, donde los abogados esperaban a los clientes; los clientes que esperaban a los abogados se sentaban fuera, en el polvo. Estos últimos no habían recibido una tarjeta de Mr. Turton. Y aún quedaban otros círculos más allá de éstos: personas que sólo llevaban un taparrabos, otros que ni eso siquiera, y que se pasaban la vida golpeando entre sí dos palos delante de un muñeco carmesí; humanidad que desciende imperceptiblemente de un grado a otro y se difumina más allá de donde alcanza la visión de las personas educadas, hasta que ninguna invitación terrena puede abarcarla.

Quizá todas las invitaciones deban proceder del cielo; quizá sea inútil que los hombres traten de unirse, porque al intentarlo sólo consiguen ensanchar el abismo que los separa. Al menos eso pensaban el anciano Mr. Graysford y el joven Mr. Sorley, los devotos misioneros que vivían más allá de los mataderos, viajaban siempre en tercera y nunca visitaban el Club. En la casa de nuestro Padre hay muchas moradas, enseñaban ellos, y sólo allí serán bien recibidas y consoladas las incompatibles multitudes humanas. En el porche celestial, nadie —blanco o negro— será despedido por los criados ni nadie que se acerque con un corazón amante se

quedará de pie. Y ¿por qué tendría que pararse ahí la hospitalidad divina? Piénsese, con todo respeto, en los monos. ¿No habrá también un aposento para los monos? El anciano Mr. Graysford decía «No», pero el joven Mr. Sorley, más avanzado, decía «Sí»; no veía razones para que los monos no tuvieran su correspondiente participación en la felicidad eterna, y con sus amigos hindúes mantenía conversaciones llenas de comprensión acerca de ellos. ¿Y los chacales? Mr. Sorley no tenía en muy alta consideración a los chacales, pero admitía que la misericordia de Dios, siendo infinita, podía muy bien abrazar a todos los mamíferos. ¿Y las avispas? El joven misionero empezaba a sentirse inquieto durante el descenso a las avispas y tendía a cambiar de conversación. ¿Y las naranjas, los cactus, los cristales y el barro? ¿Y las bacterias dentro de Mr. Sorley? No, no; eso era ir demasiado lejos. Tenemos que excluir a alguien de nuestra reunión o de lo contrario nos quedaremos sin nada en absoluto.

Capítulo quinto

El *Bridge Party* no fue un éxito; al menos no fue lo que Mrs Moore y Miss Quested estaban acostumbradas a considerar como una fiesta con éxito. Llegaron pronto, puesto que se daba en su honor, pero la mayoría de los invitados indios se habían presentado antes, y estaban amontonados en el lado más distante de las pistas de tenis, sin hacer nada.

—No son más que las cinco —dijo Mrs. Turton—. Mi marido llegará del despacho dentro de un momento y empezará el acto. No sé lo que tenemos que hacer. Es la primera vez que damos una fiesta como ésta en el Club. Mr. Heaslop, cuando yo esté muerta y enterrada, ¿seguirán ustedes celebrando fiestas así? No creo que se necesite otra cosa para que cualquier *Burra Sahib* chapado a la antigua se remueva inquieto en su tumba.

Ronny rió respetuosamente.

—Querías algo pintoresco y te lo hemos proporcionado —le dijo a Miss Quested—. ¿Qué te parece el Hermano Ario con casco y polainas?

Ni ella ni la madre de Ronny respondieron. Miraban con bastante tristeza al otro lado de la pista de tenis. No, no tenía nada de pintoresco; el Este, abandonando su secular magnificencia, estaba descendiendo a un valle del que ningún hombre alcanzaba a ver el otro lado.

—Lo más importante es recordar que los que están aquí no cuentan; las personas realmente importantes no vienen. ¿No es así, Mrs. Turton?

—Totalmente cierto —dijo la gran dama, recostándose en su asiento.

Estaba «reservándose», como ella lo llamaba; no para algo que pudiera suceder aquella tarde o incluso durante la semana, sino para alguna indeterminada ocasión futura, cuando apareciera un funcionario de alto rango que pusiera a prueba sus dotes de anfitriona. La mayoría de sus apariciones públicas se caracterizaban por esta actitud de reserva.

Seguro ya de su aprobación, Ronny continuó:

—Los indios instruidos no nos servirán de nada si hay un conflicto; simplemente no merece la pena ganárselos, por eso es por que no cuentan. La mayoría de las personas que veis son sediciosas en el fondo de su corazón y el resto echarían a correr chillando. El labrador ya es otra historia, y el *pathan*: a ése sí que se le puede considerar un hombre. Pero esas gentes... no os imaginéis que son la India.

Señaló a la línea oscura más allá de la pista, y aquí y allá brillaron unos quevedos o alguien arrastró los zapatos como si se dieran cuenta de que los estaba despreciando. La ropa europea había caído sobre ellos como una lepra, pocos se

habían rendido incondicionalmente, pero ninguno quedaba incólume. Cuando Ronny hubo terminado de hablar se produjo un silencio a ambos lados de la pista; otras señoras se incorporaron por fin al grupo inglés, pero sus palabras parecían morir nada más pronunciadas. Sobre sus cabezas flotaban, imparciales, algunas cometas; sobre las cometas pasó el bulto de un buitre y por encima, con una imparcialidad que excedía todo lo demás, el cielo —translúcido más que de un color determinado— derramaba luz por toda su circunferencia. Y más allá del cielo, ¿no debe de haber algo que abarque todos los cielos, aún mes imparcial que ellos? Más allá de lo cual, lógicamente...

Hablaron de *La prima Kate*.

Habían tratado de reproducir en el escenario su propia actitud ante la vida, y vestirse como lo que eran en realidad: ingleses de clase media. Al año siguiente representarían *Quality Street o Los alabarderos del rey*. Con la excepción de esta incursión anual, nunca se ocupaban de la literatura. Los hombres no tenían tiempo, y las mujeres no hacían nada que no pudieran compartir con los nombres. Su ignorancia de las artes era llamativa, y no perdían oportunidad de proclamarlo entre sí; era la actitud de los colegios privados, pero floreciendo con mucho más vigor del que cabe esperar en Inglaterra. Si los indios no eran más que un tema profesional, las artes eran mala educación, y Ronny había hecho callar a su madre cuando Mrs. Moore le preguntó por su viola; una viola era casi un desmerecimiento y, desde luego, el tipo de instrumento del que no se hablaba en público. La anciana señora advirtió lo convencional y tolerante de los actuales juicios de su hijo; cuando, anteriormente, los dos habían visto juntos *La prima Kate* en Londres, Ronny la había menospreciado; ahora fingía que se trataba de una obra de calidad, con el fin de no herir los sentimientos de nadie. El periódico local había publicado un «desagradable comentario», «algo que no podía haber escrito ningún hombre blanco», según hizo notar Mrs. Lesley. Se elogiaba la obra, por supuesto, y también la dirección de escena y la interpretación en su conjunto, pero el artículo contenía la siguiente frase: «Miss Derek, aunque daba perfectamente el físico de su personaje, carecía de la necesaria experiencia y, a veces, no recordaba sus parlamentos.» Este modesto intento de crítica sincera no había afectado a Miss Derek, que era una mujer muy dura, pero sí ofendido mortalmente a sus amistades. Miss Derek no vivía en Chandrapore. Estaba pasando dos semanas con los McBryde, responsables de la policía, y había tenido la amabilidad de cubrir un hueco del reparto en el último momento. ¡Buena impresión iba a llevarse consigo de la hospitalidad local!

—A trabajar, Mary, a trabajar —exclamó el Administrador, tocando a su mujer en el hombro con una fusta.

Mrs. Turton se puso en pie desmañadamente.

—¿Qué quieres que haga? ¡Esas mujeres *purdah*! Nunca imaginé que fueran a

venir. ¡Cielo santo!

Un pequeño grupo de damas indias se había estado reuniendo en una tercera zona de los jardines, cerca de una rústica glorieta donde las más tímidas ya habían buscado refugio. El resto seguía de pie, de espaldas a los demás invitados y las caras muy apretadas contra una hilera de arbustos. A poca distancia se encontraban sus familiares del sexo masculino, contemplando la arriesgada empresa. El espectáculo era significativo: una isla puesta al descubierto por el cambio de la marea, y destinada a crecer.

—Mi opinión es que deberían venir a donde estoy yo.

—Vamos, Mary, cuanto antes mejor.

—Me niego a estrechar la mano de ningún hombre, como no sea el Nabab Bahadur.

—¿Quién ha venido hasta ahora? —Mr. Turton recorrió la línea de una ojeada—. ¡Hummm!, más o menos los que cabía esperar. Sabemos por qué está ése aquí, me parece; se trata de un contrato; y aquel otro quiere ganarse mi buena voluntad para el *muharram*; el de más allá es el astrólogo que desea saltarse el reglamento municipal sobre edificaciones; el siguiente es el *parsi*, y el otro... ¡Vaya! Aní va, derecho a nuestras malvarrosas. Tiró de la rienda izquierda pensando que era la derecha. Todo igual que siempre.

—Nunca se les debiera haber permitido entrar aquí en coche; es un pésimo precedente —dijo Mrs. Turton que, por fin, se había puesto en camino hacia la glorieta, acompañada de Mrs. Moore, Miss Quested y un terrier—. No logro entender por qué vienen. Les gusta tan poco como a nosotras. Hablen con Mrs. McBryde. Su esposo le hizo dar fiestas *pardah* hasta que ella se negó en redondo.

—Esto no es una fiesta *pardah* —corrigió Miss Quested.

—¿De veras? —fue la desdeñosa respuesta.

—Tenga la amabilidad de decirnos quiénes son estas señoras —pidió Mrs. Moore.

—De todas formas, son ustedes superiores a ellas, no lo olviden. Son ustedes superiores a todas las mujeres de la India si se exceptúa a una o dos de las *Ranis* con las que están en un plano de igualdad.

Adelantándose, estrechó la mano de las damas que formaban el grupo y pronunció unas palabras de bienvenida en urdu. Mrs. Turton había aprendido la lengua, pero sólo para hablar con sus criados, de manera que no conocía ninguna de las fórmulas de cortesía y de los verbos sólo el modo imperativo. Nada más terminar su salutación, la primera dama local se volvió hacia sus acompañantes.

—¿Era esto lo que ustedes querían?

—Por favor, diga a estas señoras que nos gustaría hablar su lengua, pero que acabamos de llegar a su país.

—Quizá nosotras hablamos un poco su idioma —dijo una de las señoras.

—¡Vaya, imagínense, nos entiende! —dijo Mrs. Turton.

—Eastbourne, Piccadilly, Hyde Park Corner —dijo otra de las señoras.

—Sí, claro; hablan inglés.

—En ese caso podemos hablar; ¡qué maravilla! —dijo Adela, iluminándosele el rostro.

—También conoce París —hizo saber uno de los espectadores.

—Cruzan París de camino, no hay duda —dijo Mrs. Turton, como si estuviera describiendo los movimientos de las aves migratorias. Su actitud se había hecho más distante al descubrir que algunas mujeres del grupo estaban occidentalizadas y podían aplicarle a ella sus propios criterios.

—La señora más baja es mi mujer, Mrs. Bhattacharya —explicó el espectador—. La señora más alta es mi hermana, Mrs. Das.

Las dos damas aludidas se ajustaron el *sari* y sonrieron. Había una curiosa inseguridad en sus gestos, como si estuvieran buscando una nueva fórmula que ni Oriente ni Occidente podían proporcionarles. Cuando su marido hablaba, Mrs. Bhattacharya le volvía la espalda, pero no parecía tener inconveniente en ver a los otros hombres. De hecho, todas las señoras se mostraban llenas de indecisión, encogiéndose y recobrando ánimos, riendo nerviosamente, haciendo gestos casi imperceptibles de disculpa y de desesperación ante cada frase que se decía, y acariciando y rehuyendo al terrier alternativamente. Miss Qusted tenía ahora su deseada oportunidad; allí delante se hallaban unas indias amistosamente dispuestas y trató de hacerles hablar, pero no lo consiguió; no hizo más que luchar en vano contra unas murallas de cortesía que se limitaban a servirle de eco. Cualquier cosa que decía originaba un murmullo de disculpa, que se transformó en preocupación cuando se le cayó el pañuelo. Miss Qusted trató de no hacer nada, para ver qué sucedía, pero las señoras indias tampoco hicieron nada. Mrs. Moore no consiguió mejores resultados. Mrs. Turton se limitaba a esperarlas con expresión indiferente; "había sabido desde el principio lo absurdo que era todo aquello.

Cuando se estaban despidiendo, Mrs. Moore tuvo un impulso y, dirigiéndose a Mrs. Bhattacharya, cuyo rostro le resultaba agradable, le dijo:

—Me pregunto si tendría usted inconveniente en que fuéramos a visitarla algún día.

—¿Cuándo? —respondió ella, inclinándose graciosamente.

—Cuando sea conveniente.

—Todos los días son convenientes.

—El jueves...

—Claro que sí.

—Disfrutaremos muchísimo, será un verdadero placer. ¿Cuál es el mejor momento durante el día?

—Cualquier hora.

—Díganos la que usted prefiera. Ignoramos todo lo relativo a su país; no sabemos cuándo reciben ustedes visitas —dijo Miss Quested.

Mrs. Bhattacharya tampoco parecía saberlo. Su gesto daba a entender que desde que existían los jueves había sabido que unas señoras inglesas acudirían a visitarla en uno de ellos y que, por tanto, siempre estaba en casa ese día de la semana. Todo le agradaba, nada le sorprendía. Después añadió: —Salimos para Calcuta.

—¿Es eso cierto? —dijo Adela, sin percatarse en un primer momento de las implicaciones. Después exclamó—: Pero entonces no estará usted cuando vayamos a verla.

Mrs. Bhattacharya no intentó contradecirla. Pero su marido exclamó desde lejos: —Sí, sí; vengan ustedes el jueves.

—Pero estarán ustedes en Calcuta.

—No, no; no estaremos —Mr. Bhattacharya dijo algo muy de prisa a su esposa en bengalí—. Les esperamos el jueves.

—Jueves... —repitió su mujer como un eco.

—¿No habrán hecho una cosa tan terrible como retrasar su marcha por nosotras? —exclamó Mrs. Moore.

—No, claro que no; no somos gente así. Mr. Bhattacharya reía al hablar.

—Creo que sí lo han hecho. Por favor..., eso me angustia más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

Todo el mundo se reía ya, pero sin dar la impresión de que nadie se hubiera equivocado. Siguió una discusión que no aclaró nada y durante la cual Mrs. Turton se retiró, sonriendo para sus adentros. El resultado de todo ello fue que las señoras inglesas irían el jueves, pero por la mañana temprano, para estropear lo menos posible los planes de sus anfitriones; Mr. Bhattacharya enviaría su coche a buscarlas, con criados para señalar el camino. ¿Sabía dónde vivían? Sí, claro que sí, Mr. Bhattacharya lo sabía todo; acto seguido rió de nuevo. Mrs. Moore y Miss Quested se alejaron entre un considerable revuelo de cumplidos y sonrisas; y otras tres señoras, que hasta entonces no habían tomado parte en la recepción, salieron a toda prisa de la glorieta, como golondrinas de delicados colores, y les hicieron un profundo *salaam*.

El Administrador General, mientras tanto, había llevado a cabo su recorrido. Hizo observaciones amistosas y unos cuantos chistes que fueron vigorosamente celebrados, pero como sabía cosas que iban en descrédito de la casi totalidad de sus huéspedes, no hizo en realidad más que cubrir las apariencias. Los que no habían defraudado tenían un problema de *bhang*, o de mujeres, o algo peor; e incluso los más recomendables querían conseguir algo de él. Mr. Turton estaba convencido de que un *Bridge Party* hacía más bien que mal, ya que de lo contrario no lo hubiese organizado, pero no se nacía ilusiones y en el momento oportuno se retiró al lado

inglés del jardín. Las impresiones que dejó tras sí fueron diversas. Muchos de los huéspedes, especialmente los más humildes y menos familiarizados con las costumbres inglesas, se sintieron sinceramente agradecidos. Que un funcionario de tan alto rango les hubiera dirigido la palabra era ya una partida muy positiva en su activo. No les importó el tiempo que estuvieron en pie, o lo poco que sucedió, ni que al dar las siete en punto se les hiciera abandonar el Club. Otros también se sintieron agradecidos, pero con más discernimiento. El Nabab Bahadur, que no esperaba ningún beneficio personal ni le afectaba la especial deferencia con que se le saludaba, se sintió conmovido por la simple amabilidad que tenía que haber inspirado aquella invitación. Sabía las dificultades que encerraba. También Hamidullah pensó que el Administrador había hecho un esfuerzo digno de elogio. Pero otros, como Mahmoud Ali, se mostraron cínicos; estaban firmemente convencidos de que a Turton le habían obligado a dar la fiesta sus superiores jerárquicos y de que se sentía todo el tiempo consumido por una rabia impotente, y lograron convencer a algunos invitados que habían tenido previamente una opinión más favorable. Sin embargo, incluso Mahmoud Ali se alegraba de haber asistido a la fiesta. Los santuarios son siempre fascinantes, sobre todo si están muy pocas veces abiertos, y le divertía observar el ritual del Club inglés para caricaturizarlo más tarde delante de sus amigos.

Después de Mr. Turton, el funcionario que cumplió mejor con su deber fue Mr. Fielding, el Director del Instituto. Sabía muy poco del distrito y menos aun de sus habitantes, de manera que su actitud era menos cínica. Atlético y jovial por temperamento, anduvo de un lado para otro, cometiendo numerosas equivocaciones que los padres de sus alumnos trataron de disimular porque era muy popular entre ellos. Cuando llegó el momento de los refrescos, no volvió junto a los demás ingleses, sino que se quemó la boca con *gram*. Habló con todo el mundo y comió todo lo que le ofrecieron. Entre otras muchas cosas que le eran completamente ajenas, se enteró de que las dos nuevas señoras inglesas habían tenido un gran éxito, y que la cortesía de que habían dado muestra al querer ser huéspedes de Mrs. Bhattacharya no sólo había complacido a la dama en cuestión, sino a todos los indios que se enteraron de ello. Mr. Fielding también se sintió complacido. Apenas conocía a las dos nuevas señoras, pero decidió contarles la alegría que habían causado con su amistosa actitud.

Encontró sola a la más joven. A través de un corte en el seto de cactus estaba mirando las distantes colinas de Marabar, que se habían ido acercando cautelosamente, como es costumbre suya a la puesta de sol; si el ocaso hubiera durado lo suficiente, habrían alcanzado la ciudad, pero, por tratarse del trópico, la puesta del sol era siempre muy rápida. Mr. Fielding le dio su información y la muchacha se mostró tan complacida y le dio las gracias tan calurosamente que las invitó a ella y a la anciana señora a tomar el té.

—Iré con mucho gusto, y también Mrs. Moore, estoy segura.

—Le advierto que soy más bien un ermitaño.

—Eso es sin duda lo mejor que se puede ser en un sitio como éste.

—Debido a mi trabajo y demás, no voy mucho al Club.

—Ya sé, ya sé; y nosotros nunca salimos de él. Le envidio el tiempo que pasa con los indios.

—¿Le gustaría conocer a uno o dos?

—Muchísimo; es lo que más deseo. Esta fiesta de hoy ha conseguido irritarme y hacer que me sienta desgraciada. Creo que mis compatriotas que viven aquí deben de estar locos. ¡A quién se le ocurre invitar a unas personas para no tratarlas bien después! Usted y Mr. Turton, y quizá Mr. McBryde, son los únicos que se han comportado con un mínimo de cortesía. El resto hace que me sienta absolutamente avergonzada; y además todo está yendo de mal en peor.

Era cierto. Los ingleses tenían el propósito de esforzarse de manera muy especial, pero habían tropezado con el obstáculo de sus mujeres, a las que era preciso dar escolta, traer el té, tranquilizar acerca de los perros, y otras mil menudencias más. Cuando se empezó a jugar al tenis, la barrera se hizo infranqueable. Existía la esperanza de organizar algunos sets entre Este y Oeste, pero la idea se olvidó en seguida, y las pistas quedaron monopolizadas por las habituales parejas del Club. A Fielding también le molestaba aquello, pero no se lo dijo a la muchacha porque notó un algo puramente teórico en su estallido de indignación. ¿Le interesaba la música india?, quiso saber; en el instituto había un viejo profesor que cantaba.

—Eso es precisamente lo que deseábamos oír. Y ¿conoce usted al doctor Aziz?

—Lo sé todo acerca de él, pero no le conozco. ¿Le gustaría que lo invitáramos también?

—Mrs. Moore dice que es encantador.

—Muy bien, Miss Quested. ¿Le parece bien el jueves?

—Sí, desde luego; y esa misma mañana iremos a casa de la señora india. Todas las cosas agradables van a suceder el jueves.

—No voy a pedir al Magistrado Municipal que las traiga. Sé que estará ocupado a esa hora.

—Sí, Ronny tiene siempre mucho trabajo —replicó Miss Quested, contemplando las colinas.

¡Qué hermosas parecían repentinamente! Pero no podía tocarlas. Delante, como una barrera, se le presentó una visión de su vida de mujer casada. Ronny y ella pasarían por el Club todas las tardes, para ir después a casa a vestirse; frecuentarían la compañía de los Lesley, los Callendar, los Turton y los Burton; les invitarían y serían a su vez invitados, mientras la verdadera India pasaba a su lado sin que nadie se fijara en ella. El color seguiría existiendo —el desfile espectacular de pájaros en las primeras horas de la mañana, los cuerpos morenos, los turbantes blancos, los ídolos

de carne escarlata o azul—, y también el movimiento mientras hubiese multitudes en el bazar y gente bañándose en los estanques. Podría contemplarlos desde su asiento en un carruaje. Pero la fuerza que se escondía tras el color y el movimiento se le escaparía aún más que ahora. Siempre vería la India como un friso, nunca como un espíritu, y Adela suponía que era un espíritu lo que Mrs. Moore había vislumbrado.

Y, efectivamente, al cabo de unos minutos Ronny, su madre y ella abandonaron el Club camino de casa, se vistieron y tuvieron como invitados a cenar a Miss Derek y a los McBryde. El menú consistió en sopa juliana con guisantes de lata duros como piedras, una mala imitación de pan europeo, un pescado lleno de espinas que se hacía pasar por lenguado, más guisantes de lata con las chuletas, bizcocho borracho con nata y frutas en conserva; como aperitivo, sardinas sobre rebanadas de pan tostado; el menú de la India inglesa. Se le podía quitar o añadir un plato según el lugar del anfitrión en el escalafón oficial; los guisantes podían estar más o menos duros, y podía variar el nombre de la compañía que importaba las sardinas y el vermut, pero la tradición seguía siendo la misma: comida para exiliados, preparada por criados que no la entendían. Adela pensó en los jóvenes —hombres y mujeres— que habían llegado a la India antes que ella, llenando uno tras otro los barcos que hacían la travesía, para enfrentarse con la misma comida y las mismas ideas, y ser reprendidos con excelente buen humor hasta que se limitaban a hablar de los temas autorizados y pasaban, a su vez, a reprender a otros recién llegados. «Nunca llegaré a ser así», pensó, como era lógico, dada su juventud; pero sabía, sin embargo, que se enfrentaba con algo duro y al mismo tiempo insidioso, y que necesitaba contar con aliados. Tenía que reunir a su alrededor unas cuantas personas que pensarán como ella, y se sintió contenta de haber conocido a Mr. Fielding y a la señora india con apellido impronunciable. Aquello constituía ya un núcleo; se enteraría mucho mejor del suelo que pisaba en el curso de los dos días siguientes.

Miss Derek trabajaba como acompañante de una maharaní en un remoto Estado nativo. Era una mujer ingeniosa y alegre y les hizo reír a todos hablando del permiso que se había tomado porque estaba convencida de que se lo merecía, y no porque la maharaní le hubiese dicho que podía irse. Ahora tenía además intención de apoderarse del automóvil del maharajá; el vehículo había ido a una Conferencia de Jefes en Delhi y Miss Derek contaba con un plan estupendo para secuestrarlo en el empalme ferroviario cuando regresara por tren. También dijo cosas muy divertidas sobre el *Bridge Party*; de hecho, Miss Derek consideraba la península indostánica en su totalidad como una ópera cómica.

—Si no fuera capaz de ver el lado risible de estas gentes más valdría que me diera por vencida —explicó Miss Derek.

Mrs. McBryde —era ella la que había sido enfermera— no cesaba de exclamar:

—¡Ay, Nancy, qué maravilla! ¡Qué divertido es eso que cuentas! Me gustaría

poder ver las cosas de esa manera. Mr. McBryde no habló mucho; parecía una persona agradable. Después de que se marcharan los invitados y de que Adela se fuera a la cama, madre e hijo celebraron otra entrevista. Ronny quería contar con el apoyo y los consejos de Mrs. Moore, sin dejar por ello de irritarse ante cualquier intromisión que considerase injustificada.

—¿Adela habla mucho contigo? —empezó—. Tengo tanto trabajo que no la veo todo lo que quisiera, pero espero que se encuentre a gusto.

—Adela y yo hablamos sobre todo acerca de la India. Y ya que lo mencionas, querido, creo que estás en lo cierto; tendrías que pasar más tiempo a solas con ella.

—Quizá sí; pero en seguida empezarían las habladurías de la gente.

—¡Antes o después tendrá que haber habladurías! Déjales que se distraigan.

—Aquí la gente es muy especial, y las cosas no son como en Inglaterra..., se está siempre delante de las candilejas, como ha dicho el *Burra Sahib*. Te voy a dar un ejemplo que no tiene ninguna importancia: cuando Adela se fue sola hasta un extremo del Club y Fielding la siguió, vi que Mrs. Callendar se estaba fijando. Se fijan en todo hasta que se cercioran de que eres como ellos.

—No creo que Adela llegue nunca a ser como ellos; es demasiado independiente.

—Lo sé; tiene una personalidad muy acusada —comentó Ronny con aire pensativo. A Mrs. Moore le pareció que su hijo se comportaba de una manera bastante absurda. Acostumbrada a la independencia de Londres, no se daba cuenta de que la India, aparentemente tan llena de misterios, carece por completo de ella y que, en consecuencia, las conveniencias sociales tienen mucha más fuerza—. Supongo que no estará preocupada por algo —continuó.

—Pregúntale; pregúntaselo tú mismo, querido.

—Probablemente habrá oído historias sobre el calor pero, como es lógico, la mandaré a las montañas cada año en cuanto llegue abril... No se me ocurriría tener a mi mujer asándose en la llanura.

—No será el clima lo que le preocupe.

—El clima es la única cosa importante en la India, madre; es el alfa y el omega de todo el asunto.

—Sí, eso es lo que Mr. McBryde estaba diciendo, pero es mucho más probable que sean los ingleses de la India los que saquen de quicio a Adela. Piensa que no se portan amablemente con los indios, ¿comprendes?

—¿No te lo había dicho? —exclamó Ronny, perdiendo su tono comedido—. Me di cuenta la semana pasada. ¡Qué típico de una mujer preocuparse por un problema secundario!

La sorpresa de Mrs. Moore fue tan grande que se olvidó de Adela.

—¿Un problema secundario? —repitió—. ¿Cómo es posible?

—¡No estamos aquí para comportarnos amablemente!

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estoy diciendo. Estamos aquí para hacer justicia y mantener la paz. Eso es lo que yo opino. La India no es una sala de visitas.

—Parece más bien la opinión de un dios —dijo ella calmadamente; en realidad, más que las opiniones de su hijo le irritaba su actitud.

Esforzándose por recobrar la calma, Ronny respondió:

—A la India le gustan los dioses.

—Y a los ingleses les gusta hacerse pasar por dioses.

—Todo esto no tiene sentido. Estamos aquí y aquí vamos a quedarnos; el país tiene que hacerse a la idea, tanto si somos dioses como si no. Vamos a ver —estalló de manera bastante patética—, ¿que? ¿queréis Adela y tú que haga yo? ¿Ir en contra de mi propia clase en contra de todas las personas que respeto y admiro? ¿Perder las posibilidades que tengo de hacer el bien en este país porque no me comporto amablemente? Ninguna de las dos entendéis lo que es el trabajo o de lo contrario no diríais esas tonterías. No me gusta hablar así, pero a veces resulta necesario. Es una cosa morbosa lo que Adela y tú estáis haciendo. Me he fijado en vosotras hoy en el Club..., después de todo el trabajo que el Administrador se había tomado para que pasarais un buen rato. Estoy aquí para trabajar, entérate, para retener por la fuerza este desdichado país. No soy un misionero, ni un diputado laborista ni un literato compasivo y vagamente sentimental. No soy más que un funcionario del Gobierno; ejerzo la profesión que tú mismo quisiste que escogiera, y eso es lo que cuenta. No somos amables en la India, y no tratamos de serlo. Tenemos algo más importante que hacer.

Ronny era sincero. Todos los días trabajaba mucho en el juzgado tratando de decidir cuál era la menos falsa entre dos versiones falsas de un hecho; tratando de impartir justicia con intrepidez, de proteger al débil contra el menos débil, al incoherente frente al verosímil, rodeado siempre de mentiras y adulaciones. Aquella misma mañana había condenado a un empleado del ferrocarril por cobrar más a algunos peregrinos, y a un *pathan* por intento de violación. No esperaba gratitud ni reconocimiento, y sabía que tanto el empleado como el *pathan* podían apelar, y tras sobornar más eficazmente a sus testigos, conseguir la anulación de la sentencia. Era! su deber. Pero sí esperaba comprensión de sus compatriotas, y —con la excepción de algunos recién llegados— la obtenía. Estaba convencido de que no tenía por qué preocuparse de los *Bridge Parties* una vez terminada la jornada de trabajo, cuando le apetecía jugar al tenis con otras personas como él o descansar en una *chaiselongue* con las piernas extendidas.

Ronny era sincero al hablar como lo hacía, pero Mrs. Moore hubiese preferido que no se sintiera tan satisfecho. ¡Cómo se complacía en los inconvenientes de su situación! ¡Cómo insistía en que no se hallaba en la India para comportarse

amablemente y cuánta autocomplacencia derivaba de aquel hecho! Mrs. Moore recordó m sus días de estudiante. Había desaparecido toda traza de humanitarismo juvenil y Ronny hablaba ahora como un muchacho inteligente pero amargado. Sin escuchar su voz, sus palabras podían haberla impresionado, pero al oír el deje de autosatisfacción, al verla la boca que se movía tan contenta de sí misma y de manera tan competente debajo de la nariz encarnada, sintió, de manera perfectamente ilógica, que no era aquélla la última palabra sobre la India. Un mínimo de auténtica compunción —no algún estéril sustituto, sino el verdadero pesar que surge del corazón— habría hecho de Ronny un hombre distinto y convertido el Imperio británico en una institución diferente.

—Pues yo voy a defenderlo e incluso a imponerlo —dijo Mrs. Moore, haciendo tintinear sus sortijas—: los ingleses están aquí para ser amables.

—¡Cómo llegas a esa conclusión, madre? —preguntó Ronny, hablando otra vez suavemente, avergonzado de su irritabilidad.

—Porque la India es parte de la tierra. Y Dios nos ha puesto en la tierra para que seamos amables unos con otros. Dios... es amor —Mrs. Moore vaciló un momento, viendo lo mucho que aquel razonamiento molestaba a Ronny, pero algo le obligó a seguir adelante—. Dios nos ha puesto en la tierra para amar a nuestros prójimos y demostrarlo, y está presente en todas partes, incluso en la India, para ver si lo conseguimos.

La expresión de Ronny se hizo sombría, con un componente de ansiedad. Estaba al tanto de aquella vena de religiosidad de su madre, y sabía que era un síntoma de mala salud; se había acentuado mucho al morir su segundo marido. «No hay duda de que se está haciendo vieja; no debería molestarme nada pe lo que diga», pensó Ronny.

—El deseo de comportarse amablemente satisface a Dios... El deseo sincero, aunque impotente, de conseguirlo, basta para obtener sus bendiciones. Creo que todo el mundo fracasa, pero hay muchas maneras distintas de fracasar. Es un problema de buena voluntad y de más buena voluntad. Si hablo en lenguas...

Ronny esperó a que terminara y luego dijo amablemente:

—Claro que lo entiendo. Ahora me temo que tendré que ir a ver unos datos en el archivo y tú tendrás que acostarte.

—Supongo que sí, supongo que sí.

Tardaron unos minutos más en separarse, pero la conversación había dejado de tener sentido al entrar en ella el cristianismo. A Ronny le parecía bien la religión siempre que sirviera de apoyo al himno nacional, pero se oponía a que tratara de tener influencia en su vida. Cuando surgía esta última posibilidad, Ronny —con tono respetuoso pero firme— decía: «No me parece bien hablar de estas cosas, cada uno tiene que construirse su propia religión», y cualquier compatriota que le escuchaba,

murmuraba: «¡De acuerdo!», con tono aprobatorio.

Mrs. Moore tuvo la impresión de haber cometido un error mencionando a Dios, pero cada vez le resultaba más difícil dejarlo de lado a medida que pasaban los años. Dios, sobre todo, había estado constantemente en sus pensamientos desde que llegara a la India aunque —cosa curiosa— cada vez se sentía menos satisfecha de Él. Se veía forzada a pronunciar su nombre con frecuencia, porque era el más poderoso que conocía, y, sin embargo, nunca le había parecido menos eficaz. Fuera del arco siempre parecía haber otro nuevo; más allá del eco más remoto, otro silencio. Y Mrs. Moore lamentó después no haber seguido hablando del tema verdaderamente serio que le había llevado a visitar la India: las relaciones de Ronny con Adela. ¿Llegarían, o no llegarían, a prometerse en matrimonio?

Capítulo sexto

Aziz no había asistido al *Bridjge Party*. Inmediatamente después de su encuentro con Mrs. Moore su atención se había visto requerida por otros asuntos. Varios casos quirúrgicos le habían mantenido ocupado. Había dejado de ser el paria y el poeta para convertirse en el estudioso de la medicina que, rebosante de satisfacción, derramaba a manos llenas sobre los horrorizados oídos de sus amistades mil detalles de las operaciones que había realizado. Su profesión le fascinaba siempre que resultara estimulante y en Aziz lo científico no era la mente, sino la mano. Le entusiasmaba usar el bisturí con precisión y también le gustaba administrar los sueros más recientes. Pero la monotonía de los horarios y de la higiene le aburría profundamente, y después de vacunar a un hombre contra el tifus era capaz de beber agua sin molestarse en filtrarla. «¿Qué puede esperarse de un tipo así?», decía el malhumorado Mayor Callendar. «Ni tesón, ni agallas.» Pero en el fondo de su corazón sabía que si el año anterior Aziz y no él hubiese operado de apéndice a Mrs. Graysford, la anciana señora seguiría viviendo probablemente. Y esto no contribuía a hacerle sentirse mejor dispuesto hacia su subordinado.

Tuvieron un enfrentamiento la mañana siguiente después del encuentro en la mezquita: se peleaban constantemente. El Mayor, que se había pasado en vela la mitad de la noche, quiso saber por qué demonios Aziz no se había presentado en seguida al recibir su nota.

—Tendrá que excusarme, Mayor, pero sí que acudí. Iba en la bicicleta y se me pinchó una rueda delante del Hospital de las Vacas. Así que tuve que buscar un *tonga*.

—¿Un pinchazo delante del Hospital de las Vacas? ¿Y cómo se las arregló para estar allí?

—¿Cómo dice?

—¡Señor, señor! Si yo vivo aquí —dio una patada en el suelo de grava— y usted ahí, a menos de diez minutos de mi casa, y el Hospital de las Vacas está en la otra dirección, allí, ¿cómo es posible que pasara por el Hospital de las Vacas viniendo en mi busca? Y ahora haga el favor de trabajar un poco para variar.

El Mayor Callendar se alejó furioso, sin esperar a que Aziz le diera una excusa, excusa que, dentro de sus limitaciones, era perfectamente válida: el Hospital de las Vacas estaba en la línea recta que unía la casa de Hamidullah y la del Mayor y era lógico que Aziz hubiera pasado por delante. Callendar nunca había llegado a percatarse de que los indios cultos se visitaban unos a otros constantemente y estaban tejiendo, aunque con muchas dificultades, un nuevo entramado social. El Mayor imaginaba que la casta «o algo por el estilo» se lo impediría. Lo único que sabía era

que nadie le decía nunca la verdad, a pesar de que llevaba veinte años en la India, Aziz le vio alejarse con una sonrisa. Cuando estaba de buen humor tenía la impresión de que los ingleses eran una divertida institución, y disfrutaba si entendían mal sus palabras. Pero era una di versión de poca entidad, que un accidente o el paso del tiempo podía destruir; algo muy distinto de la alegría más honda que le proporcionaba estar con las personas en las que confiaba. Se le ocurrió un símil ofensivo que hacía referencia a Mrs. Callendar. «Tengo que decírselo a Mahmoud Ali; le hará reír», pensó. Después se puso a trabajar. Aziz era competente e indispensable y lo sabía. El símil se borró de su mente mientras hacía uso de su habilidad profesional.

Durante aquellos agradables días llenos de actividad, Aziz se enteró vagamente de que el Administrador daba una fiesta, y de que el Nabab Bahadur había dicho que todo el mundo debería ir. Su colega —también médico asistente— el doctor Panna Lal, estaba entusiasmado ante la perspectiva de la fiesta e insistió en que los dos fueran juntos en su nuevo *tum-tum*. Era un arreglo muy conveniente para ambos. Aziz se evitaba el oprobio de presentarse en bicicleta o el gasto de alquilar un vehículo, mientras que el doctor Panna Lal, que era apocado y entrado en años, contaba así con alguien capaz de manejar su caballo. También podría haberlo hecho él, pero con ciertas dificultades, y además le asustaban los automóviles y los giros para entrar en el recinto del Club, que le eran desconocidos. «Puede que ocurra algún desastre —había dicho cortésmente—, pero en todo caso llegaremos hasta allí sanos y salvos, aunque no regresemos nunca.» Después añadió, con algo más de lógica: «Creo que la llegada de dos médicos al mismo tiempo causará un buen efecto.»

Pero en el último momento Aziz sintió una repentina aversión ante la idea de asistir a la fiesta y decidió no ir. Por una parte, su breve temporada de trabajo, que acababa de terminar, le hacía sentirse independiente y lleno de salud. Por otra, el día elegido para la fiesta coincidió con el aniversario de la muerte de su esposa. La mujer de Aziz había fallecido muy poco después de que el joven médico se enamorara de ella; al principio no la había querido. Contagiado por la manera occidental de sentir, Aziz rechazaba la unión con una mujer que no había visto nunca; y, por añadidura, cuando por fin tuvo ocasión de verla le desilusionó y Aziz engendró su primer hijo sin otro estímulo que el simple deseo animal. El cambio se inició después del parto. Aziz fue dejándose ganar por el amor que ella le manifestaba, por una lealtad que iba más allá del simple sometimiento, y por los esfuerzos de su mujer para educarse con vistas a la abolición del *purdah* que, si no llegaba en su generación, se produciría en la siguiente. La mujer de Aziz era inteligente, sin que por ello le faltara un encanto muy a la antigua usanza. Gradualmente Aziz fue perdiendo el convencimiento de que sus familiares habían hecho una elección equivocada. El placer sensual..., bueno, en el caso de haberlo logrado, se habría apagado al cabo de un año; a cambio había

ganado algo que parecía crecer a medida que llevaban más tiempo viviendo juntos. Finalmente su mujer le dio un hijo varón... y había muerto al darle el segundo. Aziz tomó entonces conciencia de lo que había perdido, y de que nadie podría ocupar ya el lugar de su esposa; un amigo estaría más cerca de sustituirla que cualquier otra mujer. Ella se había ido, no había otra igual, y ¿qué era lo que la hacía única, sino el amor? Aziz lograba divertirse y olvidarla en ocasiones; pero en otros momentos comprendía que su mujer se había llevado al Paraíso toda la belleza y la alegría de este mundo, y meditaba sobre la posibilidad del suicidio. ¿La encontraría más allá de la tumba? ¿Existe un sitio donde se producen tales reuniones? Aunque Aziz era ortodoxo, no estaba seguro. La unidad de Dios no podía ponerse en duda y había sido anunciada, de manera incuestionable, pero en todos los demás puntos Aziz fluctuaba como le sucede al cristiano medio; su fe en la vida eterna palidecía hasta convertirse en simple posibilidad, se desvanecía y volvía a reaparecer en una sola frase o en el espacio de una docena de latidos, de manera que más que él eran los corpúsculos de su sangre quienes parecían decidir la opinión que le correspondía mantener y por cuánto tiempo. Lo mismo le sucedía con todos sus puntos de vista. Nada permanecía, ni nada pasaba que no volviera después; la circulación era incesante y le mantenía joven, y el dolor por la muerte de su mujer era tanto más sincero por cuanto la lloraba muy de tarde en tarde.

Hubiera sido mucho más sencillo decirle al doctor Lal que había cambiado de opinión sobre la fiesta, pero Aziz no se dio cuenta del cambio hasta el último momento; de hecho no fue que cambiara de opinión, sino que una irresistible repugnancia se adueñó de su espíritu. Mrs. Callendar, Mrs. Lesley; no, no sería capaz de soportarlas en su aflicción: se darían cuenta de lo que le sucedía; porque Aziz atribuía a las matronas inglesas un extraño poder de intuición y sin duda aquellas damas disfrutarían torturándolo y burlándose de él ante sus maridos. Cuando tendría que haber estado listo para ir a la fiesta, se hallaba en la oficina de correos, escribiendo un telegrama a sus hijos, y al regresar a su casa descubrió que el doctor Lal había pasado a recogerlo y se había marchado al descubrir su ausencia. Bien, que se fuera, como correspondía a la vulgaridad de su naturaleza. El, por su parte, trataría de comunicarse con la muerta, Y, abriendo un cajón, sacó la fotografía de su esposa. Al contemplarla se le llenaron los ojos de lágrimas. «¡Qué desgraciado soy!», pensó. Pero como era realmente desgraciado otro impulso vino en seguida a mezclarse con la autocompasión: deseaba recordar a su mujer y no era capaz. ¿Por qué podía recordar a personas que no amaba? A esas otras las recordaba con gran nitidez, mientras que cuanto más contemplaba la fotografía, menos veía. La imagen de su mujer empezó a escapársele desde el momento mismo en que la llevaron a enterrar. Aziz había sabido que no estaría ya al alcance de sus manos y de sus oídos, pero creyó que viviría en su mente, sin darse cuenta de que el hecho mismo de que

hayamos amado a los muertos aumenta su irrealidad, y que cuanto más apasionadamente los invocamos más se alejan de nosotros. Todo lo que le quedaba de su mujer era un trozo de cartón y tres hijos. Era insoportable. «¡Qué desgraciado soy!», pensó de nuevo, y se sintió más feliz. Había respirado por un instante la atmósfera de caducidad que rodea a los orientales y a todos los hombres, y se apartó de ella jadeante, porque todavía era joven. «Nunca jamás lograré superarlo —se dijo a sí mismo—. Mi carrera es un fracaso con toda seguridad, y mis hijos recibirán una pésima educación.» Como era una cosa segura, se esforzó por apartarla de sus pensamientos y se puso a repasar unas notas que había tomado sobre un caso del hospital. Quizás algún día una persona con mucho dinero necesitara precisamente aquella operación y Aziz lograra ganar con ella una suma considerable. Las anotaciones consiguieron interesarle por sí mismas y procedió a guardar la fotografía. El momento había pasado y Aziz no volvió a pensar en su esposa.

Después de tomar el té estaba de mejor humor y fue a ver a Hamidullah. Hamidullah había ido a la fiesta, pero no así su caballo, de manera que Aziz lo cogió prestado, y también los pantalones de montar de su amigo y el mazo para jugar al polo. Luego se dirigió al Maidan, que estaba desierto, excepto en un extremo, donde unos jóvenes del bazar se entrenaban. ¿Para qué? Les hubiera costado trabajo explicarlo, pero «entrenarse» era una palabra que estaba en el ambiente. Corrían en círculo, flacos y patizambos —la constitución física que predominaba en la zona era lamentable—, y, en sus rostros, más que decisión, se reflejaba el deseo de mostrarse decididos. «Maharajá, *salaam*», les dijo Aziz, bromeando. Los muchachos se detuvieron para reír. Aziz les aconsejó que no se esforzaran más de la cuenta. Los otros se lo prometieron y continuaron corriendo. Cabalgando hasta el centro, Aziz empezó a dar golpes a la pelota.

No sabía jugar, pero el caballo sí, y se dispuso a aprender, libre de tensiones humanas. Mientras daba carreras sobre la oscura plataforma del Maidan, con el viento de la tarde acariciándole la frente y los ojos protegidos por la sombra de los árboles circundantes se olvidó por completo del desagradable problema que era vivir. La pelota se le escapó en dirección hacia un solitario oficial inglés que también estaba practicando; el militar se la devolvió y dijo:

—Mándemela otra vez.

—De acuerdo.

El recién llegado tenía cierta noción de lo que había que hacer, pero su caballo ninguna y, por tanto, las fuerzas estaban igualadas. Concentrándose en la pelota, llegaron de alguna forma a simpatizar, y se sonrieron al tirar de las riendas para dar un descanso a los caballos. A Aziz le gustaban los soldados —con ellos era fácil saber a qué atenerse: o lo aceptaban a uno o le insultaban, cosa siempre preferible a la altivez de los funcionarios civiles— y al oficial le caía bien cualquiera que supiese

montar a caballo.

—¿Juega a menudo? —preguntó.

—Nunca.

—Juguemos otro *chukker*.

Al darle a la pelota, su caballo se encabritó y lo tiró al suelo. «¡Cielos!», exclamó, montándose de nuevo.

—¿Usted no se cae nunca?

—Muchas veces.

—Seguro que no.

De nuevo frenaron los caballos, los ojos iluminados por el fuego de la camaradería. Pero se fue enfriando al mismo tiempo que sus cuerpos, porque los ejercicios atléticos sólo provocan un calor momentáneo. La nacionalidad estaba volviendo a hacer acto de presencia, pero se despidieron, saludándose, antes de que su veneno empezara a hacer efecto. «Si todos fueran como él», pensaron ambos.

Se estaba poniendo el sol. Unos cuantos correligionarios de Aziz se habían presentado en el Maidan y rezaban con el rostro vuelto hacia La Meca. Un toro consagrado a Siva caminaba en su dirección y Aziz, aun sin ganas de rezar él mismo, no vio ningún motivo para que los mahometanos se vieran molestados por aquel torpe animal ligado a prácticas idolátricas, y le dio un golpe con el mazo de polo para desviarlo. Mientras estaba así ocupado, una voz le llamó desde la carretera: se trataba del doctor Panna Lal, que regresaba muy afligido de la fiesta del Administrador.

—Doctor Aziz, doctor Aziz, ¿dónde estaba usted? Le estuve esperando diez minutos en su casa y luego me marché.

—Lo siento muchísimo... No tuve más remedio que ir a la oficina de correos.

Cualquier miembro de su propio círculo de amigos habría aceptado aquellas palabras como indicativas de un cambio de opinión hecho demasiado frecuente para merecer censura. Pero el doctor Lal, por ser de extracción humilde, no estaba seguro de si había existido intención de insultarle y el golpe de Aziz al toro de Siva había servido para aumentar su irritación.

—¿A la oficina de correos? ¿No manda usted a sus criados? —dijo.

—Tengo tan pocos que mis posibilidades son muy limitadas.

—Su criado habló conmigo. Tuve ocasión de verlo.

—Pero tenga usted en cuenta, doctor Lal, que no podía mandar a mi criado sabiendo que usted venía. Llega usted, nos vamos los dos y quizá para cuando mi criado estuviese de vuelta habrían desaparecido todas las cosas de mi propiedad que cualquier maleante pudiera llevarse consigo. ¿Querría usted que me sucediera eso? El cocinero es sordo {no se puede contar con él para nada) y el criado que hace los recados no es más que un niño. Hassan y yo nunca salimos de casa al mismo tiempo. Es una regla que no admite excepciones.

Aziz dijo todo esto y mucho más por pura cortesía, para salvar las apariencias. No estaba ofreciendo sus excusas como hechos verificables y era injusto criticarlas por inexactas. Pero el otro se dedicó a echarlas abajo: una tarea tan fácil como innoble.

—Aunque fuera así, ¿qué le impedía dejar una nota explicando dónde había ido? —replicó el doctor Lal, añadiendo después otros comentarios parecidos.

A Aziz le desagradaba mucho la mala educación e hizo dar un salto a su caballo.

—¡Váyase más lejos, o hará que se contagie el mío! —gimió el doctor Lal, poniendo de manifiesto la verdadera causa de su irritación—. Se ha portado como un salvaje toda la tarde. Ha echado a perder algunas de las flores más valiosas del jardín del Club y han sido necesarios cuatro hombres para sacarlo del arriate. Con caballeros y damas inglesas viéndolo todo y el mismo *Sahib* Administrador tomando nota mentalmente. Pero no quisiera hacerle perder su valioso tiempo, doctor Aziz. No creo que esto pueda interesarle a una persona que tiene tantos compromisos y que manda tantos telegramas. Yo no soy más que un pobre médico viejo que creyó oportuno presentar sus respetos cuando y donde se le había indicado. Su ausencia, permítame que se lo diga, provocó comentarios.

—¡Maldito lo que me importan esos comentarios!

—Es estupendo ser joven. ¡Maldito lo que me importan! Estupendo, sin duda. ¿Maldito, quién?

—Yo voy o dejo de ir según me apetece.

—Sin embargo, usted me hizo una promesa y luego ha inventado esa historia del telegrama. En marcha, Dapple.

Se alejaron, y Aziz tuvo un incontrolable deseo de ganarse un enemigo para toda la vida. Podía lograrlo muy fácilmente galopando cerca del doctor. Así lo hizo, y Dapple se desbocó. Aziz regresó al Maidan con gran estruendo de cascos de caballo. La exaltación por haber jugado al polo con el oficial inglés se prolongó todavía unos minutos y Aziz galopó y se abalanzó sobre la pelota hasta quedar cubierto de sudor; y aún se sentía completamente seguro de sí mismo mientras se dirigía a la cuadra de Hamidullah para devolver el caballo. Pero nada más echar pie a tierra empezó a acobardarse. ¿Habría caído en desgracia con las autoridades? ¿Habría ofendido al Administrador faltando a la fiesta? El doctor Panna Lal era una persona sin importancia, pero ¿no era una imprudencia pelearse con él? Empezó a ver las cosas desde el lado político en lugar del humano. Dejó de pensar «¿Puedo entenderme con la gente?» para preocuparse de «¿Son más fuertes que yo?», contagiándose así de las nocivas emanaciones que más abundaban en aquel momento.

En su casa le esperaba una nota con el sello del Gobierno. Descansaba sobre su mesa como una sustancia explosiva que al menor roce haría saltar por los aires su frágil bungalow. Iban a despedirlo por no haber asistido a la fiesta. Cuando abrió el mensaje resultó ser algo completamente distinto: una invitación de Mr. Fielding, el

Director del Instituto, pidiéndole que fuera el jueves a tomar el té. Aziz recobró de golpe su buen humor. Lo hubiese recobrado de todas formas, porque poseía un alma capaz de sufrir, pero no de asfixiarse y llevaba una vida muy estable por debajo de su aparente inconstancia. Pero la invitación le produjo una alegría muy especial, porque Fielding le había invitado a tomar el té un mes antes y Aziz se había olvidado por completo: ni contestó ni fue, simplemente se olvidó. Y ahora le llegaba una segunda invitación, sin un reproche ni la más mínima alusión a su falta. Era una manifestación de auténtica cortesía —el gesto que revela un corazón magnánimo—, y Aziz tomó la pluma y escribió una respuesta muy afectuosa; después salió a toda prisa hacia la casa de Hamidullah en busca de noticias, porque no había hablado nunca con el Director del Instituto y creía que el proyectado encuentro rellenaría la única laguna importante de su vida. Aziz anhelaba saberlo todo sobre aquel hombre espléndido: el dinero que ganaba, sus preferencias, sus antecedentes, la mejor manera de agradarle. Pero Hamidullah no había vuelto aún, y Mahmoud Ali, que sí estaba en la casa, sólo se hallaba dispuesto a hacer chistes groseros y sin ninguna gracia sobre la fiesta.

Capítulo séptimo

Mr. Fielding había tomado contacto con la India pasada ya la primera juventud. Tenía más de cuarenta años cuando penetró por ese extraño pórtico que es la estación Victoria de Bombay, y, junto con su equipaje (después de sobornar a un revisor europeo), se instaló por primera vez en el interior de un tren tropical. Aquel viaje había llegado a hacerse muy significativo en el recuerdo. De sus dos acompañantes, uno era joven y tan ignorante como él del mundo oriental, mientras que el otro, de su misma edad, llevaba muchos años en la India. Un abismo le separaba de los dos: había visto demasiadas ciudades y demasiados hombres para ser como el primero o para llegar a convertirse en el segundo. Nuevas impresiones se acumularon en seguida, pero no eran las ortodoxas; el pasado las condicionaba, y lo mismo sucedió con sus errores. Por ejemplo: considerar a los indios como si fueran italianos no es un error común ni, posiblemente, funesto y Fielding trataba con frecuencia de establecer analogías entre la península indostánica y esa otra, más pequeña y más exquisitamente modelada, que bañan las aguas del Mediterráneo.

Su carrera, aunque dentro del mundo académico, era amplia, y había incluido períodos moralmente recusables, seguidos de arrepentimiento. En el momento presente Fielding era una persona tenaz, ecuánime, inteligente, casi de edad mediana y con fe en la educación. Le daba lo mismo enseñar a unos que a otros: había tenido a su cargo chicos de buenas familias, deficientes mentales y policías y no le importaba añadir los indios a aquella lista. Gracias a las recomendaciones de algunos amigos había sido nombrado director del pequeño Instituto de Chandrapore; se sentía a gusto y suponía que estaba teniendo éxito. Esto último era cierto en el caso de sus alumnos, pero la distancia entre él y sus compatriotas, que ya había notado en el tren, había crecido de manera alarmante. Al principio no era capaz de entender las causas. No es que le faltara patriotismo: siempre se había entendido bien con los ingleses en Inglaterra, y todos sus mejores amigos eran ingleses, así que, ¿cómo explicar que no sucediera lo mismo en Chandrapore? Exteriormente, Fielding era uno de esos hombres grandes y desmañados de largas extremidades y ojos azules, y todo en él parecía inspirar confianza hasta que empezaba a hablar. Entonces había algo en su forma de expresarse que confundía a la gente y no lograba aquietar la desconfianza que inspiraba su profesión. Inevitablemente, ese mal que es la inteligencia tiene que estar presente en la India, pero ¡ay de aquel que se consagra a fomentarla! Se fue extendiendo la idea de que Mr. Fielding era una fuerza destructora y no andaban descaminados, porque las ¡ideas son funestas para la preservación de las castas y él usaba las ideas de la manera más efectiva: intercambiándolas. Sin ser misionero ni

estudiante, Fielding se sentía feliz en el toma y daca de una conversación privada. El mundo, creía él, es un conjunto de hombres que tratan de ponerse en contacto unos con otros y como mejor pueden hacerlo es con la ayuda de la buena voluntad, de la cultura y de la inteligencia: un credo muy poco adecuado para Chandrapore, pero Fielding había llegado allí demasiado tarde para pensar en modificarlo. Carecía de prejuicios raciales: no porque fuera superior a sus compatriotas, sino porque había alcanzado la madurez en una atmósfera diferente, donde no florecía el instinto de rebaño. La observación que más le había perjudicado en el Club había sido un inocente comentario en el que vino a decir que las así llamadas razas blancas eran más bien de un color gris rosáceo. Fielding dijo esto únicamente para mostrarse jovial, sin darse cuenta de que «blanco» tiene tan poco que ver con cualquier color como «Dios salve al Rey» con cualquier dios, y que el colmo de la incorrección es reflexionar sobre lo que connota. El varón gris rosáceo con el que estaba hablando se escandalizó de manera casi perceptible, pero su sentimiento de inseguridad, una vez despertado, le llevó a comunicárselo al resto del rebaño.

De todas formas, los hombres le toleraban debido a su buen corazón y a su cuerpo musculoso; fueron sus mujeres las que decidieron que Fielding no era realmente un *sahib*. Le encontraban desagradable. Él no tenía atenciones con ellas, y esto, que no hubiera ocasionado comentarios en la Inglaterra feminista, le perjudicó mucho en una comunidad donde se cuenta con que el varón sea desenvuelto y servicial. Mr. Fielding no daba consejos sobre perros o caballos, no iba a cenar a las casas de sus compatriotas, no nacía visitas al mediodía, ni, durante la Navidad, adornaba árboles para los hijos de las damas inglesas y, cuando acudía al Club, era sólo para jugar al tenis o al billar y después marcharse. Había descubierto que era posible mantenerse en contacto con los indios y con los ingleses, pero que para ocuparse de las inglesas tendría que dar de lado a los indios. Era imposible combinarlos a los dos. No servía de nada culpar a ninguno de los dos grupos, ni tampoco acusarles de echarse las culpas mutuamente. Las cosas eran como eran, y no quedaba otro remedio que elegir. La mayoría de los ingleses preferían a sus compatriotas del sexo femenino que, incorporándose cada vez en mayor número a los núcleos de funcionarios, hacían más posible de año en año un estilo de vida semejante al de Inglaterra. Mr. Fielding había encontrado más conveniente y agradable frecuentar a los indios y tenía que pagar el precio. Por regla general ninguna inglesa entraba en el instituto excepto con motivo de actos oficiales, y si Fielding había invitado a Mrs. Moore y a Miss Quested a tomar el té era porque se trataba de recién llegadas que verían todo sin prejuicios, aunque fuera de una manera superficial, y que no cambiarían de tono de voz para hablar con los otros invitados.

El Instituto mismo había sido construido de manera sumamente expeditiva por el departamento de Obras Públicas, pero su recinto incluía un antiguo jardín y, dentro de

él, un pabellón que Fielding utilizaba como vivienda durante la mayor parte del año. Se estaba vistiendo después de bañarse cuando un criado anunció la llegada del doctor Aziz.

—Considérese como en su casa —le dijo Fielding desde el dormitorio, alzando un poco la voz.

Se trataba de una observación completamente espontánea, como la mayoría de sus acciones; era lo que se sentía inclinado a decir por naturaleza.

Para Aziz la frase tenía un significado muy definido.

—¿Lo dice usted de verdad, Mr. Fielding? Es muy amable por su parte —respondió—. Me gusta mucho poder prescindir de las fórmulas protocolarias.

Aziz se sintió rebosante de buen humor mientras examinaba de un vistazo la sala de estar. Había algunos objetos lujosos, pero ningún orden: nada que sirviera para intimidar a un pobre indio. Era también una habitación muy hermosa que se asomaba al jardín por tres arcos de madera.

—Lo cierto es que hace mucho que quería conocerle —continuó—. ¡He oído hablar tanto al Nabab Bahadur de su generoso corazón; Pero ¿dónde puede uno llegar a conocerse en un sitio tan deseable como Chandrapore? —Se acercó un poco más a la puerta del dormitorio—. Voy a contarle lo que hacía cuando no era más que un recién llegado: solía desear que se pusiera usted enfermo para conocernos de esa manera. —Los dos rieron, y animado por el éxito Aziz comenzó a improvisar—. Me decía a mí mismo: «¿Qué aspecto tiene Mr. Fielding esta mañana? Quizás está un poco pálido. Y también el Cirujano-Jefe está pálido; no podrá atender a Mr. Fielding cuando empiecen los escalofríos.» Habrían tenido que mí. Luego habríamos disfrutado mucho conversando, usted un gran renombre como estudioso de la poesía me conoce usted de vista.

—Claro, naturalmente. ¿Y usted me conoce a mí?

—Le conozco muy bien por referencias.

—Llevo tan poco tiempo aquí, y siempre en un ambiente tan distinto del suyo, que no es extraño que nunca me haya visto; me sorprende incluso que sepa mi nombre. Se me ocurre una cosa, Mr. Fielding.

—¿Sí?

—Adivine el aspecto que tengo antes de salir. Será como un juego.

—Mide usted cinco pies y nueve pulgadas —dijo Fielding, haciendo el cálculo gracias a la sombra que se recortaba sobre el cristal esmerilado de la puerta del dormitorio.

—¡Excelente! ¿Qué más? ¿No tengo una venerable barba blanca?

—¡Maldita sea!

—¿Le sucede algo?

—Acabo de romper el último pasador del cuello que tenía.

—Coja el mío, haga el favor.

—¿Lleva uno de repuesto?

—Sí, sí, espere un momento.

—No lo aceptaré si es el que está usted utilizando.

—No, no; lo tengo en el bolsillo. —Apartándose para que su silueta dejara de recortarse contra el cristal de la puerta, Aziz se quitó el cuello y sacó el pasador de oro, parte de un juego que su cuñado fe había traído de Europa—. Aquí está —exclamó.

—Tráigamelo usted mismo, si no tiene inconveniente.

—Un minuto.

Aziz se puso otra vez el cuello, rezando para que no se le alzara por detrás durante el té. El criado personal de Fielding, que le estaba ayudando a vestirse, le abrió la puerta del dormitorio.

—Muchas gracias.

Se estrecharon la mano, sonriendo. Aziz empezó a mirar alrededor, como hubiera hecho con un viejo amigo. A Fielding no le sorprendía la rapidez con que estaban intimando. Tratándose de un pueblo tan ligado a sus emociones, la intimidad se producía de inmediato o nunca, y como Aziz y él sólo habían oído cosas buenas el uno del otro, podían perfectamente prescindir de cualquier preliminar.

—Siempre he creído que los ingleses mantenían sus habitaciones perfectamente limpias. Parece que esa idea no es del todo cierta. No tengo por qué sentirme tan avergonzado. —Se sentó alegremente sobre la cama; luego, olvidado completamente de sí mismo, alzó las piernas y las dobló debajo de su cuerpo—. Todas las cosas fríamente ordenadas en estantes, es lo que yo pensaba... Dígame, Mr. Fielding, ¿va usted a poder colocarse el pasador?

—Tengo mis dudas —respondió el otro, imitando el acento que suele atribuirse a los escoceses en las obras de teatro.

—Por favor, ¿qué es eso que acaba de decir? ¿Querrá usted enseñarme algunas palabras nuevas para que mejore mi inglés?

Fielding dudaba que fuera posible mejorar «todas las cosas fríamente ordenadas en estantes». A menudo le sorprendía la desenvoltura con que la joven generación manejaba una lengua extranjera. Modificaban las expresiones coloquiales, pero eran capaces de decir lo que querían y de decirlo muy de prisa; no utilizaban ninguno de los términos rimbombantes que se les atribuían en el Club. Aunque era evidente que el Club avanzaba muy despacio; todavía afirmaba que muy pocos mahometanos y ningún hindú estaban dispuestos a compartir la mesa de un inglés, y que todas las damas indias seguían sometidas a un *purdah* impenetrable. Individualmente, cada uno de sus miembros sabía que no era cierto; pero el Club en cuanto Club prefería no cambiar de opinión.

—Déjeme que le ponga yo el pasador. Ya veo... El ojal trasero de la camisa es más bien pequeño y sería una pena rasgarlo.

—¿Por qué demonios hay que llevar cuello duro? —gruñó Fielding mientras inclinaba la cabeza.

—Nosotros lo llevamos para pasar la revista de la policía.

—¿Cómo es eso?

—Si voy en bicicleta vestido a la inglesa (cuello almidonado, sombrero flexible) no se fijan en mí. Pero si me pongo un fez gritan «¡Lleva la luz apagada!» Lord Curzon no lo tuvo en cuenta cuando instó a los nativos a que siguieran usando sus llamativos trajes. ¡Bravo! Ya ha entrado el pasador. A veces cierro los ojos y sueño que llevo otra vez ropas espléndidas y cabalgo hacia el combate detrás de Alamgir. Mr. Fielding, ¿no tiene que haber sido la India muy hermosa entonces, con el Imperio mongol en su cenit y Alamgir reinando en Delhi, sobre el Trono del Pavo Real?

—Vienen a tomar el té dos señoras que quieren hablar con usted... Creo que las conoce.

—¿Hablar conmigo? No conozco a ninguna señora.

—¿No conoce a Mrs. Moore y a Miss Quested?

—Ah, sí; ya recuerdo. —Nada más concluido, el encuentro en la mezquita había dejado de interesarle—. Una señora de avanzada edad; pero ¿le importaría repetir el nombre de su acompañante?

—Miss Quested.

—Como usted guste.

Pero Aziz se sentía decepcionado; hubiera preferido estar a solas con su nuevo amigo, en lugar de tener que compartirlo con otros invitados.

—Podrá usted hablar con Miss Quested del Trono del Pavo Real, si así lo desea... Se interesa por las artes, según dicen.

—¿Es posimpresionista?

—¡Nada menos que posimpresionismo! Venga a tomar el té. Este mundo de hoy me desborda por completo.

Aziz se ofendió. Aquella observación sugería que él, un indio sin importancia, no tenía derecho a estar al corriente del posimpresionismo, privilegio reservado única y exclusivamente a la raza dominante.

—No considero a Mrs. Moore amiga mía. Sólo hablé con ella por casualidad en mi mezquita —dijo Aziz con entonación fríamente ceremoniosa, y empezó a añadir «Una sola conversación es demasiado poco tiempo para crear una amistad», pero antes de que pudiera terminar la frase la frialdad se había esfumado, porque sintió nuevamente la fundamental buena voluntad de Fielding. La suya le salió al encuentro y las dos se unieron por debajo de las cambiantes mareas de la emoción, única capaz de llevar al viajero a puerto seguro, pero también de hacerle naufragar entre las rocas.

Aziz estaba a salvo en realidad; tan a salvo como el habitante de tierra firme que sólo entiende de estabilidad y supone que todos los barcos naufragan, y además tenía sensaciones que quien vive en tierra firme no puede llegar a conocer. De hecho, era una persona sensible más que capaz de discriminación en sus sentimientos. Descubría un significado en cualquier observación, pero no siempre el verdadero y su vida, aunque intensa, era en gran parte un sueño. Fielding, por ejemplo, no había querido decir que los indios fueran insignificantes, sino que el posimpresionismo es oscuro; su observación se encontraba a años luz del «¡Vaya! Hablan inglés» de Mrs. Turton, pero a Aziz las dos le resultaban iguales. Fielding se dio cuenta de que algo no había funcionado bien y también de que se había solucionado en seguida, pero como era un optimista en todo lo relativo a las relaciones personales no se inquietó, y siguieron charlando por los codos igual que antes.

—Además de las dos señoras espero a uno de los profesores del instituto, Narayan Godbole.

—¡Ah! ¡El brahmán del Decán!

—También él quiere que vuelva el pasado, pero no precisamente Alamgir.

—Imagino que no. ¿Sabe usted lo que dicen los brahmanes del Decán? Que Inglaterra les arrebató la India a ellos; a ellos, de se cuenta, y no a los mongoles. ¿No es un buen ejemplo de desfachatez? Han llegado incluso a dar sobornos para que aparezca en libros de texto, porque son muy astutos e inmensamente ricos. El profesor Godbole debe de ser muy distinto de todos los demás brahmanes del Decán por lo que he oído contar de él. Una persona muy sincera.

—¿Por qué no organizan ustedes un club en Chandrapore, Aziz?

—Quizás, algún día... Pero me parece que veo llegar a Mrs. Moore y a Miss..., no recuerdo su nombre.

Era muy agradable que se tratara de una reunión de amigos, donde no había que atenerse al protocolo. Gracias a esto Aziz descubrió que no le costaba hablar con las señoras inglesas y las trató como si fueran hombres. La belleza también le hubiese preocupado, porque entraña reglas propias, pero Mrs. Moore era tan vieja y Miss Quested tan fea que se vio libre de esa ansiedad. El cuerpo anguloso y las pecas de Adela eran defectos terribles a los ojos de Aziz, que se maravillaba de que Dios hubiera sido tan cruel con unas formas femeninas. La consecuencia fue que adoptó hacia Miss Quested una actitud de absoluta sinceridad.

—Querría preguntarle algo, doctor Aziz —empezó Adela—. Mrs. Moore me ha contado lo útil e interesante que fue su conversación en la mezquita. Aprendió más sobre la India en esos pocos minutos de charla que en las tres semanas desde que desembarcamos.

—Por favor, no hable de una cosa tan insignificante como ésa. ¿Hay algo más que pueda contarle sobre mi país?

—Quisiera que nos explicara una decepción que hemos sufrido esta mañana; debe de ser un problema de normas de comportamiento.

—Le aseguro que no existen en la India, prácticamente —replicó Aziz—. Somos, por naturaleza, un pueblo muy poco protocolario.

—Temo que hayamos cometido alguna equivocación y que les hayamos ofendido —dijo Mrs. Moore.

—Eso es todavía más difícil. Pero ¿les importaría explicarme lo sucedido?

—Una señora y un caballero indios tenían que mandar su coche a recogerlos hoy, a las nueve de la mañana. No ha llegado. Hemos esperado y esperado y esperado; y no entendemos qué es lo que ha sucedido.

—Algún malentendido —dijo Fielding, viendo al instante que era uno de esos incidentes que es mejor no intentar aclarar.

—No, no ha sido eso —insistió Miss Quested—. Renunciaron incluso a ir a Calcuta para estar con nosotros. Hemos debido de cometer alguna estúpida equivocación, las dos estamos seguras.

—Yo no me preocuparía por ello.

—Eso es exactamente lo que me dice Mr. Heaslop —replicó ella, sonrojándose un poco—. Pero si una no se preocupa, ¿cómo va a entender lo que le sucede?

El anfitrión hubiera preferido cambiar de tema, pero Aziz manifestó un vivo interés por el incidente, y al oír algún fragmento del apellido de los transgresores afirmó que se trataba de hindúes.

—Hindúes descuidados..., sin idea de cómo comportarse en sociedad; los conozco muy bien por un doctor que tenemos en el hospital. ¡Es una persona tan descuidada y poco puntual! Más vale que no hayan ido ustedes a visitarlos, porque se hubieran hecho una idea equivocada de la India. Falta de higiene. Mi opinión es que terminaron avergonzándose de su casa y ésa es la razón de que no fueran a buscarlas.

—Eso estoy dispuesto a aceptarlo —dijo Mr. Fielding.

—Me molestan muchísimo los misterios —anunció Adela.

—A todos los ingleses nos pasa lo mismo.

—No me molestan porque yo sea inglesa, sino desde un punto de vista personal —corrigió Miss Quested.

—A mí me gustan los misterios, pero más bien me molesta la confusión —dijo Mrs. Moore.

—Un misterio no es más que algo confuso.

—¿Lo dice usted en serio, Mr. Fielding?

—Misterio no es más que una palabra altisonante para confusión. En cualquier caso, no se consigue nada removiéndolo. Aziz y yo sabemos bien que el misterio de la India no es más que pura confusión.

—¿El misterio de la India? ¡Qué idea más inquietante!

—No habrá la menor confusión cuando vengan ustedes a verme —exclamó Aziz, sin saber muy bien lo que decía—. Mrs. Moore y los demás... Les invito a todos..., por favor.

La anciana señora aceptó: seguía pensando que el joven doctor era extraordinariamente simpático; y además un nuevo sentimiento, mitad lasitud, mitad excitación, la empujaba a seguir cualquier senda aún inexplorada. Miss Quested aceptó por lo que tenía de aventura. También a ella le gustaba Aziz, y creía que cuando lo conociera mejor podría descubrir la India con su ayuda. Le agradó mucho que la invitara y le pidió su dirección.

Aziz pensó con horror en su bungalow. Era una detestable casucha cerca de un bazar en la parte baja de la ciudad. Prácticamente no tenía más que una sola habitación infestada de moscas.

—Pero ahora vamos a hablar de otra cosa —exclamó—. Me gustaría vivir aquí. ¡Fíjense en esta hermosa habitación! Admirémosla juntos por unos instantes. Vean esas curvas en la parte inferior de los arcos. ¡Qué delicadeza! Es la arquitectura de la Pregunta y la Respuesta. Mrs. Moore, está usted en la India; no bromeo.

Aquella habitación le hacía sentirse inspirado. Era una sala de audiencias construida en el siglo XVIII para algún funcionario de alto rango y, aunque de madera, a Fielding le había hecho pensar en la Loggia de Lanzi de Florencia. Pequeñas habitaciones, ya europeizadas, le habían sido añadidas por dos lados, pero la sala central no tenía cristales ni papeles en las paredes, por lo que el aire del jardín entraba con toda libertad. Era como estar en público —en exhibición, por así decirlo—, a la vista de los jardineros que se dedicaban a chillar a los pájaros y del hombre que alquilaba el estanque para cultivar castañas de agua. Fielding alquilaba también los mocos —no había forma de saber quién podía entrar en el jardín— y sus criados permanecían de día y de noche en los escalones de la entrada para desanimar a los ladrones. La sala era realmente hermosa, y los ingleses no la habían echado a perder, mientras a Aziz, en uno de sus momentos «occidentales», podría haber colgado cuadros de Maude Goodman en las paredes. No había duda, sin embargo, de a quién pertenecía realmente la habitación...

—Estoy aquí impartiendo justicia —continuó Aziz—. Una pobre viuda a la que han robado se acerca a mí y le doy cincuenta rupias; a la otra le doy cien, y así sucesivamente. Me gustaría hacer eso.

Mrs. Moore sonrió, pensando en el método moderno, del que su hijo era un adecuado ejemplo.

—Me temo que las rupias no duren para siempre —dijo.

—Las mías, sí. Dios me daría más dinero al ver que yo lo repartía. Siempre hay que dar, como el Nabab Bahadur. Mi padre era igual, por eso murió pobre —y marcando sus puestos en diferentes puntos de la habitación, Aziz la pobló de

escribientes y funcionarios, todos llenos de benevolencia porque habían vivido hacía muchos años—. Y así seguiríamos, dando todo el tiempo, sentados sobre la alfombra en lugar de utilizar sillas; ése es el cambio más importante entre ahora y entonces, pero creo que nunca castigaríamos a nadie.

Las señoras se mostraron de acuerdo.

—Pobre delincuente, hay que darle otra oportunidad. Ir a la cárcel sólo sirve para que un hombre se haga peor y se corrompa—. El rostro de Aziz adquirió una expresión muy tierna: la ternura de alguien incapaz de administrar justicia, e incapaz de hacerse cargo de que si al pobre ladrón se le deja en libertad volverá a robar a la pobre viuda. Aziz se enternecía ante todo el mundo, con la excepción de unos pocos enemigos de su familia a quienes no consideraba humanos; de estos últimos sí deseaba vengarse. Aziz sentía ternura incluso hacia los ingleses; en el fondo de su corazón sabía que no podían dejar de ser fríos y extraños, ni de circular por su país como una corriente de agua helada—. No castigaremos a nadie —repitió— y por la noche daremos un gran banquete con baile de bayaderas, y hermosas muchachas adornarán los lados del estanque y prenderán fuegos artificiales y todos comerán opíparamente y serán felices hasta el día siguiente, cuando se hará justicia de nuevo (cincuenta, cien, mil rupias) hasta que venga la paz, ¡ Ah!, ¿por qué no habremos vivido en esa época? Pero ¿están ustedes admirando la casa de Mr. Fielding? Vean los pilares pintados de azul y las galerías; los pabellones (¿cómo los llaman ustedes?) que están sobre nosotros también son azules por dentro. Fíjense en cómo están esculpidos. Piensen en las horas de trabajo que fueron necesarias. Sus delicados techos también se curvan para imitar el bambú..., y miren los bambúes que se balancean junto al estanque. ¡Mrs. Moore! ¡Mrs. Moore!

—¿Sí? —dijo ella, riendo.

—¿Se acuerda del agua en nuestra mezquita? Baja desde allí a llenar este estanque... un hábil plan de los emperadores. Se detenían aquí yendo hacia Bengala. Les gustaba mucho el agua. Dondequiera que iban creaban fuentes, jardines, *hammam*. Le estaba diciendo a Mr. Fielding que hubiera dado cualquier cosa por servirles.

Aziz se equivocaba en cuanto al agua, que ningún emperador, por hábil que sea, puede lograr que se traslade cuesta arriba; entre la mezquita y la casa de Fielding había una depresión bastante profunda y la ciudad de Chandrapore en toda su extensión. Ronny le hubiera rebatido su afirmación; Turton hubiese querido hacerlo, pero se habría contenido. Fielding no sintió siquiera deseos de rebatirle; había embotado sus ansias de verdad textual y se interesaba fundamentalmente por lo que era verdad desde un estado de ánimo concreto. En cuanto a Miss Quested, aceptaba literalmente como verdad todo lo que Aziz decía. En su ignorancia le consideraba como «la India» y no se le ocurría que su punto de vista fuera limitado y su método

poco preciso, ni que fuera imposible identificar a nadie con la India.

Aziz estaba ya muy excitado, hablando por los codos, e incluso diciendo «maldición» cuando se hacía un lío con alguna frase. Les habló de su profesión, y de las operaciones que había presenciado y llevado a cabo él mismo, descendiendo a detalles que asustaron a Mrs. Moore, mientras que Miss Quested los confundió con pruebas de su amplitud de espíritu; ella había oído hablar así, con deliberada franqueza, en círculos académicos avanzados. Adela se imaginó que Aziz era un hombre emancipado y de toda confianza y lo situó en una cumbre que no estaba en condiciones de ocupar por mucho tiempo. De momento había subido bastante alto, sin duda, pero no se hallaba en ninguna cima. Había ascendido a fuerza de alas y el primer momento de debilidad volvería a depositarlo en el suelo.

La llegada del profesor Godbole le calmó en cierta manera, pero la tarde siguió siendo suya. El brahmán, cortés y enigmático, no puso obstáculos a su elocuencia, e incluso la aplaudió. Tomó el té a cierta distancia de los demás por razones de casta, utilizando una mesa situada ligeramente a su espalda; al estirarse hacia atrás era como si encontrara los alimentos por casualidad; todos fingieron no darse cuenta de que el profesor Godbole tomaba el té. Era un hombre de edad y lleno de arrugas, con bigote gris y ojos gris-azulados, y su tez era tan blanca como la de un europeo. Llevaba un turbante que parecía hecho de pálidos macarrones morados, chaqueta, chaleco, *dhoti* y calcetines a cuadros. Los cuadros hacían juego con el turbante y todo su aspecto daba una impresión de armonía; como si hubiera reconciliado los productos del Este y del Oeste, tanto mentales como físicos, y nada pudiera ya nunca descomponerle. Las señoras sintieron mucho interés por él y tenían la esperanza de que completara lo dicho por el doctor Aziz añadiendo algo sobre religión. Pero el profesor Godbole no hacía más que comer; comer y comer, sonriendo, y sin permitir nunca que sus ojos se detuvieran a ver lo que hacían sus manos.

Dejando de lado a los emperadores mongoles, Aziz se orientó hacia temas que no resultaran ofensivos para nadie. Describió cómo maduraban los mangos y cómo en la adolescencia, durante la estación de las lluvias, se iba corriendo a un huerto que pertenecía a un tío suyo y comía hasta saciarse.

—Luego había que volver a casa calado hasta los huesos y quizá con dolor de tripa. Pero no me importaba. También a mis amigos les dolía la tripa. En urdu tenemos un proverbio: «¿Qué importa la infelicidad cuando todos somos desgraciados juntos?», que viene muy bien a propósito de los mangos. Miss Quested, espere usted a que maduren los mangos. ¿Por qué no se instala definitivamente en la India?

—Me temo que no voy a poder —dijo Adela, haciendo aquella observación sin pensar en su significado.

Para ella, como para los tres hombres, parecía estar en armonía con la

conversación, y tuvieron que pasar algunos minutos —media hora, en realidad— antes de que Miss Quested se diera cuenta de que había dicho algo importante, y de que tendría que habérselo comunicado primero a Ronny.

—Los visitantes como ustedes no son nada frecuentes.

—Así es, ciertamente —dijo el profesor Godbole—. Tanta afabilidad no se encuentra casi nunca. Pero ¿qué podemos ofrecerles para que se queden?

—Mangos, mangos.

Todos rieron.

—Hasta en Inglaterra se consiguen mangos ahora —indicó Fielding—. Los transportan en bodegas a muy baja temperatura. Al parecer, puede hacerse la India en Inglaterra, de la misma forma que se hace Inglaterra en India.

—Terriblemente caro en ambos casos —dijo la muchacha.

—Supongo que sí.

—Y desagradable.

Pero el anfitrión no estaba dispuesto a que la conversación tomara aquel derrotero tan desalentador. Se volvió hacia la anciana señora, que parecía confundida e irritada —Fielding no podía imaginar por qué razón—, y le preguntó por sus planes. Mrs. Moore replicó que le gustaría visitar el Instituto. Todos se pusieron en pie inmediatamente, con la excepción del profesor Godbole, que estaba terminando de comerse un plátano.

—No hace falta que vengas, Adela; nunca te gustan los edificios públicos.

—Sí, eso es cierto —dijo Miss Quested, sentándose de nuevo.

Aziz tuvo un momento de vacilación. Su público se estaba dividiendo. La mitad que le era más familiar se marchaba, pero quedaba la mitad que le escuchaba con más interés. Al recordar que se trataba de una reunión sin protocolo, decidió quedarse.

Siguieron hablando como antes. ¿Era posible ofrecer a los visitantes un dulce hecho con mangos sin madurar?

—Hablando como médico tengo que decir que no —dictaminó Aziz.

—Pero yo les mandaré unos dulces muy agradables. Será un placer para mí —dijo el anciano.

—Los dulces del profesor Godbole son deliciosos, Miss Quested —dijo Aziz con un dejo de tristeza, porque también él quería enviarles dulces y no tenía una esposa que los preparara—. Eso sí que será algo representativo de la India. Yo, en mi pobre posición, no estoy en condiciones de ofrecerles nada.

—No entiendo por qué dice usted eso, cuando ha sido tan amable de invitarnos a su casa.

Aziz pensó de nuevo con horror en su bungalow. ¡Cielo santo, aquella chica tan estúpida se lo había tomado al pie de la letra! ¿Qué podía hacer él?

—Sí, ya está decidido —exclamó—. Les invito a todos a reunirse conmigo en las

Cuevas de Marabar.

—Me encantará hacerlo.

—Eso merece la pena mucho más que mis dulces. Pero, ¿Miss Quested no ha visitado todavía nuestras cuevas?

—No. Ni tan siquiera he oído hablar de ellas.

—¿No ha oído hablar de ellas? —exclamaron los dos—. ¿De las Cuevas de Marabar en las Colinas de Marabar?

—En el Club no se oye nada interesante. No se hace más que hablar de tenis y cotillear sobre las cosas más ridículas.

El anciano guardó silencio, quizá pensando que era impropio de una señorita criticar a las personas de su raza, o quizá temeroso de que, si se mostraba de acuerdo, ella lo denunciara por deslealtad. Pero el más joven intervino con un rápido «Sí, claro».

—Entonces, cuéntenme todo lo que quieran, o de lo contrario nunca entenderé la India. ¿Se trata de las colinas que veo a veces por las tardes? ¿Qué son esas cuevas?

Aziz trató de explicar cómo eran, pero en seguida se puso de manifiesto que nunca había visitado las cuevas: siempre había tenido «intención» de ir, pero el trabajo o algún asunto personal se lo habían impedido y además ¡estaban tan lejos! El profesor Godbole se burló de él amablemente:

—Mí querido señor, ¡la paja y la viga! ¿No ha oído usted nunca ese proverbio tan útil?

—¿Son grandes las cuevas? —preguntó Adela.

—No, no lo son.

—Haga el favor de describirlas, profesor Godbole.

—Será un gran honor —acercó la silla y en su rostro apareció una expresión tensa. Adela abrió su pitillera, se la ofreció al profesor y a Aziz y encendió un cigarrillo ella misma. Después de una pausa solemne, el anciano dijo—: Hay que penetrar por una entrada en la roca, y a través de ella se llega a la cueva.

—¿Algo parecido a las grutas de Elephanta?

—No, no; en absoluto; en Elephanta hay esculturas de Siva y Parvati. En Marabar no hay esculturas.

—Se trata, sin duda, de un lugar sagrado —dijo Aziz, tratando de colaborar en la narración.

—No, no.

—Pero están decoradas de alguna forma.

—No.

—Entonces, ¿por qué son tan famosas? Todos hablamos de las famosas Cuevas de Marabar. Quizá no sea más que una fanfarronada nuestra, sin valor alguno.

—No; no diría yo eso.

—Descríbaselas entonces a esta señorita.

—Será un gran placer —pero inmediatamente renunció al placer, y Aziz se dio cuenta de que ocultaba algo acerca de las cuevas.

Lo entendió porque a menudo también se tropezaba con un impedimento similar. A veces, para exasperación del Mayor Callendar, Aziz pasaba por alto el dato más importante en una exposición y describía con minuciosidad cien detalles insignificantes. El Mayor le acusaba de duplicidad, y tenía razón hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto. Era más bien como si una fuerza que no podía controlar silenciara su mente de manera caprichosa. Lo mismo estaba pasando con la del profesor Godbole; involuntariamente, sin duda, ocultaba algo. Si se le manejaba con habilidad, tal vez recuperara el control y fuera capaz de anunciarles que las Cuevas de Marabar... estaban... llenas de estalactitas, quizá; Aziz le fue llevando en aquella dirección, pero tampoco era ése el caso.

El diálogo seguía siendo fluido y amistoso, y Adela no se daba cuenta en absoluto de sus corrientes subterráneas. Ignoraba que la mente comparativamente simple del mahometano se tropezaba con la Noche Ancestral. Aziz estaba empeñado en un juego muy emocionante. Manipulaba un juguete humano que se negaba a funcionar: eso lo tenía perfectamente claro. Si lograba ponerlo en marcha, ni él ni el profesor Godbole saldrían beneficiados, pero intentarlo le fascinaba y era algo muy parecido al pensamiento abstracto. De manera que Aziz seguía charlando, viéndose derrotado a cada movimiento por un contrario que ni siquiera admitía la existencia de ese movimiento y hallándose cada vez más lejos de descubrir qué era lo que las Cuevas de Marabar tenían de extraordinario, si es que realmente tenían algo de extraordinario. Estaban en esto cuando apareció Ronny. Sin hacer el menor esfuerzo por ocultar lo incómodo que se sentía, gritó desde el jardín: —¿Qué se ha hecho de Fielding? ¿Dónde está mi madre?

—¡Buenas tardes! —replicó Adela fríamente..

—Quiero que madre y tú vengáis inmediatamente. Va a haber un partido de polo.

—Creía que no iba a haber polo.

—Se ha modificado el programa. Han llegado algunos militares. Ven conmigo y te lo explicaré todo.

—Su madre volverá en seguida —dijo el profesor Godbole, que se había puesto en pie respetuosamente—. Nuestro pobre Instituto tiene muy pocas cosas que ver.

Ronny, sin darse por aludido, siguió dirigiéndose a Adela; había venido a toda prisa de su trabajo para llevarla a ver jugar al polo porque pensaba que le gustaría. No quería mostrarse descortés con los dos nombres, pero Ronny no conocía otro vínculo de comunicación con un indio que el oficial y ni Aziz ni Godbole tenían con él relación de subordinados. En cuanto personas particulares, era como si no existiesen.

Desgraciadamente, debido a su estado de ánimo, Aziz no se sentía inclinado a

pasar inadvertido. No estaba dispuesto a renunciar a la atmósfera de tranquila intimidad que había presidido los últimos sesenta minutos. No se había levantado al hacerlo Godbole y luego, con tono ofensivamente amistoso, se dirigió a Ronny desde su asiento:

—Venga a reunirse con nosotros, Mr. Heaslop; siéntese hasta que vuelva su madre.

Ronny replicó ordenando a uno de los criados de Fielding que fuera en busca de su amo inmediatamente.

—Quizá no le entienda. Permítame...

Aziz repitió la orden de manera más precisa.

Ronny estuvo a punto de replicar; conocía aquel tipo de individuo; conocía todos los tipos, y aquél era el occidentalizado echado a perder. Pero Ronny era un funcionario del Gobierno y su misión era evitar «incidentes», de manera que no dijo nada e ignoró las sucesivas provocaciones que Aziz le fue ofreciendo. Aziz se mostraba provocador. Todo lo que decía tenía un aire impertinente o resultaba desagradable. Le estaban fallando las alas, pero se negaba a caer sin hacer un esfuerzo. No se proponía ser impertinente con Mr. Heaslop, que nunca le había hecho el menor daño, pero aquel anglo-indio tenía que convertirse en un ser humano para que todos los demás volvieran a sentirse a gusto. No se proponía mostrarse suntuosamente confidencial con Miss Qusted: tan sólo asegurarse su apoyo; como tampoco era intención suya adoptar una actitud demasiado ruidosa y jovial con el profesor Godbole. Un extraño cuarteto: Aziz revoloteando cada vez más cerca del suelo, Miss Qusted desconcertada ante el carácter repentinamente desagradable que tomaban las cosas, Ronny colérico y el brahmán observando a los tres, pero con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho, como si no sucediera nada digno de atención. Una escena de una obra de teatro, pensó Fielding, que pudo verlos en seguida desde lejos, al otro lado del jardín, agrupados entre las columnas azules de su hermosa sala.

—No te molestes en venir, madre —dijo Ronny alzando la voz—; nos estamos marchando. —Luego fue muy de prisa a reunirse con Fielding y, haciendo un aparte, le dijo con falsa espontaneidad—: Perdóneme por lo que voy a decir, pero creo que quizá no debiera haber dejado sola a Miss Qusted.

—Lo siento, ¿qué ha pasado? —replicó Fielding, tratando también de mostrarse atable.

—Bueno..., soy uno de esos típicos burócratas, no cabe duda; pero no me gusta que una chica inglesa se quede sola fumando con dos indios.

—Si se ha quedado y se ha puesto a fumar ha sido por propia voluntad, desde luego.

—Sí, eso está muy bien en Inglaterra.

—Sinceramente, no veo qué pueda tener de malo.

—Si no lo ve, no lo ve... ¿No se da cuenta de que ese individuo es un tipo vulgar?

Aziz, ostentadamente, trataba a Mrs. Moore con aire protector.

—No es un tipo vulgar —protestó Fielding—. Tiene los nervios de punta, eso es todo.

—¿Y qué es lo que ha desquiciado esos nervios suyos tan delicados?

—No lo sé. Estaba perfectamente cuando le dejé.

—Bueno, no ha sido nada que yo haya dicho —explicó Ronny con tono apaciguador—. No le he dirigido la palabra.

—En ese caso no tiene más que llevarse a las señoras; hemos evitado la catástrofe.

—Fielding..., no piense que me lo tomo a mal, ni nada parecido.

—Imagino que no querrá venir a ver el partido de polo con nosotros? Nos encantaría que lo hiciera.

—Me temo que no puedo, pero gracias de todas formas. Siento muchísimo que tenga la impresión de que me he descuidado. No era ésa mi intención.

Acto seguido se iniciaron las despedidas. Todos estaban enfadados o se sentían desgraciados. Era como si la tierra misma rezumara irritación. ¿Podría alguien haberse mostrado tan mezquino en un brezal escocés o en una montaña de Italia?, se preguntaba Fielding después. Parecía como si en la India no existiera una reserva de tranquilidad de la que pudiera echarse mano en el momento oportuno. O faltaba completamente o bien la tranquilidad devoraba todo lo demás, como parecía suceder con el profesor Godbole. Allí estaba Aziz, fanfarrón y perfectamente detestable, Mrs. Moore y Miss Quested, las dos desconcertadas, y Heaslop y él mismo, corteses en apariencia, pero odiándose cordialmente.

—Hasta pronto, Mr. Fielding, y muchísimas gracias... ¡Qué hermosos los edificios del Instituto!

—Hasta pronto, Mrs. Moore.

—Hasta pronto, Mr. Fielding. Ha sido una reunión muy interesante...

—Hasta pronto, Miss Quested.

—Hasta pronto, doctor Aziz.

—Hasta pronto, Mrs. Moore.

—Hasta pronto, doctor Aziz.

—Hasta pronto, Miss Quested. —Le estrechó la mano con un amplio movimiento hacia arriba y hacia abajo, para mostrar que se sentía perfectamente a gusto—. ¿No se olvidará usted de las cuevas, verdad? Lo tendré todo arreglado en un santiamén.

—Gracias...

—¡Es una lástima que se vaya usted tan pronto de la India! ¡Piénselo mejor, y

quédese! —añadió Aziz, a quien el demonio le inspiró la idea de hacer un último esfuerzo.

—Hasta pronto, profesor Godbole —continuó Adela, repentinamente intranquila—. Es una pena que no le hayamos oído cantar.

—Puedo hacerlo ahora —replicó él, empezando acto seguido. Su tenue voz se alzó, produciendo un sonido tras otro. A veces parecía existir un ritmo; otras, el espejismo de una melodía occidental. Pero el oído, repetidamente desconcertado, perdía en seguida cualquier pista, limitándose a vagar entre un laberinto de sonidos, que no resultaban ásperos ni desagradables, pero tampoco inteligibles. Era la canción de un pájaro desconocido. Sólo los criados lo entendían. Empezaron a susurrar entre ellos. El hombre que recogía las castañas de agua salió desnudo del estanque, con la boca abierta en una expresión de deleite, mostrando la lengua carmesí. Los sonidos continuaron y cesaron al cabo de unos momentos tan inesperadamente como habían comenzado: dando la impresión de detenerse a mitad de un compás y apoyándose en la subdominante.

—Muchísimas gracias; ¿qué es lo que ha cantado? —preguntó Fielding.

—Se lo explicaré en detalle. Era un canto religioso. Yo me coloco en la posición de una pastora y le digo a Shri Krishna: «¡Ven! ¡Ven únicamente a mí!» El Dios se niega a venir. Creciendo en humildad le digo: «No vengas a mí únicamente. Multiplícate en un centenar de Krishnas, que vayan a cada una de mis cien compañeras, pero ven también a mí, ¡oh Señor del Universo!» Pero sigue negándose a venir. La canción está compuesta en una *raga* adecuada al momento en que se canta, la última hora de la tarde en este caso.

—Pero el Dios acude en alguna otra canción, ¿no es cierto? —dijo Mrs. Moore amablemente.

—No, no. Se niega a venir —repitió Godbole, sin entender quizá su pregunta—. Yo le digo, «Ven, ven, ven.» Pero no se molesta en hacerlo.

Los pasos de Ronny se perdieron a lo lejos y hubo un momento de silencio absoluto. Ni una onda que agitara el agua, ni una hoja que se moviera.

Capítulo octavo

Aunque Miss Quested había tratado mucho a Ronny en Inglaterra, estaba convencida de que había sido una excelente idea hacerle una visita antes de decidir si se casaba con él. La India había desarrollado aspectos de su carácter que nunca despertaron la admiración de Adela. La autocomplacencia, la tendencia a la crítica, la falta de sutileza de Ronny se habían intensificado bajo el cielo del trópico; parecía más indiferente que en otros tiempos a lo que pasaba por la mente de los que le rodeaban y también más seguro de juzgar a los demás correctamente, o de que, si se equivocaba, su error carecía de importancia. Y cuando se le demostraba que, efectivamente, estaba equivocado, su actitud resultaba aún más desesperante; siempre daba a entender que no había necesidad de molestarse en probarlo. Las conclusiones de Adela nunca eran importantes, y sus razonamientos, aunque fuesen válidos, resultaban estériles. Siempre salía a relucir que Ronny tenía conocimientos especializados y ella no, y que sus vivencias no podían serle de utilidad porque no estaba capacitada para interpretarlas. Un colegio prestigioso, la Universidad de Londres, un año de preparar oposiciones, una determinada sucesión de puestos en cierta provincia, una caída de caballo y un episodio febril eran —a juicio de Ronny— la única preparación que permitía entender a los indios y a todos los que residían en el país; la única preparación al alcance de la comprensión de Adela, claro está, ya que por encima se extendían aún zonas más elevadas de conocimiento, habitadas por los Callendar y los Turton, que no llevaban en el país un año, sino veinte, y cuyo instinto era sobrehumano. Ronny no se atribuía cualidades fuera de lo común; Adela hubiese preferido que lo hiciera. Eran los modestos alardes del funcionario inexperto, el «no soy perfecto, pero...», lo que le atacaba los nervios.

¡Qué groseramente se había comportado en casa de Mr. Fielding, estropeando la charla y marchándose a mitad de aquella canción tan singular! Mientras se alejaban con él en el *tttm-tnm*, Adela se sintió dominada por la irritación, sin darse cuenta de que en gran parte estaba enfadada consigo misma. Deseaba encontrar una oportunidad para reñir con él, y como también él estaba de mal humor y se hallaban los dos en la India, la oportunidad no tardó en presentarse. Casi antes de que salieran de los terrenos del Instituto, Adela oyó que Ronny le decía a su madre, sentada junto a él en el asiento delantero: «¿Qué era eso de las cuevas?», e inmediatamente abrió las hostilidades.

—Mrs. Moore, su maravilloso doctor se ha decidido por una excursión, en lugar de una fiesta en su casa; hemos de reunirnos allí con él: usted, yo, Mr. Fielding, el profesor Godbole,,, exactamente las mismas personas que hoy.

—¿Dónde es allí? —preguntó Ronny.

—En las Cuevas de Marabar.

—¡Válgame Dios! —murmuró Ronny al cabo de un momento—. ¿Ha concretado los detalles?

—No, no lo ha hecho. Si hubieras hablado con él, podríamos haberlo arreglado.

Ronny movió la cabeza, riéndose.

—¿He dicho algo divertido?

—Me acordaba de cómo se le levantaba por detrás el cuello duro a vuestro excelente doctor.

—Creía que estábamos hablando de las cuevas.

—Es lo que estoy haciendo. Aziz iba exquisitamente vestido, desde el alfiler de la corbata a los botines, pero había olvidado ponerse el pasador del cuello y ahí tienes al indio perfectamente caracterizado: descuido de los detalles; la negligencia básica que pone la raza de manifiesto. Lo mismo sucede con «reunirse» en las cuevas como si se tratara del reloj de Charing Cross, cuando están a millas de una estación y muy distantes entre sí.

—¿Las has visitado?

—No, pero estoy enterado de todo lo que se refiere a ellas, naturalmente.

—¡Naturalmente!

—¿También tú te has comprometido a participar en esa expedición, madre?

—Madre no se ha comprometido a nada —dijo Mrs. Moore, bastante de improviso—, incluyendo tener que ir a ese partido de polo. ¿Harás el favor de pasar primero por el bungalow y dejarme allí? Prefiero descansar.

—Déjame a mí también —dijo Adela—. Tampoco yo tengo ninguna gana de ver jugar al polo.

—Será mejor olvidarse del polo —dijo Ronny. Cansado y decepcionado, perdió por completo el control de sí mismo y añadió, alzando la voz y en tono conminatorio—: ¡No estoy dispuesto a que volváis a meteros en líos con los indios! Si queréis ver las Cuevas de Marabar, tendrán que ser ingleses los que organicen la excursión.

—No he oído hablar nunca de esas cuevas, no sé lo que son ni dónde están —dijo Mrs. Moore—, pero lo que realmente no soporto —añadió, golpeando con la mano el cojín que tenía al lado— son tantas peleas y malos humores.

Los dos jóvenes se sintieron avergonzados. Dejaron a Mrs. Moore en el bungalow y fueron juntos al partido de polo, pensando que era lo menos que podían hacer. Había pasado la crispación pero no el abatimiento; las tormentas rara vez limpian la atmósfera por completo. Miss Quested pensaba en su propia conducta, y no le gustaba en absoluto. En lugar de reflexionar sobre Ronny y sobre sí misma para llegar a una razonada conclusión acerca de su matrimonio, había comentado de manera casual —en el curso de una conversación sobre mangos y delante de extraños

— que no tenía intención de quedarse en la India. Y eso quería decir que no iba a casarse con Ronny; pero ¡qué manera de anunciarlo, qué comportamiento para una joven civilizada! Le debía una explicación a Ronny, pero desgraciadamente no había nada que explicar. Ya era demasiado tarde para una «conversación seria» tan de acuerdo con sus principios y su temperamento. No tenía sentido ponerse desagradable con él y formular quejas sobre su manera de ser en aquel momento, cuando ya caía la tarde... El partido de polo se jugaba en el Maidan, cerca de la entrada de la ciudad. El sol estaba muy cerca del horizonte y cada uno de los árboles encerraba una premonición de noche. Fueron a sentarse lejos del grupo de funcionarios y allí, convencida de que era una cuestión de justicia con Ronny y con ella misma, Adela se lanzó a decir unas cosas que aún no había asimilado:

—Me temo, Ronny, que debemos hablar seriamente.

—Estaba de muy mal humor y tengo que pedirte disculpas —fue su respuesta—. No era mi intención decirlo ni a ti ni a mi madre lo que tenéis que hacer, pero, como es lógico, me ha molestado la manera que han tenido esos bengalíes de dejaros plantadas esta mañana y no quiero que sigan sucediendo cosas parecidas... —Lo que quiero decirte no tiene nada que ver con eso... —Quizá no, pero Aziz logrará que pase algo semejante con ese asunto de las cuevas. La invitación era una simple fórmula, lo noté en su tono de voz; es la manera que tienen los indios de ser amables.

—Quiero hablar contigo de algo muy diferente, que no tiene nada que ver con las cuevas. —Adela estaba mirando la hierba descolorida—. He llegado finalmente a la conclusión de que no vamos a casarnos, querido.

Ronny se sintió muy dolido. Había oído decir a Aziz que Adela no se quedaría en la India, pero no hizo caso de la observación; porque nunca se le hubiera ocurrido que un indio sirviese de canal de comunicación entre dos ingleses. Dominándose, dijo amablemente:

—Nunca afirmaste que fuésemos a casarnos, querida; nunca has llegado a ligarte a mí; no tienes que preocuparte por eso.

Adela se sintió avergonzada. ¡Qué buena persona era Ronny en el fondo! Aunque se empeñaba en imponerle sus opiniones por la fuerza, no quería obligarla a aceptar el «compromiso» porque, al igual que ella, creía en la suprema dignidad de las relaciones personales; no otro había sido el motivo de su mutua atracción cuando se conocieron, en el majestuoso escenario de la Región de los Lagos. El momento difícil había pasado, pero a Adela le parecía que habría tenido que ser más penoso y haber durado más. Ya no iba a casarse con Ronny, y todo daba la impresión de desvanecerse como un sueño.

—Me gustaría que analizáramos nuestra situación —dijo ella—; ¡es una cosa tan terriblemente importante! No debemos dar un paso en falso. Quisiera oír tu punto de vista acerca de mí: puede ayudarnos a los dos.

Pero Ronny se sentía desgraciado y poco comunicativo.

—No tengo mucha fe en ese tipo de análisis..., además, estoy muerto de cansancio con todo el trabajo extra que *mubarram* trae consigo, te ruego que me disculpes.

—Sólo quiero que todo quede absolutamente claro entre nosotros, y contestar a cualquier pregunta que quieras hacerme sobre mi conducta.

—No tengo nada que preguntarte. Te has limitado a hacer uso de tu derecho; era lógico que vinieras a verme en el ejercicio de mi profesión; se trataba de un plan excelente y, en cualquier caso, no sirve de nada hablar más de ello..., sólo conseguiríamos enfadarnos.

Ronny se sentía enojado y maltrecho; tenía demasiado orgullo para pedirle a Adela que recapacitase, pero no consideraba que la muchacha se hubiese portado mal, porque en todo lo relacionado con sus compatriotas Ronny era un hombre de mentalidad generosa.

—En ese caso imagino que no hay nada más que decir; es imperdonable que os haya causado tantas molestias a ti y a tu madre —dijo Miss Quested con voz llena de abatimiento, mirando desaprobadoramente el árbol bajo el cual se hallaban sentados. Un diminuto pájaro verde la estaba observando, tan brillante y tan pulcro que podría haber salido directamente de una tienda. Después de captar su atención, el pájaro cerró los ojos, dio un saltito y se preparó para acostarse. Algún pájaro silvestre de la India—. No, nada más —repitió Adela, pensando que uno de los dos tendría que haber dicho cosas apasionadas y profundas—. Nos estamos comportando de una manera terriblemente británica, pero supongo que no hay nada malo en ello.

—Supongo que no, puesto que somos británicos.

—En cualquier caso, no nos hemos peleado, ¿verdad, Ronny?

—Eso hubiera sido totalmente absurdo. ¿Por qué tendríamos que pelearnos?

—Supongo que seguiremos siendo amigos.

—Estoy completamente seguro.

—Claro.

Tan pronto como llegaron a esta conclusión, los dos se sintieron aliviados, alivio que en seguida se convirtió en ternura para desaparecer inmediatamente. La conciencia de su propia honradez les había ablandado y empezaban a sentirse muy solos e imprudentes. Eran unas experiencias determinadas y no su personalidad lo que les dividía; comparándolos con otros seres humanos, apenas existían diferencias entre los dos; de hecho, en relación con las personas que desde un punto de vista espacial estaban más cerca de ellos en aquel momento, podía decirse que eran prácticamente idénticos. El *bhil* sujetaba el caballo de un oficial, el euroasiático que conducía el automóvil del Nabab Bahadur, el Nabab Bahaduren persona, su disoluto nieto: ninguno de ellos hubiera examinado una situación difícil con tanta sinceridad y

con tanta calma. El simple hecho de examinarla hacía disminuir las dificultades. Estaba claro que eran amigos y que lo seguirían siendo siempre.

—¿Sabes cómo se llama ese pájaro verde que está encima de nosotros? —preguntó Adela, acercando mucho su hombro al de Ronny.

—Papamoscas.

—No, Ronny; tiene rayas rojas en las alas.

—Cotorra —aventuró el otro.

—¡Cielo santo! No.

El pájaro en cuestión echó a volar, desapareciendo en la copa del árbol. Era una cosa sin importancia, pero les hubiera gustado identificarlo; de alguna manera hubiese supuesto un alivio para sus corazones. Pero en la India nada es identificable; el simple hecho de hacer una pregunta provoca su desaparición o su fusión con alguna otra cosa.

—McBryde tiene un libro con ilustraciones sobre pájaros —dijo Ronny muy desanimado—. No sé nada de pájaros; en realidad no sé nada fuera de mi trabajo profesional. Es una lástima.

—Lo mismo me sucede a mí. No sirvo para nada.

—¿Qué es lo que oigo? —gritó el Nabab Bahadur, alzando la voz lo más posible y logrando sobresaltarlos a los dos—. ¿Qué afirmación tan improbable es esa que acabo de oír? ¿Una dama inglesa inútil? No, en absoluto. —Rió afablemente, seguro, dentro de ciertos límites, de que su iniciativa sería bien recibida.

—¿Qué tal, Nabab Bahadur? ¿Viendo jugar al polo una vez más? —dijo Ronny sin mucho entusiasmo.

—Así es, *sahib* y así es.

—¿Qué tal está usted? —dijo Adela, tratando también de recobrase. Acto seguido le tendió la mano. El anciano caballero dedujo de aquel gesto tan extravagante que Miss Quested era una recién llegada, pero no le dio mayor importancia. Las mujeres que enseñaban el rostro se convertían ya para él por ese simple acto en unos seres tan misteriosos que, en lugar de la suya propia, siempre aceptaba la valoración que de ellas nacían los ingleses. Quizá no fuesen inmortales, pero, en cualquier caso, no eran asunto suyo. Al ver al Magistrado Municipal a solas con una joven al atardecer, se había acercado a ellos con intención hospitalaria. Tenía un automóvil nuevo y quería ponerlo a su disposición; Mr. Heaslop decidiría si la oferta era aceptable.

Para entonces Ronny se sentía más bien avergonzado de su frialdad con Aziz y Godbole, y ahora se le presentaba una oportunidad de demostrar que era capaz de tratar a los indios consideradamente cuando se lo merecían. De manera que, con el mismo tono amistosamente triste que había utilizado para hablar del pájaro, le dijo a Adela:

—¿Te distraería dar un paseo de media hora?

—¿No tendríamos que volver al bungalow?

—¿Por qué?

Ronny se la quedó mirando.

—Quizá debiera ver a tu madre y hacer planes para el futuro.

—Como quieras, pero me parece que no corre tanta prisa.

—Permítanme que les lleve al bungalow después de dar un paseo muy breve — exclamó el anciano, dirigiéndose inmediatamente hacia el automóvil.

—Puede mostrarte algunos aspectos del país que se hallan fuera de mi alcance, y es un hombre verdaderamente leal. Pensaba que quizá te gustaría cambiar un poco.

Decidida a no causarle más problemas a Ronny, Adela aceptó, pero su deseo de ver la India estaba disminuyendo de repente. Había habido algo de artificial en su interés.

¿Cómo iban a sentarse en el coche? Era preciso que el elegante nieto del Nabab Bahadur se quedara en tierra. Su abuelo se colocó delante, porque no tenía la menor intención de ir al lado de una muchacha inglesa.

—A pesar de mis muchos años, estoy aprendiendo a conducir —dijo el anciano—. El ser humano puede aprender cualquier cosa si se lo propone. —Y previendo una nueva dificultad, añadió—: No es que conduzca yo. Voy haciéndole preguntas a mi chófer, y así aprendo el porqué de todo lo que hace antes de intentarlo. Con este método se evitan accidentes serios y, permítaseme decirlo, también otros ridículos, como el acontecido a uno de mis compatriotas durante la deliciosa recepción en el club inglés. ¡Nuestro buen Panna Lal! Confío, *sahib*, en que sus flores no sufrieran grandes daños.

Demos nuestro paseo por la carretera de Gangavati. ¡Media legua de camino!

Inmediatamente se quedó dormido. Ronny le dijo al chófer que tomara la carretera de Marabar, porque la de Gangavati estaba en reparación, y volvió a acomodarse en el asiento junto a la dama que acababa de perder. Con un zumbido, el coche se lanzó carretera adelante, siguiendo un terraplén que dominaba diversos campos de melancólico aspecto. Árboles de mala calidad bordeaban la calzada; de hecho, todo el paisaje resultaba mediocre, creando la impresión de que el campo era demasiado extenso para que existiera en él algo destacable. Cada uno de sus elementos exclamaba en vano «Ven, ven». No había suficiente Dios para todos. Los dos jóvenes hablaban en voz baja y se sentían insignificantes. Al irse haciendo de noche parecía como si la oscuridad saliera de la descarnada vegetación, cubriendo el campo por completo antes de desbordarse sobre la carretera. Al hacerse casi imposible distinguir las facciones de Ronny, Adela —como le sucedía siempre en estos casos— empezó a sentir un mayor respeto por los rasgos positivos de su carácter. Debido a una sacudida, su mano tocó la de él, y uno de esos

estremecimientos tan frecuentes en el reino animal pasó de uno a otro, anunciando que todas sus dificultades no eran más que una pelea de enamorados. Los dos tenían demasiado orgullo para aumentar la presión, pero tampoco retiraron la mano y descendió sobre ellos una falsa unanimidad, tan localizada y transitoria como el resplandor de una luciérnaga. Desaparecería al cabo de un momento, quizá para reaparecer más tarde, porque sólo la oscuridad es duradera. Y la noche que les rodeaba, aunque daba la impresión de ser absoluta, no suponía tampoco más que una falsa unidad, modificada por las estrellas y la claridad diurna que aún se filtraba por los bordes de la tierra.

De pronto tuvieron que agarrarse con fuerza..., un golpe, un salto, un giro muy brusco, dos ruedas que perdían contacto con la carretera, frenazo violento, choque con un árbol en el borde del terraplén, inmovilidad total. Un accidente de poca importancia. Nadie estaba herido. El Nabab Bahadur se despertó. En seguida se puso a gritar en árabe y a mesarse violentamente la barba.

—¿Se ha averiado el automóvil? —preguntó Ronny después de la pausa momentánea que se permitía a sí mismo antes de hacerse cargo de una situación.

El chófer euroasiático, con tendencia al nerviosismo, se repuso al oír su voz, y, sintiéndose inglés de pies a cabeza, replicó: —Denme cinco minutos y les llevaré a donde haga falta.

—¿Estás asustada, Adela? —dijo Ronny, retirando la mano.

—Ni pizca.

—Considero que no asustarse es el colmo de la insensatez —exclamó el Nabab Bahadur de manera bastante brusca.

—Bien, ya ha pasado; las lágrimas no sirven para nada —dijo Ronny, apeándose—. Hemos tenido suerte, tropezando con ese árbol.

—Ha pasado todo...; sí, el peligro ha quedado atrás; fumemos, hagamos lo que nos apetezca. Sí..., divirtámonos... Dios misericordioso...

Imperceptiblemente, las palabras del Nabab se transformaron en frases árabes.

—No ha sido el puente. El coche patinó.

—No hemos patinado —dijo Adela, que había visto la causa del accidente y creía que todos los demás estaban en el mismo caso—. Hemos tropezado con un animal.

El anciano dejó escapar un grito lastimero; su terror resultaba desproporcionado y ridículo.

—¿Un animal?

—Un animal bastante grande salió corriendo de la oscuridad por la derecha y se precipitó contra nosotros.

—¡Caramba, pues tiene razón! —exclamó Ronny—. Está saltada la pintura.

—¡Caramba, su señora tiene razón! —repitió el euroasiático, sirviendo de eco.

Había una abolladura junto a los goznes de la puerta, y costaba trabajo abrirla.

—Claro que la tengo. He visto un lomo peludo con toda claridad.

—¿Qué crees que era?

—Sé tan poco de animales como de pájaros..., demasiado grande para tratarse de una cabra.

—Exacto —dijo el anciano—; demasiado grande para una cabra.

—Vamos a intentar averiguarlo; busquemos las huellas.

—Exacto; lo que necesitan es esta linterna.

Los dos ingleses retrocedieron unos cuantos pasos, sumergiéndose en la oscuridad, unidos y felices. Gracias a su juventud y educación, el accidente no les había afectado en absoluto. Siguiendo las huellas de los neumáticos llegaron al origen del problema, nada más cruzar el puente; probablemente el animal había subido desde el *nullah*. Las marcas de las cubiertas avanzaban uniforme y suavemente: cintas divididas en rombos que se distinguían con gran claridad; luego, todo era confusión. Había intervenido sin duda alguna fuerza exterior, pero quedaban demasiadas señales en la carretera para que una huella determinada resultara legible, y la linterna creaba tales contrastes de luz y sombra que no eran capaces de interpretar lo que revelaba. Adela, además, con la excitación, se arrodilló y arrastró la falda por el suelo, hasta que fue ella, más que ninguna otra cosa, quien dio la impresión de haber atacado el automóvil. El incidente resultó ser un gran alivio para los dos. Olvidaron sus fracasadas relaciones personales y se sintieron audaces mientras mezclaban, unas con otras, las huellas sobre el polvo.

—Creo que era un búfalo —gritó Adela a su anfitrión, que no les había acompañado.

—Exactamente.

—A no ser que se tratara de una hiena. A Ronny le pareció acertada esta última conjetura. Las hienas merodean por los *nullahs* y los faros de los automóviles las deslumbran.

—Excelente, una hiena —dijo el indio, irónico e irritado al mismo tiempo, y haciendo un gesto en dirección a la noche—. ¡Mr. Harris!

—Un momento. Denme diez minutos más.

—El *sabib* dice que ha sido una hiena.

—Deje usted tranquilo a Mr. Harris. Nos ha evitado un choque mucho más desagradable. ¡Lo ha hecho usted muy bien, Harris!

—Un choque, *sabib*, que no se habría producido si, tal como le indiqué, Mr. Harris nos hubiese llevado del lado de Gangavati en lugar de hacia Marabar.

—La culpa ha sido mía. Le dije que viniera en esta dirección porque la carretera es mejor. Mr. Lesley ha arreglado todo el trayecto hasta las colinas.

—Ah, ahora empiezo a comprender.

Dando la impresión de recobrase, el Nabab Bahadur se disculpó lenta y

detalladamente por lo sucedido.

—No tiene importancia —murmuró Ronny, pero las disculpas eran de rigor y tendrían que habersele ofrecido antes; que los ingleses conserven la calma en los momentos críticos no debe considerarse como prueba de su insignificancia. El Nabab Bahadur no había superado la prueba demasiado satisfactoriamente.

En aquel momento apareció un automóvil de grandes proporciones que se acercaba en dirección opuesta. Ronny avanzó unos pasos carretera adelante, y con autoridad en la voz y en el gesto lo izo detenerse. Sobre el capó llevaba la inscripción «Estado de Mudkul». En su interior, toda vivacidad y cordialidad, se hallaba Miss Derek.

—Mr. Heaslop, Miss Quested, ¿por qué detienen ustedes a una inocente criatura del sexo femenino?

—Hemos tenido una avería.

—¡Qué horror!

—¡Hemos atropellado a una hiena!

—¡Qué cosa más desagradable!

—¿Podría usted llevarnos?

—Claro que sí.

—Lléveme también a mí —dijo el Nabab Bahadur.

—¡Eh! ¿Y qué hago yo? —exclamó Mr. Harris.

—Pero, vamos a ver, ¿qué es todo esto? No soy un ómnibus —dijo Miss Derek con aire decidido—. Ya llevo conmigo un armonio y dos perros. Dejaré subir a tres personas si una se sienta delante y cuida de un perro dogo. Pero sólo a tres.

—Yo me sentaré delante —dijo el Nabab Bahadur.

—Pues súbase de una vez; no tengo ni idea de quién es usted.

—¡Eh! ¿Qué va a pasar con mi cena? No se me puede dejar aquí solo toda la noche —intervino el chófer agresivamente, esforzándose por parecer un europeo y sentirse como tal.

Aún llevaba puesto el casco a pesar de la oscuridad, y su rostro, al que la raza dominante había aportado muy poco, aparte de unos dientes cariados, se asomaba patéticamente por debajo de él, y parecía decir: «¿Qué está pasando? No me atormenten entre todos, blancos y gentes de color. Aquí me tienen, atrapado en esta maldita India igual que ustedes, y merezco que me encuentren mejor acomodo.»

—Nussu le traerá la cena en bicicleta —dijo el Nabab Bahadur, que había recobrado su dignidad habitual—. Haré que salga con la mayor rapidez posible. Mientras tanto, arregle usted mi automóvil.

Mientras se alejaban a toda velocidad, Mr. Harris, después de lanzarles una mirada llena de reproches, se sentó en el suelo cruzándose de piernas. Siempre se sentía cohibido cuando ingleses e indios estaban presentes al mismo tiempo, porque

no sabía a cuál de los dos grupos pertenecía. Durante un rato se sintió molesto por las tendencias opuestas que circulaban por su sangre, pero luego se mezclaron de nuevo, y Mr. Harris volvió a pertenecerse únicamente a sí mismo.

Pero Miss Derek estaba de un humor excelente. Había logrado robar el automóvil de Mudkul. Su maharajá se enfadaría muchísimo, pero no le importaba; podía despedirla si quería.

—No tengo por qué permitir que estas personas se aprovechen de mí —dijo—. Si no tirara bien fuerte por mi lado no habría conseguido absolutamente nada. ¡Ese pobre estúpido no siente el menor interés por el coche! Sin duda dice mucho en favor de su Estado que se me vea con él en Chandrapore durante mis vacaciones. El maharajá debería verlo así. Y en cualquier caso no le va a quedar otro remedio. Mi maharaní es diferente..., realmente encantadora. Ese es su foxterrier, pobrecillo. Los he pescado a los dos, junto con el chófer. Imagínense, ¡llevar perros a una Conferencia de Jefes! Aunque quizá sea tan sensato como llevar a los mismos jefes. —Se rió a carcajada—. El armonio..., reconozco que el armonio ha sido una pequeña equivocación por mi parte. Creo que he salido perdiendo con el asunto del armonio. Mi intención era que se quedara en el tren. ¡Señor, Señor!

Ronny rió moderadamente. No era partidario de que lo» ingleses trabajaran en los estados nativos, donde obtenían cierto grado de influencia personal, pero a costa del prestigio de todos los demás! Los divertidos éxitos de una persona que trabaja por su cuenta no sirven de nada a un administrador, y le dijo a Miss Derek que acabaría superando a los indios en su propio juego si seguía mucho tiempo haciendo aquello.

—Siempre me despiden antes de que suceda eso, y entonces consigo otro empleo. Toda la India está infestada de maharanís y de *ranis* y de *begums*, deseosas de contratar a gente como yo.

—¿Es eso cierto? No tenía la menor idea.

—¿Cómo iba usted a tenerla, Mr. Heaslop? ¿Qué podría saber él sobre maharanís, Miss Quested? Nada. Al menos eso esperaba yo.

—Tengo entendido que esas personas de tan alto rango no resultan demasiado interesantes —dijo Adela con la mayor calma posible, consciente de que no le gustaba el tono de su joven compatriota. En la oscuridad su mano tocó de nuevo la de Ronny, y al estremecimiento animal se añadió ahora la coincidencia de opiniones.

—Ah, en eso se equivoca usted. No tienen precio.

—Yo no me atrevería a decir que se equivoca —intervino el Nabab Bahadur, desde su situación de aislamiento en el asiento delantero al que se había visto relegado—. En un estado nativo, en un estado hindú, la esposa del soberano puede ser sin duda una dama extraordinaria, y nadie piense por un momento que yo estoy insinuando algo contra la reputación de Su Alteza la Maharaní de Mudkul. Pero me temo que le falte educación, me temo que sea supersticiosa. En realidad, ¿cómo

podría ser de otra manera? ¿Qué oportunidades para educarse ha tenido una señora como ella? ¡La superstición es una cosa terrible, terrible! ¡Es el gran defecto de nuestro carácter indio! —Y, como para subrayar su crítica, en un altozano, hacia la derecha, aparecieron las luces de la zona residencial de los ingleses. El Nabab Bahadur se fue haciendo más parlanchín por momentos—. La obligación de todos y cada uno de los ciudadanos es desprenderse de la superstición y, aunque tengo muy poca experiencia de estados hindúes y ninguna de Mudkul en particular (imagino que a su soberano sólo le corresponde una salva de ordenanza de once cañonazos), no puedo creer que hayan obtenido tan buenos resultados como en la India británica, donde vemos extenderse la razón y el orden en todas direcciones, como un flujo saludable.

—¡Caray! —dijo Miss Derek.

Sin acobardarse ante aquella exclamación, el anciano siguió adelante. Se le había soltado la lengua y sentía la necesidad de hacer varias observaciones. Deseaba respaldar el comentario de Miss Quested acerca de lo poco interesantes que eran las personas de alto rango, porque él mismo era más importante que muchos gobernantes independientes; al mismo tiempo, no debía recordar ni informar a la señorita en cuestión de que él era una persona importante, para que no tuviera la impresión de haber cometido una descortesía. Tal era la base de su parlamento; entrelazada con ello estaba su gratitud hacia Miss Derek por haberle dejado subir al coche, su buena disposición para llevar en brazos un perro repulsivo, y su pesar, en términos generales, por los inconvenientes que había causado a la raza humana en el transcurso de la tarde. También quería que se le permitiera apearse cerca de la ciudad para localizar a su lavandero y ver qué nueva fechoría estaba a punto de cometer su nieto. Mientras tejía todas estas ansiedades con una sola cuerda, el Nabab Bahadur sospechaba que su público no le escuchaba con interés, y que el Magistrado Municipal estaba acariciando a las dos jóvenes aprovechándose de la protección que le ofrecía el armonio, pero la buena educación le impulsaba a continuar; para el Nabab no tenía importancia que se aburrieran, ya que él personalmente ignoraba en qué consiste el aburrimiento, ni tampoco le importaba que fueran licenciosos, porque Dios ha creado todas las razas para que sean distintas. El accidente pertenecía al pasado, y su vida, uniformemente útil, distinguida y feliz, seguía su curso habitual y se expresaba en raudales de palabras bien escogidas.

Cuando el viejo géiser les dejó, Ronny no hizo ninguna observación, dedicándose en cambio a hablar sobre el partido de polo; Turton le había enseñado que era mejor no hablar de un hombre inmediatamente, y reservó lo que tenía que decir sobre el Nabab para más tarde. Después de hacer un gesto de adiós, su mano tocó nuevamente la de Adela; ella se la acarició sin reservas, él respondió, y sin duda la firme presión por ambas partes quería decir algo. Se miraron al llegar al bungalow porque Mrs.

Moore estaba dentro. Le correspondía hablar a Miss Quested, que dijo con cierto nerviosismo:

—Ronny, quisiera retirar lo que he dicho en el Maidan.

El otro asintió y, en consecuencia, quedaron comprometidos para casarse.

Ninguno de los dos había previsto aquel resultado. Adela tenía intención de volver a su anterior situación de incertidumbre —más importante y refinada—, pero había dejado pasar el momento oportuno y ahora estaba ya fuera de su alcance. A diferencia del pájaro verde o del animal peludo, Miss Quested había quedado clasificada. Adela se sintió humillada de nuevo, porque no le gustaban las etiquetas y pensaba además que en aquel momento debería haberse producido otra escena entre su pretendiente y ella: algo dramático y de considerable duración. Ronny estaba contentó en Jugar de preocupado; sorprendido, eso sí, pero no tenía nada que decir en realidad. ¿Qué se podía decir? Casarse o no casarse, esa era la cuestión, y Adela y él la habían resuelto afirmativa—.

—Ven, vamos a contárselo todo a mi madre —dijo Ronny, abriendo la puerta de cinc con perforaciones que protegía el bungalow de los enjambres de criaturas aladas. El ruido despertó a Mrs. Moore. Había estado soñando con sus hijos ausentes a los que tan (pocas veces mencionaba, Ralph y Stella, y al principio no captó de qué se trataba. También Mrs. Moore se había acostumbrado a retrasar las cosas sesudamente, y se sintió alarmada al ver que la espera llegaba a su término.

Terminada la notificación, Ronny hizo una observación sincera y llena de buena voluntad.

—Escuchadme las dos: si queréis ver la India podéis hacerlo como os apetezca... Sé que más bien he hecho el ridículo en casa de Fielding, pero... ahora ya es diferente. No estaba completamente seguro de mí mismo.

«Está claro que los deberes que me trajeron aquí han concluido; ya no quiero ver la India, lo que necesito es el pasaje de vuelta», pensó Mrs. Moore. Se recordó a sí misma todo lo que significa un matrimonio feliz, y pensó en sus dos felices matrimonios, uno de los cuales había producido a Ronny, También los padres de Adela habían sido dichosos en su matrimonio, y era una cosa excelente ver repetirse el acontecimiento en la joven generación. ¡Una y otra vez! El número de uniones de aquel tipo aumentaría sin duda a medida que se extendiera la educación y las personas tuvieran ideales más elevados y caracteres más firmes. Pero la visita al Instituto la había fatigado, le dolían los pies, Mr. Fielding había andado mucho y demasiado de prisa, los dos jóvenes habían conseguido irritarla en el *tum-tum*, haciéndole suponer que estaban a punto de romper sus relaciones, y aunque ahora todo estaba arreglado, Mrs. Moore no era capaz de hablar del vínculo matrimonial o de cualquier otra cosa con el debido entusiasmo. Ronny había logrado lo que quería, Vella tenía que volver a casa y ayudar a los otros, si es que lo deseaban. Mrs. Moore

había pasado la edad de contraer matrimonio, feliz o desgraciado; su función era ayudar a otros, su recompensa que se la considerase favorablemente dispuesta. Las señoras de edad avanzada no deben tener aspiraciones más altas.

Cenaron solos. Hablaron mucho del futuro en un agradable clima de afecto y confianza. Después comentaron los pasados acontecimientos y Ronny analizó la jornada desde su personal punto de vista. Su día había sido diferente del de las mujeres, porque mientras ellas se divertían o pensaban él había estado trabajando. Se acercaba mubarram y, como de costumbre, los mahometanos de Chandrapore estaban construyendo torres de papel demasiado altas para pasar bajo las ramas de cierta higuera de las pagodas. Ya se sabía lo que sucedería después; la torre se atascaría, un mahometano se subiría a la higuera y cortarían la rama, los hindúes protestarían, se produciría un alboroto de carácter religioso y sólo Dios sabe qué más, y quizás hasta fuera necesario pedir tropas. Se habían constituido delegaciones y formado Comités de Conciliación bajo los auspicios de Turton, y todo el trabajo ordinario de Chandrapore estaba detenido. ¿Se debía cambiar el recorrido de la procesión o hacer torres más bajas? Los mahometanos ofrecían la primera solución, mientras que los hindúes insistían en la segunda. El administrador se inclinaba por estos últimos, hasta que empezó a sospechar que habían encorvado el árbol artificialmente para acercarlo al suelo. Los hindúes aseguraban que se combaba espontáneamente. Medidas, planos, una visita oficial al lugar. Pero Ronny no estaba descontento con su día, porque probaba que los británicos hacían falta en la India; sin ellos se produciría sin duda derramamiento de sangre. Su voz adquirió de nuevo un tono de autocomplacencia; él no estaba allí para ser amable, sino para mantener la paz, y ahora que Adela le había prometido ser su esposa estaba seguro de que lo entendería.

—¿Qué piensa el anciano caballero que nos ha invitado a pasear en coche? —preguntó Adela, y su tono indiferente era exactamente el que Ronny deseaba.

—Nuestro anciano caballero se muestra servicial y carente de veleidades, como es siempre el caso cuando se trata de asuntos públicos. Has tenido ocasión de conocer a nuestro indio ejemplar.

—¿Lo dices en serio?

—Me temo que sí. Hasta los mejores son increíbles, ¿no es cierto? Les pasa a todos lo mismo: antes o después se les olvida ponerse el pasador del cuello. Hoy te has relacionado con tres tipos diferentes de indios: los Bhattacharya, Aziz y el Nabab, y no es una simple coincidencia que los tres te hayan defraudado.

—A mí me gusta Aziz, Aziz es de verdad amigo mío —intervino Mrs. Moore.

—Cuando un animal choca con nuestro coche, el Nabab pierde la cabeza, abandona a su infeliz chófer, se mete casi a la fuerza en el automóvil de Miss Derek..., no tiene gran importancia, pero son cosas que un hombre blanco no hubiera hecho.

—¿Qué animal?

—Hemos tenido un accidente sin importancia en la carretera de Marabar. Adela cree que se trataba de una hiena.

—¿Un accidente? —exclamó Mrs. Moore.

—Nada importante; ningún herido. Nuestro excelente anfitrión se despertó muy alarmado de sus sueños, dio la impresión de pensar que la culpa era nuestra y no hizo otra cosa que repetir «exactamente, exactamente», como una cantinela.

Mrs. Moore se estremeció, «¡Un fantasma!» Pero la idea del fantasma apenas pasó de sus labios. Los jóvenes no la recogieron, ocupados como estaban en revisar sus propios puntos de vista, y, carente de apoyo, pereció o fue reabsorbida por esa parte del cerebro que raras veces llega a expresarse.

—Sí, nada delictivo —resumió Ronny—, pero así son los indios, y esa es una de las razones de que no los admitamos en nuestros clubs y de que me sorprenda que una chica como Miss Derek trabaje para ellos... Pero tengo que seguir con mi trabajo. ¡Krishna!

Krishna era el *peón* que debería haberle traído las carpetas de documentos que estaban en su despacho. No había aparecido y se produjo un gran revuelo. Ronny se encolerizó, gritó, aulló, y sólo un observador experimentado habría sido capaz de notar que el Magistrado Municipal no estaba realmente enfadado ni necesitaba las carpetas, y que únicamente organizaba un revuelo porque era esa la costumbre. Los criados, dándose cuenta con toda claridad de lo que sucedía, se dedicaron a correr lentamente en círculos, con quinqués en las manos. Krishna, la tierra, y Krishna, las estrellas, contestaron a sus llamadas, hasta que el inglés se calmó con los ecos de sus voces, impuso una multa de ocho anas al *peón* ausente y se sentó en la habitación vecina a dedicarse al trabajo atrasado.

—Adela, ¿querrías hacer un solitario con tu futura suegra, o te parece una actividad demasiado insípida? —dijo Mrs. Moore.

—Me gustaría jugar... No estoy nada nerviosa... Sólo contenta de que por fin lo hayamos arreglado, aunque no noto que se haya producido ningún cambio importante. Todavía seguimos siendo las mismas tres personas.

—Esa es la sensación más conveniente que puedes tener. Mrs. Moore sirvió la primera mano de cartas.

—Imagino que sí —dijo la muchacha pensativamente.

—En casa de Mr. Fielding me temí que hubieras tomado la decisión contraria...; dama de trébol sobre rey de diamante—. Charlaron sin prisas sobre el juego. Al cabo de un rato Adela dijo:

—Me oyó usted decirles a Aziz y a Godbole que no me iba a quedar en el país. No era cierto, así que ¿por qué lo dije? Tengo la impresión de que no he sido... suficientemente sincera, o que no he puesto suficiente atención, o algo parecido. Es

como si hubiera desquiciado todas las cosas. Usted ha sido muy buena conmigo, y yo quería portarme bien cuando nos embarcamos, pero por alguna razón no lo he hecho... Mrs. Moore, si una no es totalmente honesta, ¿qué sentido tiene la existencia? Mrs. Moore siguió poniendo las cartas sobre la mesa. Las palabras de Adela resultaban oscuras, pero la anciana entendía el desasosiego que las producía. Ella misma lo había experimentado dos veces durante sus propios compromisos matrimoniales: aquel vago arrepentimiento y aquellas dudas. Después todo resultó bien, como sin duda sucedería también en este caso; el matrimonio logra enderezar todas las cosas.

—Yo no me preocuparía —dijo Mrs. Moore—. Se debe en parte a estar en un ambiente extraño; tú y yo nos ocupamos de naderías en lugar de atender a lo importante; somos lo que la gente de aquí llama «nuevas».

—¿Quiere decir que mis preocupaciones están mezcladas con la India?

—Las de la India...

Mrs. Moore se detuvo.

—¿Por qué dijo usted que había sido un fantasma?

—¿Un fantasma?

—El animal que chocó con nosotros. ¿No dijo usted «¡Un fantasma!» como de pasada?

—He debido de decirlo sin pensar.

—Estoy casi segura de que era una hiena.

—Es lo más probable.

Y así continuaron haciendo el solitario. Abajo, en Chandrapore, el Nabab Bahadur aguardaba la llegada de su coche. Estaba sentado detrás de su casa de la ciudad (un pequeño edificio sin muebles en el que entraba raras veces), en el centro de la pequeña corte que siempre se improvisa alrededor de los indios de alta posición. De cuando en cuando, como si los turbantes fueran el lógico producto de la oscuridad, había alguno que avanzaba hasta situarse delante del anciano, y después de inclinarse se retiraba. El Nabab Bahadur estaba preocupado y su dicción era la adecuada para desarrollar un tema religioso. Nueve años antes, la primera vez que había tenido un automóvil, atropello a un borracho, matándolo, y aquel hombre había estado esperándole desde entonces. El Nabab Bahadur era inocente ante Dios y ante la Justicia y había pagado el doble de la indemnización exigida; pero no servía de nada, el hombre seguía esperando, de una forma inexpresable, muy cerca del escenario de su muerte. Ni los ingleses ni el chófer estaban al corriente de esto; era un secreto racial que se comunicaba más por la sangre que por la palabra. El Nabab hablaba ahora horrorizado de las especiales circunstancias que ennegrecían el suceso: había expuesto a otros al peligro; había arriesgado las vidas de dos inocentes y respetados huéspedes.

—¿Qué importancia tendría que yo hubiese muerto? —repetía—. Antes o después tiene que suceder, pero los que habían puesto en mí su confianza...

Los presentes se estremecieron e invocaron la misericordia de Dios. Sólo Aziz no participaba de aquellos sentimientos, porque su experiencia personal le hacía disentir: ¿no había sido por despreciar a los fantasmas como había llegado a conocer a Mrs. Moore?

—Sabes muy bien, Nureddin —le susurró al nieto del Nabab (un joven afeminado al que veía muy raras veces y siempre le caía bien, pero al que olvidaba acto seguido) —, sabes muy bien, mi querido amigo, que los musulmanes tenemos que librarnos de esas supersticiones, o de lo contrario la India no progresará nunca. ¿Cuánto tiempo seguiré aún oyendo hablar del cerdo salvaje de la carretera de Marabar? —Nureddin bajó la vista. Aziz continuó—: Tu abuelo pertenece a otra generación y yo respeto y quiero a ese anciano caballero, como sabes muy bien. No digo nada en contra suya, tan sólo que en nuestro caso estaría mal, porque nosotros somos jóvenes. Quiero que me prometas, Nureddin, ¿me estás escuchando?, que no creerás en los malos espíritus y que si muero (porque mi salud empeora de día en día) educarás a mis tres hijos para que tampoco crean en ellos.

Nureddin sonrió y sus bonitos labios se prepararon a dar una respuesta adecuada, pero antes de que las palabras salieran de su boca llegó el automóvil, y su abuelo se lo llevó consigo.

En la zona residencial de los ingleses el solitario todavía se prolongó después de esto. Mrs. Moore siguió murmurando: «Diez de diamante sobre dama de trébol», Miss Quested continuó ayudándola | intercalando entre las complicaciones del juego detalles sobre la hiena, el compromiso matrimonial, la maharaní de Mudkul, los Bhattacharya y el día en general, cuya áspera superficie reseca adquiriría, al irse alejando, una silueta definida, como podría hacerlo la misma India si fuera posible verla desde la luna. Al cabo de un rato las dos jugadoras se fueron a la cama, pero no sin que antes otras personas se hubieran despertado en otros sitios, personas cuyas emociones no podían compartir y cuya existencia ignoraban. Nunca totalmente en calma, nunca perfectamente oscura, la noche se iba desgastando, diferenciándose de otras noches por dos o tres ráfagas de viento que parecían caer perpendicularmente desde el cielo para rebotar inmediatamente, duras y compactas, sin dejar tras de sí ni un soplo de frescor: se acercaba la estación cálida.

Capítulo noveno

Como había predicho, Aziz se puso enfermo, aunque sólo levemente enfermo. Tres días después yacía en cama en su bungalow, fingiendo estar muy enfermo. No tenía más que un poco de fiebre y la habría ignorado si hubiera tenido algo importante que hacer en el hospital. De vez en cuando gemía y pensaba que iba a morir, pero no lo pensaba durante mucho tiempo y la menor cosa le distraía. Era domingo, un día siempre muy ambiguo en Oriente y una excusa para holgazanear. Estuvo oyendo repicar campanas mientras dormitaba: las de la capilla en la zona residencial de los funcionarios ingleses y las de la misión más allá del matadero, Campanas diferentes y que repicaban con propósitos distintos, porque las primeras llamaban con firmeza a la India inglesa y las segundas a toda la humanidad, pero débilmente. Aziz no tenía nada en contra de las primeras; las otras las ignoraba, consciente de su ineficacia. El anciano Mr. Graysford y el joven Mr. Sorley lograban conversos durante las épocas de carestía porque distribuían alimentos; pero cuando llegaban tiempos mejores se quedaban otra vez solos como era lógico y, aunque se sorprendían e irritaban siempre que les sucedía esto, nunca llegaban a aprender la lección. «Ningún inglés nos entiende, con la excepción de Mr. Fielding —pensó Aziz—; pero ¿cómo es posible que vuelva a verle? Si entrara en esta habitación me moriría de vergüenza.» Llamó a Hassan para que limpiara, pero Hassan, que estaba comprobando si las moneas de su soldada eran falsas o no mediante el procedimiento de dejarlas caer sobre el escalón del porche, descubrió que podía no oírle; le oyó y no le oyó, de la misma manera que Aziz había llamado y no había llamado. «Eso es la India..., así somos nosotros..., no hace falta ir más lejos...» Aziz volvió a quedarse medio dormido y sus pensamientos vagaron sobre la multiforme superficie de la vida.

Gradualmente se fueron centrando en un determinado punto: la Sima Sin Fondo, según los misioneros; Aziz, sin embargo, no le daba más importancia que a un simple hoyo. Sí, le apetecía pasar una velada con unas cuantas chicas, con canciones y todo lo demás, una exaltación no muy bien definida y que culminaría en voluptuosidad. Sí, eso era lo que necesitaba. ¿Cómo se podría arreglar? Si el Mayor Callendar fuese indio, se acordaría de lo que son los jóvenes y le concedería un permiso para irse dos o tres días a Calcuta sin hacer preguntas. Pero el Mayor Callendar debía suponer que sus subordinados eran de piedra o que recurrirían a los bazares de Chandrapore: dos posibilidades igualmente odiosas. Tan sólo Mr. Fielding...

—¡Hassan!

El criado acudió corriendo.

—Mira esas moscas, hermano.

Y Aziz señaló la horrible masa que colgaba del techo. El núcleo era un cable que había sido instalado en homenaje a la electricidad.

La electricidad no había hecho ningún caso, y una colonia de moscas había acudido en su lugar, ennegreciendo la superficie del cable con sus cuerpos.

—Son moscas, *huzoor*.

—Bien, de acuerdo, eso es lo que son, excelente, pero ¿por qué te he llamado?

—Para hacer que se vayan a otro sitio —dijo Hassan, tras penosa meditación.

—Se van a otro sitio, pero siempre vuelven.

—Sí, *huzoor*.

—Tienes que encontrar un remedio contra las moscas; para eso eres mi criado —dijo Aziz amablemente.

Hassan llamaría al niño de los recados para que pidiera prestada la escalera de mano en casa de Mahmoud Ali; le ordenaría al cocinero que encendiera el hornillo de petróleo y que calentara agua; luego el mismo Hassan subiría los travesaños de la escalera con una olla en las manos y sumergiría en su interior el extremo del cable.

—Bien, muy bien. Entonces, ¿qué es lo que tienes que hacer?

—Matar las moscas.

—Excelente. Hazlo.

Hassan se retiró, con el plan casi asimilado, y empezó a buscar al chico de los recados. Al no encontrarlo, sus pasos se hicieron más lentos y regresó disimuladamente a su sitio en el porche, pero no siguió examinando sus rupias, no fuera que su amo oyera el tintineo. Las campanas dominicales repicaban aún; el Oriente había vuelto al Oriente pasando por las afueras de Londres y se había convertido en algo ridículo durante el rodeo. Aziz siguió pensando en mujeres hermosas. En este punto el joven médico se mostraba directo y obstinado, aunque no brutal. Había aprendido todo lo necesario sobre su propia constitución muchos años atrás, gracias al sistema social dentro del que había nacido, y cuando fue a estudiar Medicina le habían repelido la pedantería y las alharacas con que Europa clasifica los Hechos relativos al sexo. La ciencia parecía analizarlo todo desde un punto de vista equivocado, y no le sirvió para interpretar sus experiencias cuando las encontró en un libro de texto alemán, porque al estar allí dejaban de ser sus experiencias. Lo que su padre o su madre le habían dicho o lo que había aprendido de los criados era el tipo de información que le resultaba útil y que, cuando la ocasión se presentaba, transmitía a otras personas.

Pero no podía deshonorar a sus hijos con alguna estúpida aventura. ¿Qué sucedería si se corriese la voz de que Aziz no era una persona respetable? También tenía que considerar su posición profesional, prescindiendo de lo que pensara el Mayor Callendar. Aziz defendía el decoro, pero sin atribuirle una aureola moral y en esto, básicamente, se diferenciaba de un inglés. Sus reglas de comportamiento sólo tenían

valor social. No hay nada de malo en engañar a la sociedad mientras ella no nos descubra, porque sólo se la perjudica cuando nos descubre; la sociedad no es como un amigo o como Dios, a quienes se ofende con la simple existencia de la infidelidad. Sin la menor duda sobre este punto, Aziz meditaba sobre el tipo de mentira que debería contar para marcharse a Calcuta, y había pensado ya en un conocido que podía mandarle un telegrama y una carta para enseñar al Mayor Callendar, cuando se oyó el ruido de un vehículo que se detenía delante de su casa. Alguien venía a interesarse por su salud. La idea de la compasión ajena hizo que le aumentara la fiebre y con un gemido sincero se arrebujó en el edredón.

—Mi querido Aziz, estamos muy preocupados —dijo la voz de Hamidullah.

Uno, dos, tres, cuatro golpes, a medida que los visitantes se sentaban sobre la cama.

—El que un médico se ponga enfermo, es un asunto muy serio —dijo la voz de Mr. Syea Mohammed, el ingeniero ayudante.

—Igualmente importante es que enferme un ingeniero —dijo la voz de Mr. Haq, inspector de Policía.

—Sí, claro, somos personas muy importantes, como demuestran nuestros salarios.

—El doctor Aziz estuvo tomando el té con nuestro director el jueves por la tarde —dijo con voz aflautada Rafi, el sobrino del ingeniero—. El profesor Godbole, que también asistió, ha enfermado igualmente, lo que parece una cosa bastante extraña, ¿no es cierto?

Llamas de sospecha se alzaron al instante en el pecho de todos los presentes.

—¿Mentira! —exclamó Hamidullah, con voz autoritaria, apagándolas.

—Una mentira, sin duda alguna —repitieron los otros, haciéndole eco, muy avergonzados de sí mismos.

El malvado estudiante, al fracasar en su intento de iniciar un escándalo, perdió confianza en sí mismo y se puso en pía, apoyando la espalda contra la pared.

—¿Está enfermo el profesor Godbole? —quiso saber Aziz al tomar conciencia de la noticia—. Lo siento de verdad. —Su rostro, inteligente y con expresión compasiva, apareció por encima de los pliegues del edredón, de un intenso color carmesí—. ¿Cómo están ustedes, Mr. Syed y Mr. Haq? ¿Qué amabilidad la suya al interesarse por mi salud! ¿Qué tal estás, Hamidullah? Pero ya veo que me traes malas noticias. ¿Qué le sucede a esa excelente persona?

—¿Por qué no contestas, Rafi? Tú eres la gran autoridad en este asunto —le dijo su tío.

—Sí, Rafi es nuestro gran hombre —dijo Hamidullah, restregando la herida—. Rafi es el Sherlock Holmes de Chandrapore. Habla, Rafi.

Sintiéndose tan insignificante como una mota de polvo, el estudiante murmuró la palabra «Diarrea» y nada más pronunciarla sintió renacer su confianza, porque con

ella mejoraba su posición. Llamas de sospecha se alzaron de nuevo en el pecho de sus mayores, aunque en distinta dirección. ¿Cabía la posibilidad de que se diese el nombre de diarrea a un temprano caso de cólera?

—Sí eso es cierto, la situación es muy seria; apenas está terminando marzo. ¿Por qué no se me ha informado? —exclamó Aziz.

—El doctor Panna Lal le atiende —dijo Rafi.

—Sí, claro, hindúes los dos; ahí lo tenemos; se unen como moscas, manteniéndolo todo a oscuras. Rafi, ven aquí. Cuéntame todos los detalles. ¿Hay vómitos también?

—Sí, señor, efectivamente, y fuertes dolores.

—Entonces no hay más que hablar. Dentro de veinticuatro horas habrá muerto.

Todos se sintieron conmovidos y lo manifestaron, pero el atractivo del profesor Godbole había disminuido al sabérsele en manos de un correligionario. Les inspiraba menos simpatía que cuando lo consideraban aislado en su sufrimiento. No tardaron mucho en empezar a condenarlo como posible fuente de infección.

—Toda enfermedad procede de los hindúes —dijo Mr. Haq. Mr. Syed Mohammed había asistido a festivales religiosos, en Allahabad y en Ujjain y los describió con amargo desprecio. En Allahabad había agua corriente que se llevaba las impurezas, pero en Ujjain habían cerrado el pequeño río Sipra y, al bañarse, miles de personas depositaban sus gérmenes en la rebalsa. Habló con repugnancia del mucho calor, del estiércol y de las caléndulas, así como del campamento de *saddhus*, algunos de los cuales paseaban completamente desnudos por las calles. Cuando le preguntaron el nombre del ídolo más importante de Ujjain, replicó que no lo sabía; que no se había molestado en averiguarlo porque no podía perder el tiempo en semejantes trivialidades. Su explosión de elocuencia se prolongó durante algún tiempo y con el acaloramiento terminó halando en panjabi (procedía de esa zona de la India) y se hizo ininteligible.

A Aziz le gustaba oír alabar su religión. La parte más superficial de su mente se calmaba con ello, permitiendo que por debajo se formaran bellas imágenes. Al terminar la ruidosa perorata del ingeniero, Aziz dijo: «Ese es exactamente mi punto de vista.» Extendió la mano con la palma hacia arriba y empezaron a brillarle los ojos y a llenársele de ternura el corazón. Apartando más la colcha, recitó un poema de Galib. No tenía conexión con lo sucedido anteriormente, pero le salió del corazón y conmovió a sus oyentes, que se sintieron dominados por su patetismo; lo patético — todos estaban de acuerdo— es la cualidad más elevada del arte; un poema ha de afectar a quien lo escucha haciéndole tomar conciencia de su debilidad, y debe al mismo tiempo formular alguna comparación entre la humanidad y las flores. En el sórdido dormitorio cesaron los ruidos; mientras palabras que todos aceptaban como inmortales llenaban el aire indiferente, quedaron en suspenso las estúpidas intrigas,

las habladurías, los descontentos superficiales. Sintiéndola como verdad tranquilamente poseída y no como grito de batalla, les embargó la convicción de que la India era una; de que era musulmana; de que siempre lo había sido; y esa seguridad les duró hasta que volvieron de nuevo la vista hacia la calle. Fueran los que fuesen los sentimientos de Galib, también él había vivido en la India, unificándola de esa manera para ellos; Galib se había marchado con sus tulipanes y sus rosas, pero los tulipanes y las rosas permanecen. Y los reinos hermanos del Norte —Arabia, Persia, Ferganá, Turkestán— extendían sus manos mientras Galib cantaba, tristemente, porque toda belleza es triste y saludaban a la ridícula Chandrapore, donde cada calle y cada casa estaba dividida contra sí misma, y le decían que era un continente y que estaba unida.

De los presentes, sólo Hamidullah era capaz de apreciar la poesía. Las mentes de los otros eran toscas y de inferior calidad. Sin embargo, escuchaban con agrado, porque entre ellos no había llegado a producirse el divorcio de literatura y civilización. El inspector de Policía, por ejemplo, no pensaba que Aziz hubiese hecho el ridículo recitando, ni había dejado escapar una de esas carcajadas joviales con que los ingleses evitan el contagio de la belleza. Se limitó a estar allí con la mente vacía, y cuando sus pensamientos, innobles en su mayor parte, volvieron a ocuparla, había en ellos una agradable frescura. El poema no había hecho «bien» a nadie, pero era una advertencia pasajera, un soplo de los divinos labios de la belleza, un rruiseñor entre dos mundos polvorientos. Menos explícito que invocar a Krishna, daba, sin embargo, expresión a nuestra soledad nuestro aislamiento, a la falta que nos hace el Amigo que nunca viene, pero al que nunca se renuncia enteramente. Terminado el poema, Aziz siguió pensando en mujeres, pero de manera distinta: menos definida, más intensa. Algunas veces la poesía tenía ese efecto en él; otras, sólo servía para dar mayor precisión a sus deseos y nunca sabía de antemano qué efecto se seguiría; Aziz no era capaz de descubrir reglas ni para éste ni para ningún otro de sus problemas cotidianos.

Hamidullah había pasado a visitarle de camino para un fastidioso Comité de Notables, de tendencia nacionalista, en el que hindúes, musulmanes, dos sikhs, dos parsis, un jainí y un cristiano nativo trataban de confraternizar más allá del impulso de sus tendencias naturales. Mientras alguien insultaba a los ingleses, todo iba bien, pero no se había conseguido nada constructivo, y si los ingleses llegaran a marcharse de la India también desaparecería el comité. A Hamidullah le alegraba que Aziz, a quien quería mucho y cuya familia estaba emparentada con la suya, no se interesara por la política, que arruina reputación y carrera, sin las cuales nada puede lograrse. Hamidullah pensó en Cambridge: con tristeza, como si se tratara de otro poema que ya había terminado. ¿Qué feliz había sido allí, veinte años antes! En la rectoría de Mr. y de Mrs. Bannister la política carecía de importancia. Allí, juegos, trabajo y una

agradable vida social se habían entretejido creando la impresión de configurar la adecuada subestructura para una vida nacional. Aquí todo eran maquinaciones y miedo. Ni siquiera podía fiarse de Syed Mohammed ni de Haq, aunque hubieran venido con él en su coche; ven cuanto al estudiante, era un escorpión. Inclinandose, Hamidullah dijo:

—Aziz, Aziz, mi querido amigo, tenemos que marcharnos, ya se nos ha hecho tarde. Ponte bien en seguida, porque no sé qué sería de nuestro pequeño círculo sin ti.

—No olvidaré esas afectuosas palabras —replicó Aziz.

—Considéralas también mías —dijo el ingeniero.

—Gracias, Mr. Syed Mohammed, así lo haré. «Y mías». «Acéptelas también como mías», exclamaron los otros, deseosos todos, dentro de sus posibilidades, de poner de manifiesto su buena voluntad. ¡Débiles llamas, tan inextinguibles como poco eficaces! Los visitantes siguieron sentados en la cama, masticando la caña de azúcar que Hassan había ido corriendo a comprar al bazar, mientras Aziz bebía una taza de leche con especias. En seguida se oyó el ruido de otro vehículo. Había llegado el doctor Panna Lal acompañado del horrendo Mr. Ram Chand. El cuarto recobró al instante la atmósfera que se considera adecuada para una habitación de enfermo y Aziz se ocultó de nuevo bajo la colcha.

—Caballeros, excúsenme, he venido a preguntar por orden del Mayor Callendar —dijo el hindú, nervioso al verse en aquella guarida de fanáticos a donde su curiosidad le había llevado.

—Ahí lo tiene usted —dijo Hamidullah, señalando la forma yacente de su amigo.

—Doctor Aziz, doctor Aziz, he venido a interesarme por su salud.

Aziz alzó un rostro sin expresión al termómetro que se le ofrecía.

—La mano también, haga el favor. —Después de contemplar las moscas del techo mientras le tomaba el pulso, el doctor Lal anunció—: Tiene algo de fiebre.

—Creo que no mucha —dijo Ram Chand, deseoso de crear problemas.

—Tiene algo de fiebre; debe seguir en la cama —repitió el doctor Panna Lal, y acto seguido agitó el termómetro, con lo que la altura de la columna de mercurio quedó para siempre en el misterio. El doctor Lal odiaba a su joven colega desde el desastre con Dapple, y le hubiera gustado jugarle una mala pasada y contarle al Mayor Callendar que estaba fingiendo. Pero quizá también él necesitara muy pronto pasarse un día en la cama... y, además, aunque el Mayor Caendar siempre creía lo peor de los nativos, nunca se fiaba de ellos cuando iban unos con cuentos sobre otros. Una actitud de comprensión con el enfermo parecía lo más seguro—. ¿Qué tal el estómago? —preguntó—. ¿Qué tal la cabeza? —Y al ver la taza vacía recomendó una dieta de leche.

—Es un gran alivio para nosotros y una gran amabilidad por su parte hacer esta visita, doctor *sabib* —dijo Hamidullah, adulándole un poco.

—No hago más que cumplir con mi deber.

—Sabemos lo ocupado que está usted.

—Sí, eso es cierto.

—Y los muchos enfermos que hay en la ciudad.

El doctor Lal sospechó que se le tendía una trampa con aquella observación; tanto si admitía que había muchos enfermos como si decía que había pocos ambas afirmaciones podían usarse en contra suya.

—Siempre hay enfermos —replicó—, y yo estoy siempre ocupado; es algo que va ligado a la profesión médica.

—Anda escaso de tiempo, desde luego; ahora mismo tendría que estar ya en el Instituto —dijo Ram Cnand.

—¿Atiende usted quizás al profesor Godbole?

El doctor Lal adoptó un aire profesional y no dijo nada.

—Confiamos en que esté cesando la diarrea.

—Mejora su estado, pero no es diarrea lo que le aqueja.

—Estamos algo preocupados... El doctor Aziz y él son grandes amigos. Si quisiera usted decirnos qué dolencia padece le quedaríamos muy agradecidos.

Después de una pausa llena de cautela, el doctor Lal dijo: —Hemorroides.

—De manera que en eso se ha quedado tu cólera, mi querido Rafi —gritó Aziz, incapaz de contenerse.

—¡Cólera! ¿Qué será lo próximo que digan? ¿Qué no estarán diciendo ya? —exclamó el doctor, extraordinariamente agitado—. ¿Quién extiende tan falsas informaciones sobre mis pacientes? Hamidullah señaló al culpable.

—Oigo hablar de cólera, oigo hablar de peste bubónica, oigo toda clase de mentiras. ¿Dónde acabará?, me pregunto a veces. La ciudad está llena de noticias erróneas y quienes las extienden deberían ser descubiertos y castigados severamente.

—¿Has oído eso, Rafi? ¿Quieres explicarnos ahora por qué nos cuentas todas esas patrañas?

El estudiante murmuró que se lo había dicho otro chico, y también que la deficiente gramática inglesa que el Gobierno les obligaba a usar tergiversaba con frecuencia el significado de las palabras, confundiendo a los alumnos.

—Esa no es razón para acusar a un médico —dijo Ram Chand.

—Exactamente, exactamente —dijo Hamidullah, deseoso de evitar una escena desagradable. Las peleas se extienden muy de prisa y llegan muy lejos, y Syed Mohammed y Haq parecían enfadados y dispuestos a estallar—. Debes disculparte como es debido, Rafi; estoy seguro de que tu tío así lo desea —añadió—. Todavía no has dicho que lamentas las molestias que has causado a estos caballeros con tu imprudencia.

—No es más que un muchacho —dijo el doctor Panna Lal, aplacado.

—También los muchachos deben aprender —dijo Ram Chand.

—Creo que su hijo no ha logrado pasar el nivel más bajo —dijo Syed Mohammed súbitamente.

—¿De veras? Quizá sea así. No tiene la ventaja de contar con un familiar en la Imprenta de la Prosperidad.

—Ni usted la ventaja de seguir ocupándose de sus asuntos en los tribunales de justicia.

Las voces subieron de volumen. Mahometano e hindú siguieron haciendo oscuras alusiones, peleándose tontamente. Hamidullah y el doctor Lal trataron de que volviera a reinar la paz entre ellos. En medio del tumulto, una voz exclamó: —Lo que yo quiero saber es si está enfermo o no lo está.

Mr. Fielding había entrado sin que nadie se diera cuenta. Se pusieron todos en pie y Hassan, en un gesto de deferencia hacia el inglés, golpeó con un trozo de caña de azúcar el cable cubierto de moscas.

—Siéntese —dijo Aziz fríamente.

¡Qué cuarto! ¡Qué reunión! ¡Mugre y palabras violentas, el suelo cubierto de trozos de caña y cáscaras de cacahuets, manchas de tinta, cuadros torcidos sobre paredes sucias y ni un solo *punkabl* Aziz nunca había tenido intención de vivir de aquella manera ni entre personas de un poca categoría. Y en su turbación sólo pensó en el insignificante Rari de quien se había reído, permitiendo que los demás se burlaran de él. Tenía que conseguir que el chico se fuese contento o de lo contrario su hospitalidad habría fracasado en toda la línea.

—Es una gran bondad que Mr. Fielding se digne visitar a nuestro amigo —dijo el inspector de Policía—. Estamos muy conmovidos por su eran amabilidad.

—No le hable así, no le gusta, y tampoco necesita tres sillas; es sólo un inglés, no tres —estalló Aziz—. Rafi, ven aquí. Siéntate otra vez. Me alegro mucho de que hayas venido con Mr. Hamidullah; el haberte visto contribuirá a que me ponga bien en seguida.

—Perdone mis errores —dijo Rafi para afianzar su posición.

—Pero, vamos a ver, Aziz, ¿está usted enfermo o no lo está? —repitió Fielding.

—Sin duda el Mayor Callendar le ha dicho que estoy fingiendo.

—Bien, pero ¿es cierto?

Los presentes rieron complacidos, llenos de sentimientos amistosos. «He aquí un inglés con un humor inmejorable —pensaron—; nadie podría mostrarse más afable.» —Pregúntele al doctor Panna Lal.

—¿Está seguro de que mi visita no le resultará fatigosa?

—¡En absoluto! Hay ya seis personas en esta habitación tan pequeña. Por favor, sigan sentados, si nos disculpa usted la falta de protocolo, Mr. Fielding.

Aziz se volvió y siguió hablando con Rafi que, aterrado por la llegada de la

persona a quien había tratado de calumniar, anhelaba marcharse cuanto antes.

—Está enfermo y no está enfermo —dijo Hamidullah, ofreciendo un cigarrillo al Director del Instituto—. Y supongo que la mayoría estamos en el mismo caso.

Fielding se mostró de acuerdo; él y aquel abogado tan afable y de gran sensibilidad se llevaban bien. Habían intimado bastante y empezaban a confiar el uno en el otro.

—El mundo entero parece estarse muriendo, pero no llega a hacerlo, de manera que debemos dar por sentada la existencia de una Providencia benevolente.

—¡Eso es verdad, nada más cierto! —dijo el policía, pensando que se ensalzaba la religión.

—¿También Mr. Fielding cree que sea eso verdad?

—¿Que sea verdad el qué? El mundo no se muere. ¡De eso estoy seguro!

—No, no..., de si existe la Providencia.

—Bueno, yo no creo en la Providencia.

—Pero entonces, ¿cómo puede usted creer en Dios? —preguntó Syed Mohammed.

—Yo no creo en Dios.

Un movimiento casi imperceptible, como de «¡ya se lo decía yo!» se fue transmitiendo entre los presentes y Aziz levantó la vista por un instante, escandalizado.

—¿Es cierto que ahora la mayoría de los ingleses son ateos? —preguntó Hamidullah.

—¿Las personas educadas que se preocupan de pensar? Yo diría que sí, aunque no creo que les guste esa palabra. La verdad es que en estos días el Occidente no se interesa demasiado ni por la fe ni por la incredulidad. Hace cincuenta años, o cuando usted y yo éramos jóvenes, las cosas se veían de otra manera.

—¿Y no decae también la moralidad?

—Depende de lo que usted llame..., sí, sí, imagino que decae la moralidad.

—Disculpe la pregunta pero, si es ése el caso, ¿qué justificación tiene Inglaterra para seguir en la India?

¡Ya habían llegado una vez más! De nuevo la política.

—Es una pregunta a la que no estoy en condiciones de contestar —replicó Fielding—. Personalmente, yo estoy aquí porque necesitaba un empleo. No puedo decirle por qué Inglaterra está aquí ni si debe estar o no. Es un problema que me desborda.

—Indios con la adecuada formación también necesitan empleos en el campo de la enseñanza.

—Supongo que sí; yo llegué antes —dijo Fielding, sonriendo.

—Entonces, discúlpeme de nuevo... ¿es justo que un inglés ocupe uno de esos

puestos cuando hay indios disponibles? Por favor, no interprete mis observaciones como una alusión personal. Estamos encantados de su presencia aquí, y esta conversación tan sincera nos beneficia extraordinariamente.

Sólo hay una respuesta a preguntas de este tipo: «Inglaterra sigue aquí por el bien de la India.» Pero Fielding no se sentía inclinado a darla. El celo por la integridad había hecho presa en él.

—Yo también estoy encantado de hallarme aquí —dijo—; ésa es mi respuesta y mi única excusa. No sé decirle si es justo o no. Puede que no fuera justo siquiera que yo naciera. Uso el aire de alguna otra persona cada vez que respiro, ¿no es cierto? De todas formas, me alegro de que haya sucedido, me alegro de estar aquí. Por muy malo que uno sea, si de ello se sigue su felicidad, queda justificado hasta cierto punto.

Los indios estaban desconcertados. Aquella manera de pensar no les era ajena, pero las palabras resultaban demasiado precisas y desoladoras. Si una frase no hacía de pasada unos cuantos elogios a la Justicia y a la Moral, su fría gramaticalidad hería los oídos y paralizaba las mentes. Lo que decían y lo que sentían era (excepto si se trataba de afectos) muy pocas veces lo mismo. Sus cerebros funcionaban con numerosas reglas convencionales y si alguien las despreciaba les resultaba muy difícil seguir adelante. Hamiduillah fue quien menos se desconcertó.

—Y los ingleses que no están contentos de hallarse en la India, ¿tienen alguna excusa? —preguntó.

—Ninguna. Échenlos.

—Puede resultar difícil separarlos de los demás —rió Hamiduillah.

—Más que difícil, moralmente censurable —dijo Mr. Ram Chand—. Ningún caballero indio aprueba la expulsión como método adecuado. En eso nos distinguimos de otras naciones. Somos muy espirituales.

—¡Eso es muy cierto, absolutamente cierto! —dijo el inspector de Policía.

—¿Está usted seguro, Mr. Haq? Yo no considero que seamos espirituales. No sabemos coordinar; lo único que sucede es que no sabemos coordinar. No cumplimos nuestros compromisos y perdemos los trenes. ¿Consiste en algo más la supuesta espiritualidad de la India? Usted y yo deberíamos estar en el Comité de Notables, pero no es así; nuestro amigo el doctor Lal debería estar con sus pacientes, pero no se ha marchado. Así vamos y así seguiremos yendo, me parece, hasta el fin de los tiempos.

—Todavía no ha llegado el fin de los tiempos, no son más que las diez y media, ¡ja, ja! —exclamó el doctor Panna Lal, que había recuperado la confianza en sí mismo—. Caballeros, si se me permite, diré que ha sido una charla muy interesante; también deseo expresar mi reconocimiento y gratitud a Mr. Fielding: en primer lugar, enseña a nuestros hijos y proporciona a todos los grandes beneficios de su experiencia y buen juicio...

—¡Doctor Lal!

—¿Doctor Aziz?

—Está usted sentado en mi pierna.

—Le ruego me disculpe, pero alguien podría decir que su pierna da patadas.

—Vamos, en cualquier caso estamos cansando al enfermo —dijo Fielding, y todos abandonaron la habitación: cuatro mahometanos dos hindúes y el inglés. Se quedaron en el porche mientras acudían sus vehículos desde diferentes zonas de sombra.

—Aziz tiene una gran opinión de usted; si no ha hablado ha sido en razón de su enfermedad.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Fielding, que estaba bastante desilusionado con su visita. El comentario del Club «rebajándose como de costumbre», le pasó por la mente. Ni siquiera lograba que le trajeran el caballo. Su primer encuentro con Aziz había sido tan positivo que Fielding confiaba en un inmediato afianzamiento de su amistad.

Capítulo décimo

Hacía mucho más calor que una hora antes, y la calle estaba tan vacía como si una catástrofe hubiera acabado con la humanidad durante aquella charla en la que no se había llegado a ninguna conclusión. Frente al bungalow de Aziz se alzaba una casa grande, aún sin terminar, que pertenecía a dos hermanos astrólogos; una ardilla colgaba en ella cabeza abajo, pegado el vientre al abrasador andamiaje y moviendo espasmódicamente una cola sarnosa. Parecía ser el único ocupante de la casa y sus chillidos estaban, sin duda, en armonía con el infinito, pero sólo resultaban atractivos para las demás ardillas. Otros ruidos procedían de un árbol polvoriento, donde pájaros pardos chirriaban y se movían torpemente buscando insectos; también un invisible pájaro calderero había iniciado su «ponk, ponk». A la mayoría de los seres vivos le preocupaba muy poco lo que la minoría que se llama a sí misma humana desea o decide. A la mayoría de los habitantes de la India no le preocupa cómo se gobierna la India. Tampoco los animales inferiores de Inglaterra se interesan por el país donde viven, pero en los trópicos la diferencia es más acusada, y el mundo incapaz de expresarse conceptualmente está más cerca y más dispuesto a recuperar el control tan pronto como los hombres se cansan. Cuando los siete caballeros que habían mantenido opiniones tan diversas dentro del bungalow salieron al exterior, tomaron conciencia de un peso común, de una vaga amenaza a la que designaban como «la llegada del mal tiempo». Sintieron que no podrían hacer su trabajo, o que no les pagarían lo suficiente por hacerlo. El espacio entre ellos y sus vehículos, en lugar de estar vacío, parecía ocupado por una sustancia que se aplastaba contra su carne; los almohadones de los coches les abrasaban los pantalones; les escocían los ojos; cúpulas de agua caliente se acumulaban bajo sus cubrecabezas para escurrir después mejillas abajo. Luego de realizar un débil esfuerzo de despedida, se repartieron por el interior de otros bungalows para recobrar su dignidad y las cualidades que los diferenciaban entre sí.

En toda la ciudad y gran parte de la India se estaba iniciando, por parte de los demás seres humanos, la misma retirada hacia los sótanos, hacia lo alto de las colinas, hacia la sombra que proporcionaban los árboles. Abril, heraldo de horrores, estaba ya a la vuelta de la esquina. El sol regresaba a su reino con poder pero sin belleza: esa era su característica más siniestra. ¡Si hubiese existido belleza!

Su crueldad habría sido tolerable en ese caso. Por su mismo exceso de luz, también él fracasaba; bajo su marea blanco-amarillenta no sólo desaparecían las cosas materiales: también se ahogaba la misma luminosidad. El astro rey no era el Amigo inalcanzable —de los hombres o de los pájaros o de otros soles—, no era la eterna

promesa, ni la sugerencia nunca desechada que obsesiona nuestra conciencia; era simplemente una criatura como las demás y, por tanto, desprovista de gloria.

Capítulo undécimo

Aunque los indios ya se habían marchado, y Fielding estaba viendo su caballo en un pequeño cobertizo en la esquina del patio, nadie se molestaba en traérselo. Iba ya a buscarlo él mismo cuando se detuvo al oír que le llamaban desde dentro de la casa. Aziz estaba sentado en la cama, con aspecto desaliñado y expresión triste.

—Aquí tiene usted su casa —dijo burlonamente—. La celebrada hospitalidad del Oriente. Contemple las moscas. Vea el *chunam* cayéndose de las paredes. ¿No es divertido? Supongo que ahora querrá marcharse, después de haber visto un interior oriental.

—En todo caso, usted necesita descansar.

—Tengo todo el día para descansar, gracias al respetable doctor Lal. Un espía del Mayor Callendar, como me imagino que ya sabe, pero esta vez no ha dado resultado. Me está permitido tener un poco de fiebre.

—Callendar no se fía de nadie, inglés o indio; es su forma de ser, y me gustaría que no tuviera usted que trabajar a sus órdenes; pero tiene que hacerlo y no hay más que decir.

—Antes de irse, porque evidentemente tiene usted mucha prisa, ¿quiere hacer el favor de abrir ese cajón? ¿Ve usted un pequeño envoltorio de papel marrón?

—Sí.

—Ábralo.

—¿Quién es?

—Era mi mujer. Usted es el primer inglés que la ve. Ahora guarde otra vez la fotografía.

Fielding sintió tanto asombro como un viajero que, de repente, ve flores entre las piedras del desierto. Las flores han estado allí todo el tiempo, pero él las ve de repente. Trató de examinar la fotografía, pero en sí misma no era más que una mujer con un *sari*, enfrentándose al mundo.

—A decir verdad, no sé por qué tiene usted esta consideración tan grande conmigo, Aziz —balbuceó—, pero la aprecio en todo lo que vale.

—No tiene importancia, no era una mujer muy educada, ni tampoco hermosa; puede guardarla ya. La hubiera usted visto si viviera, de manera que, ¿no es lógico que le enseñe su fotografía?

—¿Me hubiera usted permitido verla?

—¿Por qué no? Acepto el *purdah*, pero a ella le hubiese dicho que era usted mi hermano y se habrían conocido. Hamidullah la vio y algunos otros también.

—¿Creía ella que eran hermanos suyos?

—Claro que no, pero la palabra existe y es útil. Todos los hombres son mis hermanos y si se comportan como tales, pueden ver a mi esposa.

—¿Y cuando el mundo entero se comporte de esa manera, ya no habrá más *pardah*?

—Precisamente porque es usted capaz de hacer una observación como ésa, y de hacerla sinceramente, le he enseñado la fotografía —dijo Aziz con gran seriedad—. Es algo que está fuera del alcance de la mayoría de los hombres. Se la muestro porque usted se comporta bien cuando yo me comporto mal. No creía que fuese usted a volver ahora, cuando le he llamado. «Sin duda ha terminado conmigo; le he insultado», pensaba. Mr. Fielding, nadie se da cuenta del mucho afecto que los indios necesitamos, ni siquiera nosotros mismos nos damos cuenta. Pero lo apreciamos cuando se nos da. No olvidamos, aunque pueda parecer que lo hacemos. Afecto, más afecto, e incluso después de eso, más afecto todavía. Le aseguro que es la única esperanza. —Su voz parecía salir de un sueño. Modificándola, pero todavía muy lejos por debajo de su tono normal, añadió—: Sólo podemos construir la India sobre lo que sentimos. ¿De qué sirven todas las reformas, los Comités de Conciliación para *muharram*, preguntarse si rebajaremos la *tazia* o la llevaremos por otro camino, las Asambleas de Notables y las fiestas oficiales donde los ingleses desprecian el color de nuestra piel?

—Es empezar la casa por el tejado, ¿no es cierto? Yo sí lo sé, pero las instituciones y el Gobierno no quieren enterarse.

Fielding contempló de nuevo la fotografía. Aquella mujer se enfrentaba con el mundo por deseo de su marido y también por decisión propia, pero ¡qué desconcertante lo encontraba, aquel mundo lleno de ecos contradictorios!

—Guárdela otra vez, no tiene importancia, ya ha muerto —dijo Aziz amablemente—. Se la he enseñado porque no tengo otra cosa que enseñar. Ahora puede usted recorrer todo el Sungalow y abrirlo todo. No tengo ningún otro secreto; mis tres hijos viven con su abuela lejos de aquí y eso es todo.

Fielding se sentó junto a la cama, halagado por la confianza puesta en él, pero más bien triste. Se sentía viejo. También le gustaría dejarse llevar por oleadas de emoción. La próxima vez que se vieran quizás Aziz se mostrase precavido y distante. Se daba cuenta de ello, y saber que se daba cuenta de ello le ponía triste. Afecto, afecto y más afecto..., sí, quizás eso sí pudiera darlo, pero ¿era de verdad todo lo que necesitaba aquella nación tan extraña? ¿No exigía también de cuando en cuando una especie de exaltación generalizada? ¿Qué había hecho él para merecer aquella explosión de confianza y que podía entregar a cambio? Fielding repasó su propia vida. ¡Qué pobre cosecha de secretos había producido! Existían cosas que no había mostrado a nadie, pero eran muy poco interesantes; no merecía la pena levantar un *pardah* para darlas a conocer. Fielding había estado enamorado y a punto de casarse,

pero su novia rompió el compromiso, y los recuerdos le habían mantenido apartado de otras mujeres durante un tiempo; luego, algunas concesiones, seguidas de arrepentimiento y equilibrio. Muy poca cosa realmente, excepto el equilibrio, y Aziz no quería que se le hiciera semejante confidencia: lo llamaría «todas las cosas fríamente ordenadas en estantes».

«Nunca intimaré con él de verdad —pensó Fielding; y luego—: Ni con él ni con nadie.» Tal era el corolario. Y tenía que confesar que no le importaba en el fondo; se contentaba con ayudar a la gente y encariñarse con ellos mientras no pusieran objeciones, y si lo hacían, seguir adelante sin perder la calma. La experiencia puede hacer mucho, y todo lo que había aprendido en Inglaterra y en Europa le servía de apoyo y le ayudaba a ver las cosas con más claridad, pero la claridad le impedía tener otras experiencias.

—¿Qué le parecieron las dos señoras con las que tomamos el té el jueves? —preguntó Fielding.

Aziz movió la cabeza con desagrado. La pregunta le recordaba su imprudente ofrecimiento sobre las Cuevas de Marabar.

—¿Qué le parecen las inglesas en general?

—A Hamidullah le gustaran en Inglaterra. Aquí nunca las miramos. No, no; somos muy cuidadosos. Hablemos de otra cosa.

—Hamidullah tiene razón: son mucho más agradables en Inglaterra. Aquí hay algo que no les sienta bien.

Después de otro silencio, Aziz dijo:

—¿Por qué no está usted casado? A Fielding le agradó que se lo preguntara.

—Porque más o menos he ido saliendo adelante sin hacerlo —replicó—. Estaba pensando en contarle algún día un poco sobre sí mismo si consigo hacerlo interesante. La mujer que me gustaba no quiso casarse conmigo..., eso es lo más importante, pero desde entonces han pasado quince años y ahora ya no significa nada.

—Pero no tiene usted hijos.

—No.

—Perdóneme que le haga esta pregunta: ¿tiene usted algún hijo ilegítimo?

—No. Se lo diría sin ningún reparo si los tuviera.

—Entonces, su nombre desaparecerá por completo.

—Sin duda.

—Esa indiferencia —dijo Aziz moviendo la cabeza— es algo que los orientales nunca entenderán.

—No me gustan los niños.

—No se trata de que a uno le gusten o no —dijo Aziz impacientándose.

—No los echo de menos; no los quiero llorando alrededor de mi lecho de muerte, ni hablando cortésmente de mí después, que es lo que, en términos generales, se

espera que hagan. Me gustaría bastante más dejar una idea que un hijo. De los hijos se pueden ocupar otras personas. Yo no me siento obligado, con Inglaterra cada oía más atestada de gente y teniendo que venir a la India en busca de empleos.

—¿Por qué no se casa usted con Miss Quested?

—¡Cielo santo! Esa chica es una criatura imposible.

—¿Imposible? Haga el favor de explicarme lo que quiere decir.

—No la conozco lo suficiente, pero me parece uno de los productos más patéticos de la educación occidental. Me deprime extraordinariamente.

—Pero ¿por qué imposible, Mr. Fielding? ¿Qué quiere decir con eso?

—Siempre se comporta como si estuviera en una conferencia..., tratando con toda su alma de entender la India y la vida misma y tomando notas de cuando en cuando.

—A mí me pareció una persona muy simpática y sincera.

—Probablemente lo es —dijo Fielding, avergonzado por la dureza de sus palabras: sugerir a un soltero que debe casarse produce siempre por su parte afirmaciones exageradas y cierto revuelo mental—. Pero no podría casarme con ella aunque quisiera, porque acaba de prometerse con el Magistrado Municipal.

—¿Es eso cierto? ¡Cuánto me alegro! —exclamó Aziz muy aliviado, porque aquello le eximía de la expedición a las Cuevas de Marabar: difícilmente se le permitiría servir de anfitrión a personas ya definitivamente incorporadas a la comunidad anglo-india.

—Ha sido obra de la madre de Heaslop. Tenía miedo de que su querido muchacho escogiera por sí mismo, de manera que trajo a la chica con esa idea y los ha tenido juntos hasta que ha sucedido lo que ella quería.

—Mrs. Moore no me dijo que figurara ése entre sus planes.

—Puede que no me haya enterado bien... Siempre estoy al margen de lo que se cotillea en el Club. Pero, en cualquier caso, ya han anunciado su compromiso matrimonial.

—Sí; no hay duda de que ha quedado usted al margen, pobre amigo mío —sonrió Aziz—. No Miss Quested para Mr. Fielding. Por otra parte, no es una mujer hermosa. Prácticamente no tiene pechos, si se piensa en ello.

Fielding sonrió también, pero no le pareció de muy buen gusto hacer comentarios sobre los pechos de una dama.

—Quizás el Magistrado Municipal los considere adecuados, y ella a él. En cuanto a usted, ya le encontraré yo una mujer con pechos como mangos...

—No, no lo hará.

—No lo haré, desde luego, y además, por su posición en el Instituto resultaría un peligro para usted. —La mente de Aziz había pasado del matrimonio a Calcuta. Su expresión se hizo seria. Se imaginó las consecuencias, si hubiese convencido al

Director del Instituto para que le acompañara allí y luego Fielding se hubiera encontrado en una situación difícil. Y repentinamente tomó una actitud distinta hacia su amigo, la actitud del protector que conoce los peligros de la India y está dispuesto a dar buenos consejos—. No puede usted pasarse de precavido, Mr. Fielding; piense que siempre habrá algún individuo envidioso que estará al acecho de todo lo que usted diga o haga en este maldito país. Quizá le sorprenda saber que había al menos tres espías en esta habitación cuando llegó usted a interesarse por mi salud. Me ha sorprendido mucho que hablara como lo hizo acerca de Dios. Sin duda alguna informarán de ello.

—¿A quién?

—De acuerdo, de acuerdo, pero también habló usted en contra de la moralidad y dijo que había venido a quitarle el empleo a otras personas. Se ha mostrado usted muy poco prudente. La India es un sitio terrible para los escándalos. Piense que incluso uno de sus propios alumnos estaba escuchando.

—Gracias por decírmelo; sí, tengo que procurar ser más cuidadoso. Cuando algo me interesa, tiendo a olvidarme de todo lo demás. En cualquier caso, el daño no es grave.

—Pero decir lo que uno piensa puede crear dificultades.

—Ya me ha sucedido otras muchas veces.

—¿Lo ve? ¿Qué le decía yo? El final de todo puede ser que pierda su empleo.

—Si lo pierdo, lo habré perdido. Sobreviviré. Siempre viajo ligero de equipaje.

—¡Viajar ligero de equipaje! Son ustedes una raza extraordinaria —dijo Aziz, dándole la espalda como para dormirse, y luego volviendo a la primera posición inmediatamente—. ¿Acaso lo da el clima?

—Hay muchos indios que viajan ligeros de equipaje: los *saddhus* y otros parecidos. Es una de las cosas que admiro de su país. Cualquier nombre puede trasladarse sin problemas mientras no tenga mujer o hijos. Ese es uno de mis argumentos contra el matrimonio. Soy como un santón pero sin la santidad. Pase esta información a sus tres espías y que les sirva de provecho.

Aziz estaba maravillado y lleno de interés, y empezó a dar vueltas en la cabeza a aquella nueva idea. ¡De manera que era ésa la razón de que Mr. Fielding y unos cuantos más fueran tan valientes! No tenían nada que perder. Él, en cambio, estaba firmemente enraizado en su sociedad y en el Islam. Pertenecía a una tradición que le ligaba, y había traído hijos al mundo, contribuyendo a la sociedad del futuro. Aunque viviese de manera tan incierta en aquel frágil bungalow, Aziz estaba situado, perfectamente situado.

—No me pueden echar de mi trabajo, porque mi trabajo es la educación. Creo en enseñar a la gente a ser individuos singulares y a entender a otras personas, también distintas. Es lo único en lo que creo. En el Instituto lo mezclo con trigonometría y

todo lo demás. Cuando sea un *saddhu* lo mezclaré con otras cosas.

El inglés había terminado su exposición de principios y los dos guardaron silencio. Las moscas molestaban más que nunca, bailando muy cerca de sus pupilas o introduciéndoseles en los oídos. Fielding empezó a manotear violentamente. El ejercicio le acaloró y se puso en pie para marcharse.

—Tendrá que decirle a su criado que me traiga el caballo. No parece apreciar mi urdu.

—Estoy al tanto de ello. Fui yo quien se lo dijo. Son éstos los trucos que empleamos contra los ingleses. ¡Pobre Mr. Fielding! Pero ahora le dejaré que se vaya. Si se exceptúa a usted y a Hamidullah, no tengo a nadie con quien hablar en esta ciudad. Le cae bien Hamidullah, ¿no es cierto?

—Francamente bien.

—¿Me promete que acudirá a nosotros en cuanto tenga dificultades?

—Nunca puedo tener dificultades.

«Es un tipo bien curioso, confío en que no acabe mal», pensó Aziz al quedarse solo. El período de admiración incondicional hacia Fielaing había terminado ya y ahora Aziz tendía a adoptar una actitud protectora. Le era muy difícil seguir sintiendo un respeto reverente por alguien que ponía todas sus cartas boca arriba. Al tratarle más íntimamente, descubría que Fielding era una persona verdaderamente bondadosa y a quien nada importaban los formalismos, pero también faltó de prudencia. Expresarse con tanta franqueza delante de Ram Chand, Rafi y los demás era peligroso y poco elegante. No servía para nada útil.

Pero Fielding y él eran amigos, hermanos. Eso ya estaba decidido; su pacto, sellado por la fotografía; confiaban el uno en el otro; por una vez el afecto había triunfado en cierta manera. Se quedó dormido entre agradables recuerdos de las dos últimas horas: poema de Galib, gracia femenina, el bueno de Hamidullah, Fielaing, su esposa, tan digna de reverencia, y sus queridos hijos.

Aziz se trasladó a una región donde las alegrías, en lugar de encontrar enemigos, florecían armoniosamente en un jardín eterno, o se deslizaban por canalillos de mármol, o se alzaban en cúpulas bajo las cuales estaban inscritos —negro sobre blanco— los noventa y nueve atributos de Dios.

SEGUNDA PARTE

CUEVAS

Capítulo duodécimo

El Ganges, aunque procede del pie de Vísnú y atraviesa la cabellera de Siva, no es un río muy antiguo. La geología, remontándose más allá de la religión, nos había de un tiempo en que no existían ni el río ni el Himalaya que lo alimenta, y en el que los lugares sagrados del Indostán se hallaban cubiertos por un océano. Al alzarse las montañas, los materiales sobrantes cegaron el mar. Luego los dioses ocuparon sus puestos e inventaron el río, creando esa India que llamamos inmemorial. Pero la India es realmente mucho más vieja. En los días del océano prehistórico, la parte sur de la península existía ya, y los lugares más altos de las zonas dravídicas han sido tierra firme desde que la tierra empezó a ser tierra, y han presenciado de un lado el hundimiento de un continente que las unía con África, y por el otro la aparición del Himalaya, surgido del mar. En el mundo no hay ninguna otra cosa tan antigua. El agua no ha cubierto nunca esas tierras y el sol que las contempla desde hace incontables eones quizá descubra aún en sus siluetas formas que eran suyas antes de que nuestro globo se desprendiera de su seno. Si carne de la carne del sol puede tocarse todavía en algún sitio, es aquí, en medio de la increíble antigüedad de estas colinas.

Sin embargo, también ellas sufren alteraciones. Mientras se alzaba la India del Himalaya, esta otra India, la primitiva, ha ido deprimiéndose, hasta entrar lentamente en la curva terráquea. Quizá dentro de muchos eones también exista aquí un océano que cubra de cieno las rocas nacidas en el sol. Mientras tanto, la llanura del Ganges las invade de una manera que recuerda la acción del mar. Las zonas antiguas se están hundiendo bajo las tierras más recientes. Su masa principal sigue intacta, pero en el borde, sus puestos fronterizos han quedado aislados y se les ve hundidos hasta la rodilla, o hasta el cuello, en la tierra que avanza. Hay algo indescriptible en estos puestos fronterizos. No existe nada parecido en el mundo y una simple ojeada hace que el espectador contenga el aliento. Se alzan abrupta, desatinadamente, sin la proporción que mantienen en otros sitios hasta las colinas más bravías; no guardan relación con ninguna cosa vista o soñada. Llamarlos «sobrenaturales» hace pensar en fantasmas y esas formaciones son más viejas que cualquier espíritu. El hinduismo ha arañado y enyesado unas cuantas rocas, pero los santuarios tienen muy pocos visitantes, como si los peregrinos, que normalmente buscan lo extraordinario, lo encontraran allí en exceso. Un grupo de *saddhus* se instaló en cierta ocasión en una cueva, pero tuvieron que marcharse, e incluso Buda, que debió de haber pasado por allí de camino hacia el Árbol del Conocimiento Perfecto de Gaya, evitó un renunciamiento más completo que el suyo y no ha dejado ninguna leyenda de lucha o

de victoria en las Colinas de Marabar.

Es muy sencillo describir las cuevas. Un túnel de ocho pies de largo, cinco de alto y tres de ancho conduce a una cámara circular de unos veinte pies de diámetro. Esta disposición se repite una y otra vez por todo el grupo de colinas, y eso es todo; eso es una cueva de Marabar. Después de haber visto una, o dos, o tres, o cuatro, o catorce o veinticuatro, el visitante regresa a Chandrapore sin saber si ha tenido una experiencia interesante o insulsa o si ha llegado siquiera a tener una experiencia. Le resulta difícil hablar de Tas cuevas, o distinguir unas de otras mentalmente, porque el esquema no se modifica nunca, y no hay nada que las diferencie entre sí: ni una escultura, ni siquiera un nido de abejas o un murciélago. No hay nada, absolutamente nada, vinculado a las cuevas, y su reputación —porque la tienen— no depende del lenguaje humano. Es como si la llanura que las rodea o los pájaros que pasan por allí hubiesen aceptado la obligación de exclamar: «¡Extraordinario!», y esa palabra hubiera enraizado en el aire para ser inhalada por la humanidad.

Las cuevas son oscuras. Incluso en las que se abren hacia el mediodía es muy poca la luz que penetra hasta la cámara circular por el túnel de entrada. No hay mucho que ver, ni ojos para verlo, hasta que llega el visitante a consumir sus cinco minutos y enciende una cerilla. Inmediatamente surge otra llama en las profundidades de la roca y se pone en movimiento hacia la superficie como un espíritu encarcelado; las paredes de la cámara circular están maravillosamente bruñidas. La dos llamas se aproximan y hacen esfuerzos para unirse, pero no lo consiguen, porque una de ellas respira aire y la otra piedra. Un espejo con incrustaciones de bellísimos colores separa a los amantes, delicadas estrellas de color rosa y gris se interponen, exquisitas nebulosas, sombras más tenues que la cola de un cometa o la luna de mediodía, toda la evanescente vida del granito, que sólo allí se hace visible. Puños y dedos alzados sobre la tierra que avanza: allí, por fin, está tu piel, más delicada que cualquier recubrimiento adquirido por los animales, más lisa que la superficie del agua cuando no sopla el viento, más voluptuosa que el amor. El resplandor aumenta, las llamas se tocan, se besan y expiran. La cueva vuelve a ser oscura, como todas las cuevas.

Sólo las paredes de la cámara circular han sido bruñidas de esta manera. Los lados del túnel son rugosos y se contraponen a la perfección interior como una solución tardía. Puesto que era precisa una entrada, la humanidad la hizo. Pero en otros sitios, a mayor profundidad dentro del granito, ¿existen otras cámaras sin entrada? ¿Cámaras nunca abiertas desde la llegada de los dioses? Los rumores locales afirman que estas últimas exceden en número a las que se pueden visitar, como los muertos sobrepasan a los vivos: cuatrocientas, cuatro mil o un millón. Dentro de ellas no hay nada; quedaron selladas antes de que se crearan la peste y los tesoros; si la humanidad se sintiera curiosa y realizara excavaciones, no se añadiría nada, absolutamente nada, a la suma del bien y del mal. Se rumorea que una de ellas se

encuentra dentro de la gran piedra que se balancea sobre la cumbre de la más alta de las colinas; una cueva en forma de burbuja que no tiene ni techo ni suelo y refleja hasta el infinito su propia oscuridad en todas direcciones. Si la gran piedra cayera y se quebrase, también se quebraría la cueva, tan vacía como un huevo de pascua. La piedra se balancea con el viento porque está hueca, y llega incluso a moverse cuando un cuervo se posa en ella; de aquí su nombre y el de su magnífico pedestal: el Kawa Dol.

Capítulo decimotercero

Estas colinas parecen románticas con cierta luz y a la distancia adecuada, y, al ser contempladas una tarde desde la galería superior del Club, hicieron que Miss Quested —entre otros temas de conversación— le dijera a Miss Derek que le gustaría haberlas visitado; que el doctor Aziz había dicho en casa de Mr. Fielding que se ocuparía de la expedición, y que los indios parecían bastante olvidadizos. El criado que les estaba sirviendo el vermut oyó lo que decía. Este criado entendía inglés. No era exactamente un espía, pero mantenía aguzado el oído; tampoco puede decirse exactamente que Mahmoud Ali lo sobornara: tan sólo le animó a sentarse con sus propios criados, y dio la casualidad de que pasaba por allí cuando el criado del Club estaba de visita. A medida que la historia viajaba, iba creciendo de emoción, y Aziz se enteró con horror de que las señoras inglesas estaban terriblemente ofendidas, y habían esperado diariamente que les llegase su invitación. Aziz creía que un comentario tan superficial como el suyo habría sido completamente olvidado. Dotado de dos memorias, una temporal y otra permanente, había relegado hasta entonces las cuevas a la primera. Ahora hizo una transferencia definitiva y llevó el asunto a buen término. Las inglesas iban a disfrutar de una réplica maravillosa del té en casa de Fielding. Aziz empezó asegurándose de la asistencia del Director del Instituto y del viejo Godbole y luego encargó a Fielding que invitara a Mrs. Moore y a Miss Quested cuando estuvieran solas: con esta estratagema se podía evitar a Ronny, su protector oficial. A Fielding no le hacía mucha gracia aquella comisión; estaba muy ocupado, las cuevas le aburrían, preveía fricciones y gastos, pero no odia decir que no al primer favor que su amigo le había pedido, e hizo lo que se le indicaba. Las señoras aceptaron. La expedición presentaba algunos inconvenientes dada la multitud de sus compromisos, pero esperaban poder superarlos después de consultar a Mr. Heaslop. Ronny no hizo ninguna objeción, con tal de que Fielding aceptara plena responsabilidad en cuanto a la comodidad de las dos damas. Al Director del Instituto no le entusiasmaba la excursión, pero lo mismo les sucedía a las señoras; nadie estaba entusiasmado y, sin embargo, la excursión se llevó a cabo.

A Aziz, por su parte, le preocupaba mucho la organización. Se trataba de un viaje muy breve —un tren salía de Chandrapore justo antes de amanecer y regresarían en otro a tiempo para el *tiffin*—, pero él no era todavía más que un funcionario de poca importancia y temía cumplir su cometido deshonorosamente. Tuvo que pedirle medio día de permiso al Mayor Callendar, permiso que le fue denegado por haberse fingido enfermo poco antes; después de un ataque de desesperación, Aziz intentó una nueva aproximación al Cirujano-Jefe a través de Fielding, consiguiendo un enfurruñado y

despreciativo permiso. Tuvo que pedirle prestados los cubiertos a Manmoud Ali sin invitarle. Después estaba el problema del alcohol: Mr. Fielding, y quizá las señoras, eran bebedores, de manera que ¿debía proporcionarles whisky con sifón u oportó? También estaba el problema del transporte desde la estación de Marabar hasta las cuevas, el del profesor Godbole y su comida, y el del profesor Godbole y la comida de los demás invitados; dos problemas, no uno solo. El profesor no era un hindú muy estricto: tomaría té, fruta, bebidas gaseosas y dulces cocinados por cualquiera y verduras y arroz si los preparaba un brahmán; pero carne, no, ni pasteles, por temor a que tuvieran huevo; y no permitiría que nadie comiera carne de vaca: un filete en el plato de otro, aunque estuviera lejos, le arruinaría la excursión. Los demás podían comer cordero y también jamón. Pero en este último caso la religión del mismo Aziz alzaba la voz: no le apetecía ver a otras personas comiendo jamón. Una tras otra las dificultades le salían al encuentro, porque había desafiado al espíritu de la tierra india, que trata de mantener a los hombres en compartimientos estancos.

Finalmente llegó el día fijado.

Sus amigos consideraban muy imprudente que se relacionara con señoras inglesas y le insistieron en que tomara todas las precauciones posibles para no ser impuntual. En consecuencia, Aziz pasó la noche en la estación. Los criados estaban amontonados en el andén, ya que se les había ordenado que no se alejaran. Aziz mismo paseaba de arriba abajo con el anciano Mohammed Latif, que iba a actuar de mayordomo. El joven médico se sentía inseguro y como si formara parte de un sueño. Se oyó llegar un vehículo, y Aziz deseó que fuera Fielding quien se apeara, para prestarle a él solidez. Pero contenía a Mrs. Moore, a Miss Quested y a su criado de Goa. Aziz se apresuró a salirles al encuentro, repentinamente feliz.

—Han venido después de todo. ¡Cuánta amabilidad por su parte! —exclamó—. Éste es el momento más feliz de toda mi vida.

Las señoras se mostraron corteses. No era el momento más feliz de su vida, pero esperaban pasarlo bien tan pronto como superaran la molestia de salir a una hora tan intempestiva. No habían vuelto a ver a Aziz desde la tarde en casa de Fielding y le dieron las gracias adecuadamente.

—No necesitan billetes..., hagan el favor de decírselo a su criado. No hay billetes en el ramal de Marabar; ésa es su peculiaridad. Vengan al vagón y descansen hasta que Mr. Fielding se reúna con nosotros. ¿Sabían ustedes que iban a viajar con *purdah*? ¿Creen que les gustará?

Las señoras replicaron que estaban seguras de que sí. El tren había llegado y una multitud de sirvientes se lanzó a la conquista de los asientos como si fueran monos. Aziz había pedido criados a sus amigos, además de llevar los tres suyos, y el resultado eran peleas por motivos de preferencia. El criado de las señoras se mantenía aparte, con expresión despectiva. Mrs. Moore y Miss Quested le habían contratado en

Bombay, cuando eran aún viajeras en constante movimiento. En un hotel o entre personas de buen tono era un criado excelente, pero tan pronto como se relacionaba con alguien que él consideraba de inferior categoría las abandonaba a su desgracia.

La noche estaba todavía oscura, pero había adquirido esa tonalidad transitoria que indica la proximidad del alba. Desde el techo de una teja vana, las gallinas del jefe de estación empezaban a soñar con cometas en lugar de hacerlo con búhos. Se apagaron algunas luces para evitar la molestia de tener que apagarlas después; desde rincones en sombra llegaron el olor a tabaco y el ruido que hacían los pasajeros de tercera clase al escupir; había cabezas desenturbantadas y quien se limpiaba los dientes con ramitas de árbol. Tan convencido estaba un ferroviario subalterno de que el sol saldría de nuevo que tocó la campana con entusiasmo. Esto asustó a los criados. Gritaron que el tren iba a ponerse en marcha, y corrieron hacia los dos extremos para suplicar que no lo hiciera. Aún faltaban muchas cosas por meter en el vagón *purdah*: un cajón con refuerzos de latón, un melón con fez, guayabas envueltas en un trapo húmedo, una escalera de mano y una escopeta. Las invitadas desempeñaron perfectamente su papel. Carecían de conciencia de raza —Mrs, Moore era demasiado vieja, Miss Quested demasiado inexperta— y se comportaron con Aziz como lo hubieran hecho con cualquier otro joven que hubiera tenido con ellas las mismas deferencias. Esto hizo que su anfitrión se conmoviera profundamente. Había imaginado que llegarían con Mr. Fielding, pero en lugar de ello habían tenido la suficiente confianza para quedarse unos momentos a solas con él.

—Digan a su criado que vuelva a Chandrapore —sugirió Aziz—. No nos hace falta. Así seremos todos musulmanes.

—Y además es un criado horrible. Antony, puede usted irse; no le necesitamos —dijo la muchacha con tono impaciente.

—El señor me dijo que viniera.

—La señora le dice que se vaya.

—El señor dijo que estuviera cerca de las señoras toda la mañana.; —Bien las señoras no quieren estar con usted. —Miss Quested se volvió hacia el anfitrión—. ¡Haga que se vaya, doctor Aziz!

—¡Mohammed Latif! —exclamó el joven médico.

El pariente pobre intercambió su fez con el del melón y se asomó por la ventana del vagón cuya confusión se encargaba de supervisar.

—Éste es mi primo, Mr. Mohammed Latif. No, no le den la mano. Es un indio chapado a la antigua, prefiere hacer una inclinación de cabeza. Así, ya se lo había dicho. Mohammed Latif, ¡qué bien saludas! ¿Ven? No ha entendido; no sabe una palabra de inglés.

—Hablas una mentira —dijo el anciano amablemente.

—¡Hablo una mentira! Maravilloso. ¿No es un viejo divertido? Después

tendremos ocasión de pasarlo muy bien con él. Hace las cosas más diversas. No es, ni muchísimo menos, tan estúpido como pudiera parecerles, pero sí tremendamente pobre. Es una suerte que nuestra familia sea tan numerosa. —Le pasó un brazo alrededor del mugriento cuello—. Pero entren, pónganse cómodas; sí, túmbense. — La celebrada confusión oriental parecía estar llegando a su fin—. Perdónenme, pero ahora debo recibir a los otros huéspedes.

Aziz se estaba volviendo a poner nervioso, porque sólo faltaban diez minutos para la hora de salida. Sin embargo, Fielding era un inglés y los ingleses nunca pierden trenes, y Godbole era hindú y no contaba; de manera que, tranquilizado por este razonamiento, su nerviosismo fue disminuyendo a medida que se acercaba el momento de partir. Mohammed Latif había sobornado a Antony para que no les acompañara. Los dos se pusieron a pasear de un extremo a otro del andén, hablando de cosas prácticas. Coincidieron en que habían traído demasiados criados, y tendrían que dejar a dos o tres en la estación de Marabar. Aziz explicó que quizá le gastara alguna broma en las cuevas; no con mala intención, únicamente para hacer reír a los invitados. El anciano asintió con suaves movimientos de cabeza; siempre estaba dispuesto a dejarse ridiculizar y pidió a Aziz que no se preocupara por él. Animado por su propia importancia se lanzó a contar una historieta indecente.

—Cuéntamela en otra ocasión, hermano, cuando esté menos atareado, porque ahora, como ya te he dicho, tenemos que agasajar a personas no-musulmanas. Tres europeos y un hindú que no debe ser olvidado. Hay que tener todas las atenciones posibles con el profesor Godbole, no vaya a creer que le considero inferior a mis otros huéspedes.

—Hablaré con él de filosofía.

—Eso será muy amable por tu parte; pero los criados son aún más importantes. No tenemos que dar la impresión de estar desorganizados. Se puede conseguir y espero que lo hagas tú...

Del vagón *puntah* escapó un alarido. El tren se había puesto en marcha.

—¡Dios misericordioso! —exclamó Mohammed Latif, lanzándose hacia la vía y subiéndose de un salto al estribo de un vagón.

Aziz hizo lo mismo. No era una proeza muy difícil, porque los trenes de las líneas secundarias tardan en adquirir velocidad.

—Somos monos, no se preocupen —exclamó Aziz, agarrándose a una barra y riendo. Luego empezó a aullar—: ¡Mr. Fielding! ¡Mr. Fielding!

Allí estaban Fielding y el viejo Godbole, detenidos en el paso a nivel. ¡Terrible catástrofe! La barrera había descendido antes de lo habitual. Se apearon a toda prisa del *tonga*, gesticulando, pero ¿de qué servía? ¡Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo! Mientras el tren pasaba por delante traqueteando, hubo tiempo de intercambiar algunas frases angustiadas.

—Mal, mal, me han destruido ustedes.

—La *pujab* de Godbole ha tenido la culpa —exclamó el inglés.

El brahmán bajó los ojos, avergonzado por causa de la religión. Era como Fielding decía: había calculado mal la longitud de una plegaria.

—Salte, le necesito —gritó Aziz, fuera de sí.

—De acuerdo, déme la mano.

—No debe hacerlo, se matará —protestó Mis. Moore.

Fielding saltó, falló, no logró coger la mano de su amigo y volvió caer junto a la vía. El tren siguió su ruidosa marcha. El Director del Instituto consiguió ponerse en pie y gritar a voz en cuello en dirección a los viajeros: «¡Estoy bien y ustedes también, no se preocupen!», antes de que la distancia y el ruido del tren logran ahogar su voz.

—Mrs. Moore, Miss Quested, nuestra expedición se ha venido abajo.

Aziz se balanceaba sobre el estribo, llorando casi.

—Súbase al tren, súbase al tren; se matará usted igual que Mr. Fielding. No veo que se haya derrumbado nada.

—¿Cómo es posible? ¡Haga el favor de explicármelo! —dijo el otro lastimeramente, como un niño.

—Ahora seremos todos musulmanes, como usted nos ha prometido.

Su querida Mrs. Moore, tan perfecta como siempre. Todo el amor que había sentido por ella en la mezquita inundó de nuevo su pecho, y con mayor intensidad aún por haberlo olvidado completamente. No había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella. Moriría por hacerla feliz.

—Suba, doctor Aziz, nos da usted vértigo —exclamó la otra dama—. Si han cometido la imprudencia de perder el tren, son ellos quienes deben lamentarlo y no nosotros.

—Yo tengo la culpa. Soy el anfitrión.

—Qué disparate! Vuelva a su vagón. Vamos a pasarlo estupendamente sin los otros invitados.

No tan perfecta como Mrs. Moore, pero muy sincera y amable. Unas señoras maravillosas las dos y huéspedes tuyas durante toda una mañana. Aziz se sintió importante y competente. Fielding suponía una gran pérdida personal, por tratarse de un amigo al que le unían lazos de afecto cada vez más íntimos, pero si Fielding hubiese venido, Aziz mismo habría tenido que funcionar con andadores. «A los indios no se les pueden confiar responsabilidades», decían los funcionarios británicos; y Hamidullah también lo decía a veces. Les demostraría a aquellos pesimistas que se equivocaban. Sonriendo satisfecho, lanzó una mirada al paisaje, todavía invisible excepto como oscuro movimiento dentro de la oscuridad; luego alzó la vista al cielo, donde las estrellas del Escorpión habían empezado a palidecer.

Después se introdujo por una ventanilla de un vagón de segunda clase.

—Mohammed Latif, a propósito, ¿qué es lo que hay en esas cuevas, hermano? ¿Por qué vamos todos a verlas?

Semejante pregunta estaba más allá de las posibilidades del pariente pobre. Sólo fue capaz de responder que Dios y los habitantes de la zona lo sabían y que estos últimos harían gustosamente de guías.

Capítulo decimocuarto

La vida, en su mayor parte, es tan insípida que no hay nada que decir acerca de ella, y los libros y las conversaciones que quieran describirla como interesante se ven obligados a exagerar, con la esperanza de justificar su propia existencia. Dentro de su envoltura de trabajo u obligaciones sociales, el espíritu humano se dedica sobre todo a dormir, advirtiendo la diferencia entre placer y dolor, pero mucho menos vigilante de lo que quisiéramos creer. Hasta en el día más emocionante hay períodos durante los que no sucede nada, y aunque seguimos exclamando «cómo me divierto» o «estoy horrorizado» no somos sinceros. «En la medida en que siento algo, eso que siento es placer, horror...» En realidad no se trata más que de eso, y un organismo perfectamente equilibrado guardaría silencio.

Sucedía que Mrs. Moore y Miss Quested no habían tenido sensaciones intensas por espacio de dos semanas. Desde que el profesor Godbole cantara su extraña cancioncilla, habían vivido más o menos como larvas dentro de sus capullos, y la diferencia entre las dos era que la señora de más edad aceptaba su apatía, mientras que la más joven lo llevaba mal. Adela estaba convencida de que el flujo total de los acontecimientos es importante e interesante, y si se aburría se culpaba a sí misma con gran energía y obligaba a sus labios a proferir frases de entusiasmo. Ésa era la única insinceridad de un carácter sincero en todo lo demás, resultado sin duda de la protesta intelectual de su juventud, y ahora se sentía particularmente molesta porque se hallaba en la India y prometida en matrimonio al mismo tiempo, y este doble acontecimiento debería llenar de sublimidad cada instante de su existencia.

La India resultaba ciertamente mortecina aquella mañana, aunque estuvieran viéndola bajo los auspicios de los mismos indios. Su deseo se había visto realizado, pero demasiado tarde. No lograba entusiasmarse con Aziz y sus preparativos. No es que se sintiera en absoluto desgraciada o deprimida, y los diferentes y pintorescos objetos que la rodeaban —el cómico vagón *purdah*, los montones de alfombras y cojines, los melones que rodaban de un lado para otro, el aroma de los aceites comestibles, la escalera, el baúl con cantoneras de latón, la repentina irrupción del mayordomo de Mahmoud Ali, que salió del lavabo con té y huevos escalfados en una bandeja— eran todos nuevos y divertidos y provocaban en ella comentarios adecuados, pero no conseguían hacer mella en su mente. De manera que Adela trató de consolarse pensando que de ahora en adelante su principal interés sería Ronny.

—¡Qué criado tan simpático! ¡Qué alivio después de Antony!

—A mí más bien me sobresaltan. Extraño sitio para hacer el té —dijo Mrs. Moore, que tenía esperanzas de dar una cabezada.

—Quiero despedir a Antony. Su manera de comportarse en el andén ha sido la gota que colma el vaso.

Mrs. Moore creía que las mejores cualidades de Antony saldrían a relucir en Simia. Miss Quested iba a casarse en Simia; unos primos que tenían una casa con vistas al Himalaya la habían invitado.

—De todas formas, necesitamos un segundo criado, porque en Simia usted estará en el hotel y no creo que Baldeo, el criado de Ronny...

A Adela le encantaba hacer planes.

—Muy bien, consíguese otro criado y yo me quedaré con Antony. Estoy acostumbrada a su falta de entusiasmo. Me ayudaría a salir adelante en la estación cálida.

—No creo en la estación cálida. Las personas que siempre están hablando de ella, como el Mayor Callendar, lo hacen con la esperanza de que nos sintamos inexpertas e insignificantes, igual que con su eterno «llevo veinte años en este país».

—Yo sí creo en la estación cálida, pero nunca supuse que me acorralaría como sin duda va a hacerlo.

—Porque debido al prudente compás de espera decidido por Ronny y Adela no se casarían hasta mayo, y, por tanto, Mrs. Moore no podría regresar a Inglaterra inmediatamente después de la boda, como había sido su intención. Para mayo se habría precipitado sobre la India y sobre el mar vecino una barrera de fuego, y Mrs. Moore tendría que quedarse encaramada en el Himalaya y esperar a que el mundo se enfriara un poco.

—No estoy dispuesta a dejarme acorralar —anunció Adela—. No comprendo a esas mujeres que dejan a sus maridos achicharrándose en el llano. Mrs. McBryde o se ha quedado ni una vez desde que se casaron; a su marido, que es una persona muy inteligente, lo deja solo durante medio año y luego se sorprende ele que falte comunicación entre ellos.

—No te olvides de que tienen hijos.

—Sí, eso es cierto —dijo Miss Quested, desconcertada.

—Los hijos son lo primero que hay que tener en cuenta. Hasta que crecen y se casan. Cuando eso sucede, una tiene derecho de nuevo a vivir para sí misma, en el llano o en la montaña, según le apetezca.

—Sí, claro, tiene usted toda la razón. No había pensado en ello.

—Si una no se ha vuelto demasiado vieja y estúpida.

Mrs. Moore le pasó al criado su taza vacía.

—Espero que mis primos me encuentren en Simia un criado que me dure por lo menos hasta después de la boda; luego Ronny tiene intención de reorganizar todo su personal. Ahora Te va muy bien tratándose de un soltero; pero cuando se haya casado habrá que hacer cambios..., sus antiguos criados no querrán que yo les dé órdenes y

no se lo echo en cara.

Mrs. Moore levantó la persiana que cubría la ventanilla y miró hacia el exterior. La anciana señora había reunido a Ronny y Adela porque así lo deseaban ambos, pero no estaba en condiciones de darles consejos para el futuro. Sentía cada vez con más fuerza (¿visión o pesadilla?) que, si bien las personas son importantes, no sucede lo mismo con sus relaciones, y que, de manera más concreta, se hacían demasiadas alharacas en relación con el matrimonio; a pesar de siglos de abrazos carnales, el hombre no estaba más cerca que antes de entender a sus semejantes. Y aquel día lo sentía con tanta fuerza que aquella idea parecía en sí misma una relación, una persona incluso, que trataba de cogerla de la mano.

—¿Se ve algo en las colinas?

—Sólo diferentes grados de oscuridad.

—No debemos de hallarnos muy lejos del sitio donde tropezamos con mi hiena.
—Adela se esforzó por penetrar con la vista aquella penumbra intemporal. El tren cruzó un *nullah*. «Pomper, pomper, pomper» era el ruido que hacían las ruedas al pasar por el puente, moviéndose muy despacio. Cien yardas más allá apareció un segundo *nullah*, y luego un tercero, sugiriendo la proximidad de una zona más alta—. Quizá sea éste; en cualquier caso, la carretera corre paralela al ferrocarril.

El accidente era un recuerdo agradable; sentía, a su manera poco imaginativa y básicamente honesta, que había sido una buena sacudida para ella, enseñándole la verdadera valía de Ronny. Después volvió a pensar en sus planes, porque hacer planes era una pasión suya desde la adolescencia. De vez en cuando manifestaba interés por el presente, comentaba lo cariñoso e inteligente que era Aziz, comía una guayaba, renunciaba a una fruta de sartén, practicaba su urdu con el criado; pero sus pensamientos se escapaban siempre hacia el futuro controlable y la vida anglo-india en la que tendría que integrarse. Y mientras la valoraba, junto con el añadido de los Turton y de los Burton, el tren acompañaba sus frases con un «pomper, pomper», todo él medio dormido, sin ir a ningún sitio en particular y sin pasajeros de importancia en ninguno de sus vagones, circulando por su ramal secundario, perdido en un terraplén de poca altura entre campos monótonos. Su mensaje —porque lo tenía— quedaba fuera del alcance de la excelente capacidad mental de Miss Quested. Muy lejos, a su espalda, con un pitido que simbolizaba una actividad más seria, avanzando el tren correo, conectando ciudades importantes como Calcuta y Lahore, donde se producen acontecimientos interesantes y se desarrollan personalidades. Eso Adela lo entendía. Desgraciadamente, La India tiene pocas ciudades importantes. La India es un conjunto de campos y más campos; colinas, jungla, colinas y otra vez más campos. El ramal secundario del ferrocarril llega a su término y por la carretera los coches sólo pueden pasar hasta cierto sitio; los carros de bueyes avanzan pesadamente por los caminos laterales, de los que se desgajan sendas que penetran

por los cultivos y desaparecen cerca de una mancha de pintura roja. ¿Cómo es posible que la mente abarque un país de tales características? Generaciones de invasores lo han intentado, pero continúan en el exilio. Las ciudades importantes que construyen no son más que retiros; sus luchas encarnan la desazón de hombres que no encuentran el camino de casa. La India sabe cuál es su problema. Sabe cuál es el problema del mundo entero, en su realidad más profunda. La India dice «ven» a través de cien bocas, utilizando objetos ridículos y augustos. Pero ven ¿a qué? Nunca lo ha definido. La India no es una promesa, tan sólo una llamada.

—Iré a buscarla a usted a Simia cuando haya refrescado lo suficiente. La sacaré de su reclusión —continuó Adela, segura de sí misma—. Luego veremos algunas cosas de los mongoles, ¿sería terrible que se perdiera el Taj^[2], e iré a despedirla a Bombay. Su última ojeada a este país resultará interesante. —Pero Mrs. Moore se había quedado dormida, agotada por aquella salida tan a deshora. No estaba demasiado bien de salud y tendría que haber renunciado a la expedición, pero había hecho un esfuerzo para no estropearles la diversión a los demás. Sus sueños seguían muy ligados a la realidad circundante, pero en ellos entraban también sus otros hijos, Stella y Ralph, que querían algo, y Mrs. Moore les explicaba que no podía estar en dos familias al mismo tiempo. Cuando se despertó, Adela había dejado de hacer planes y estaba asomada a una ventanilla diciendo—: Son realmente maravillosas.

Asombrosas incluso desde el altozano de la zona residencial inglesa, las Colinas de Marabar vistas desde el tren eran como dioses, a cuyo lado la tierra sólo tiene una realidad espectral. Kawa Dol era la más cercana. Estaba formada por un único bloque, en cuya cima se mantenía en equilibrio una roca (si es que a una masa de tan grandes dimensiones se le puede llamar roca). Detrás del Kawa Dol, recostadas, se hallaban las colinas que contenían las otras cuevas, aisladas cada una de sus vecinas por anchos canales en la llanura. Todo el conjunto, diez colinas en total, se torció un poco al pasar lentamente el tren junto a ellas, como si observara su llegada.

—No me hubiese perdido esto por nada del mundo —dijo la muchacha, exagerando su entusiasmo—. Mire, está saliendo el sol..., esto va a ser magnífico...; venga de prisa..., mire. No me lo hubiera perdido por nada del mundo. No lo hubiéramos visto nunca de seguir pegadas a los Turton y a sus sempiternos elefantes.

Mientras hablaba, el cielo, hacia la izquierda, se volvió de un violento color naranja que fue extendiéndose, tembloroso, por detrás de unas siluetas de árboles, creciendo en intensidad, haciéndose más brillante, increíblemente más brillante, tensándose desde fuera contra el globo de la atmósfera. Las dos mujeres esperaron a que se produjera el milagro. Pero en el momento supremo, cuando tendría que haber muerto la noche y haber nacido el día, no sucedió nada. Fue como si hubiese faltado la energía en la fuente celestial. Los colores del Este se desintegraron, las colinas perdieron relieve, aunque, de hecho, quedaban mejor iluminadas, y la brisa matutina

llegó acompañada de un profundo sentimiento de desilusión. ¿Por qué, cuando la cámara estaba dispuesta, no entró el novio con trompetas y chirimías, como espera la humanidad? El sol se alzó sin esplendor. En seguida se le vio arrastrarse amarillento detrás de los árboles o contra el insípido cielo y tocar el cuerpo de los campesinos que estaban ya trabajando sus tierras.

—Ah; eso debe de ser la falsa aurora..., ¿no se debe al polvo acumulado en las capas altas de la atmósfera que no llega a caer durante la noche? Creo que nos lo explicó Mr. McBryde. Bueno, tengo que admitir que Inglaterra se lleva la palma en lo que a amaneceres se refiere. ¿Se acuerda de Grasmere?

—¡Ah, maravilloso Grasmere!

Todos ellos estaban enamorados de sus lagos diminutos y de sus montañas. Romántica, pero mucho más dócil, aquella región pertenecía a un planeta más amable. Ahora, en cambio, se encontraban en una descuidada llanura que se extendía hasta las rodillas de Marabar.

—Buenos días, buenos días, pónganse los cascos —gritó Aziz desde la parte posterior del tren—. Pónganse los cascos inmediatamente, el sol de las primeras horas de la mañana es muy peligroso. Hablo en calidad de médico.

—Muy buenos días, póngaselo usted también.

—Tengo la cabeza demasiado dura —rió Aziz, golpeándose y tirándose del pelo con las dos manos.

—Es una persona encantadora —murmuró Adela.

—Escuchen: Mohammed Latif les va a desear los buenos días a continuación.

Diferentes bromas incomprensibles.

—Doctor Aziz, ¿qué se ha hecho de sus colinas? El tren se ha olvidado de parar.

—Quizá sea un tren circular y vuelva a Chandrapore sin detenerse. ¡Quién sabe!

Después de internarse en la llanura por espacio de una milla, el tren disminuyó la marcha al acercarse a un elefante. Había también un andén, pero al lado del majestuoso animal resultaba insignificante. ¡Un elefante, balanceando su pintada frente en el aire matutino!

—¡Qué sorpresa! —exclamaron las señoras cortésmente, Aziz no dijo nada, pero estuvo a punto de estallar de orgullo y también por el alivio que sentía. La elefanta era el elemento más suntuoso de la excursión y sólo Dios sabía todo lo que había tenido que luchar para conseguirla. Era de propiedad semioficial y la mejor manera de llegar a ella era a través del Nabab Bahadur, a quien, a su vez, había que llegar a través de Nureddin, que tenía el inconveniente de no contestar nunca las cartas; pero su madre gozaba de gran influencia sobre él y era amiga de Hamidullah Begum, que se había mostrado extraordinariamente amable, prometiendo ir a visitarla si la persiana rota del coche *purdab* regresaba a tiempo de Calcuta. Que un elefante dependiera de una cadena de circunstancias, tan larga y tan frágil, llenaba a Aziz de

satisfacción y le hacía reconocer —con una pizca de ironía— las virtudes del Oriente, donde los amigos de los amigos son un hecho, y donde tarde o temprano todo el mundo consigue su porción de felicidad. Y Mohammed Latif también estaba satisfecho, porque dos de los huéspedes habían perdido el tren, y, por tanto, él podría ir en el palanquín en lugar de seguir al paquidermo en un carro; y los criados estaban contentos, porque un elefante aumentaba el sentimiento de su propia importancia, y procedieron a dejar caer el equipaje sobre el polvo, entre gritos y golpes, dándose órdenes unos a otros, estremecidos de buena voluntad.

—Necesitamos una hora para ir, otra para volver y dos para visitar las cuevas, aunque será mejor calcular tres —dijo Aziz, sonriendo de la manera más seductora. De repente había algo regio en su manera de comportarse—. El tren de vuelta sale a las once y media y estarán ustedes listas para el *tiffin* en Chandrapore con Mr. Heaslop exactamente a la hora habitual, es decir, a la una y quince. Estoy al tanto de todo lo que les concierne. Cuatro horas (una expedición muy breve) y una hora extra para esos posibles percances que se dan con cierta frecuencia entre mi pueblo. Mi idea es planearlo todo sin consultarlas; pero tanto usted, Mrs. Moore, como usted, Miss Quested, pueden hacer en cualquier momento los cambios que gusten, aunque ello signifique renunciar a las cuevas. ¿Están de acuerdo? En ese caso, súbense a este salvaje animal.

La elefanta se había arrodillado, gris y solitaria, como otra colina más. Las señoras subieron por la escalera de mano, y Aziz a la manera *shikar*, pisando primero el borde del talón y luego la cola, doblada a manera de lazo. Cuando Mohammed Latif le siguió, el criado que sujetaba el final del rabo lo soltó de acuerdo con las instrucciones que había recibido previamente, de manera que el pariente pobre se escurrió y tuvo que agarrarse a la red que cubría la grupa de la elefanta. No era más que una pequeña payasada cortesana que sólo alarmó a las invitadas, para cuya diversión había sido organizada. A ninguna de las dos le gustaban las bromas pesadas. Luego el animal se alzó en dos movimientos semejantes a terremotos, situándolas a diez pies por encima de la llanura. Prácticamente debajo, estaba esa especie de escoria de vida que un elefante reúne siempre alrededor de sus patas: aldeanos y niños desnudos. Los criados arrojaron la vajilla en diferentes *tongas*. Hassan requisó el semental destinado a Aziz y desafió al sirviente de Mahmoud Ali una vez encaramado ya en la silla. El brahmán contratado para preparar la comida del profesor Godbole fue abandonado debajo de una acacia para que les esperara allí hasta su regreso. El tren, también con la esperanza del regreso, se alejó bamboleándose entre los campos, volviendo la cabeza de derecha a izquierda como un ciempiés. Sólo se advertía otro movimiento más: uno como de antenas, originado en realidad por los contrapesos de los pozos que subían y bajaban sobre sus pivotes de barro por toda la llanura y suministraban un insignificante caudal de agua. La

escena resultaba más bien agradable en el suave aire matutino, pero tenía muy poco color y ninguna vitalidad.

Mientras la elefanta se dirigía hacia las colinas (para entonces el descolorido del sol iluminaba ya su base y dibujaba sombras entre sus pliegues), hizo su aparición una nueva cualidad, una especie de silencio espiritual que afectaba a otros sentidos, además del oído. La vida seguía adelante como de costumbre, pero carecía de consecuencias, es decir, los sonidos no encontraban eco ni las ideas desarrollo. Todo parecía quedar cortado de raíz y, por consiguiente, contagiado de apariencias engañosas. Había, por ejemplo, algunos montículos junto al borde del camino, de poca altura, con estrías, y encalados en parte. ¿Qué eran aquellos montones? ¿Tumbas, pechos de la diosa Parvati? Los aldeanos que estaban abajo dieron las dos respuestas. También surgió la confusión —que nunca llegó a aclararse— con motivo de una serpiente. Miss Quested vio un objeto oscuro y delgado, alzado sobre sí mismo, en el lado más distante de una corriente de agua, y dijo:

—¡Una serpiente!

Los aldeanos se mostraron de acuerdo y Aziz explicó que, efectivamente, se trataba de una cobra negra, muy venenosa, que se había levantado para ver el paso de la elefanta. Pero cuando Adela miró con los prismáticos de Ronny descubrió que no había tal serpiente, sino tan sólo el reseco y arrugado tocón de una palmera. De manera que dijo:

—No es una serpiente.

Los aldeanos se negaron a admitirlo. Adela les había puesto la palabra en la mente y no estaban dispuestos a abandonarla. Aziz admitió que a través de los prismáticos parecía un árbol, pero insistió en que era realmente una cobra negra, e improvisó unos cuantos disparates sobre camuflaje protector. Nada llegaba a explicarse y, sin embargo, nada resultaba románticamente atractivo. Cortinas de calor, despedidas por los precipicios del Kawa Dol, aumentaban la confusión. Llegaban a intervalos irregulares y se movían caprichosamente. Un pedazo de tierra saltaba como si lo estuvieran friendo y luego se quedaba quieto. La radiación desapareció antes de que alcanzaran la colina.

La elefanta se dirigió directamente al Kawa Dol como si fuera a llamar con la frente para que la dejaran entrar, pero luego desvió su marcha para seguir una senda alrededor de la base. Las rocas se hundían directamente en la tierra, como acantilados en el mar, y mientras Miss Quested lo comentaba y decía que era impresionante, la llanura desapareció calladamente, se esfumó, por así decirlo, y no se veía a ambos lados otra cosa que granito, completamente muerto e inmóvil. El cielo lo dominaba todo como de costumbre, pero además daba la impresión de haberse acercado peligrosamente, adhiriéndose como un techo a las cumbres de los precipicios. Era como si el contenido del corredor no hubiera cambiado nunca. Emborrachado con su

propia esplendidez, Aziz no se daba cuenta de nada. Sus huéspedes sí advirtieron algo. No les pareció que se tratara de un lugar atractivo o que mereciera la pena visitar, y hubieran deseado convertirlo en un objeto islámico, una mezquita, por ejemplo, que su anfitrión pudiera haber apreciado y explicado. Su ignorancia se hizo patente en seguida, y esto era realmente un inconveniente. A pesar de sus palabras alegres y confiadas, Aziz no tenía la menor idea de cómo tratar aquel particular aspecto de la India; sin el profesor Godbole estaba allí tan perdido como las mismas inglesas.

El corredor se estrechó para ensancharse después, convertido en una especie de claro. Aquello, más o menos, era su objetivo. Un aljibe en ruinas contenía algo de agua que serviría para los animales, y cerca, por encima del barro, se abría un agujero negro: la primera de las cuevas. Tres colinas rodeaban el claro. Dos de ellas despedían calor con gran diligencia, pero la tercera quedaba a la sombra, y allí acamparon.

«Un lugar realmente horrible y sofocante», murmuró Mrs. Moore para sus adentros.

—¡Qué rápidos son sus criados! —exclamó Miss Quested.

Porque ya habían extendido un mantel, con un jarrón de flores artificiales en el centro, y el mayordomo de Mahmoud Ali les estaba ofreciendo té y huevos escalfados por segunda vez.

—He pensado que comiéramos algo antes de nuestras cuevas y que desayunásemos después.

—¿No es esto el desayuno?

—¿Esto el desayuno? ¿Creían ustedes que iba a obsequiarlas de una forma tan extraña?

Le habían advertido que los ingleses nunca cesan de comer y que tenía que darles algo cada dos horas hasta que estuviese lista una comida más sólida.

—¡Qué bien preparado está todo!

—Eso díganmelo cuando regresemos a Chandrapore. A pesar de los desastres que logre acumular sobre mi cabeza son ustedes mis huéspedes.

Ahora Aziz les hablaba con gran seriedad. Dependían de él por unas cuantas horas, y les estaba agradecido por haberse colocado en aquella situación. Todo marchaba bien hasta el momento: la elefanta se estaba llevando a la boca una rama recién cortada, las lanzas de los *tongas* apuntaban al cielo, el pinche pelaba patatas, Hassan gritaba y Mohammed Latif se mantenía en la postura adecuada, con una varita en la mano. La expedición era un éxito y era india; a un oscuro joven se le había permitido mostrarse cortés con visitantes de otro país, que es lo que todos los indios anhelan hacer —incluso los cínicos como Mahmoud Ali— sin que nunca se les presente la oportunidad. La hospitalidad se había conseguido, las damas inglesas eran

«sus» huéspedes; en la tarea de hacerlas felices su honor estaba en juego, y cualquier molestia que sufrieran le desgarraría el alma.

Como la mayoría de los orientales, Aziz sobrevaloraba la hospitalidad, confundiénola con la intimidad, sin advertir que resulta viciada por el sentimiento de posesión. Sólo cuando Mrs. Moore o Fielding estaban cerca de él, Aziz era capaz de ver más allá y de darse cuenta de que recibir es mejor que dar. Los dos tenían sobre él un extraño y hermoso efecto: eran sus amigos, suyos para siempre y también Aziz de ellos para siempre; les quería tanto que dar y recibir se convertían en una sola cosa. Les quería incluso más que a los Hamidullah, porque había tenido que superar obstáculos para conocerlos, y esto sirve de estímulo a una mente generosa. Sus imágenes estaban ya grabadas en algún lugar de su alma hasta el día de la muerte, incorporadas a su ser de manera permanente. Aziz contempló a Mrs. Moore, sentada en una silla plegable, bebiendo el té que él le había ofrecido, y tuvo por un momento la alegría que encerraba en sí misma las semillas de su propia destrucción, porque le llevaría a pensar, «¿Qué más puedo hacer por ella?, con lo que volvía a empezar la monótona rutina de la hospitalidad. Sus ojos, de un negro intenso, se llenaron de una luz suave y muy significativa, y Aziz dijo:

—¿Se acuerda usted alguna vez de nuestra mezquita, Mrs. Moore?

—Claro que sí —dijo ella, repentinamente juvenil y llena de vitalidad. de lo brusco y descortés que fui yo y de lo amablemente que usted me trató?

—Y de lo felices que fuimos los dos.

—Creo que las amistades que empiezan así son las que más duran. ¿Podré agasajar alguna vez a sus otros hijos?

—¿Está usted enterado de que existen los otros? A mí nunca me habla de ellos —dijo Miss Quested, rompiendo sin querer el hechizo.

—Ralph y Stella, sí; lo sé todo acerca de ellos. Pero no debemos olvidarnos de visitar nuestras cuevas. Uno de los sueños de mi vida se ha cumplido teniéndolas aquí como huéspedes mías. No pueden imaginarse hasta qué punto me han hecho un honor. Me siento como si fuera el Emperador Babur.

—¿Por qué él precisamente? —preguntó Adela, levantándose.

—Porque mis antepasados vinieron con él desde Afganistán. Se unieron a él en Herat. En muchas ocasiones dispuso tan sólo de un elefante, y a veces de ninguno, pero no por ello se mostró menos hospitalario. Cuando luchaba o cazaba o huía, siempre se detenía algún tiempo entre colinas, igual que nosotros; nunca renunciaba ni a la hospitalidad ni al placer; si había poca comida insistía en que se sirviera de la manera más agradable, y aunque sólo contara con un instrumento musical le hacía tocar una hermosa melodía. Le considero mi ideal. Es el caballero pobre, y llegó a ser un gran rey.

—Creía que su favorito era otro Emperador (no recuerdo el nombre) que

mencionó usted en casa de Mr. Fielding; mi libro le llama Aurangzeb.

—¿Alamgir? Sí, claro, fue el más piadoso. Pero Babur nunca traicionó a un amigo en toda su vida, así que hoy sólo puedo pensar en él. ¿Y sabe usted cómo murió? Sacrificó su vida por su hijo. Una muerte mucho más difícil que perecer luchando. Les sorprendió el calor. Tenían que haber vuelto a Kabul para evitar el mal tiempo, pero no pudieron por razones de Estado y en Agrá Humayun su hijo se puso enfermo. Babur dio tres veces la vuelta alrededor del lecho, y dijo: «Me la he llevado», y así fue, efectivamente; la fiebre dejó a su hijo para apoderarse de él y Babur murió. Por eso prefiero Babur a Alamgir. No debiera hacerlo, pero es así. No quiero retrasarlas más, sin embargo. Veo que ya están listas para empezar.

—En absoluto —dijo Adela, sentándose otra vez junto a Mrs, Moore—. Nos gusta mucho este tipo de conversación.

Porque Aziz estaba hablando, finalmente, de lo que conocía y sentía, tal como lo había hecho en casa de Mr. Fielding; era de nuevo el guía oriental que tanto apreciaban.

—Siempre me gusta conversar acerca de los mongoles. No conozco otro placer mayor. Sucede que esos seis primeros emperadores eran toaos hombres maravillosos, y en cuanto se menciona a uno, no importa a cual, me olvido de todo lo demás, excepto de los otros cinco. Sería imposible encontrar otros seis reyes parecidos en todos los países de la tierra; quiero decir, uno detrás efe otro..., padre, hijo.

—Cuéntenos algo sobre Akbar.

—Veo que han oído ustedes el nombre de Akbar. Bien. Hamidullah, a quien ya conocerán, les diría que Akbar es el más grande de todos. Y yo digo: «Sí, Akbar es maravilloso, pero hindú a medias; no era un verdadero musulmán», lo que hace exclamar a Hamidullah: «Tampoco lo era Babur, que bebía vino.» Pero Babur siempre se arrepentía después, y esa es la diferencia fundamental, porque Akbar nunca se arrepintió de la nueva religión que inventó para sustituir al sagrado Corán.

—Pero ¿la nueva religión de Akbar no estaba muy bien? Quería abarcar a toda la India en su conjunto.

—Muy bien, pero muy insensata, Miss Qusted. Usted conserva su religión, yo la mía. Eso es lo mejor. No hay nada que abarque toda la India, nada en absoluto, y ese fue el error de Akbar.

—¿Es así como piensa usted, doctor Aziz? —dijo Adela con aire pensativo—. Espero que no esté en lo cierto. Tiene que haber algo universal en este país..., no digo que sea la religión, porque yo no soy una persona religiosa, pero algo, porque si no, ¿cómo van a romperse las barreras?

Adela hablaba tan sólo de la hermandad universal con la que Aziz soñaba a veces, pero bastaba que se hablara de ella en prosa para que le resultara falsa.

—Considere mi propio caso —continuó Miss Qusted; de hecho, ese era el

motivo que le había impulsado a hablar—. No sé si lo habrá oído, pero me voy a casar con Mr. Heaslop.

—Por lo cual le ofrezco mi más cordial felicitación.

—Mrs. Moore, ¿puedo exponerle nuestra dificultad al doctor Aziz? Me refiero a la anglo-india.

—Es sólo tu dificultad, no la mía, querida.

—Eso es verdad. Bien, casándome con Mr. Heaslop me convertiré en eso que se conoce con el nombre de persona anglo-india. Aziz extendió las manos en un gesto de protesta.

—Imposible. Tiene usted que retirar esa horrible afirmación.

—Pero será así; es inevitable. No puedo librarme de la etiqueta. Lo que en cambio, sí espero evitar es la mentalidad. Mujeres como... —Adela se detuvo, poco deseosa de mencionar nombres; dos semanas antes hubiera dicho: «Mrs. Turton y Mrs. Callendar» sin reparo—. Algunas mujeres son muy..., bueno, muy poco generosas y muy *esnobs* en lo referente a los indios, y me moriría de vergüenza si me volviera como ellas, pero (y esa es mi dificultad) yo no tengo nada de particular, ninguna bondad o fortaleza especiales que puedan ayudarme a resistir el medio ambiente y me permitan no ser como ellas. Tengo defectos terribles. Por eso quiero la «religión universal» de Akbar o algo equivalente para seguir siendo una persona honesta y razonable. ¿Comprende lo que quiero decir?

Las observaciones de la muchacha agradaron a Aziz, pero su mente se cerró por completo debido a la alusión a su matrimonio. No estaba dispuesto a inmiscuirse en aquel plano de cosas.

—Su felicidad está asegurada con cualquier familiar de Mrs. Moore —dijo él, con una ceremoniosa inclinación de cabeza.

—Pero mi felicidad es otro problema completamente distinto. Lo que yo quiero es su opinión sobre este problema anglo-indio. ¿No puede darme algún consejo?

—Es usted completamente distinta de las demás, se lo aseguro. No será nunca descortés con mi pueblo.

—Me han afirmado que lo seré al cabo de un año.

—En ese caso le han contado una mentira —dijo él precipitadamente, porque Miss Quested había dicho la verdad y le había herido en lo vivo; sus palabras eran en sí mismas un insulto en aquellas particulares circunstancias. Aziz se recobró inmediatamente y se echó a reír, pero el error de Adela quebró su conversación (casi había sido su civilización), qué se dispersó como los pétalos de una flor del desierto y les dejó abandonados en medio de las colinas—. Vengan —dijo, ofreciendo una mano a cada una.

Las señoras se levantaron un poco a regañadientes para ir a ver las célebres colinas.

La primera cueva quedaba relativamente a mano. Evitaron el charco y, con el sol cayéndoles a plomo sobre la espalda, treparon por unas piedras muy poco atractivas. Inclinando la cabeza, desaparecieron uno a uno en el interior de la roca. El pequeño agujero negro siguió boqueando allí donde las variadas formas y colores de los seres humanos habían funcionado momentáneamente para ser luego absorbidos como el agua por un sumidero. Desnudas e imperturbables se alzaban las paredes de los precipicios; imperturbable y pegajoso el cielo que unía los precipicios; sólida y blanca, una cometa brahmánica se agitaba entre las rocas con una torpeza que parecía deliberada. Antes de que el hombre, con su preocupación por lo adecuado, hubiese nacido, el planeta tierra debía de haber tenido aquel aspecto, La cometa se alejó aleteando., Antes que los pájaros, quizá... Y luego el agujero eructó, y la humanidad volvió al exterior.

Para Mrs. Moore aquella primera cueva de Marabar había sido una horrible experiencia, porque estuvo a punto de desmayarse, y le costó trabajo no decirlo tan pronto como se halló de nuevo al aire libre. Era bastante natural: Mrs. Moore siempre había tenido tendencia a desmayarse, y como todo el séquito entró con ellos, la cueva se llenó más de la cuenta. Abarrotada de aldeanos y sirvientes, la cámara circular empezó a oler mal. A causa de la oscuridad, Mrs. Moore perdió a Aziz y a Adela, no supo quién la tocaba, no podía respirar; una cosa repugnante, parecida a un trapo húmedo, le golpeó el rostro y le tapó la boca. Trató de alcanzar el túnel de entrada, pero un nuevo flujo de aldeanos la arrastró hacia el interior. Se dio un golpe en la cabeza y por un instante perdió la calma, manoteando y jadeando como una loca. No sólo le asustaban el mal olor y las apreturas, también había un eco aterrador.

El profesor Godbole no había mencionado un eco; quizá no le había llamado nunca la atención. En la India existen algunos ecos exquisitos, está el susurro alrededor de la cúpula de Bijapur^[3], también las largas frases perfectamente articuladas que recorren el aire en Mandu y vuelven intactas a quien las ha creado. El eco de una cueva de Marabar no es como éstos, y no tiene ninguna característica que lo haga notable. Se diga lo que se diga, la respuesta es el mismo ruido monótono que vibra contra las paredes hasta ser absorbido por el techo. «Boum» es el sonido hasta donde el alfabeto humano es capaz de expresarlo; o «bou-oum», o «ou-boum»: algo totalmente insulso. La esperanza, la cortesía, el sonarse la nariz, el crujido de una bota producen un «boum». Incluso frotar una cerilla pone en marcha un gusanito que se enrosca, demasiado pequeño para completar el círculo, pero eternamente vigilante. Y si varias personas hablan al mismo tiempo se inicia un ruido como de aullidos superpuestos, los ecos generan otros ecos, y la cueva se llena de una serpiente compuesta de pequeñas culebras que se retuercen independientemente.

Detrás de Mrs. Moore —que dio la señal para el reflujo— salieron todos los demás. Aziz y Adela aparecieron sonriendo, y la anciana señora no quiso dar una

impresión negativa, y también sonrió. A medida que surgían otras personas, Mrs. Moore intentaba descubrir entre ellas algún culpable, pero no existía ninguno, y en seguida se dio cuenta de que había estado rodeada de gente apacible, cerca de una hora en regresar. La anciana señora sacó el bloc para escribir cartas, y empezó; «Querida Stella, querido Ralph», luego se detuvo, contemplando el extraño valle y la insignificante invasión que habían protagonizado. Hasta la elefanta quedaba ya desprovista de relieve. Desde ella, Mrs. Moore alzó la vista hasta el túnel por donde se entraba en la cueva. No, no deseaba repetir aquella experiencia. Cuanto más pensaba en ella, más desagradable y aterradora le resultaba. Ahora le afectaba mucho más que en el momento de producirse. Podía olvidar las apreturas y los olores; pero, de alguna forma imposible de describir, el eco empezó a destruir insidiosamente sus energías vitales. Produciéndose en un momento en que se sentía muy fatigada, el eco había conseguido murmurarle al oído: «Patetismo, piedad, valor... existen, pero son idénticos, y lo mismo sucede con la inmundicia. Todo existe, nada tiene valor.» Si en aquel sitio se hubiesen dicho vilezas o recitado versos de gran aliento poético, el comentario siempre habría sido el mismo: «Ouboum.» Si se hubiese hablado con las lenguas de los ángeles¹ e intercedido por toda la infelicidad y falta de comprensión del mundo, pasada, presente y futura, por todo el sufrimiento que los hombres tienen que soportar, sea cual fuere su opinión y posición, aunque se esfuercen por evitarlo o simulen que no les afecta, el resultado seguiría siendo el mismo: la serpiente descendería para regresar luego al techo. Los demonios vienen del Norte y se puede escribir poemas acerca de ellos, pero nadie es capaz de convertir en románticas las Colinas de Marabar, porque roban a la infinitud y a la eternidad su grandeza, la única cualidad que las reconcilia con el género humano.

Mrs. Moore trató de continuar la carta, recordándose a sí misma que no era más que una señora de avanzada edad que se había levantado demasiado pronto y había hecho un viaje demasiado largo; que la desesperación que empezaba a notar era solamente suya, producida por su debilidad personal, y que incluso aunque sufriera una insolación y se volviera loca, el resto del mundo seguiría funcionando. Pero de repente, en un rincón de su mente, apareció la religión, el pobre cristianismo siempre tan hablador, y se dio cuenta de que todas sus frases divinas, desde «Hágase la luz» a «Todo está consumado», no pasaban a ser *buom*. Luego su terror se extendió a una zona más amplia que de costumbre; el universo, nunca comprensible para su entendimiento, tampoco ofrecía reposo para su alma; el estado de ánimo de los dos últimos meses adoptó por fin una forma definida, y Mrs. Moore advirtió que no quería escribir a sus hijos, que no deseaba comunicarse con nadie, ni siquiera con Dios. Se quedó inmóvil, llena de horror y, cuando el viejo Mohamed Latif se le acercó, pensó que notaría la diferencia. Durante algún tiempo se dijo a sí misma para consolarse: «Voy a ponerme enferma». pero terminó rindiéndose ante su visión.

Perdió todo interés, incluso por Aziz, y las afectuosas y sinceras palabras que le había dirigido no le parecieron ya suyas, sino dichas por el aire indiferente que la rodeaba.

Capítulo decimoquinto

Miss Quested, Aziz y un guía continuaron aquella expedición que ya empezaba a resultar un tanto aburrida. No hablaban! mucho, porque el sol estaba cada vez más alto. El aire era como un baño tibio al que se añadiera sin cesar agua más caliente; la temperatura subía y subía; las grandes rocas decían: «Estoy viva», y las pequeñas contestaban: «Yo casi lo estoy también.» Entre las grietas se veían las cenizas de pequeñas plantas. Los excursionistas se proponían trepar hasta la roca en equilibrio que se hallaba en la cima del Kawa Dol, pero estaba demasiado lejos y se contentaron con el grupo más numeroso de cuevas. Ya de camino, encontraron algunas aisladas y el guía les convenció para que las visitaran, pero en realidad no había nada que ver; encendieron una cerilla, admiraron su reflejo en la pulida superficie, probaron el eco y salieron de nuevo. Aziz estaba «bastante seguro de que encontrarían en seguida alguna talla antigua de gran interés», pero sólo quería decir que le gustaría que así fuera. Lo que más le preocupaba era el desayuno. Estaban apareciendo síntomas de desorganización al abandonar ellos el campamento. Repasó el menú: desayuno inglés, *porridge* y chuletas de cordero, pero también algunos platos indios que sirvieran como tema de conversación, y después *pan*. Miss Quested nunca le había gustado tanto como Mrs. Moore y tenía muy poco que decirle; y ahora que iba a casarse con un funcionario británico menos que nunca.

Tampoco Adela se sentía muy comunicativa. Si la mente de Aziz estaba ocupada por el desayuno, Miss Quested pensaba sobre todo en su matrimonio. Simia al cabo de una semana, librarse de Antony, la vista del Tíbet, el cansancio de la ceremonia nupcial, Agrá en octubre, despedir a Mrs. Moore desde Bombay asegurándose de su comodidad; la sucesión de acontecimientos pasó una vez más delante de ella, algo borrosa por el calor, y después Adela se consagró al asunto mucho más serio de su vida en Chandrapore. Era allí donde surgían las dificultades reales —las limitaciones de Ronny y las suyas—, pero a ella le gustaba enfrentarse con las dificultades, y decidió que si lograba no mostrarse demasiado quisquillosa (su punto débil de siempre), y no reñir con la India inglesa ni sucumbir ante ella, podrían disfrutar de una vida matrimonial feliz y provechosa mientras se afanaba subiendo por una roca que parecía un Platillo puesto del revés, pensó: «¿Y el amor?» La roca tenía dos hileras de muescas para apoyar los pies, y, de alguna manera, fueron ellas las que le sugirieron la pregunta. ¿Dónde había visto antes unas huellas parecidas? Ah, sí, tenían la misma disposición que las marcas de sus pies sobre el polvo junto a las ruedas del automóvil del Nabab Banadur. Ronny y ella..., no, no se querían.

—¿La estoy llevando demasiado de prisa? —preguntó Aziz, porque Adela Había

hecho una pausa, con una expresión de duda en el rostro.

El descubrimiento se había producido tan de repente que Miss Quested se sintió como un montañero a quien se le rompe la cuerda. ¡No amar al hombre con el que se está a punto de casarse! ¡No haberse dado cuenta hasta aquel momento! Otra cosa más que quería reflexión. Molesta, más que consternada, Adela se quedó inmóvil, mirando la roca resplandeciente. Existía el aprecio mutuo y la respuesta animal ante el contacto, pero estaba ausente la emoción que une ambas cosas. ¿Debería romper su compromiso? Adela se inclinaba a pensar que no... causaría demasiados problemas a otros; además, no estaba convencida de que el amor fuera necesario para que un matrimonio tuviera éxito. Si el amor lo fuera todo, pocas parejas seguirían unidas al terminar la luna de miel.

—No, no; estoy muy bien, gracias —dijo Miss Quested y, con sus emociones perfectamente controladas, continuó trepando, aunque se sentía un poco desconcertada.

Aziz la cogió de la mano, mientras el guía se adhería a la superficie como un lagarto y corría de un lado para otro como si disfrutara de un centro de gravedad completamente autónomo.

—¿Está usted casado, doctor Aziz? —preguntó Adela, deteniéndose de nuevo y arrugando el entrecejo.

—Sí, claro; tiene usted que venir y conocer a mi esposa.

Porque al joven médico le pareció más artístico devolver la vida a su mujer por unos momentos.

—Gracias —dijo ella con entonación ausente.

—Ahora mismo no se encuentra en Chandrapore.

—Y ¿tiene usted hijos?

—Sí, desde luego, tres —repitió Aziz con voz más segura.

—¿Disfruta usted mucho con ellos?

—Sí, naturalmente; los quiero muchísimo —rió el otro.

—Imagino que sí. —Aziz era un oriental muy bien parecido y, lógicamente, su mujer y sus hijos también serían hermosos, porque ordinariamente las personas consiguen lo que ya poseen. La admiración de Adela no quería decir que Aziz le atrajera personalmente! porque no existían tendencias caprichosas en su vida instintiva! pero se imaginó que resultaría atractivo para mujeres de su misma raza y situación social, y lamentó en su interior que Ronny y ella tuvieran tan poco encanto físico. Belleza, hermosos cabellos, una piel suave significan sin duda una gran diferencia en una relación. Probablemente, aquel hombre tenía varias esposas: los mahometanos! siempre insistían en las cuatro de rigor, según Mrs. Turton. Y como, sobre aquella roca inmutable, no tenía otra persona con quien hablar, Adela dio rienda suelta al tema del matrimonio y dijo con su habitual franqueza y espíritu

inquisitivo—: ¿Tiene usted una o varias esposas?

La pregunta ofendió extraordinariamente a Aziz. Ponía en tela de juicio una nueva convicción de su comunidad, y las nuevas convicciones son más delicadas que las antiguas. Si Miss Quested hubiera dicho: «¿Adora usted a uno o a varios dioses?», no le habría parecido mal. Pero preguntar en la India a un musulmán educado cuántas esposas tiene..., ¡desconcertante, terrible! Le costó trabajo ocultar su confusión.

—Una; una en mi caso particular —balbució Aziz, soltando la mano de Adela.

Pocos pasos más allá había un buen número de cuevas, y pensando: «¡Malditos ingleses, hasta cuando tienen la mejor voluntad!», se introdujo por una de las aberturas para recobrar la calma. Miss Quested siguió adelante a la misma velocidad, sin la menor conciencia de haber cometido una equivocación; al no ver a Aziz entró también en una cueva, pensando con la mitad de la mente: «el turismo me aburre», y haciéndose preguntas sobre el matrimonio con la otra mitad.

Capítulo decimosexto

Aziz esperó un minuto dentro de su cueva, y encendió un cigarrillo, para poder decir: «Me metí ahí para resguardarme del viento», o algo por el estilo, al reunirse con ella. Cuando salió al exterior, se encontró al guía, solo, con la cabeza inclinada hacia un lado. Dijo que había oído un ruido, y también Aziz le oyó a continuación; era el motor de un automóvil. Se hallaban ahora en el saliente exterior del Kawa Dol, y gateando unas veinte yardas lograron echar una ojeada a la llanura. Por la carretera de Chandrapore venía un automóvil en dirección a las colinas. Pero no pudieron verlo bien, porque el escarpado baluarte se curvaba en la parte más alta, de manera que no era fácil ver la base, y el coche desapareció al aproximarse. Sin duda se detendría casi exactamente debajo de ellos, en el sitio donde la carretera degeneraba en senda, y donde la elefanta había girado para meterse entre las colinas.

Aziz volvió corriendo, para contarle la extraña noticia a su invitada.

El guía le explicó que había entrado en una cueva.

—¿Cuál?

El guía indicó todo el grupo de manera imprecisa.

—Tu obligación era no perderla de vista —dijo Aziz, con tono severo—. Aquí hay doce cuevas por lo menos. ¿Cómo voy a saber en cuál de ellas se encuentra mi invitada? ¿En qué cueva estaba yo?

El mismo gesto impreciso. Y Aziz, mirando de nuevo, no tuvo siquiera la seguridad de haber vuelto al mismo grupo. Había cuevas en todas direcciones —daba la impresión de ser el sitio donde habían empezado a reproducirse— y todos los orificios de entrada eran idénticos. «Cielo misericordioso, Miss Qusted se ha perdido», pensó Aziz, pero luego hizo un esfuerzo para serenarse y se puso a buscarla con más calma.

—¡Grita! —le ordenó al guía.

Después de haber estado haciendo esto durante un rato, el guía explicó que gritar era inútil, porque las cuevas de Marabar no oyen otro ruido que el suyo propio. Aziz se secó el rostro y el sudor empezó a correrle a raudales por dentro de la ropa. Aquel lugar resultaba terriblemente confuso, en parte liso y en parte lleno de zigzags, con multitud de hendiduras que llevaban en una dirección y en otra, semejantes a rastros de serpientes. Se propuso entrar en todas, pero nunca lograba saber dónde había empezado. Nuevas cuevas aparecían detrás de las anteriores o se reunían en parejas, y algunas se hallaban a la entrada de un barranco.

—¡Ven aquí! —llamó Aziz con suavidad, y cuando el guía se puso al su alcance le dio una bofetada como castigo.

El hombre salió huyendo y él se quedó solo. «Esto es el fin de mi carrera, mi huésped se ha perdido», pensó. Pero en seguida encontró una explicación válida y muy sencilla del misterio.

Miss Quested no se había perdido, sino que estaba con las personas del coche: amigos suyos, quizá Mr. Heaslop. De repente pudo ver a Miss Quested durante un momento, barranco abajo; sólo la vio un momento, pero allí estaba sin duda alguna, enmarcada entre rocas, y hablando con otra señora. Se sintió tan aliviado que no le pareció extraño su comportamiento. Acostumbrado a repentinos cambios de planes, Aziz supuso que Miss Quested había bajado el Kawa Dol a toda prisa, siguiendo un impulso, con la esperanza de dar un paseo en coche. Nada más iniciar la vuelta al campamento vio algo que poco antes le hubiera preocupado mucho: los prismáticos de Miss Quested. Estaban en el suelo, hacia la mitad del túnel de entrada a una de las cuevas. Trató de colgárselos del hombro, pero la correa de cuero se había roto, de manera que se los metió en el bolsillo. Después de avanzar unos cuantos pasos se le ocurrió que quizá Miss Quested hubiese dejado caer algo más y volvió atrás para comprobarlo. Pero se tropezó de nuevo con la misma dificultad: era incapaz de identificar la cueva. Abajo, en la llanura, oyó arrancar el coche, pero esta segunda vez no consiguió verlo. Después fue descendiendo por el lado de la colina que daba al valle, en dirección a Mrs. Moore, y en esta tarea sus esfuerzos tuvieron más éxito: pronto apareció el color y la confusión de su pequeño campamento, y en el centro de él divisó el casco de un inglés, y debajo —¡qué alegría!— reconoció la sonrisa de Fielding en lugar de a Mr. Heaslop.

—¡Fielding! ¡cuánto he deseado tenerle conmigo! —exclamó, prescindiendo del «Mr.» por primera vez.

Su amigo corrió a su encuentro con la mayor naturalidad y alegría, sin preocuparse de mantener un aire respetable, dando explicaciones y pidiendo disculpas a voz en grito por haber perdido el tren. Fielding había venido en el automóvil que acababa de llegar —el coche de Miss Derek—, y la otra señora era Miss Derek. Charlaron por los codos mientras todos los criados se olvidaban de cocinar para escucharlos. ¡Excelente persona, Miss Derek! Se había encontrado con Fielding por casualidad en correos. «¿Por qué no ha ido usted a Marabar?», le preguntó. Al enterarse de cómo Fielding había perdido el tren, se ofreció a llevarle sin pensarlo dos veces.

Otra inglesa simpática. ¿Dónde estaba? Se había quedado en el coche con el chófer mientras Fielding encontraba el campamento. El automóvil no podía llegar hasta allí —no, claro que no—, cientos de personas tenían que bajar para escoltar a Miss Derek y mostrarle el camino. La misma elefanta...

—Aziz, ¿podría tomarme una copa?

—Naturalmente que no —dijo Aziz, corriendo a buscársela.

—¡Mr. Fielding! —llamó Mrs. Moore desde su trozo de sombra; no se habían saludado aún, porque la llegada del Director del Instituto había coincidido con la reaparición de Aziz.

—¡Buenos días de nuevo! —exclamó Fielding, aliviado al encontrarse todo en orden.

—Mr. Fielding, ¿ha visto usted a Miss Quested?

—Acabo de llegar. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Aziz! ¿Qué ha hecho con Miss Quested?

Aziz, que volvía con una copa en la mano, tuvo que detenerse a pensar un momento. Su corazón rebosaba de felicidad. La excursión, después de un susto o dos, se había convertido en algo que superaba todas sus esperanzas, porque Fielding, además de venir, había traído otra invitada.

—Está perfectamente —dijo—; ha bajado a ver a Miss Derek. Bien, ¡por nuestra felicidad! ¡Chin-chin!

—Por nuestra felicidad, de acuerdo; pero me niego a decir chin-chin —rió Fielding, que detestaba aquella expresión—. ¡Por la India!

—¡Por nuestra felicidad y por Inglaterra!

El chófer de Miss Derek detuvo el cortejo que se disponía a acompañar a su señora en la ascensión, informándoles de que había vuelto a Chandrapore con la otra joven inglesa; le había enviado a él para decirlo. Miss Derek en persona conducía el automóvil.

—Claro; es una cosa muy normal —dijo Aziz—. Ya me imaginaba yo que se habían ido a dar un paseo.

—¿Chandrapore? Ese hombre debe de estar equivocado —exclamó Fielding.

—No, ¿por qué?

Aziz se sentía desilusionado, pero trató de quitarle importancia; era evidente que las dos jóvenes eran grandes amigas. Prefería dar de desayunar a los cuatro; pero los invitados deben poder hacer lo que les apetezca, porque de lo contrario se convierten en prisioneros. Aziz se alejó para inspeccionar el *porridge* y el hielo, animado por la mejor buena voluntad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Fielding, advirtiendo en seguida que había pasado algo extraño.

Mientras venían en el coche, Miss Derek no había dejado de hablar de la excursión, calificándola de placer inesperado, afirmando que prefería a los indios que no la invitaban a sus fiestas:¡ Mrs. Moore seguía sentada moviendo un pie y parecía malhumorada e indiferente a todo lo que la rodeaba.

—Miss Derek es una mujer muy inquieta y difícil de contentar! —dijo—; siempre con prisa, siempre deseosa de algo nuevo; dispuesta a hacer cualquier cosa menos

volver con la señora india que le está pagando un sueldo.

—No tenía ninguna prisa cuando la dejé —replicó Fielding, que no sentía animosidad contra Miss Derek—. Tampoco mencionó la posibilidad de regresar a Chandrapore. Me inclino más bien a pensar que fuera Miss Quested quien tuviese prisa.

—¿Adela? No ha tenido nunca prisa en toda su vida —dijo la anciana con tono cortante.

—Ya verá como ha sido idea de Miss Quested; estoy completamente seguro —insistió el Director del Instituto. Estaba molesto; sobre todo consigo mismo. Había empezado por perder el tren (un pecado que nunca cometía), y ahora que llegaba por fin, echaba a perder los planes de Aziz por segunda vez. Quería que alguien compartiera sus culpas, y miró ceñudamente a Mrs. Moore con aire bastante autoritario—. Aziz es una persona encantadora —anunció.

—Lo sé —contestó ella con un bostezo.

—Se ha tomado infinitas molestias para que nuestra excursión fuera un éxito.

Mr. Fielding y Mrs. Moore se conocían muy poco, y les producía cierto embarazo tener que tratarse por intermedio de un indio. El problema racial puede adoptar formas muy sutiles. En su caso había producido algo muy parecido a los celos, una mutua actitud de desconfianza. El Director del Instituto trató de estimular el entusiasmo de la anciana; ella no dijo apenas nada. Aziz vino a buscarles para ir a desayunar.

—Lo que ha sucedido con Miss Quested es perfectamente natural —explicó el anfitrión, que había estado pensando un poco en el incidente para conseguir quitarle las aristas—. Manteníamos una interesante conversación con el guía cuando apareció el coche, de manera que Miss Quested decidió bajar a saludar a su amiga—. Incurablemente inexacto, Aziz se había persuadido ya de que era eso lo sucedido. Pero en este caso la inexactitud nacía de su misma delicadeza. No quería recordar la observación de Miss Quested sobre la poligamia por considerarla impropia de una invitada, de manera que la expulsó de su mente, y con ella el recuerdo de que él se había introducido en una cueva para alejarse de Adela. Aziz era inexacto porque quería honrar a su huésped y, como la realidad no casaba con sus deseos, tenía que arreglarla alrededor de Miss Quested como uno nivela la tierra después de arrancar una mala hierba. Antes de que terminara el desayuno Aziz había contado un buen número de mentiras—. Miss Quested corrió a recibir a su amiga, y yo al mío —continuó, sonriendo—. Y ahora yo estoy con mis amigos, y mis amigos están conmigo y también unidos entre sí: eso es la felicidad.

Al amarlos a los dos, Aziz también esperaba que se amaran entre sí, Pero ellos no querían. «Ya sabía yo que estas mujeres iban a causar problemas», pensó Fielding lleno de hostilidad. «Este hombre, después de perder el tren, quiere echarnos la culpa

a nosotras», pensó Mrs. Moore; pero sus pensamientos carecían de fuerza; desde el momento de debilidad en la cueva se había hundido en la apatía y en el cinismo. La India maravillosa de las primeras semanas, con sus noches de suaves brisas refrescantes y sus sugerentes indicios de una realidad infinita, se habían desvanecido para siempre.

Fielding subió a ver una cueva. No le causó gran impresión. Luego se montaron en la elefanta, hicieron a la inversa el recorrido entre las masas de piedra y escaparon de las colinas en dirección al ferrocarril, perseguidos por ráfagas de aire caliente. Llegaron al sitio donde Fielding se había apeado del automóvil. Se le ocurrió entonces una idea muy desagradable y preguntó:

—Aziz, ¿dónde y cómo exactamente se separó usted de Miss Quested?

—Allí arriba —dijo, señalando alegremente el Kawa Dol.

—Pero cómo...

—Una quebrada, o más bien un pliegue, era visible entre las rocas en aquel punto, y todo él salpicado de cactus,

—Supongo que el guía la ayudó a bajar.

—Sí, claro; se mostró muy servicial.

—¿Hay una senda para bajar desde la cima?

—Millones de sendas, mi querido amigo. Fielding divisaba tan sólo la plegadura entre las rocas. Por todas partes, el granito cegador se hundía verticalmente en la tierra.

—Pero ¿usted les vio llegar abajo sanos y salvos?

—Sí, sí; Miss Quested y Miss Derek, y se fueron juntas en el coche.

—¿El guía volvió luego a reunirse con usted?

—Exactamente. ¿Tiene un cigarrillo?

—Confío en que no estuviera enferma —continuó el inglés.

La plegadura entre las rocas se continuaba en un *nullah* a través de la llanura, recogiendo el agua de aquella vertiente para llevarla hacia el Ganges.

—De estar enferma me hubiese buscado a mí para que la atendiera.

—Sí, eso parece razonable.

—Veo que está usted preocupado; vamos a hablar de otras cosas —dijo Aziz amablemente—. Miss Quested podía hacer en cualquier momento lo que le apeteciera; eso era lo que habíamos acordado.

Veo que se preocupa usted por causa mía, pero no me importa nada, de verdad, nunca me fijo en menudencias.

—Sí que me preocupo por usted. ¡Creo que han sido muy descorteses! —dijo Fielding, tajando la voz—. Miss Quested no tenía derecho a marcharse así y Miss Derek no debiera haberla ayudado.

Aunque Aziz era muy susceptible de ordinario, en aquella ocasión se mostró

irreductible. Las alas que le mantenían en alto no vacilaron, porque era un Emperador mongol que había cumplido con su deber. Subido en su elefanta, vio alejarse las Colinas de Marabar, y contempló de nuevo, como provincias de su reino, la descuidada y tétrica llanura, el frenético e ineficaz movimiento de los pozales, los blancos santuarios, las tumbas casi a ras de tierra, la agradable tonalidad del cielo, la serpiente que parecía un árbol. Había procurado que sus huéspedes lo pasaran lo mejor posible, y si llegaban tarde o se marchaban demasiado pronto no era asunto suyo. Mrs. Moore dormía recostada contra las varas del palanquín; Mohammed Latif la sostenía de manera eficaz y respetuosa a la vez, y a su lado se hallaba Fielding, a quien ya empezaba a llamar «Cyril» en su interior.

—Aziz, ¿ha calculado lo que va a costarle esta excursión?

—Chsss... No me hable de eso, mi querido amigo. Cientos y cientos de rupias. El total de gastos será una cosa terrible; los criados de mis amigos me han robado a diestro y siniestro, y en cuanto a la elefanta, se diría que come oro. Ya sé que usted no va a repetir lo que le digo. En cuanto a M. L. (haga el favor de no emplear más que las iniciales, porque está escuchando) es con mucho el peor de todos.

—Ya le dije que no le iría bien con él.

—A él le va muy bien consigo mismo, pero su falta de honradez me arruinará.

—¡Eso es monstruoso!

—En realidad estoy muy contento con él; ha hecho que mis huéspedes se sientan a gusto. Además, estoy obligado a emplearlo porque es mi primo. Si el dinero se va, viene más dinero. Si el dinero se queda, viene la muerte. ¿No ha oído nunca este útil refrán urdu? Probablemente no, porque acabo de inventarlo.

—Mis refranes son: Penique ahorrado es penique ganado; una untada a tiempo evita un ciento; mira antes de saltar. El Imperio británico descansa sobre ellos. Nunca nos echarán ustedes de aquí, se lo aseguro, mientras sigan empleando a M. L. y a otros parecidos.

—¿Echarles? ¿Por qué tendría yo que molestarme en hacer un trabajo tan sucio? Se lo dejo a los políticos... No; cuando era estudiante me indignaban mucho sus malditos compatriotas, eso es cierto; pero ahora sólo quiero que me dejen salir adelante con mi profesión y no se muestren demasiado groseros conmigo oficialmente..., no pido nada más.

—Pero sí que lo hace; les lleva de excursión.

—Esta excursión no tiene nada que ver con ingleses o indios; es tan sólo una reunión de amigos.

Así se terminó el trayecto a lomos de elefante, de manera en parte agradable y en parte no; recogieron al cocinero brahmán, llegó el tren arrastrando su garganta en llamas sobre la llanura, y el siglo XX sustituyó al XVI. Mrs. Moore entró en su vagón, los tres hombres fueron al suyo, bajaron las cortinillas, pusieron en marcha el

ventilador eléctrico y trataron de descabezar un sueño. En la penumbra del departamento todos parecían cadáveres, y el mismo tren parecía muerto aunque se moviera: un ataúd llegado del Norte científico que descomponía el paisaje cuatro veces al día. Al alejarse de las colinas, el desagradable microcosmos que habían habitado durante la mañana desapareció, dando paso al espectáculo de Marabar visto desde lejos, de límites muy precisos y un aire más bien romántico. El tren se detuvo una vez bajo una bomba de agua, para humedecer el carbón almacenado en el tender. Luego divisó a lo lejos la línea principal, cobró ánimos, reanudó su traqueteo, dejó a un lado la zona residencial inglesa, cruzó el paso a nivel (los raíles estaban ahora abrasando), y se detuvo por fin con notable estrépito. ¡Chandrapore, Chandrapore! La expedición había terminado.

Y mientras se hallaban aún sentados en la oscuridad, preparándose para volver a la vida ordinaria, la pesada atmósfera de irrealidad que había dominado la mañana se concretó de repente. Mr. Haq, el inspector de Policía, abrió de golpe la puerta del vagón y dijo con voz estridente:

—Doctor Aziz, me veo en el muy penoso deber de arrestarle.

—Vaya, algún error —dijo Fielding, tomando inmediatamente la voz cantante en la situación.

—Esas son mis instrucciones, señor. No sé nada más.

—¿De qué se le acusa?

—Tengo instrucciones de no decirlo.

—No me conteste de esa manera. Enséñeme la orden de detención.

—Perdóneme, pero no se necesita una orden en este caso particular. Consulte con Mr. McBryde.

—Muy bien, eso es lo que haremos. Vamos, Aziz; no hay que preocuparse, se trata de alguna equivocación.

—Doctor Aziz, ¿hará el favor de acompañarme? Hay un vehículo cerrado que nos está esperando.

El joven médico gimió —su primer sonido— e inició un intento de escapar saltando a la vía por la puerta del otro lado.

—Eso me obligará a usar la fuerza —gimió Mr. Haq.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Fielding, contagiado del nerviosismo general. Sujetó a Aziz antes de que estallara un escándalo y lo zarandeó como si fuera un niño. Un segundo más tarde habrían sonado los silbatos, iniciándose la caza del hombre—. Vamos a ir juntos a ver a McBryde y a enterarnos de lo que pasa. Es una persona decente, tiene que ser una equivocación..., se disculpará. Nunca actúe usted como si fuera culpable.

—¡Mis hijos y mi nombre! —jadeó Aziz, las alas rotas.

—Nada de eso. Enderécese el sombrero y cójase de mi brazo. Iré con usted.

—¡Gracias a Dios! Viene por su propio pie —exclamó el inspector.

Aziz y Fielding salieron al calor del mediodía cogidos del brazo. El andén hervía de agitación. Pasajeros y mozos surgieron de todos los escondrijos, y también funcionarios del Gobierno y más policías. Ronny se hizo cargo de Mrs. Moore. Mohammed Latif empezó a gemir. Y antes de que pudiera abrirse camino a través del caos, Fielding se vio reclamado por la voz autoritaria de Mr. Turton y Aziz fue solo a la cárcel.

Capítulo decimoséptimo

El Administrador había presenciado la detención de Aziz desde el interior de la sala de espera, y, al abrirse las puertas de cinc con perforaciones, Mr. Turton quedó expuesto como un dios dentro de su santuario. Después de entrar Fielding, las puertas, custodiadas por un criado, se cerraron de golpe, mientras un *punkah*, para señalar la importancia del momento, agitaba sucios trozos de tela sobre sus cabezas. El Administrador no pudo hablar al principio. Su rostro estaba muy pálido, con una expresión de fanatismo que le hacía parecer bastante hermoso; aquella expresión era la que iban a asumir los rostros de todos los ingleses de Chandrapore durante muchos días. Siempre valeroso y altruista, Mr. Turton estaba ahora dominado por algún generoso y ardiente sentimiento; era evidente que se hubiera matado si considerase que al hacerlo tomaba la decisión más acertada. Finalmente habló:

—Nunca había sucedido nada semejante en toda mi carrera —dijo—. Miss Qusted ha sido insultada en una de las Cuevas de Marabar.

—No, no, no puede ser —jadeó el otro, sintiendo que estaba a punto de marearse.

—Logró escapar..., gracias a Dios.

—No, no; no puede haber sido Aziz... Aziz no...

El otro hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Absolutamente imposible, grotesco.

—Le he llamado para evitarle las reacciones de indignación que se producirían contra usted si se le viera acompañando al detenido a la comisaría —dijo Turton, sin prestar atención a las protestas de Fielding; casi sin oírlas, en realidad.

El Director del Instituto repitió: «No, no», como un estúpido. No conseguía articular otras palabras. Advertía que había surgido una inmensa masa de locura que trataba de arrollarlos a todos; era preciso devolverla a la sima de donde había salido, pero él no sabía cómo hacerlo, porque no entendía la locura; siempre había avanzado por la vida razonable y tranquilamente hasta que se presentaba una dificultad.

—¿Quién ha presentado esa vil acusación? —preguntó, tratando de serenarse.

—Miss Derek y... la misma víctima...

La voz de Turton casi se quebró, incapaz de repetir el nombre de la muchacha.

—¿Miss Qusted en persona acusa al doctor Aziz de...?

El Administrador asintió con un gesto de cabeza, apartando el rostro.

—Entonces es que está loca.

—No puedo pasar por alto ese último comentario —dijo Mr. Turton, tomando por fin conciencia de que Fielding y él no estaban de acuerdo, y temblando de indignación—. Retírela inmediatamente. Es el tipo de observación que se ha

permitido usted hacer desde que llegó a Chandrapore.

—Lo siento muchísimo; y desde luego la retiro incondicionalmente.

Porque él mismo se había vuelto también medio loco.

—Dígame, Mr. Fielding, ¿qué le ha inducido a hablarme en ese tono?

—La noticia ha sido para mí una sorpresa muy desagradable, le ruego que me perdone. No puedo creer que el doctor Aziz sea culpable.

Turton dio un puñetazo sobre la mesa.

—Eso..., eso es una repetición aún más grave del mismo insulto.

—Si se me permite decirlo, creo que no —replicó Fielding, palideciendo intensamente, pero sin dar su brazo a torcer—. No pongo en duda la buena fe de las dos señoritas, pero la acusación que han presentado se basa en una equivocación y bastarían cinco minutos para aclararlo. Aziz se ha estado comportando de manera perfectamente natural; además, sé que es incapaz de cometer semejante infamia.

—Se basa efectivamente en una equivocación —anunció la voz estrangulada y cortante del otro—. Así es, efectivamente. Tengo una experiencia de veinticinco años en este país —hizo una pausa, y los «veinticinco años» dieron la impresión de llenar la sala de espera con su aridez y su egoísmo—, y durante esos veinticinco años siempre he visto que el único resultado de que ingleses e indios traten de intimar es el desastre. Comunicación, sí. Cortesía, sin duda alguna. Intimidación, nunca, nunca. Todo el peso de mi autoridad está en contra de ello. Chandrapore lleva seis años a mi cargo, y si todo ha ido sobre ruedas, si ha habido respeto y aprecio mutuos, es porque ambos pueblos se han atenido a esta regla tan simple. Los recién llegados dan de lado nuestras tradiciones, y en un instante sucede lo que está usted viendo; el trabajo de años queda destruido y el buen nombre de mi distrito arruinado para toda una generación. No soy capaz de..., de ver el fin del trabajo que empezamos hoy, Mr. Fielding. Usted, que está empapado de ideas modernas, podrá sin duda hacerlo. Yo quisiera no haber vivido para verlo empezar, de eso estoy seguro. Esto es el fin para mí. Que una señorita, que una joven, prometida al colaborador que más aprecio..., que ella..., una chica recién llegada de Inglaterra..., que yo haya tenido que vivir...

Dominado por sus propias emociones, Mr. Turton fue incapaz de continuar. Lo que había dicho era muy serio y resultaba muy patético, pero ¿tenía algo que ver con Aziz? Nada en absoluto, si Fielding estaba en lo cierto. Es imposible ver una tragedia desde dos puntos de vista al mismo tiempo, y, mientras Turton había decidido tomar venganza por el agravio contra Miss Quested, el Director del Instituto confiaba en salvar al hombre. Fielding quería marcharse y hablar con McBryde, que siempre se había mostrado amistoso con él y era una persona razonable; cabía confiar, por tanto, en que no perdiera la cabeza.

—He venido aquí pensando en usted especialmente mientras el pobre Heaslop se llevaba a su madre. Me ha parecido que era la mejor muestra de amistad que podía

darle. Quería decirle que vamos a celebrar una reunión en el Club esta noche para analizar la situación, pero dudo que quiera usted venir. Se le ve muy poco por allí.

—Naturalmente que iré; y le agradezco mucho tocias las molestias que se ha tomado por causa mía. ¿Puedo atreverme a preguntar dónde está Miss Qusted?

El Administrador replicó con un gesto: se hallaba enferma.

—Peor que peor, terrible —dijo Fielding, sinceramente afectado.

Pero Mr. Turton le miró con severidad, porque seguía conservando la calma. No había perdido la cabeza ante la frase «una chica recién llegada de Inglaterra»; no se había agrupado inmediatamente bajo el estandarte de la raza. Insistía en buscar los hechos, aunque el rebaño se hubiese decidido por las emociones. Nada enfurece tanto a la India inglesa como la lámpara de la razón, si se la muestra, aunque sea sólo por un momento, después de decretarse su desaparición. Aquel día todos los europeos de Chandrapore estaban prescindiendo de su forma de ser habitual para identificarse con la comunidad. Se sentían llenos de compasión, de rabia y de heroísmo, pero no eran capaces de sumar dos y dos.

Dando por terminada la entrevista, el Administrador salió al andén, donde reinaba una terrible confusión. A uno de los *chuprassis* de Ronny le habían encargado que recogiera algunas menudencias que pertenecían a las señoras y estaba apoderándose, para su propio uso, de otros objetos que no le pertenecían; era un partidario délos enfurecidos ingleses. Mohammed Latif no hizo el menor intento de oponérsele. Hassan se quitó el turbante con gran violencia y empezó a llorar. Toda la impedimenta tan generosamente preparada para la excursión había rodado por el suelo. Mr. Turton se hizo cargo de la situación con una mirada, y su sentido de la justicia se impuso a pesar de la indignación que le dominaba. Dio las órdenes necesarias y cesó el pillaje. Luego tomó el camino de su bungalow dando otra vez rienda suelta a sus pasiones. Al ver a los peones dormidos en las zanjas o a los tenderos que se levantaban para saludarle, se dijo a sí mismo: «Por fin sé cómo sois; vais a tener que pagar por esto, os aseguro que gritaréis antes de que terminemos con vosotros,»

Capítulo decimoctavo

Mr. McBryde, el Superintendente de la Policía en el distrito de Chandrapore, era, entre todos los funcionarios de la zona, el más ponderado y de más amplia educación. Había leído y pensado mucho, llegando a desarrollar, debido a un matrimonio hasta cierto punto desgraciado, una completa filosofía de la vida. En su actitud existía un gran componente de cinismo, acompañado de una ausencia total de bravuconería; nunca perdía la calma ni trataba a nadie groseramente, y a Aziz le recibió con cortesía, mostrándose casi tranquilizador.

—Tengo que detenerle hasta que consiga usted la libertad bajo fianza —dijo—; estoy seguro de que sus amigos la solicitarán y, desde luego, se les permitirá visitarle, de acuerdo con el reglamento. A mí se me ha proporcionado cierta información y tengo que actuar de acuerdo con ella, pero yo no soy su juez.

Aziz salió llorando del despacho. A Mr. McBryde le había disgustado la caída del joven médico, pero los indios no le sorprendían ya nunca, porque el Superintendente mantenía una teoría personal sobre las zonas climáticas. La teoría funcionaba como sigue: «Todos los nativos son delincuentes en el fondo de su corazón, por el simple motivo de que viven al sur del paralelo treinta. No hay que echarles la culpa, no tienen la más mínima posibilidad..., seríamos como ellos si nos instaláramos aquí.» Como él mismo había nacido en Karachi, parecía contradecir su propia teoría y, en ocasiones, llegaba a admitirlo con una sonrisa llena de calma y de tristeza.

«Ya hemos desenmascarado a otro más», pensó, mientras se disponía a redactar el informe para el Magistrado. La llegada de Fielding interrumpió su tarea. El Superintendente le explicó lo que sabía, sin reservas de ninguna clase. Miss Derek se había presentado conduciendo ella misma el automóvil de Mudkul una hora antes, poco más o menos, y tanto ella como Miss Qusted se hallaban en un terrible estado. Habían ido directamente al bungalow de McBryde, donde él se encontraba por casualidad, y allí y en aquel mismo momento les había tomado declaración y cursado las instrucciones para detener a Aziz en la estación.

—¿De qué se le acusa, exactamente?

—De haber seguido a Miss Qusted al interior de la cueva y de haberle hecho requerimientos obscenos. Ella le golpeó con sus prismáticos; él trató de quitárselos y se rompió la correa, y así fue como Miss Qusted logró escapar. Al registrar a Aziz ahora mismo, le hemos encontrado los gemelos en el bolsillo.

—No, no; estoy seguro de que esto se puede aclarar en cinco minutos —exclamó Fielding de nuevo.

—Véalos usted mismo.

La correa se había roto hacía muy poco y la pieza para ajustar el enfoque estaba atascada. La lógica de las pruebas decía «Culpable».

—¿Miss Quested ha contado algo más?

—Mencionó un eco que parecía haberla asustado. ¿Ha entrado usted en esas cuevas?

—He visto una de ellas. Había un eco. ¿Sabe si la puso muy nerviosa?

—No me ha parecido oportuno abrumarla con preguntas. Ya tendrá que pasar un rato muy malo cuando declare en el juicio. Más vale no pensar en lo que van a ser las próximas semanas. Me gustaría que las Colinas de Marabar y todo lo que contienen estuvieran en el fondo del mar. Noche tras noche se las ve desde el Club, y no eran más que un nombre inofensivo... Sí, ya empezamos. —Porque acababan de traerle una tarjeta de visita: el *Vakil* Mahmoud Ali, abogado del prisionero, quería que se le permitiera verlo. McBryde suspiró, dio su consentimiento, y continuó—: He oído algunas cosas más de labios de Miss Derek; es una antigua amiga nuestra y habla sin reservas; dice que usted se alejó en busca del campamento, y que casi al mismo tiempo oyó caer piedras del Kawa Dol y vio a Miss Quested bajando en línea recta por una pared cortada a pico. Miss Derek trepó por una especie de barranco para alcanzarla, y la encontró prácticamente extenuada..., había perdido el casco...

—¿No había un guía con ella? —le interrumpió Fielding.

—No. Se había metido entre unos cactus. Miss Derek le salvó la vida presentándose en aquel momento, porque estaba empezando a perder el control de sus miembros. La ayudó a llegar hasta el coche. Miss Quested no soportaba ver al chófer indio y gritó: «Que no se acerque»..., y eso fue lo que puso a nuestra amiga sobre la pista de lo que había sucedido. Fueron directamente a nuestro bungalow, y allí están ahora. Eso es todo lo que sé de la historia hasta este momento. Miss Derek ordenó al chófer que se reuniera con usted. Creo que se ha comportado con mucho sentido común.

—¿Existe alguna posibilidad de que vea a Miss Quested? —preguntó Fielding de pronto.

—Creo que no sería nada oportuno, desde luego.

—Me temía que fuera usted a decir eso. Me gustaría mucho poder verla.

—No está en condiciones de hablar con nadie. Además, usted no la conoce bien.

—Nada, prácticamente... Pero, ¿sabe usted?, creo que Miss Quested es víctima de un terrible error, y que ese desgraciado muchacho es inocente.

El policía inició un movimiento de sorpresa, y su rostro se ensombreció por un momento, ya que le desagradaba terriblemente tener que reconsiderar sus decisiones.

—No imaginaba que pensara usted así —dijo, y, en busca de apoyo, bajó la vista hacia la declaración firmada que tenía delante.

—Esos prismáticos me desconcertaron por un momento, pero es imposible que

después de agredirla Aziz se guardara los gemelos en el bolsillo.

—Mucho me temo que es perfectamente posible; cuando un indio se echa a perder, no sólo se echa a perder completamente, sino que se vuelve muy raro.

—No le entiendo.

—¿Cómo podría hacerlo? Cuando usted piensa en delincuencia, piensa en delincuencia inglesa. Aquí la psicología es diferente. Estoy seguro de que va usted a decirme que Aziz se comportó con la mayor normalidad cuando bajó a recibirle, de vuelta de las cuevas. No hay razón para que no lo hiciera. Lea las crónicas de la revolución de los cipayos^[4], que debería ser su Biblia en este país, más que el Bhagavad Gita^[5]. Aunque es posible que exista una íntima conexión entre los dos. Digo unas cosas atroces, ¿no es cierto? Pero tenga en cuenta, Fielding, como ya le expliqué en otra ocasión, que usted es profesor, y en consecuencia trata a estas gentes en la mejor época de su vida. Eso es lo que le hace equivocarse. De muchachos pueden ser encantadores, Pero yo los conozco tal como son realmente, después de haberse convertido en hombres. Fíjese en esto, por ejemplo. —McBryde le mostró la cartera de Aziz—. Estoy examinando las cosas que contiene. No son edificantes. Aquí hay una carta de un amigo que, al parecer, dirige un burdel.

—No deseo enterarme de su correspondencia privada.

—Habrá que mencionarlo en el juicio, en relación con su moralidad. Estaba arreglando los detalles para verse con mujeres en Calcuta.

—Ya está bien, ya está bien.

McBryde guardó silencio, ingenuamente sorprendido. Para él era evidente que dos ingleses podían compartir todo lo que supieran sobre cualquier indio, y no entendía el sentido de aquella objeción.

—Quizá tenga usted derecho a criticar a un joven por hacer eso, pero yo no lo tengo. Hice lo mismo que él cuando tenía su edad.

El Superintendente de la Policía se hallaba en el mismo caso, pero consideró que la conversación estaba tomando un cariz poco agradable. Tampoco le pareció bien la pregunta que Fielding le hizo a continuación.

—Entonces, ¿no hay ninguna posibilidad de ver a Miss Quested? ¿Está usted completamente seguro?

—Todavía no me ha explicado qué es lo que se propone. ¿Para qué demonios quiere usted verla?

—Por si existe alguna posibilidad de que se desdiga antes de que usted mande ese informe; después no quedará más remedio que juzgar a Aziz, y todo el asunto se irá al diablo. Vamos a no discutir esto, y hágame el favor de llamar a su mujer o a Miss Derek y enterarse. No le cuesta nada hacerlo.

—No sirve de nada llamarlas a ellas —replicó McBryde extendiendo la mano hacia el teléfono—. Es Callendar quien tiene que resolver un asunto como éste. No

parece usted darse cuenta de que Miss Quested está seriamente enferma.

—Seguro que va a decir que no; no vive para otra cosa —dijo el otro con tono de desesperación.

En seguida recibieron la esperada respuesta: el Mayor no quería oír hablar de que se molestara a la enferma.

—Sólo deseo preguntarle si está segura, completamente segura, de que fue Aziz quien la siguió al interior de la cueva.

—Eso se lo podría incluso preguntar mi esposa.

—Pero quiero ser yo quien se lo pregunte. Quiero que sea alguien que crea en Aziz.

—¿Y qué más da quien lo haga?

—Miss Quested está entre personas que desconfían de los indios.

—Bueno, pero es ella la que cuenta la historia, ¿no es cierto?

—Ya lo sé, pero se la cuenta a ustedes. McBryde alzó las cejas, murmurando:

—Me parece que hila usted demasiado fino. De todas formas, Callendar no quiere oír hablar de que la vea usted. Siento decir que no me ha dado buenas noticias. Al parecer no está en absoluto fuera de peligro.

Los dos se quedaron callados. Trajeron otra tarjeta de visita al despacho: la de Hamidullah. El ejército enemigo estaba cerrando filas.

—Tengo que terminar este informe, Fielding.

—Me gustaría que no lo continuara.

—¿Cómo podría hacer una cosa así?

—Mi impresión es que todo esto es muy poco satisfactorio, además de absolutamente desastroso. Vamos de cabeza a darnos un golpe tremendo. Supongo que podré ver al detenido. McBryde dudó.

—Parece que ya está en contacto con la gente de su raza.

—Bueno, cuando haya terminado de hablar con ellos.

—No le haría esperar, por supuesto; tiene usted precedencia sobre cualquier visitante indio. Lo que quiero decir es: ¿qué sentido tiene? ¿Por qué mancharse las manos?

—Yo mantengo que es inocente...

—Inocente o culpable, ¿qué necesidad hay de mezclarse? ¿Qué va usted a conseguir con ello?

—Conseguir, conseguir —exclamó Fielding, sintiendo que se le cerraban todos los caminos—. Uno tiene que respirar de vez en cuando, yo al menos tengo que hacerlo. No es posible ver a Miss Quested y ahora tampoco puedo ver a Aziz. Le prometí venir con él aquí, pero Turton me llamó casi antes de que empezara a andar.

—Un típico gesto perfectamente británico de nuestro Administrador —murmuró McBryde con tono conmovido. Luego, tratando de no adoptar un aire protector,

extendió la mano sobre la mesa, y dijo—: Amigo mío, mucho me temo que vamos a tener que estar todos unidos. No ignoro que soy más joven que usted, pero llevo muchos años de funcionario; no conoce este venenoso país tan bien como yo y debe creerme cuando le digo que durante las próximas semanas la situación en Chandrapore va a ser desagradable, francamente desagradable.

—No hace usted más que repetir mis palabras.

—Pero en un momento como éste no hay lugar para..., bueno..., para puntos de vista personales. El que se sale de la fila está perdido.

—Ya veo lo que quiere usted decir.

—No, no del todo. El que discrepa no sólo se pierde a sí mismo, sino que debilita a sus amigos. Si se sale usted de la línea, deja un vacío. Esos chacales —señaló las tarjetas de los abogados— están todos al acecho esperando encontrar un punto débil.

—¿Puedo visitar a Aziz? —fue la respuesta de Fielding.

—No. —Ahora que sabía cuál era la actitud de Turton, el Superintendente no tuvo dudas—. Podrá verlo si consigue el permiso de un magistrado, pero yo solo no me atrevo a asumir la responsabilidad de haber autorizado esa visita. Podría dar origen a más complicaciones.

Fielding guardó silencio un momento, pensando que si hubiese tenido diez años menos o vivido diez años más en la India, habría respondido al llamamiento de McBryde. Después, reafirmandose en su decisión, preguntó:

—¿A quién tengo que dirigirme para solicitar ese permiso?

—Al Magistrado Municipal.

—¡La persona ideal!

—Sí, no parece que esté justificado molestar al pobre Heaslop.

Más «pruebas» hicieron su aparición en aquel momento: el cajón de la mesa del bungalow de Aziz, que un cabo traía en brazos con gesto triunfal.

—Fotografías de mujeres. ¡Vaya!

—Es su esposa —dijo Fielding, con una profunda sensación de vergüenza.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo él.

McBryde sonrió incrédulamente y empezó a examinar el contenido del cajón. En su rostro apareció una expresión inquisitiva y algo brutal. «Su esposa; ¡de sobra sé yo quiénes son esas esposas!», estaba pensando. Pero en voz alta elijo:

—Bueno, amigo mío, tendrá usted que marcharse, y que Dios nos ayude, que Dios nos ayude a todos...

Y como si su plegaria hubiera sido escuchada, la campana de un templo empezó a tañer destempladamente.

Capítulo decimonoveno

Hamidullah era el paso siguiente. Estaba esperando a la puerta del despacho del Superintendente, y se puso en pie respetuosamente cuando vio a Fielding. Ante el apasionado «Todo esto no es más que una equivocación» del inglés, respondió:

—¿Es que ha aparecido ya alguna prueba?

—Aparecerán —dijo Fielding, cogiéndole de la mano.

—Sí, Mr. Fielding; pero una vez que un indio ha sido detenido, no sabemos dónde acabará. —Su actitud era respetuosa—. Es muy de agradecer que me salude usted en público de esta manera. Sé apreciar su gesto en todo lo que vale; pero, Mr. Fielding, sólo las pruebas consiguen convencer a un magistrado. ¿Mr. McBryde hizo alguna observación cuando le entregaron mi tarjeta? ¿Cree usted que mi solicitud le molestó y que podría predisponerle contra mi amigo? Si es así, la retiraría gustosamente.

—No le ha molestado, pero si así fuera, ¿qué más da?

—Para usted es muy fácil hablar así, pero nosotros tenemos que vivir en este país.

El abogado más importante de Chandrapore, con sus modales rebosantes de dignidad y su título de Cambridge, estaba asustado. También él quería a Aziz y sabía que se trataba de una calumnia; pero la fe no gobernaba su corazón, y hablaba de «planes» y de «pruebas» de una manera que entristecía al inglés. También Fielding tenía sus preocupaciones —no le gustaba el asunto de los prismáticos ni la discrepancia sobre el guía—, pero las había relegado a un rincón de su mente y les prohibía contagiar su parte más vital. Aziz *era* inocente: toda posible acción tenía que partir de ahí: las personas que le consideraban culpable estaban equivocadas, y carecía de sentido tratar de apaciguarlas. En el momento en que se disponía a compartir la suerte de los indios, Fielding se dio cuenta de toda la distancia que le separaba de ellos. Los indios siempre hacen alguna cosa decepcionante. Aziz había tratado de escapar de la policía; Mohammed Latif no se había opuesto al pillaje. ¡Y ahora Hamidullah! En lugar de enfadarse y denunciar, contemporizaba. ¿Son cobardes los indios? No, pero les cuesta mucho empezar y a veces dan marcha atrás. El miedo está en todas partes; el dominio británico descansa sobre él; el respeto y la cortesía de que Fielding disfrutaba eran gestos inconscientes de conciliación. El Director del Instituto le dijo a Hamidullah que se alegrase; todo terminaría bien; y Hamidullah se animó, volviéndose beligerante y atendiendo a razones. Aquello era una clara ilustración del comentario de McBryde: «Si se sale usted de la línea, deja un vacío.»

—Lo primero y más importante es el asunto de la fianza... Había que presentar la

solicitud aquella misma tarde. Fielding quería salir fiador. Hamidullah era partidario de proponérselo al Nabab Bahadur.

—Pero ¿por qué mezclarlo a él en esto? Que todo el mundo interviniera era precisamente el propósito del abogado. Después sugirió que el defensor fuera un hindú; de esa manera el caso tendría un atractivo más amplio. Mencionó uno o dos nombres —personas que vivían lejos y no se dejarían intimidar por la situación local—, y dijo que preferiría a Amritrao, un abogado de Calcuta que tenía una gran reputación profesional y personal, pero era también muy conocido por sus sentimientos antibritánicos.

Fielding puso reparos; aquello le parecía irse al otro extremo. Aziz tenía que ser declarado inocente, pero con un mínimo de enfrentamiento racial. A Amritrao se le odiaba en el Club. Contratarlo se consideraría como un desafío político.

—No, no; tenemos que atacar con toda nuestra fuerza. Cuando he visto pasar hace un momento a un sucio policía con los papeles privados de mi amigo, me he dicho a mí mismo: «Amritrao es el hombre capaz de arreglar esto.»

Se produjo una pausa llena de tristeza. La campana del templo seguía sonando ásperamente. Aquel interminable y desastroso día apenas había alcanzado aún las primeras horas de la tarde. Continuando su trabajo, los engranajes del Gobierno llevaron un mensajero a caballo desde el despacho del Superintendente al del Magistrado Municipal con un informe oficial sobre la detención.

—No compliquemos las cosas; vamos a jugar con las cartas que tenemos —suplicó Fielding, mientras veía desaparecer al jinete en una nube de polvo—. Tenemos que ganar forzosamente, no puede ser de otra manera. Miss Qusted nunca será capaz de probar su acusación.

Esto consoló a Hamidullah, que hizo notar con absoluta sinceridad:

—Ante una crisis los ingleses son inigualables.

—Hasta pronto, entonces, Hamidullah (ya podemos abandonar el «Mr.»). Déle a Aziz mis recuerdos más afectuosos cuando le vea, y dígame que conserve la calma por encima de todo. Ahora vuelvo al Instituto. Si me necesita, llámeme; si no, no lo haga, porque estaré muy ocupado.

—Hasta pronto; ¿está usted realmente de nuestro lado, contra su propio pueblo?

—Si. Completamente.

Fielding sentía tener que tomar partido. Su meta era pasar por la India sin que le colgaran una etiqueta. De ahora en adelante le llamarían «antibritánico» y «sedicioso», términos que le aburrían y que disminuían su utilidad. Preveía que, además de tragedia, aquel asunto sería germen de confusión; divisaba ya varios sitios donde la madeja se enredaba y cada vez que volvía los ojos en aquella dirección, los nudos se hacían más espesos. Por haber nacido en libertad, a Fielding no le asustaba la confusión, pero sí era capaz de reconocer su existencia.

Aquel fragmento de día terminó en una extraña charla con el profesor Goobole. El inacabable asunto de la víbora de Russell^[6] estaba nuevamente de actualidad. Varias semanas antes, uno de los profesores del Instituto, un parsi muy impopular, había encontrado una víbora de Russell curioseando alrededor de su clase. Quizás había reptado hasta allí por sí misma, pero quizá no, y los miembros del claustro de profesores seguían visitando al Director para hablar de ello, y hacerle perder el tiempo con sus teorías. Se trataba de un reptil tan venenoso que Fielding prefería no negarse a escucharlos, y los profesores lo sabían. De manera que, mientras su mente estaba ocupada hasta rebosar por otros problemas y reflexionaba sobre la conveniencia de redactar una carta de súplica a Miss Quested, Fielding se vio obligado a escuchar un discurso que carecía de fundamento y de conclusión y se limitaba a flotar por el espacio. Al terminar su exposición, Godbole dijo:

—¿Puedo retirarme ahora? —Cosa que era siempre una indicación de que aún no había dicho lo más importante—. Antes de irme quiero decirle que me alegro mucho de que después de todo lograra usted llegar a las Colinas de Marabar. Temía que mi falta de puntualidad se lo hubiera impedido, pero sé que ha ido usted en el coche de Miss Derek (un método mucho más agradable). Confío en que la expedición haya sido un éxito.

—Veo que no se ha enterado usted de las últimas noticias.

—Sí, sí.

—Creo que no; se ha producido una terrible catástrofe relacionada con Aziz.

—Sí, sí. Ya se sabe por todo el Instituto.

—En ese caso, no veo cómo una excursión en la que sucede una cosa semejante puede considerarse un éxito —dijo Fielding con una mirada en la que se reflejaba su asombro.

—No sabría decirlo. Yo no estaba presente. Fielding miró de nuevo a Godbole: una operación perfectamente inútil, porque ningún ojo podía ver lo que se hallaba en el fondo de la mente del brahmán, y, sin embargo, tenía una mente y también un corazón, y todos sus amigos confiaban en él, sin saber por qué.

—Estoy terriblemente angustiado —dijo Fielding.

—Eso he visto nada más entrar en su despacho. No quisiera abusar de su paciencia, pero me encuentro con una pequeña dificultad de carácter privado y quisiera que usted me ayudara; como sabe, voy a abandonar el Instituto dentro de poco.

—Sí, desgraciadamente.

—Regreso a mi lugar de nacimiento en la India central para encargarme allí de la educación. Quiero empezar una escuela secundaria con sólidas directrices inglesas y que se parezca lo más posible a nuestro Instituto.

—¿Y bien? —suspiró Fielding, tratando de interesarse.

—Actualmente en Mau sólo se imparte educación en el idioma local. Considero que será deber mío cambiar todo eso. Aconsejaré a Su Alteza que apruebe por lo menos una escuela secundaria en la capital y si es posible otra en cada *pargana*.

Fielding hundió la cabeza entre los brazos; a veces los indios eran realmente insoportables.

—El problema..., el problema para el que solicito su ayuda es éste: ¿qué nombre debería dársele a la escuela?

—¿Un nombre? ¿Un nombre para una escuela? —dijo Fielding, sintiendo de pronto que iba a marearse, como le había sucedido en la sala de espera.

—Sí, un nombre, un título adecuado con el que se la pueda designar y por el que llegue a conocerse.

—Lo siento..., pero no se me ocurren nombres para escuelas. Sólo puedo pensar en nuestro pobre Aziz. ¿Se da usted cuenta de que en este momento está en la cárcel?

—Sí, desde luego. Y no; no espero que conteste usted ahora a mi pregunta. Sólo pretendía que cuando tuviera usted tiempo pensara un poco en ello y sugiriera dos o tres nombres posibles. Yo había pensado en «Escuela Secundaria de Mr. Fielding», y si ése no le parecía bien, «del Rey-Emperador Jorge V».

—¡Godbole!

El anciano brahmán unió las manos y en su rostro apareció una expresión sagaz, llena de atractivo.

—¿Aziz es culpable o inocente?

—Eso ha de decidirlo el tribunal. El veredicto estará totalmente de acuerdo con las pruebas presentadas, no tengo la menor duda.

—Sí, sí, pero lo que yo quiero es su opinión personal. Se trata de un hombre por el que los dos sentimos afecto y que goza de general estima; vive aquí tranquilamente haciendo su trabajo. Bien» ¿qué conclusión se puede sacar? ¿Sería o no sería capaz de hacer una cosa así?

—¡Ah! Ésa es una pregunta algo distinta de la anterior y bastante más difícil: quiero decir difícil de acuerdo con nuestra filosofía. El doctor Aziz es un joven muy estimable; siento un gran respeto por él; pero creo que me está usted preguntando si una persona concreta puede llevar a cabo buenas o malas acciones, y eso es bastante difícil para nosotros.

Godbole hablaba sin manifestar ninguna emoción y dividiendo las palabras en sílabas que se tropezaban unas con otras.

—Lo que yo le pregunto es: ¿lo hizo o no lo hizo? ¿Queda así suficientemente claro? Yo sé que no lo hizo, y empiezo a partir de ahí. Estoy decidido a hallar la verdadera explicación en un par de días. Mi última hipótesis es que fue el guía que los acompañaba. No puede ser mala voluntad por parte de Miss Quested, aunque Hamidullah lo crea así. No hay duda de que la pobre muchacha ha sufrido una

terrible experiencia. Pero usted me dice que no, porque el bien y el mal son lo mismo.

—No, perdone, no es por eso exactamente, según nuestra filosofía, sino porque nada se puede realizar de manera aislada. Todo el mundo realiza la buena acción que alguien lleva a cabo, y también, cuando se trata de una mala acción, todo el mundo participa en ella. Para ilustrar lo que quiero decir, permítame que use como ejemplo el caso que nos ocupa. Se me informa de que en las Colinas de Marabar se ha llevado a cabo una mala acción y que, como resultado, una dama inglesa muy estimada se encuentra ahora gravemente enferma. Mi respuesta es la siguiente: esa acción fue realizada por el doctor Aziz. —Hizo una pausa y sus chupadas mejillas se hundieron aún más hacia el interior de la boca—. Fue realizada por el guía. —Se detuvo de nuevo—. Fue realizada por usted. —Ahora adoptó un aire de audacia y de timidez al mismo tiempo—. Fue realizada por mí. —Miró modestamente el interior de la manga de su chaqueta—. Y por mis alumnos. Incluso por la misma dama en cuestión. Cuando el mal se produce, expresa la totalidad del universo. Lo mismo sucede con el bien.

—Y también con el sufrimiento, etc., y todo es cualquier cosa y nada es algo —murmuró Fielding, irritado, porque necesitaba un suelo firme donde pisar.

—Perdóneme, pero está usted cambiando de nuevo las bases de nuestra discusión. Estamos hablando del bien y del mal. El sufrimiento es sólo un problema personal. Si una joven sufre una insolación, ese hecho carece de significado para el universo. No, no tiene ningún valor, ni el más mínimo. Es un problema aislado, que sólo le concierne a ella. Si pensara que no le dolía la cabeza, no estaría enferma y ahí terminaría todo. Pero resulta completamente distinto si se trata del bien y del mal. No son lo que nosotros pensamos, son lo que son, y cada uno de nosotros ha contribuido en ambos.

—Está usted defendiendo que el bien y el mal son lo mismo.

—No, no; perdóneme de nuevo. El bien y el mal son diferentes, como su nombre indica. Pero, en mi humilde opinión, los dos son aspectos de mi Señor, que está presente en uno y ausente en el otro, y la diferencia entre presencia y ausencia es grande, al menos dentro de lo que mi débil mente es capaz de percibir. Sin embargo, ausencia implica presencia; ausencia no es inexistencia, y, por tanto, está justificado que repitamos: «Ven, ven, ven, ven». —Y sin pararse a respirar, y como para borrar la belleza que sus palabras hubieran podido contener, Godbole añadió—: Pero ¿tuvo usted tiempo para visitar alguna de las interesantes antigüedades de Malabar?

Fielding guardó silencio, tratando de meditar y de dar un descanso a su cerebro.

—¿Ni siquiera vio usted el estanque junto al sitio donde suele acamparse habitualmente? —insistió el otro.

—Sí, sí —respondió Fielding distraídamente, pensando en media docena de cosas al mismo tiempo.

—Eso está bien, porque en ese caso vio usted el Estanque de la Daga.

Y Godbole procedió a relatar una leyenda que podría haber sido aceptable si la hubiera contado mientras tomaban juntos el té, dos semanas antes. La historia hacía referencia a un rajá hindú que había asesinado al hijo de su propia hermana, y después no había podido soltar la daga instrumento del delito, hasta que, con el paso de los años, atravesó las Colinas de Marabar, donde tuvo sed y quiso beber, pero vio una vaca también sedienta y ordenó que, primero, le ofrecieran agua a ella, y, nada más hacerlo, «la daga cayó de su mano, y para conmemorar el milagro el rajá construyó el estanque». Las conversaciones del profesor Godbole culminaban frecuentemente en una vaca. Fielding, muy abatido, se limitó a guardar silencio.

Más avanzada la tarde, el Director del Instituto consiguió una autorización y pudo ver a Aziz, pero el sufrimiento le había vuelto inaccesible. «Usted me abandonó», fue su única observación inteligible. Fielding salió de la cárcel para ir a escribir la carta a Miss Quested. Aunque la carta llegara a sus manos, no serviría de nada, y lo más probable era que los McBryde se apoderaran de ella. Miss Quested le desconcertaba. Era una chica sin imaginación, muy razonable y llena de voluntad: la última persona de Chandrapore que acusaría injustamente a un indio.

Capítulo vigésimo

Aunque Miss Quested no se había hecho popular entre los ingleses, el episodio de Marabar logró que salieran a relucir los aspectos más positivos de la comunidad británica. Durante varias horas brotaron a raudales emociones muy nobles, que las mujeres experimentaron incluso con más intensidad que los hombres, aunque quizá por menos tiempo. «¿Qué podemos hacer por nuestra hermana?», pensaban Mrs. Callendar y Mrs. Leslev mientras se dirigían bajo un calor sofocante a interesarse por la salud de Miss Quested. Mrs. Turton era la única visitante a quien se permitía la entrada en la habitación de la enferma. Cuando salió de allí lo hizo ennoblecida por un dolor totalmente altruista.

—Es como si se tratara de mi propia hija.

Fueron sus palabras; y luego, al recordar su comentario de que Miss Quested «no era *pukka*» y lo mal que le había parecido su compromiso matrimonial con el joven Heaslop, se echó a llorar.

Nadie había visto llorar a la esposa del Administrador. Mrs. Turton era perfectamente capaz de derramar lágrimas, pero siempre las reservaba para alguna ocasión adecuada; y ahora esa ocasión había llegado. ¡Ah! ¿Por qué no habían sido todos más amables y más pacientes con aquella forastera, dándole no sólo hospitalidad, sino también su afecto? Esa parte más tierna del corazón, que raras veces se usa, la emplearon por algún tiempo estimulados por el remordimiento. Si todo ha pasado (como el Mayor Callendar daba a entender), de acuerdo, ha pasado todo, y no se puede hacer nada, pero les seguía correspondiendo cierta responsabilidad en el terrible infortunio de Miss Quested, responsabilidad que no eran capaces de definir. Tenían que haber logrado convertirla en uno de ellos, aunque la muchacha no lo fuera en un principio, pero ahora ya nunca lo podrían hacer, porque no estaba en condiciones de aceptar su invitación.

—¿Por qué no pensamos más en los que nos rodean? —suspiró Miss Derek, tan amiga del placer.

Este pesar sólo duró unas cuantas horas en su forma más pura. Antes de la puesta del sol, otras consideraciones empezaron a adulterarlo, y el sentimiento de culpabilidad (tan extrañamente unido a nuestro primer contacto con cualquier sufrimiento) fue perdiendo fuerza.

Los funcionarios civiles acudieron al Club con premeditada calma; los caballos al trote corto, como los propietarios rurales se pasean en Inglaterra entre setos florecidos, porque los nativos no debían sospechar la agitación que les dominaba. Consumieron sus bebidas habituales, pero todo sabía distinto, y luego contemplaron

la empalizada de cactus que apuñalaba la purpúrea garganta del cielo, dándose cuenta de que se hallaban a miles de millas de cualquier paisaje que fueran capaces de entender. El Club estaba más lleno que de costumbre, y algunos padres habían hecho entrar a sus hijos en las habitaciones reservadas para los adultos, lo que le daba el aire de la Residencia de Lucknow^[7]. Una madre joven —estúpida pero extraordinariamente hermosa— estaba sentada en un sofá en la sala de fumadores con su bebé en brazos. Su marido se hallaba de viaje por el distrito y ella no se atrevía a volver a su bungalow por temor «a que atacaran los nativos». Era la mujer de un funcionario poco importante del ferrocarril a la que de ordinario se prodigaban los desaires; pero aquella noche, con su figura abundante y su espesa cabellera de color maíz maduro, había pasado a simbolizar todo aquello por lo que merecía la pena luchar y morir; un símbolo quizá más permanente que la pobre Adela.

—No se preocupe, Mrs. Blakiston, son sólo los tambores de *muharram* —le decían los hombres.

—Entonces es que ya han empezado —gemía ella, estrechando al niño y deseando más bien que no eructara y babeara en un momento como aquel.

—No, por supuesto que no; y de todas formas no vienen hacia el Club.

—Ni tampoco van hacia el bungalow del *Burra sahib*, que es donde usted y su niño van a dormir esta noche, querida —añadió Mrs. Turton, erguida a su lado como Palas Atenea, y decidida a no ser tan esnob en el futuro.

El Administrador dio unas palmadas para conseguir silencio. Estaba mucho más tranquilo que durante su enfrentamiento con Fielding. De hecho, siempre estaba más tranquilo cuando se dirigía a varias personas que en un *tête-a-tête*.

—Quiero dirigirme especialmente a las señoras —dijo—. No existe el menor motivo de alarma. No pierdan la serenidad. Salgan sólo cuando sea absolutamente necesario, no bajen a la ciudad y no hablen delante de los criados. Eso es todo.

—Harry, ¿hay alguna noticia de la ciudad? —preguntó su mujer, en pie a cierta distancia de Mr. Turton, y utilizando también una voz que reflejaba su interés por la seguridad pública. El resto de los presentes guardó silencio durante el augusto coloquio.

—Absoluta normalidad.

—Ésa era también mi impresión. Esos tambores son sólo los de *muharram*, por supuesto.

—Únicamente la preparación para la fiesta; la procesión no tendrá lugar hasta la semana que viene.

—Sí, claro; el lunes próximo.

—Mr. McBryde está allí abajo, disfrazado de santón —dijo Mrs. Callendar.

—Ése es exactamente el tipo de observación que se debe evitar —hizo anotar el Administrador señalándola—. Mrs. Callendar, haga el favor de tener más cuidado en

estos tiempos que corren.

—Bueno, yo...

No estaba ofendida; la severidad de Mr. Turton le hacía sentirse segura.

—¿Alguna pregunta más? Preguntas necesarias.

—¿Qué ha sido del...? ¿Dónde está...? —tembló la voz de Mrs. Lesley.

—En la cárcel. Le ha sido denegada la fianza.

Fielding habló a continuación. Quería saber si había un boletín oficial sobre la salud de Miss Quested, y si las noticias sobre su gravedad eran dignas de crédito. Su pregunta produjo mal efecto, en parte por haber pronunciado el nombre de la víctima; tanto de ella como de Aziz sólo se hablaba mediante una perífrasis.

—Espero que Callendar esté pronto en condiciones de hacemos saber cómo marchan las cosas.

—En cualquier caso, no me parece que esa última pregunta pueda calificarse de necesaria —dijo Mrs. Turton.

—¿Serán tan amables las señoras de abandonar ahora el salón de fumadores? —exclamó el Administrador, dando de nuevo unas palmadas— Y recuerden lo que he dicho. Contamos con ustedes para que nos ayuden a superar un momento difícil, y pueden ayudarnos comportándose como si todo fuera normal. No es otra cosa lo que les pido. ¿Puedo confiar en ustedes?

—Sí, naturalmente, ¡claro que sí! —respondieron unánimemente las señoras, con rostros ansiosos y demacrados.

Abandonaron la sala apaciguadas, pero llenas de exaltación, con Mrs. Blakiston en el centro como una llama sagrada. Las sencillas palabras de Mr. Turton les habían recordado que eran una avanzad a del Imperio. Junto a su compasivo afecto por Adela, surgió otro sentimiento que terminaría a la larga por estrangularlo. Sus primeras manifestaciones fueron prosaicas y de poca importancia. Mrs. Turton, jugando al bridge, hizo sus chistes habituales, que nada tenían de delicados, y Mrs. Lesley empezó a tejer una bufanda.

Cuando el salón de fumadores quedó despejado, el Administrador se sentó en el borde de una mesa, con lo que podía dominar toda la habitación sin que la reunión adquiriera un ambiente demasiado protocolario. Su mente se debatía entre impulsos contradictorios. Quería vengar a Miss Quested y castigar a Fielding, sin dejar por ello de mostrarse escrupulosamente justo. Sentía deseos de azotar a todos los nativos que veía, pero sin hacer nada que pudiera provocar un motín o exigir una intervención armada. El temor a tener que llamar a las tropas era en él muy intenso, los soldados enderezan una cosa, pero dejan otras doce torcidas, y les encanta humillar a la Administración civil. Aquella noche había accidentalmente un militar en la habitación, oficial de un regimiento gurkha; estaba un poco borracho y consideraba providencial su presencia en Chanarapóre. El Administrador suspiró. No parecía

haber otra salida que el viejo y gastado camino de la avenencia y la moderación. Echaba de menos los días de antaño, cuando un inglés podía encontrar satisfacción para su honor sin que nadie después le hiciese preguntas. El pobre Heaslop había dado un paso en aquel sentido negándose a conceder la libertad bajo fianza, pero el Administrador no conseguía convencerse de que el pobre Heaslop hubiese obrado prudentemente. No sólo iban a enfadarse el Nabab Bahadur y los demás, sino que había que contar con la vigilancia del Gobierno mismo de la India y, detrás de él, esa asamblea de locos y cobardes, el Parlamento británico. Constantemente tenía que recordarse a sí mismo que, a los ojos de la ley, Aziz no era aún culpable, y el esfuerzo le fatigaba.

Los otros, menos abrumados por la responsabilidad, podían comportarse de manera más natural. Habían empezado hablando de «mujeres y niños», esa frase que exige al varón de obrar con cordura después de repetirla unas cuantas veces. Todos sentían que se hallaban en peligro las cosas que más querían, exigían venganza y estaban llenos de un agradable ardor en el que los fríos y casi desconocidos rasgos de Miss Quested se desvanecían para ser reemplazados por todo lo que había de más cálido y más grato en sus vidas privadas. «Pero se trata de las mujeres y de los niños», repetían, el Administrador sabía que tenía que hacer algo para evitar que se emborracharan con sus propias palabras, pero le faltaba el valor. «Habría que obligarles a entregar rehenes», etc. Muchos de los niños y mujeres en cuestión saldrían para su residencia de verano al cabo de unos días, y alguien sugirió embarcarlos inmediatamente en un tren especial.

—Excelente sugerencia —exclamó el oficial—. El ejército tendrá que intervenir antes o después. —En su mente un tren especial iba indisolublemente ligado a la idea de tropas—. Esto no hubiera sucedido nunca si esa Colina de Barabas estuviera bajo control militar. Bastaba con colocar un puñado de gurkhas a la entrada de la cueva.

—Mrs. Blakiston estaba diciendo que ojala hubiese aquí unos cuantos soldados ingleses —señaló alguien.

—Los ingleses no sirven —exclamó el oficial, sumido momentáneamente en un conflicto de lealtades—. En este país lo que hacen falta son tropas indígenas. Me quedo con el nativo al que le van los deportes; denme gurkhas, denme rajputas, denme jatíes, o panjabíes, o sikhs, o marathas, o bhíls, o arridis y pathans; y en realidad, si vamos a eso, no me importa que me den la escoria de los bazares. Bien dirigidos, claro está. Iría con ellos a cualquier sitio... El Administrador asintió cortésmente y dijo a los suyos: —No vayan por ahí con armas. Quiero que todo siga exactamente como siempre, hasta que haya motivos para hacer otra cosa. Manden a las mujeres a la montaña, pero háganlo tranquilamente, y, por el amor de Dios, que no se hable más de trenes especiales. Olvídense de lo que piensen o de cómo sientan. Es posible que también yo tenga mis sentimientos. Un indio ha intentado..., se le acusa

de haber intentado la comisión de un delito —Mr. Turton se golpeó varias veces la frente con una uña, y todos se dieron cuenta de que los sentimientos del Administrador eran tan intensos como los suyos, creció el afecto hacia él y decidieron no crearle nuevas dificultades—. Hay que actuar de acuerdo con los datos de que disponemos hasta que suceda algo nuevo —concluyó—. Suponer que todos los indios son ángeles.

—Tiene usted razón, eso es lo que haremos... Ángeles... Exactamente... —murmuraron los otros.

—Lo mismo que yo dije —exclamó el oficial—. Un nativo se comporta bien si se está a solas con él. ¡Lesley! ¡Lesley! Usted se acuerda de uno con el que me entretuve un rato en el Maidan el mes pasado. Era un buen tipo. Cualquiera nativo que juega al polo no puede ser malo del todo. Pero a las clases educadas hay que aplastarlas, y esta vez sé muy bien de lo que estoy hablando.

Se abrió la puerta del salón de fumadores, dejando pasar un rumor de voces femeninas.

—La enferma está mejor —exclamó Mrs. Turton, y de ambas secciones de la comunidad se alzó un suspiro de alegría y de alivio.

El Cirujano-Jefe, que había traído las buenas noticias, entró a continuación. Su rostro, pálido y abotagado tenía una expresión de mal humor. Recorrió con la vista a los presentes, y al descubrir a Fielding recostado en un sofá dijo: —¡Hummm!

Todos empezaron a pedirle que diera más detalles.

—En este país nadie está fuera de peligro mientras tenga fiebre —fue su respuesta.

Parecía molestarle que su paciente se recuperara, y nadie que conociera al viejo Mayor y sus métodos podía sorprenderse de ello.

—Siéntese, Callendar; cuéntenoslo todo.

—Me llevaría un buen rato hacerlo.

—¿Qué tal está la muchacha?

—Tiene fiebre.

—Mi mujer ha oído que estaba empeorando.

—Podría ser. No garantizo nada. Preferiría que no se me acosara a preguntas, Lesley.

—Discúlpenos.

—Heaslop viene detrás de mí.

Al nombre de Ronny una expresión sublime reapareció en todos los rostros. Miss Quested no era más que una víctima; el joven Heaslop, en cambio, encarnaba al mártir; era el destinatario de todo el mal que dirigía contra ellos el país al que trataban de servir; iba cargado con la cruz del *sabib*. Y los otros se impacientaban al no poder hacer nada; se sentían terriblemente cobardes por tener que esperar,

cómodamente sentados, a que la ley siguiera su curso.

—Ojalá no hubiese dado permiso a mi asistente. Tendría que haberme cortado la lengua antes. Sentir que soy responsable, eso es lo que más me afecta. Decir que no y ceder luego bajo presión. Eso es lo que hice, hijos míos, eso es lo que hice.

Fielding se sacó la pipa de la boca y la contempló con aire pensativo. Creyéndole asustado, el otro continuó:

—Tenía entendido que un inglés iba a formar parte de la expedición. Por eso cedí.

—Nadie le culpa a usted, mi querido Callendar —dijo el Administrador, mirando al suelo—. Todos somos responsables, por cuanto deberíamos haber comprendido que la expedición no contaba con las suficientes garantías. Yo estaba informado, personalmente; las dos señoras fueron a la estación en nuestro coche esta mañana. En ese sentido estamos todos implicados, pero a usted personalmente no le corresponde ni un átomo de culpabilidad.

—No es así como yo lo siento, aunque me gustaría. La responsabilidad es una cosa terrible, y detesto al hombre que la rehúye. Sus ojos estaban fijos en Fielding.

Quienes sabían que el Director del Instituto se había comprometido a ir en la excursión y que luego había perdido el tren de madrugada le compadecían; era lo que cabe esperar cuando uno se mezcla con los nativos; siempre acaba produciéndose algún ultraje. El Administrador, que estaba mejor informado, guardó silencio, porque en su calidad de funcionario aún conservaba la esperanza de que Fielding volviera al redil. La conversación volvió de nuevo a las mujeres y a los niños, y, aprovechándose de ella, el Mayor Callendar hizo un aparte con el militar y le instigó para que provocara a Fielding. Fingiéndose más borracho de lo que estaba en realidad, empezó a hacer observaciones semiofensivas.

—¿Han oído lo del criado de Miss Quested? —intervino el Mayor, colaborando en el ataque.

—No, ¿qué hay de él?

—Anoche Heaslop advirtió al criado de Miss Quested que tuviera buen cuidado de no perderla nunca de vista. El detenido lo supo y se las arregló para dejarlo atrás. Lo sobornó. Heaslop acaba de enterarse de toda la historia, con nombres y cantidades: un alcahuete bien conocido de esas gentes le dio el dinero, un tal Mohammed Latif. Eso en cuanto al criado. Pero ¿y el inglés, nuestro amigo aquí presente? ¿Cómo consiguió librarse de él? También con dinero.

Fielding se puso en pie, apoyado por murmullos y exclamaciones, porque nadie ponía aún en duda su integridad.

—Se me ha interpretado mal; pido disculpas —dijo el Mayor con tono ofensivo—. No he querido decir que sobornaran a Mr. Fielding.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere usted decir?

—Pagaron al otro indio, Godbole, para que le hiciera llegar a usted tarde. Estaba

diciendo sus oraciones. ¡Ya conozco yo esas oraciones!

—Eso es ridículo...

Fielding volvió a sentarse, temblando de rabia; una persona tras otra, todos iban siendo arrastrados por el fango.

Después del primer golpe de efecto, el Mayor empezó a preparar el segundo:

—Heaslop también se enteró de algo por su madre. Aziz pagó a una turba de nativos para que la asfixiaran. Eso acabó con ella, o habría estado a punto de hacerlo si no llega a escapar. Bien planeado, ¿no es cierto? Muy hábil. Luego mi asistente podía seguir ya solo con la muchacha. Él, ella y un guía, suministrado por el mismo Mohammed Latif. Ahora el guía no aparece por ningún sitio. Maravilloso —su voz se transformó en un rugido—. No es momento de quedarse sentados. Es hora de pasar a la acción. Hay que llamar a las tropas y limpiar los bazares^[8].

Nunca se daba importancia a las explosiones de cólera del Mayor, pero en aquella ocasión logró que todos se sintieran incómodos. El delito era todavía peor de lo que habían imaginado, llegando a unas incalificables cotas de cinismo que no habían vuelto a alcanzarse desde 1857. Fielding olvidó su propia indignación, preocupado por el pobre Godbole, y se quedó pensativo; el mal se propagaba en todas direcciones, y parecía tener una existencia propia, ajena a cualquier cosa que las personas aisladas pudieran hacer o decir, y el Director del Instituto entendió mejor por qué Aziz y Hamidullah se habían sentido inclinados a tumbarse y dejarse morir. Su adversario vio que estaba teniendo problemas y se atrevió a decir;

—Supongo que nada de lo que se hable dentro del club saldrá fuera, ¿no es cierto? —guiñándole un ojo a Lesley mientras tanto.

—¿Por qué tendría que salir? —respondió Lesley.

—No, por nada. Pero he oído un rumor de que cierto miembro del club, aquí presente, ha visitado esta tarde al detenido. No es posible nadar y guardar la ropa al mismo tiempo, por lo menos en este país.

—¿Es que hay alguien aquí que quiera hacerlo?

Fielding estaba decidido a no dejarse arrastrar de nuevo. Tenía algo que decir, pero lo haría cuando él lo considerara oportuno. El ataque no llegó a prosperar al faltarle el apoyo del Administrador. Por unos instantes Fielding dejó de ser el centro de la atención. Luego volvió a oírse el murmullo de las mujeres en la habitación vecina. Ronny había abierto la puerta.

El joven Heaslop parecía exhausto y tenía una expresión trágica, pero también resultaba más sumiso que de ordinario. Siempre había mostrado deferencia hacia sus superiores, pero ahora le salía directamente del corazón. Parecía suplicar su protección ante el insulto de que había sido objeto, y ellos, en un instintivo gesto de homenaje, se pusieron en pie. Pero en el Oriente todo acto humano tiene un tinte oficial, y al mismo tiempo que se honraba a Heaslop, se condenaba a Aziz y a la

India. Fielding, dándose cuenta de esto, siguió sentado. Era un gesto descortés, incluso grosero, y quizá también tácticamente equivocado, pero el Director del Instituto comprendió que ya llevaba suficiente tiempo mostrándose pasivo, y que si no manifestaba su disconformidad podía verse arrastrado hacia donde no quería en contra de su voluntad. Ronny, que no le había visto, dijo con voz ronca:

—Por favor, siéntense todos, tengan la bondad; sólo quiero enterarme de las decisiones que se hayan tomado.

—Heaslop, les he explicado que estoy en contra de cualquier manifestación de fuerza —dijo el Administrador, como disculpándose—. No sé si estará usted de acuerdo conmigo, pero la situación en la que me encuentro me obliga a ello. Las cosas serán distintas cuando se consiga el veredicto.

—Sin duda usted lo sabe mejor que yo; carezco de experiencia y no puedo decir nada.

—¿Qué tal está su madre, muchacho?

—Mejor, muchas gracias. Quisiera que todos volvieran a sentarse.

—Hay alguno que no se ha llegado a levantar —dijo el joven oficial.

—Y el Mayor nos trae excelentes noticias de Miss Quested —continuó Turton.

—Así es, así es; estoy satisfecho.

—Anteriormente se mostró usted bastante pesimista, ¿no es cierto, Mayor? Fue ésa la razón de que denegara la libertad bajo fianza.

Callendar rió con amistosa familiaridad y dijo: —Heaslop, Heaslop, la próxima vez que le pidan esa libertad bajo fianza, llame por teléfono al viejo doctor antes de concederla; tiene los hombros muy anchos, y, hablando confidencialmente, no se tome demasiado en serio su opinión. Es un charlatán estúpido, de eso no cabe la menor duda, pero siempre hará lo que pueda para que siga en chirona el... —Se detuvo con fingida cortesía—. No me daba cuenta de que tiene aquí a uno de sus amigos.

—Levántese, cerdo —exclamó el oficial.

—Mr. Fielding, ¿qué le ha impedido ponerse en pie? —dijo el Administrador, entrando finalmente en la contienda.

Era el ataque que el Director del Instituto había estado esperando y al que tenía que responder.

—¿Se me permite hacer una declaración?

—Claro que sí.

Con su madurez e independencia, libre de los fervores del nacionalismo o de la juventud, Fielding hizo lo que era para él, comparativamente, una cosa bastante fácil. Poniéndose en pie, dijo: —Creo que el doctor Aziz es inocente.

—Tiene usted derecho a mantener esa opinión si así lo desea, pero dígame, ¿es esa una razón para que insulte a Mr. Heaslop?

—¿Puedo terminar mi declaración?

—Ciertamente.

—Voy a esperar a la sentencia del tribunal. Si Aziz es culpable, presentaré mi dimisión y abandonaré la India. En cuanto al club, renuncio a mi calidad de socio ahora mismo.

—¡Oigan, oigan! —dijeron algunas voces no completamente hostiles, porque les parecía bien que Fielding hablase claro.

—No ha contestado usted a mi pregunta. ¿Por qué no se ha levantado al entrar Mr. Heaslop?

—Con el debido respeto debo decir, señor, que no estoy aquí para contestar preguntas, sino para hacer una declaración personal, y ya he terminado.

—¿Puedo preguntarle si se ha hecho usted cargo de este distrito? Fielding se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, Mr. Fielding. Haga el favor de no marcharse todavía. Antes de abandonar el club, del que hace usted muy bien en renunciar a ser socio, tendrá que manifestar su desaprobación por el delito cometido y presentar sus disculpas a Mr. Heaslop.

—¿Me habla usted oficialmente?

El Administrador, que nunca hablaba de otra manera, se enojó tanto que perdió los estribos.

—Salga de esta habitación inmediatamente —gritó—. Lamento profundamente haberme degradado yendo a buscarle a la estación. Se ha hundido usted al nivel de sus aliados; es usted un hombre débil, y el problema con usted es que...

—Quisiera abandonar la habitación, pero no puedo hacerlo mientras me lo impida este caballero —dijo Fielding con entonación jovial.

El joven oficial se había cruzado en su camino.

—Dejen que se vaya —dijo Ronny, casi con lágrimas en los ojos. Era la única súplica que podía salvar la situación. Cualquier cosa que Heaslop deseara tenía que hacerse. Se produjo un pequeño forcejeo en la puerta, que Fielding atravesó un poco más de prisa de lo ordinario, yendo a parar a la habitación donde las señoras jugaban a las cartas. «Supongamos que me hubiese caído al suelo o llegado a enfadarme», pensó. Estaba un poco enfadado, por supuesto. Sus compañeros nunca le habían tratado de manera violenta, llamándole antes débil; Heaslop, además, había amontonado carbones ardiendo sobre su cabeza. Ojalá no hubiese utilizado al pobre Ronny para buscar pelea, sobre todo habiendo como había otros motivos mucho mejores para hacerlo.

De todas formas, ya estaba hecho, aunque fuera chapucemente, y para calmarse y recobrar el equilibrio mental, Fielding salió un momento a la galería superior, donde lo primero que apareció ante sus ojos fueron las Colinas de Marabar. A aquella

distancia y a aquella hora se transfiguraban; eran Monsalvat^[9], el Valhala^[10], las torres de una catedral, pobladas de santos y de héroes y cubiertas de flores. ¿Qué ser impío se ocultaba en ellas y tenía que ser detectado cuanto antes, gracias a los esfuerzos de la justicia? ¿Quién era el guía? ¿Seguirían aún sin encontrarlo? ¿Qué era el «eco» del que Miss Quested se quejaba? Fielding lo ignoraba aún, pero pronto llegaría a saberlo. La información es una gran cosa y terminaría por imponerse. La luz se estaba extinguiendo, y mientras contemplaba las colinas, parecieron avanzar hacia él llenas de gracia, como un cortejo de reinas, y su encanto se fundió con el del cielo. Al llegar la oscuridad se hallaban ya en todas partes: descendió la refrescante bendición de la noche, brillaron las estrellas y el universo entero fue una colina. Maravilloso, exquisito momento que, sin embargo, pasó junto al inglés hurtando el rostro y con la rapidez del viento. Fielding no experimentó nada personalmente; era como si alguien le hubiese dicho que existía tal momento y se viera obligado a creerlo. Repentinamente, se sintió descontento y lleno de dudas, y se preguntó si real y verdaderamente tenía éxito como ser humano. Después de cuarenta años de experiencia, había aprendido a administrar su vida y a obtener de ella el mejor rendimiento posible de acuerdo con las directrices europeas más avanzadas; había desarrollado su personalidad, definido sus limitaciones, controlado sus pasiones... y lo había logrado todo sin hacerse pedante ni mundano. Un resultado muy estimable; pero, mientras la luz se esfumaba, Fielding sintió que durante todo aquel tiempo debería haber estado luchando por algo distinto: no sabía qué, ni lo sabría nunca, ni era posible llegar a saberlo, y ésa era la razón de su tristeza.

Capítulo vigésimo primero

Fielding, después de desechar sus remordimientos por el asunto que le preocupaba en aquellos momentos, empleó la última parte del día en visitar a sus nuevos aliados. Estaba contento de haber roto con el Club, porque sin duda hubiese recogido allí algún que otro chisme que podría contar después a sus amigos, y prefería que no existiese tal posibilidad. Echaría de menos el billar, algún partido de tenis muy de tarde en tarde y las bromas con McBryde; pero eso era todo, porque Fielding viajaba ligero de equipaje, como había explicado a Aziz durante su visita. A la entrada de los bazares, un tigre asustó a su caballo: un muchacho disfrazado de tigre, el cuerpo a rayas marrones y amarillas y el rostro cubierto por una máscara. Se estaban preparando las festividades de *muharram*. Eran muchos los tambores que sonaban por la ciudad, pero no daban una impresión de mal humor. Se le invitó a inspeccionar una pequeña *tazia*, endeble y frágil estructura, más parecida a un miriñaque que a la tumba del nieto del Profeta, asesinado en Kerbela. Niños llenos de entusiasmo pegaban papeles de colores sobre las varillas del armazón. Fielding pasó el resto de la velada con el Nabab Bahadur, Hamidullah, Manmoud Ali y otros miembros de la coalición. Ya estaba en marcha la campaña en favor de Aziz. Se había enviado un telegrama al famoso Amritrao, y recibido su respuesta afirmativa. Iba a renovarse la petición de libertad bajo fianza: no podrían seguir denegándola ahora que Miss Quested se hallaba fuera de peligro.

La reunión era un asunto serio y razonable, deslucido por la presencia de un grupo de músicos itinerantes, a quienes se había permitido tocar dentro del recinto donde se celebraba. Cada uno empuñaba un cántaro de barro de considerables dimensiones, con guijarros en su interior, que agitaban arriba y abajo, marcando el ritmo de una triste salmodia. Aturdido por el ruido, Fielding propuso que se les despidiera, pero el Nabab Bahadur se opuso; dijo que unos músicos que habían recorrido tantas millas podían traer buena suerte.

Ya avanzada la noche, el Director del Instituto sintió el deseo de contarle al profesor Godbole el error táctico y moral que había cometido mostrándose descortés con Heaslop, para oír los comentarios del hindú. Pero el anciano se había acostado ya, y un día o dos después se escabulló camino de su nuevo trabajo sin que nadie le molestara; el profesor Godbole siempre había tenido una gran habilidad para desaparecer en el momento oportuno.

Capítulo vigésimo segundo

Adela permaneció varios días en cama en el bungalow de los McBryde. Tenía un principio de insolación y hubo, además, que extraerle cientos de pinchos de cacto. Hora tras hora Miss Derek y Mrs. McBryde la estuvieron examinando con lupa, descubriendo a cada momento nuevas colonias, diminutos filamentos que podían quebrarse y ser arrastrados por la corriente sanguínea si no se les arrancaba a tiempo. Miss Quested permanecía pasiva entre sus dedos, que iban dando forma a la conmoción iniciada en la cueva. Anteriormente no le había importado mucho si la tocaban o no; sus sentidos se mostraban anormalmente inertes, y el único contacto que preveía era el de la mente. Pero ahora todo se había trasladado a la superficie de su cuerpo, que empezaba a vengarse, respondiendo de manera enfermiza. Las personas resultaban muy parecidas entre sí, con la única diferencia de que algunas se acercaban y otras se mantenían distantes. «En el espacio las cosas se tocan, en el tiempo se separan», se repetía Adela mientras le extraían los pinchos: su cerebro estaba tan debilitado que no era capaz de decidir si aquella frase era un postulado filosófico o un juego de palabras.

Todos eran muy amables con ella, incluso demasiado amables; los hombres demasiado respetuosos y las mujeres demasiado compasivas; mientras que Mrs. Moore, la única visitante que anhelaba, se mantenía a distancia. Nadie entendía su problema, ni sabía por qué oscilaba entre actitudes llenas de sentido común y otras que bordeaban el histerismo. A veces empezaban a hablar como si no hubiera sucedido nada especial.

—Entré en aquella cueva detestable —decía una voz neutra—, y recuerdo haber arañado la pared con una uña, para que se produjera el eco habitual, y luego, como iba diciendo, apareció aquella sombra, o algo semejante a una sombra, en la entrada del túnel, impidiéndome el paso. Me pareció un siglo, pero supongo que todo ello no debió de durar en realidad más allá de treinta segundos. Le golpeé con los prismáticos, él me zarandeo tirando de la correa, y al romperse me escapé; eso es todo. No llegó a tocarme ni una sola vez. Todo ello parece una cosa muy estúpida. — Luego los ojos se le llenaban de lágrimas—. Estoy algo trastornada, como es lógico, pero se me pasará.

Después se derrumbaba por completo, y las mujeres se daban cuenta de que era una de ellas y lloraban también, y en la habitación vecina los nombres murmuraban: «¡Cielo santo, cielo santo!» Nadie comprendía que a Adela las lágrimas le parecían una cosa indigna, una indignidad más sutil que las soportadas en las Colinas de Marabar, un mentís a su actitud progresista y a la sinceridad, que era una

característica natural de su inteligencia. Adela estaba siempre tratando de «analizar de forma racional el incidente», recordándose a sí misma todo el tiempo que nadie había salido perjudicado. Estaba «la conmoción», pero ¿qué es eso? Durante un rato su propia lógica lograba convencerla, luego oía de nuevo el eco, lloraba, se declaraba indigna de Ronny y deseaba que cayera sobre su asaltante todo el rigor de la justicia. Después de uno de aquellos ataques, anhelaba bajar a los bazares y pedir perdón a todas las personas que encontrase, porque, vagamente, sentía que estaba dejando el mundo peor de como lo había encontrado, y que era ella la autora del delito, hasta que el entendimiento, despertando de nuevo, le hacía ver que se equivocaba en aquel punto, obligándola a reanudar el mismo estéril recorrido.

¡Si hubiera podido ver a Mrs. Moore! Pero la anciana señora tampoco se encontraba bien y no tenía ganas de salir, según le explicó Ronny. Y el resultado era que el eco florecía, retumbando como si fuera un nervio que formara parte de su facultad auditiva, y el ruido de la cueva, tan poco importante intelectualmente, se prolongaba por toda la superficie de su vida. Adela había arañado la bruñida pared — sin motivo alguno— y antes de que el comentario se extinguiera, él la había seguido, y el momento culminante era la caída de los prismáticos. El sonido la había seguido a borbotones mientras escapaba, y todavía continuaba, como un río que inunda gradualmente el valle que lo alberga. Sólo Mrs. Moore podía hacerlo volver a su fuente y sellar de nuevo el depósito roto. El mal estaba suelto..., lo oía incluso entrar en las vidas de otros... Y Adela pasó días en este clima de pesadumbre y depresión. Sus amigos conseguían no desalentarse exigiendo holocaustos de nativos, pero Miss Quested estaba demasiado preocupada y demasiado débil para poder hacerlo.

Cuando terminaron de quitarle los pinchos de los cactus y su temperatura volvió a la normalidad, Ronny fue a buscarla para llevársela a su casa. El estaba agotado por la indignación y el sufrimiento, y ella hubiese querido consolarle; pero la intimidad entre los dos parecía ser una caricatura de sí misma, y cuanto más hablaban, más desdichados y cohibidos se sentían. Ocuparse de cosas prácticas resultaba menos penoso, y Ronny y McBryde le contaron a Adela una o dos cosas que le habían ocultado durante la crisis obedeciendo las órdenes del médico. La muchacha se enteró en aquel momento de los disturbios durante *muharram*, que casi habían degenerado en un motín. El último día de las festividades la gran procesión abandonó su ruta oficial y trató de entrar en la zona residencial inglesa, llegando a cortar un hilo telefónico porque impedía el avance de una de las más voluminosas torres de papel. McBryde y su policía habían conseguido enderezar las cosas: una labor muy meritoria. Después tocaron otro tema muy penoso: el juicio. Miss Quested tendría que asistir, reconocer al procesado y someterse al interrogatorio de un abogado indio.

—¿Podrá estar conmigo Mrs. Moore? —fue todo lo que preguntó.

—Claro que sí, y yo también estaré allí —replicó Ronny—. No seré yo quien

presida; la defensa se ha opuesto alegando incompatibilidad por razones personales. El juicio va a ser en Chandrapore; al principio creíamos que lo trasladarían a otro lugar.

—Quizá Miss Quested no se dé cuenta de lo que todo eso quiere decir —añadió McBryde con voz triste—. Será Das quien presida. Das era el ayudante de Ronny, hermano de Mrs. Bhattacharya, cuyo coche no había ido a recogerlas un mes antes, y hombre cortés e inteligente que, con las pruebas delante, sólo podría llegar a una conclusión; pero el hecho de que tuviera jurisdicción sobre una muchacha inglesa había llenado de indignación a la colonia de funcionarios, y algunas de las señoras habían enviado un telegrama de protesta a Lady Mellanby, la esposa del Vicegobernador.

—Imagino que tengo que comparecer delante de alguien.

—Así..., así es como hay que enfocarlo. Tiene usted el valor suficiente para hacerlo, Miss Quested.

McBryde estaba muy disconforme e irritado con la manera en que iba a desarrollarse el juicio y aseguraba que todo aquello eran «los frutos de la democracia». En otros tiempos una inglesa no hubiera tenido que comparecer, ni indio alguno se hubiera atrevido a hablar en público de sus asuntos privados; la dama habría hecho su declaración y el juicio habría seguido su curso. McBryde pidió disculpas a Adela por la situación en que se encontraba el país, con el resultado de que la muchacha dejara escapar de improviso otro pequeño raudal de lágrimas. Ronny estuvo paseando por la habitación sintiéndose muy desgraciado mientras ella lloraba, pisando las flores que tan inevitablemente cubrían la alfombra de Cachemira o tamborileando con los dedos sobre las vasijas de cobre de Benarés.

—Cada día me pasa menos; pronto estaré completamente bien —dijo Adela sonándose la nariz y sintiéndose terriblemente descontenta consigo misma—. Lo que necesito es algo que hacer. Esa es la razón de que siga llorando de esta manera tan ridícula.

—No tiene nada de ridículo; todos pensamos que es usted maravillosa —dijo el policía con absoluta sinceridad—. Lo único que nos molesta es no poder ayudarla más. Que se haya quedado usted aquí, en un momento como éste, es el mayor honor que esta casa... —También él se hallaba dominado por la emoción—. Por cierto, llegó una carta para usted cuando estaca enferma —continuó—. Y tengo que hacerle una extraña confesión: la abrí. ¿Me perdonará usted por ello? Las circunstancias son algo peculiares. La carta es de Fielding.

—Para que tendría que escribirme?

—Ha sucedido una cosa lamentable. Se ha convertido en testigo de la defensa.

—Está chiflado, completamente chiflado —dijo Ronny, quitándole importancia.

—Ésa es una manera muy caritativa de decirlo, porque un hombre puede estar

loco y seguir siendo un caballero. Será mejor informar a Miss Quested de su comportamiento con usted. Si usted no se lo dice alguien lo hará. McBryde mismo procedió a contárselo. Ahora Fielding es el principal apoyo de la defensa, no hace falta añadirlo. Es el único inglés honesto entre una horda de tiranos. Recibe delegaciones del bazar, y todos mascan nuez de betel y se untan unos a otros las manos con perfume. No es fácil penetrar en la mente de un hombre semejante. Sus alumnos están de huelga: el entusiasmo que sienten por él les impide estudiar. Si no fuera por Fielding nunca se hubieran producido los disturbios durante *milbarram*. Ha causado un grave daño a toda la comunidad. La carta estuvo ahí un día o dos, esperando a que usted se recuperara; luego la situación empeoró tanto que decidí abrirla por si podía sernos de alguna utilidad.

—¿Ha servido de algo? —preguntó Adela débilmente.

—Absolutamente de nada. Mr. Fielding tan sólo tiene la impertinencia de sugerir que se ha equivocado usted.

—¡Ojalá fuera así! —Miss Quested ojeó la carta, que estaba redactada de manera cuidadosa y protocolaria—. El doctor Aziz es inocente —leyó Adela. Luego la voz volvió a temblarle de nuevo—. Pero piensa en su comportamiento contigo, Ronny. ¡Con lo mucho que ya tenías que sufrir por mi causa! Fue una cosa horrible. ¿Cómo voy a poder pagártelo, querido? ¿Cómo es posible pagar cuando no se tiene nada que dar? ¿De qué sirven las relaciones personales cuando todo el mundo aporta cada vez menos? Tengo la impresión de que todos deberíamos volver durante siglos al desierto y tratar de hacernos mejores. Quiero empezar por el principio. Todas las cosas que creía haber aprendido no son más que un obstáculo, no son conocimiento en absoluto. No estoy preparada para mantener relaciones personales. Pero dejémoslo, dejémoslo. Desde luego la carta de Mr. Fielding no cuenta para nada; tiene derecho a pensar y escribir lo que quiera, pero no debiera haberse mostrado grosero contigo cuando estabas tan abatido. Eso es lo que importa... No me des el brazo, ando sola maravillosamente; no, no me toques, por favor.

Mrs. McBryde se despidió de ella muy afectuosamente; era una mujer con la que Adela no tenía nada en común y cuya intimidad le resultaba opresiva. Ahora tendrían que tratarse, año tras año, hasta que se jubilara uno de sus maridos. La India inglesa se había apoderado de ella y lo había hecho a conciencia; y quizá le estaba bien empleado por haber intentado adoptar una postura autónoma. Con humildad, pero sintiéndose repelida al mismo tiempo, Adela le dio las gracias.

—Tenemos que ayudarnos entre nosotras y saber aceptar lo bueno y lo malo —dijo Mrs. McBryde.

Miss Derek también estaba allí, sin dejar de hacer chistes sobre sus cómicos maharajá y *rani*. Al requerírsela como testigo para el juicio, se había negado a devolver el automóvil de Mudkul y suponía que sus dueños estarían angustiadísimos.

Tanto Mrs. McBryde como Miss Derek besaron a Miss Quested, llamándola por su nombre de pila. Luego Ronny la llevó a su casa. Era por la mañana temprano, porque a medida que avanzaba la estación caliente el día se hinchaba como un monstruo por los dos extremos, dejando cada vez un margen más pequeño para el movimiento de los mortales.

Mientras se acercaban al bungalow, Ronny dijo: —Madre tiene muchas ganas de verte, pero no hay que olvidarse de que es muy mayor. Los ancianos nunca se toman las cosas como uno espera, al menos ésa es mi opinión.

Ronny parecía prevenirla contra una inminente desilusión, pero Adela no se enteró. Su amistad con Mrs. Moore era tan profunda y tan auténtica que estaba segura de que nada podría destruirla, pasara lo que pasase.

—¿Qué puedo hacer para facilitarte las cosas? Eres tú el que lo está pasando mal —suspiró Miss Quested.

—No digas eso, querida.

—No es más que la verdad —luego exclamó—: Ronny, ¿no estará enferma ella también?

Ronny la tranquilizó: el Mayor Callendar no veía motivos de preocupación.

—Pero la vas a encontrar... irritable. Somos una familia que se irrita con facilidad. Bueno, lo vas a ver por ti misma. Estoy seguro de que mis nervios tampoco están perfectamente en orden, y cuando llegué aquel día del despacho quizás esperaba más de mi madre de lo que ella se sentía capaz de dar. Sin duda hará un esfuerzo especial en honor tuyo, pero de todas formas no quiero que tu regreso se convierta en una desilusión. No esperes demasiado.

La casa apareció ante ellos. Era una reproducción exacta del bungalow que Adela acababa de dejar. Encontraron a Mrs. Moore en un sofá, hinchada, la piel de color rojizo, con una extraña expresión de severidad. No se puso en pie al entrar ellos, y la sorpresa ante su actitud hizo que la muchacha se olvidara de sus propias tribulaciones.

—Ya estáis los dos de vuelta —fue su único recibimiento.

Miss Quested se sentó y le cogió una mano. La anciana la apartó y Adela sintió que, de la misma manera que la repelían los demás, ella repelía a Mrs. Moore.

—¿Te encuentras bien? Parecías estar perfectamente cuando salí —dijo Ronny, tratando de no hablar malhumoradamente, pero como le había pedido a su madre que recibiera a Adela con amabilidad, no pudo evitar sentirse molesto.

—No me pasa nada —dijo ella con tono desabrido—. En realidad he estado mirando mi billete de vuelta. Es intercambiable, de manera que puedo elegir entre más barcos de lo que creía.

—Podemos tratar de eso más adelante, ¿no te parece?

—Quizá Ralph y Stella quieran saber cuándo llego.

—Hay tiempo de sobra para hacer todos esos planes. ¿Qué tal encuentras a nuestra Adela?

—Confío en su ayuda para salir adelante; no sabe lo que me consuela estar otra vez con usted, todos los demás me resultan extraños ' —dijo la muchacha hablando muy de prisa.

Pero Mrs. Moore no parecía en absoluto inclinada a mostrarse servicial. Una especie de resentimiento emanaba de toda ella. Daba la impresión de estar diciendo: «¿No vais a dejarme nunca tranquila?» Su ternura cristiana había desaparecido o se había convertido en dureza, en una justa irritación contra la raza humana; Mrs. Moore no había manifestado interés por la detención de Aziz, apenas había hecho preguntas y se había negado a salir de la cama la última noche de *mubarram*, cuando se temía un ataque contra el bungalow.

—Ya sé que no es nada; tengo que ser razonable, lo intento... —siguió Adela, esforzándose de nuevo por contener las lágrimas—. No me importaría si hubiera sucedido en cualquier otro sitio; aunque tengo el consuelo de que en realidad no sé dónde sucedió.

Ronny supuso que entendía lo que Adela trataba de decir: la muchacha era incapaz de reconocer o describir la cueva; casi se negaba a dilucidar aquel punto, y se daba por seguro que la defensa trataría de aprovecharse de ello durante el juicio. Ronny se esforzó por tranquilizarla: las Cuevas de Marabar eran extraordinariamente parecidas; de hecho, se las iba a numerar en el futuro con pintura blanca.

—Sí, eso es lo que quiero decir; no sé exactamente dónde sucedió; pero además está el eco que sigo oyendo todo el tiempo.

—¿Qué es lo que te pasa con el eco? —preguntó Mrs. Moore, prestándole atención por primera vez.

—No consigo librarme de él.

—No creo que lo logres nunca.

Ronny había explicado a su madre —haciendo mucho hincapié en ello— que Adela iba a estar muy nerviosa cuando llegara a casa, por lo que el comportamiento de Mrs. Moore no tenía para él otra explicación que la mala voluntad.

—Mrs. Moore, ¿qué es ese eco?

—¿No lo sabes?

—No, ¿qué es? ¡Dígamelo, por favor! Estaba segura de que usted podría explicármelo..., me tranquilizaría tanto...

—Si no lo sabes, no lo sabes; yo no te lo puedo decir.

—Creo que es usted muy poco amable no diciéndomelo.

—Decir, decir, decir —exclamó la anciana amargamente—. ¡Como si fuera posible decir algo! Me he pasado la vida hablando o escuchando lo que dicen los demás; he escuchado demasiado. Ya es hora de que se me deje en paz. No para

morirme —añadió con tono agrio—. Sin duda esperáis que me muera, pero cuando os haya visto casados a ti y a Ronny, y vuelva con los otros dos y me entere de si quieren casarse..., me retiraré a una cueva de mi propiedad. —Mrs. Moore sonrió, para situar su observación a nivel de la vida ordinaria y aumentar así su amargura—. Algún sitio donde los jóvenes no vengan a hacer preguntas esperando respuestas. Un rincón cualquiera.

—Totalmente de acuerdo, pero mientras tanto se acerca el juicio —intervino su hijo acaloradamente—, y la mayoría de nosotros pensamos que sería mejor sacar fuerzas de flaqueza y ayudarnos unos a otros, en lugar de mostrarnos desagradables. ¿Es así como vas a hablar en el estrado de los testigos?

—¿Por qué tendría yo que subir al estrado de los testigos?

—Para confirmar algunos puntos de nuestra declaración.

—Yo no tengo nada que hacer en vuestros ridículos tribunales de justicia —dijo ella, enojada—. No me arrastraréis allí de ninguna de las maneras.

—Yo tampoco quiero que vaya; no permitiré que nadie sufra más molestias por causa mía —exclamó Adela, cogiendo de nuevo la mano de Mrs. Moore, que volvió a retirarla—. Su testimonio no es en absoluto esencial.

—Pensé que querría declarar. Nadie te echa la culpa, madre, pero lo cierto es que renunciaste a seguir la visita después de la primera cueva y animaste a Adela para que continuara sola con él, mientras que si te hubieras sentido lo suficientemente bien para seguir adelante, no hubiese sucedido nada. Ya sé que él lo planeó. Pero tú caíste en la trampa, igual que Aziz y Antony antes que tú... Perdóname por decirlo sin rodeos, pero no tienes derecho a adoptar esa actitud tan arrogante sobre los tribunales de justicia. Otra cosa sería que estuvieses enferma; pero tú dices que te encuentras perfectamente y ésa es la impresión que das; yo creía que estabas dispuesta a aceptar tu parte de responsabilidad, no me cabía la menor duda.

—No consentiré que la molestes, tanto si se encuentra bien como si no —dijo Adela, levantándose del sofá y cogiendo a Ronny del brazo; luego lo soltó dando un suspiro y se sentó de nuevo. Pero a él le agradó que la muchacha hubiese buscado su apoyo y contempló a su madre con aire condescendiente. Nunca se había sentido cómodo con ella. No era en absoluto la encantadora anciana que imaginaban los extraños, y la India había puesto de manifiesto su verdadera manera de ser.

—Asistiré a vuestra boda pero no tomaré parte en vuestro juicio —les informó Mrs. Moore, dándose palmadas sobre la rodilla; estaba muy agitada y sus gestos eran bruscos—. Luego volveré a Inglaterra...

—No puedes irte a Inglaterra en mayo; en eso estábamos todos de acuerdo.

—He cambiado de opinión.

—Bueno, será mejor que demos por terminada esta riña inesperada —dijo Ronny, paseándose por la habitación—. Parece que quieres quedarte al margen de todo, y eso

es suficiente.

—Mi cuerpo, mi miserable cuerpo —suspiró la anciana—. ¿Por qué no tengo fuerza? ¿Por qué no puedo irme y desaparecer? ¿Por qué no puedo terminar con mis obligaciones y desaparecer? ¿Por qué tengo dolores de cabeza y me hincho cuando ando? Y todo el tiempo hay que hacer esto y lo de más allá, y eso como tú quieres y aquello como ella quiere, y todo simpatía y confusión y llevar unos las cargas de los otros. ¿Por qué no pueden hacerse estas cosas a mi manera y terminarlas y que yo esté tranquila? No entiendo por qué hay que hacer nada. ¿Por qué todo este casarse...? La raza humana se hubiera convertido hace siglos en una sola persona si el matrimonio sirviese para algo. Y todas esas tonterías sobre el amor, amor en una iglesia, amor en una cueva, como si hubiera la menor diferencia, ¡y a mí se me impide ocuparme de mis asuntos por esas menudencias!

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Ronny, muy irritado—. ¿Puedes decirlo de manera inteligible? Si es así, hazlo.

—Quiero la baraja de los solitarios.

—Muy bien, ve a buscarla.

Ronny descubrió, como se temía, que la pobre Adela estaba llorando. Y, como siempre, muy cerca de la ventana había un indio —un *mali* en este caso— recogiendo todos los sonidos procedentes de la casa. Muy afectado, Ronny guardó silencio unos momentos, pensando en su madre y sus impertinencias seniles. Ojalá nunca le hubiera pedido que viniese a la India; ojalá no tuviese ninguna obligación con ella.

—Bueno, querida; no ha sido una bienvenida muy calurosa —dijo finalmente—. Ignoraba que nos tuviese reservada esta sorpresa.

Adela no lloraba ya, y en su rostro había aparecido una expresión poco corriente, mitad de alivio, mitad de horror. —Aziz, Aziz —repitió.

Todos evitaban aquel nombre. Se había convertido en sinónimo del Poder del Mal. Aziz era «el detenido», «la persona en cuestión», «el acusado», y el sonido de aquellas sílabas vibró ahora como las primeras notas de una nueva sinfonía.

—Aziz..., ¿he cometido una equivocación?

—Estás demasiado cansada —exclamó el otro, no muy sorprendido.

—Ronny, Aziz es inocente; he cometido una terrible equivocación.

—Bueno, siéntate de todas formas.

Ronny volvió la cabeza, pero en el jardín sólo había dos gorriones persiguiéndose.

Adela obedeció, cogiéndole una mano. Él le acarició la suya; la muchacha sonrió y respiró hondo, como si hubiera salido a la superficie del agua después de estar sumergida; luego se tocó un oído.

—No me molesta tanto el eco.

—Eso está bien. Te habrás repuesto del todo en unos pocos días, pero tienes que

ahorrar energías para el juicio. Das es una excelente persona y estaremos todos contigo.

—Pero, Ronny, querido, quizá no debiera haber ningún juicio.

—No entiendo en absoluto lo que dices, y me parece que tú tampoco.

—Si el doctor Aziz no es culpable habría que dejarlo en libertad. A Ronny le corrió un escalofrío que era como un presagio de muerte.

—Se le puso en libertad —dijo precipitadamente— hasta los disturbios de *muharram*, cuando hubo que encerrarlo de nuevo.

Para distraerla, Ronny le contó la historia, que los ingleses consideraban divertida. Nureddin había robado el automóvil del Nabab Bahadur, y conduciendo a oscuras en compañía de Aziz se habían metido en una cuneta, saliendo despedidos los dos, Nureddin con un corte profundo en la cara. Sus gemidos habían quedado ahogados por los gritos de los fieles y pasó mucho tiempo antes de que la policía los rescatara. A Nureddin lo llevaron al Hospital Minto y Aziz fue devuelto a la cárcel, con la acusación adicional de alterar el orden público.

—Espera un momento —le dijo Ronny cuando terminó de contar la anécdota; luego se acercó al teléfono para pedirle a Callendar que fuera a verlos lo antes posible, porque a Miss Quested no le habla sentado bien el traslado.

Cuando Ronny terminó de hablar por teléfono la muchacha se hallaba en plena crisis nerviosa, aunque esta vez fuera distinta de las anteriores.

—Ayúdame a hacer lo que tengo que hacer —sollozó, agarrándose a él— Aziz es bueno. Ya le has oído decirlo a tu madre.

—¿Qué es lo que he oído?

—Que es bueno; me he equivocado por completo al acusarle.

—Madre no ha dicho nunca eso.

—¿No lo ha dicho? —preguntó ella, deseosa de mostrarse razonable, abierta a cualquier sugerencia.

—No ha mencionado su nombre ni una sola vez.

—Pero, Ronny, yo la he oído.

—Pura ilusión. No puedes estar bien del todo si te imaginas una cosa así, ¿no es cierto?

—No, supongo que no. ¡Qué extraño, pasarme a mí estas cosas!

—He estado escuchando todo lo que ha dicho con la mayor atención posible; ya has visto que en ocasiones dice cosas incoherentes.

—Lo dijo cuando bajó tanto la voz..., hacia el final, al hablar de amor..., amor..., no pude seguirla bien, pero fue entonces cuando dijo: «El doctor Aziz no lo ha hecho.»

—¿Con esas palabras?

—La idea más que las palabras.

—No, no, querida. Te engañas completamente. Nadie ha pronunciado su nombre. Creo que estás mezclando nuestra conversación con la carta de Fielding.

—Eso ha sido, claro —exclamó ella, muy aliviada—. Sabía que había oído su nombre en algún sitio. Te estoy muy agradecida por haberlo aclarado..., es el tipo de equivocación que me preocupa, y que demuestra que estoy neurótica.

—De manera que no volverás a decir que es inocente, ¿verdad? Porque todos los criados que tengo son espías. —Ronny se acercó a la ventana. El *malí* había desaparecido, o se había transformado, más bien, en dos niños pequeños; era imposible que supieran inglés, pero los despidió sin contemplaciones—. Todos nos odian —le explicó a Adela—. No habrá problemas después de la sentencia, porque una cosa hay que decir en favor de los indios y es que aceptan los hechos consumados; pero en este momento se están gastando dinero a manos llenas para cazarnos en un traspíe, y un comentario como el tuyo es precisamente lo que andan buscando. Les permitiría decir que todo ha sido una trampa preparada por nosotros, los funcionarios ingleses. Te das cuenta de lo que quiero decir, ¿no?

Mrs. Moore regresó con el mismo aire malhumorado y se dejó caer en una silla junto a la mesa para jugar a las cartas. Deseoso de aclarar la confusión, Ronny le preguntó a bocajarro si había mencionado el nombre del detenido. Como la anciana no entendió la pregunta, hubo que explicarle la razón de que se la hicieran.

—No he pronunciado su nombre —replicó, poniéndose a hacer un solitario.

—Me pareció oírle decir «Aziz es inocente», pero en realidad lo había leído en la carta de Mr. Fielding.

—Claro que es inocente —contestó Mrs. Moore con aire indiferente; era la primera vez que había expresado una opinión sobre aquel punto.

—¿Ves, Ronny? Estaba en lo cierto —dijo la muchacha.

—No tenías razón; nunca lo había dicho.

—Pero lo piensa.

—¿A quién le importa lo que piense?

—Nueve rojo sobre diez negro...

Les llegó la voz desde la mesa de jugar a las cartas.

—Puede creérselo, igual que Fielding, pero existe una cosa que se llaman pruebas, si no estoy equivocado.

—Lo sé, pero...

—¿Tengo obligación de hablar otra vez? —preguntó Mrs. Moore alzando la vista—. Así debe ser, según parece, puesto que no hacéis más que interrumpirme.

—Sólo si tienes algo razonable que decir.

—¡Qué cosa tan aburrida...!, ¡tan trivial...! —Y de la misma manera que cuando se había burlado del amor, la mente de Mrs. Moore parecía dirigirse hacia ellos desde muy lejos y saliendo de la oscuridad—. ¿Por qué sigue siendo todo mi deber?

¿Cuándo me veré libre de estas insignificancias que os preocupan tanto? Estaba él en la cueva y estabas tú también, y así continuamente... Porque un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado^[11] y ¿soy yo buena y él malo y hemos logrado salvarnos?..., y terminándolo todo, el eco.

—Ya no lo oigo tanto —dijo Adela, acercándose a Mrs. Moore—. Usted ha hecho que se vaya; usted no hace más que cosas buenas porque es muy buena.

—No soy buena, no; soy mala —hablaba con mucha más calma y se interesó otra vez por las cartas, diciendo mientras las ponía boca arriba—: Una vieja mala, muy mala, detestable. Era buena con mis hijos cuando estaban creciendo; también me encontré con ese joven en su mezquita, y yo quería que fuese feliz Gentes sin importancia, buenos y felices. Pero no existen, no era más que un sueño... Pero no os voy a ayudar a que lo torturéis por algo que no ha hecho. Existen diferentes formas de mal y yo prefiero la mía a la vuestra.

—Tienes alguna prueba en favor del detenido? —dijo Ronny con tono de funcionario deseoso de hacer justicia—. Sí es así, debes declarar de su parte y no de la nuestra. Nadie te lo impedirá.

—Conozco los caracteres de la gente, como vosotros los llamáis le replicó ella desdeñosamente, como si conociese algo que iba más allá del carácter pero no pudiera comunicarlo—. He oído hablar bien de él a los ingleses y a los indios, y estoy convencida de que es algo que no haría nunca.

—Endeble, madre, muy endeble.

—Extraordinariamente endeble.

—Y una gran falta de consideración con Adela.

—Sería terrible que me hubiera equivocado —dijo Adela—. Me quitaría la vida.

—¿Que advertencia te acabo de hacer? —dijo Ronny volviéndose hacia ella—. Tú sabes que tienes razón y todos nosotros lo sabemos también.

—Sí, él... Esto es horrible, absolutamente horrible. Estoy tan segura como siempre de que me siguió..., sólo que, ¿no sería posible retirar el caso? Cada vez me da más miedo tener que ir a declarar; todos os portáis tan bien con las mujeres, y tenéis mucho más poder que en Inglaterra... Fíjate en el automóvil de Miss Derek. Aunque va me doy cuenta de que no tiene nada que ver, siento mucho hacerlo mencionado; perdóname, haz el favor.

—No tiene importancia —respondió Ronny al no ocurrírsele nada mejor que decir—. Claro que te perdono, como tú lo llamas. Pero el caso tiene que verse ante los tribunales; no queda otro remedio, ya se ha puesto en marcha todo el mecanismo.

—Es ella la que lo ha puesto en marcha; y ahora tendrá que seguir hasta que termine.

Adela se sintió muy inclinada a llorar ante aquella observación tan poco amable, y Ronny cogió la lista de salidas de los barcos con una excelente idea en la cabeza.

Su madre debía irse de la India inmediatamente; se estaba haciendo daño a sí misma y a todos ellos por añadidura.

Capítulo vigésimo tercero

A Lady Mellanby, esposa del Vicegobernador de la provincia, le había agradado que las señoras de Chandrapore recurrieran a ella. No estaba en su mano hacer nada; además iba a embarcarse para Inglaterra de un momento a otro; pero expresó su deseo de que se le informara si podía colaborar de alguna forma. Mrs. Turton contestó que la madre de Mr. Heaslop estaba tratando de conseguir un pasaje, pero que se había retrasado más de la cuenta y no quedaba ya ningún camarote libre; ¿querría Lady Mellanby utilizar su influencia? Ni siquiera la esposa del Vicegobernador podía aumentar las dimensiones de un buque de línea, pero era una mujer extraordinariamente cordial y mandó un telegrama ofreciendo a la desconocida y oscura anciana compartir con ella la cabina que tenía reservada. Aquello fue como un regalo del cielo; Ronny —lleno de humildad y de gratitud— no pudo por menos de pensar que existen compensaciones para los infortunios. En la residencia del Gobernador ya se conocía su nombre debido a la pobre Adela, y ahora Mrs. Moore lo dejaría marcado en la imaginación de Lady Mellanby mientras cruzaban el océano Indico y el mar Rojo. El Magistrado Municipal sintió un renacer de ternura hacia su madre, como nos sucede a todos con nuestros familiares cuando son objeto de notorios e inesperados honores. La anciana señora no era insignificante, aún podía despertar el interés de la esposa de un alto funcionario.

Así que Mrs. Moore consiguió todo lo que quería; evitó el juicio, la boda y la Estación Cálida; volvería a Inglaterra rodeada de atenciones y comodidades, y vería a sus otros hijos. Partió debido a la sugerencia de su hijo y también por deseo propio, pero aceptó su buena suerte sin entusiasmo. Había llegado a ese estado en que el horror y la pequeñez del universo se nacen visibles simultáneamente: ese crepúsculo de la doble visión en el que tantas personas de edad se ven envueltas. Si este mundo no nos gusta, bueno, en todo caso existe el Cielo, el Infierno, la Aniquilación, una u otra de esas realidades tan vastas, ese gigantesco escenario de estrellas, de fuego, de aire azul o negro. Toda empresa heroica, y todo lo que se conoce como arte, da por sentado que existe ese escenario, de la misma forma que todas las empresas prácticas, cuando el mundo sí nos gusta, dan por sentado que el mundo es toda la realidad. Pero en el crepúsculo de la doble visión aparece una confusión espiritual para la que no resulta posible encontrar palabras altisonantes; no podemos actuar ni prescindir de la acción, no podemos ignorar ni respetar la Infinitud. Mrs. Moore se había inclinado siempre hacia la resignación. Tan pronto como desembarcó en la India le pareció buena, y cuando vio el agua que fluía sin descanso por el estanque de la mezquita, o el Ganges, o la luna, apresada en el manto de la noche con todas las estrellas, la

resignación le pareció una meta muy hermosa y muy sencilla. ¡Identificarse con el universo! Algo tan simple y lleno de dignidad. Pero siempre había que llevar a cabo antes algún pequeño deber, alguna nueva carta que retirar de la baraja para ponerla boca arriba y colocarla, y, mientras perdía el tiempo con menudencias, las Cuevas de Marabar habían hecho sonar su gong.

¿Qué le había hablado en aquella pulimentada cavidad de granito? ¿Qué moraba en la primera de las cuevas? Algo muy viejo y muy pequeño. Anterior al tiempo, y también anterior al espacio. Una cosa roma, incapaz de generosidad: el gusano mismo que no muere. Desde el momento en que oyó su voz, Mrs. Moore no había acariciado una sola idea importante: en realidad sentía envidia de Adela. ¡Tantas alharacas por una muchacha asustada! No había sucedido nada, «y si hubiese», pensaba Mrs. Moore con el cinismo de una ajada sacerdotisa, «si hubiese sucedido, hay cosas peores que el amor». El incalificable intento se le presentaba como amor: en una cueva, en una iglesia..., *boum*, el resultado es el mismo. Se supone que las visiones llevan consigo profundidad, pero... ¡espera a tener una, lector amigo! También el abismo puede ser mezquino, la serpiente de la eternidad estar hecha de gusanos; la idea constante de Mrs. Moore era que «A mi futura nuera se le debería prestar menos atención que a mí, ya que no hay dolor como mi dolor», aunque si alguien le prestaba atención, la rechazaba, irritada.

Su hijo no pudo acompañarla a Bombay, porque la situación local seguía siendo crítica, y todos los funcionarios tenían que permanecer en sus puestos. Antony tampoco podía ir, porque existía la posibilidad de que no volviera nunca a prestar declaración como testigo. De manera que Mrs. Moore viajó sin nadie que le pudiera recordar el pasado. Esto suponía un alivio. El calor se había retirado un poco antes de su siguiente avance, y el viaje no fue desagradable. Cuando Mrs. Moore abandonó Chandrapore, la luna, otra vez llena, brillaba sobre el Ganges y transformaba en hilos de plata los canales sin apenas caudal, para luego cambiar de dirección y filtrarse por la ventanilla del departamento. El rápido y confortable tren correo se deslizó con ella atravesando la noche y, durante todo el día siguiente, Mrs. Moore cruzó la India Central, entre paisajes calcinados que, sin embargo, no tenían la irremediable melancolía de la llanura. Contempló la indestructible vida del hombre y sus rostros cambiantes, y las casas que había construido para sí mismo y para Dios, y se le aparecieron no en relación con sus propias dificultades personales, sino como simples cosas que ver. Había, por ejemplo, un lugar llamado Asirgarh, por el que pasó a la puesta del sol e identificó en el mapa: una enorme fortaleza entre colinas boscosas. Nadie le había hablado nunca de Asirgarh, pero tenía nobles baluartes de gran tamaño, y a su derecha se hallaba una mezquita. En seguida se olvidó de ello. Diez minutos después, Asirgarh reapareció. Ahora la mezquita quedaba a la izquierda de los baluartes. El tren, en su descenso a través de los montes Vindhya, había descrito

un semicírculo alrededor de Asirgarh. ¿Con qué podía Mrs. Moore relacionar aquella fortaleza excepto con el nombre de Asirgarh? Con nada; no conocía a nadie que viviera allí. Pero sus torres habían mirado dos veces a la anciana como diciéndole: «Yo no desaparezco.» Mrs. Moore se despertó sobresaltada a medianoche, porque el tren estaba descendiendo entre los farallones occidentales. Sus cumbres, iluminadas por la luna, corrían hacia ella como las olas del mar sobre la arena de la playa; después de un breve trayecto sobre la llanura, apareció el mar auténtico y el nebuloso amanecer de Bombay. «No he visto los sitios más importantes», pensó Mrs. Moore, al contemplar, encerrado entre los andenes de la estación Victoria, el final de los raíles que la habían transportado a través de un continente y que nunca volverían a llevarla en dirección contraria. Nunca visitaría Asirgarh ni los otros sitios todavía intactos; ni Delhi ni Agrá ni las ciudades del Rajputana ni Cachemira, ni las maravillas aún más humildes que brillaban a veces a través de las palabras de los hombres: la roca bilingüe de Girnar, la estatua de Shri Belgola, las ruinas de Mandu y de Hampi, los templos de Kha juraho y los jardines de Shalímar. Mientras atravesaba en coche la enorme ciudad que el Occidente ha construido para abandonar después con un gesto de desesperación, Mrs. Moore tuvo deseos muy intensos de pararse —aunque no era más que Bombay y aprender a reconocer los cientos de indios que se cruzaban unos a otros en las calles. Pero los cascos de los caballos siguieron transportándola, y muy pronto el barco se hizo a la mar y alrededor del fondeadero fueron apareciendo miles de cocoteros que subían por las colinas para decirle adiós. «¿De manera que creíste que un eco era la India? ¿Que las Cuevas de Marabar eran la última palabra?», repetían riendo. «¿Qué tenemos nosotros en común con ellas, o ellas con Asirgarh? ¡Adiós!» Luego el buque dio la vuelta alrededor de Colaba^[12], el continente giró tras ellos, y el risco de los Ghats se deshizo en la calina del mar del trópico. Lady Mellanby le aconsejó que no se quedara quieta bajo el sol.

—Hemos salido sanas y salvas de la sartén —dijo la esposa del Vicegobernador—; no tendría sentido caerse ahora en el fuego.

Capítulo vigésimo cuarto

Utilizando repentinos cambios de velocidad, el calor siguió su avance después de la marcha de Mrs. Moore hasta que fue preciso soportar la existencia y castigar los delitos con el termómetro a cuarenta y cuatro grados. Los ventiladores eléctricos zumbaban y removían el aire, el agua salpicaba los biombos, los trozos de hielo se entrechocaban, mientras en el exterior, más allá de estas defensas, entre un cielo grisáceo y una tierra amarillenta, las nubes de polvo se morían dubitativas. En Europa la vida se refugia huyendo del frío, y el resultado han sido unos mitos exquisitos nacidos junto al fuego de las chimeneas —Balder, Perséfone—, pero en la India la huida es de la fuente de la vida, del sol traicionero, y no existe poesía para adornarla, porque la desilusión no puede ser hermosa. Los hombres suspiran por la poesía, aunque quizá no lo confiesen; desean que la alegría tenga donaire, el dolor nobleza y el infinito forma, pero la India no les proporciona esas satisfacciones. La confusión anual durante el mes de abril, cuando irritabilidad y lascivia se extienden como un cáncer, es uno de sus comentarios sobre las pertinaces esperanzas de la humanidad. Los peces salen mejor parados: al secarse los estanques se introducen entre el cieno del fondo y esperan a que vengan las lluvias a limpiarlos. Pero los hombres tratan de vivir armoniosamente durante todo el año, y a veces los resultados son desastrosos. La triunfante máquina de la civilización puede atascarse repentinamente y quedar inmovilizada, convertida en coche de piedra, y en esos momentos el destino de los ingleses parece semejar al de sus predecesores, que también entraron en el país con el propósito de darle una nueva forma, pero terminaron acomodándose a sus pautas, cubiertos por el mismo polvo que sus otros habitantes.

Después de años de intelectualismo, Adela había reanudado sus plegarias matutinas al Dios de los cristianos. No parecía que hubiese ningún mal en ello; era el camino más corto y más fácil para llegar lo invisible, y la muchacha podía hilvanar sus problemas en el entramado. De la misma manera que los oficinistas hindúes evitan de Laksmi^[13] un aumento de sueldo, Miss Quested imploraba a Vahveh para que le concediera una sentencia favorable. El os que salva al Rey apoyaría también, sin duda alguna, a la polideidad le respondía consoladoramente, pero el contacto de las manos con la piel de la cara le empezaba a producir un sarpullido y le parecía seguir tragando y expectorando el mismo coágulo de aire insípido que le había oprimido los pulmones durante toda la noche. La voz de Mrs. Turton vino también a distraerla, resonando en la habitación contigua.

—¿Está usted preparada, jovencita?

—Medio minuto —murmuró Adela.

Los Turton la habían hospedado al marcharse Mrs. Moore. Su amabilidad rozaba lo increíble, pero era su situación, y no su personalidad, lo que la motivaba: se trataba de la chica inglesa que había sufrido la terrible experiencia, y todo lo que se hiciera por ella era poco. Nadie, excepto Ronny, tenía la menor idea de lo que pasaba por su cabeza, e incluso su prometido era tan sólo vagamente consciente.

Abrumada por la tristeza, Adela le había dicho: «Sólo te traigo complicaciones; tenía yo razón cuando hablamos en el Maidan, más valdría que nos contentáramos con ser amigos», pero Ronny protestó, porque cuanto mayores eran los sufrimientos de Adela, en más alta estima la tenía. ¿Estaba enamorada de él? Aquella pregunta se hallaba de alguna forma mezclada con las Colinas de Marabar, y Adela le había dado vueltas antes de entrar en la fatídica cueva. ¿Era capaz de querer a alguien?

—Miss Quested, Adela, como mejor le parezca, son las siete y media; tendríamos que pensar en ponernos en camino hacia el juzgado cuando se encuentre usted dispuesta.

—Está rezando —intervino la voz del Administrador, también desde la habitación vecina.

—Lo siento, querida; tómese todo el tiempo que quiera... ¿Estaba bien su *chota hazril*?

—No soy capaz de comer; ¿podría tomar un poco de brandy? —preguntó la muchacha, renunciando a Yahveh.

Cuando se lo trajeron, se estremeció al olerlo y dijo que estaba lista antes de salir.

—Bébaselo; no es mala idea tomar un trago.

—En realidad no creo que me ayude, *Burra Sabib*.

—Has mandado brandy al juzgado, ¿verdad, Mary?

—Creo que sí, y también champaña.

—Les daré las gracias esta noche; ahora estoy destrozada —dijo la muchacha, pronunciando cada sílaba con gran cuidado, como si su problema pudiera disminuir si se le definía con claridad. Tenía miedo de excederse en la discreción, de que algo que ella no percibía tomase forma por debajo de sus palabras, y había estado ensayando con Mr. McBryde, de una manera extraña y melindrosa, el relato de su terrible aventura en la cueva; cómo el hombre nunca había llegado a tocarla, pero la había arrastrado, y todo lo demás. Su propósito aquella mañana era anunciar, con toda meticulosidad, que la tensión era terrible, y que probablemente se derrumbaría ante el interrogatorio de Mr. Amritrao y avergonzaría a sus amigos.

—Vuelvo a oír el eco con más fuerza —les dijo al Administrador y a su mujer.

—¿Qué tal una aspirina?

—No es un dolor de cabeza, es un eco.

El Mayor Callendar, incapaz de eliminar el zumbido de sus oídos, había diagnosticado que se trataba de una fantasía y que había que evitar darle alas. De

manera que los Turton cambiaron de tema. La breve caricia de la brisa matutina pasaba sobre la tierra en aquellos momentos, dividiendo la noche del día; cesaría al cabo de diez minutos, pero podían aprovecharla para trasladarse al centro desde la zona residencial.

—Estoy segura de que voy a derrumbarme —repitió Adela.

—Ya verá como no —dijo el Administrador, con voz llena de ternura.

—Claro que no, Adela es una gran chica.

—Pero, Mrs. Turton...

—¿Sí, querida?

—Aunque perdiera la serenidad no tendría importancia. Sería distinto en otros procesos, pero no en éste. Yo me lo digo a mí misma de la siguiente manera: aunque pierda el control, y llore y haga cosas absurdas, tengo la seguridad de lograr una sentencia favorable, a no ser que Mr. Das sea terriblemente injusto.

—No tiene usted más remedio que ganar —dijo el Administrador con mucha calma, sin recordar a Adela que, inevitablemente, habría también una apelación.

El Nabab Bahadur financiaba la defensa, y se arruinaría antes de permitir que «pereciera un musulmán inocente»; y aún quedaban otros intereses, menos respetables, en un segundo término. El caso podía trasladarse de un tribunal a otro, con consecuencias que ningún funcionario estaba en condiciones de prever. Bajo sus mismos ojos, la actitud de Chandrapore se estaba modificando. Cuando el coche de Mr. Turton abandonó la residencia, un guijarro lanzado por un niño se estrelló contra la carrocería, en gesto de ridícula indignación. Cerca de la mezquita las piedras arrojadas eran de mayor tamaño. En el Maidan les esperaba un pelotón de policías nativos con motocicletas para escoltarles a través de los bazares.

—McBryde se comporta como una vieja —murmuró el Administrador, que estaba bastante irritado.

—Realmente —dijo Mrs. Turton—, después de *muharram* una demostración de fuerza no vendría mal; es ridículo seguir fingiendo que no nos odian; tienes que abandonar esa farsa.

—Yo no les odio; no sé por qué, pero no les odio —respondió Mr. Turton con una voz extraña, llena de tristeza; y era cierto que no les odiaba; porque si así fuera tendría que condenar su propia carrera como una mala inversión. El Administrador aún conservaba un desdeñoso afecto por los peones que había movido durante tantos años; tenían que ser merecedores de sus desvelos. «Al fin y al cabo, son nuestras mujeres las que hacen que todo sea más difícil», fue lo que pensó al ver algunas palabras obscenas sobre un largo muro vacío; y bajo su caballerosidad hacia Miss Quested acechaba el resentimiento, esperando su oportunidad: quizás haya siempre una pizca de resentimiento en todas las actitudes caballerosas. Delante del juzgado se habían reunido algunos estudiantes: muchachos histéricos con los que Mr. Turton se

habría enfrentado si hubiese ido solo, pero le dijo al chófer que diera la vuelta para entrar por la parte trasera del edificio. Los estudiantes se burlaron, y Rafi (escondiéndose detrás de un compañero para no ser identificado) gritó que los ingleses eran unos cobardes.

Cuando llegaron al despacho privado de Ronny ya se había reunido allí un grupo de los suyos. Ninguno se mostraba acobardado, pero todos estaban nerviosos, porque no dejaban de llegarles extrañas noticias. Los basureros acababan de declararse en huelga y, en consecuencia, no era posible utilizar la mitad de los excusados de Chandrapore; sólo la mitad, y además los basureros del distrito, menos afectados por el proceso del doctor Aziz, llegarían por la tarde y darían al traste con la huelga, pero ¿por qué tenía que producirse un incidente tan grotesco? Y cierto número de damas musulmanas había jurado no comer hasta que el detenido fuera absuelto; su muerte no supondría una gran diferencia, porque, siendo invisibles, era como si ya estuviesen muertas; pero, en cualquier caso, resultaba inquietante. Un nuevo espíritu parecía extenderse por todas partes, un orden distinto que ninguno de los miembros del reducido grupo de ingleses era capaz de explicar. Había una tendencia a ver a Fielding detrás de todo ello; nadie aceptaba ya la idea de que fuese débil y estuviera mal de la cabeza. Todos le atacaron con gran energía: se le había visto llegar al juzgado con los dos abogados de la defensa, Amritrao y Mahmoud Ali; animaba el movimiento de los exploradores por razones sediciosas; recibía cartas con sellos extranjeros, y era probablemente un espía japonés. La sentencia que iba a pronunciarse significaría el fin de aquel renegado, pero el daño que ya había hecho a su país y al Imperio era incalculable. Mientras los otros lanzaban sus acusaciones contra Fielding, Miss Quested permanecía recostada con las manos en los brazos del sillón y los ojos cerrados, reservando sus energías para el juicio. Al cabo de un rato se dieron cuenta de su presencia y se sintieron avergonzados de hacer tanto ruido.

—¿No podemos hacer nada por ti? —dijo Miss Derek.

—Me parece que no, Nancy, y creo que yo tampoco soy capaz de hacer nada por mí misma.

—Se te ha prohibido terminantemente que hables así; eres maravillosa.

—Claro que sí —intervino, reverente, el coro.

—El viejo Das es un buen tipo —dijo Ronny, iniciando un nuevo tema de conversación en voz bastante baja.

—Ninguno de ellos es buena persona —le contradijo el Mayor Callendar.

—Das si que lo es, de verdad.

—Quiere usted decir que le asusta más absolver que condenar, porque si absuelve al acusado perderá su puesto —dijo Lesley con una risita maliciosa.

En realidad era eso lo que Ronny quería decir, pero además se hacía «ilusiones» sobre sus propios subordinados (siguiendo en esto las mejores tradiciones del cuerpo

de funcionarios al que pertenecía), y le gustaba sostener que el bueno de Das poseía de hecho el valor moral que se inculca en los colegios privados ingleses. Hizo notar que —desde cierto punto de vista— era una buena cosa que un indio se encargara del caso. La condena era inevitable; así que más valía que la pronunciara un indio, porque eso causaría menos problemas a la larga. Muy interesado en aquel razonamiento, Ronny fue despreocupándose cada vez más de Adela.

—De hecho, está usted diciendo que no aprueba la petición que mandé a Lady Mellanby —dijo Mrs. Turton, con considerable acaloramiento—. Por favor, Mr. Heaslop, no se disculpe; ya estoy acostumbrada a descubrir que cometo equivocaciones.

—No era eso lo que quería decir.

—Muy bien. Ya le he dicho que no se disculpe.

—Esos cerdos siempre están a la caza de algún agravio —dijo Lesley, con intención de aplacar a Mrs. Turton.

—Cerdos, ya lo creo que sí —le hizo eco el Mayor—. Y algo más que les voy a decir en seguida. Lo que ha sucedido es una cosa estupenda, de verdad, exceptuando, por supuesto, lo que han sufrido algunos de los presentes. Porque van a tener que chillar y ya es hora de que chillen. Al menos en el hospital ya les he metido el santo temor de Dios en el cuerpo. Tendrían ustedes que ver al nieto del hombre considerado hasta hace poco como principal partidario del Gobierno. —Callendar estuvo riendo entre clientes mientras describía el actual aspecto del pobre Nureddin—. No volverá a presumir de guapo; le faltan cinco dientes de arriba, dos de abajo, y la nariz rota... El viejo Panna Lal le trajo ayer el espejo y se echó a llorar... Yo me reí; me reí y les aseguro que ustedes hubieran hecho lo mismo; antes era uno de esos sucios negros que se las dan de elegantes, pensé, ahora no es más que un montón de basura; no se merece otra cosa, maldito sea..., estoy convencido de que era terriblemente inmoral... —Se fue serenando al darle alguien un suave toque en el costado, pero añadió aún—: También me hubiera gustado ocuparme de mi antiguo asistente; todo es poco para esa gente.

—Por fin hay alguien que dice cosas razonables —exclamó Mrs. Turton, causando gran desazón en su marido.

—Eso es lo que yo digo; mi opinión es que no se puede hablar de crueldad después de una cosa como ésta.

—Exactamente, y recuérdelo después, caballeros. Son ustedes débiles, muy débiles. ¡Claro que sí! Esos indios tendrían que ir a gatas desde aquí hasta las cuevas cada vez que apareciese una inglesa; habría que negarles el saludo, escupirles, hacerles tragar el polvo; hemos sido demasiado amables con nuestros *Bridge Parties* y todo lo demás.

Mrs. Turton hizo una pausa. El calor la había invadido aprovechándose de su

indignación, por lo que se consagró a la limonada, pero sin dejar de murmurar: «Débiles, débiles» entre sorbo y sorbo. Poco después se repitió todo el proceso. Como los problemas que Miss Quested había hecho salir a la luz eran mucho más importantes que ella misma, los demás la olvidaban inevitablemente.

En seguida empezó la vista del juicio.

A los ingleses les precedieron sus sillas en la sala del tribunal, porque era importante que se les tratara con especial respeto. Y una vez que los *chuprassis* lo prepararon todo, entraron ellos en el destartado salón con aire condescendiente, como si se tratara de la caseta de una feria. El Administrador hizo un chiste protocolario mientras se sentaba y provocó la sonrisa de sus acompañantes; los indios, que no llegaron a oír lo que había dicho, pensaron que estaban preparando alguna nueva crueldad, porque de lo contrario los *sabios* no se reirían entre dientes.

La sala se hallaba abarrotada y, por supuesto, hacía mucho calor. La primera persona en la que Adela se fijó fue en el más humilde de toaos los presentes, alguien que no tenía, oficialmente, ninguna relación con el juicio: el nombre que movía el *punkah*. Casi desnudo y espléndidamente formado, se hallaba encima de un estrado, cerca del fondo, en medio del pasillo central, y captó la atención de la muchacha nada más entrar, dándole la impresión de que era él quien controlaba la marcha del proceso. Aquel individuo tenía la fuerza y la belleza que florece ocasionalmente en los indios de extracción humilde. Cuando esa extraña raza está ya cerca del polvo y se la condena como intocable, la naturaleza recuerda la perfección física que consigue en otros sitios, y produce un dios..., nunca son muchos, tan sólo uno aquí y allá, para demostrarle a U sociedad lo poco que le impresionan sus categorías. Aquel hombre hubiera llamado la atención en cualquier sitio, pero entre las mediocridades de Chandrapore, con sus piernas como palillos y sus pechos hundidos, destacaba como un ser divino, aunque fuese uno más de la ciudad, y se hubiera alimentado con su basura y estuviese condenado a terminar en sus montones de desperdicios. Tirando de la cuerda y soltándola rítmicamente, lanzando sobre otros remolinos de aire que a él no le llegaban, parecía —como personificación del hado y aventador de almas— distanciarse de cualquier destino humano. Frente a él, también sobre otro estrado, se sentaba el Magistrado Auxiliar, un hombre de pequeña estatura, educado, tímido y meticuloso. El *punkah-wallab* no era ninguna de aquellas cosas; apenas tenía conciencia de su propia existencia y no entendía por qué la sala del tribunal estaba más llena que de ordinario; de hecho no sabía que estaba más llena que de ordinario, ni siquiera sabía que manejaba un ventilador, aunque sí tenía conciencia de tirar de una cuerda. Hubo algo en su indiferencia que impresionó a la muchacha inglesa de clase media; algo como un reproche a lo mezquino de sus sufrimientos. ¿En virtud de qué había congregado ella a tanta gente en aquella habitación? Sus opiniones particulares y el Yahveh de barrio residencial que las santificaba, ¿con qué derecho se

atribuían tanta importancia en el mundo y se arrogaban el título de civilización? Mrs. Moore... Adela buscó a su alrededor, pero Mrs. Moore estaba muy lejos, en el mar; era el tipo de problema que quizás hubiesen analizado en el viaje desde Inglaterra, antes de que la anciana se volviera tan extraña y desagradable.

Mientras pensaba en Mrs. Moore, Adela empezó a oír sonidos que fueron haciéndose gradualmente más precisos. El proceso destinado a hacer época estaba comenzando, y el Superintendente de la policía había tomado la palabra como representante del ministerio fiscal.

Mr. McBryde no se esforzaba por ser un orador interesante; dejaba la elocuencia para la defensa, que sí iba a necesitarla. Su actitud era «Todo el mundo sabe que este hombre es culpable, pero yo me veo obligado a decirlo en público antes de mandarlo a cumplir su sentencia en las islas Andaman». No recurrió ni a las emociones y sólo gradualmente la estudiada negligencia de su actitud se dejó sentir, logrando enfurecer a parte del público. Fue describiendo laboriosamente la génesis de la excursión. El procesado había conocido a Miss Quested en una merienda ofrecida por el director del Instituto, concibiendo desde aquel momento sus propósitos en relación con la demandante: el detenido era un hombre vida disoluta, como lo testimoniarían los documentos que se le encontraron en el momento de su arresto; su colega el doctor Panna Lal, estaba en condiciones de dar luz sobre su carácter, y el mismo Mayor Callendar también hablaría por su parte. Aquí Mr. McBryde hizo una pausa. Quería mantener el proceso lo limpio posible, pero la Patología oriental, su tema favorito, le rodeaba por todas partes y fue incapaz de resistirse a su influjo. Las gafas, como era su costumbre antes de proclamar una verdad carácter general, contempló a sus oyentes con gesto triste y señaló que las razas de piel más oscura se sienten físicamente atraídas por las de piel más clara, pero no al revés; esto no debía ser motivo de amargura, ni motivo de insultos, sino simplemente un hecho que cualquier observador científico estaba en condiciones de confirmar.

—¿Aunque la señora sea mucho más fea que el caballero?

El comentario no pareció salir de ningún sitio; dio más bien la impresión de caer del cielo. Era la primera interrupción, y el presidente del tribunal se sintió obligado a censurarla.

—Expulsen a ese hombre —dijo.

Uno de los policías nativos tomó del brazo a un espectador que no había dicho nada y lo sacó de la sala con bastante brusquedad. Mr. McBryde volvió a ponerse las gafas y siguió adelante. Pero el comentario había perturbado a Miss Quested. A su cuerpo le molestaba que lo llamaran feo, y se estremeció.

—¿Te sientes mareada, Adela? —le preguntó Miss Derek, que cuidaba de ella con amorosa indignación.

—Últimamente nunca siento otra cosa, Nancy. Saldré adelante pero es terrible,

terrible.

Esto provocó la primera de una serie de escenas. Los amigos de Miss Quested empezaron a agitarse a su alrededor, y el Mayor exclamo clamó:

—Estas condiciones no son adecuadas para mi paciente; ¿por que no se le permite sentarse sobre el estrado? En el sitio donde se encuentra no recibe nada de aire.

Aunque Mr. Das pareció molestarse, dijo:

—No tengo inconveniente en que Miss Quested se siente aquí p0 consideración a su estado de salud.

Los *chuprassis* no subieron una, sino varias sillas, y todo el grupo se instaló con Adela sobre el estrado. Mr. Fielding era ya el único europeo en el nivel más bajo.

—Esto está mejor —hizo notar Mrs. Turton mientras terminaba de acomodarse.

—Un cambio muy deseable por varias razones —replicó el Mayor.

El Presidente comprendió que debía censurar aquella observación, pero no se atrevió a hacerlo. Callendar se dio cuenta de que estaba asustado y exclamó con entonación autoritaria:

—De acuerdo, McBryde, siga adelante; siento haberle interrumpido.

—¿Se encuentran bien todos ustedes? —preguntó el Superintendente.

—Saldremos adelante, saldremos adelante.

—Siga, Mr. Das, no estamos aquí para entorpecer su tarea —dijo el Administrador General, con aire protector.

En realidad, más que entorpecer el proceso se habían hecho cargo de él.

Mientras el fiscal continuaba su exposición, Miss Quested examinó la sala; al principio tímidamente, como si fuera a abrasarle los ojos. A izquierda y derecha del hombre del *punkah* vio muchas caras conocidas a medias. Por debajo de ella estaba reunido todo lo que quedaba de su estúpida pretensión de ver la India: las personas que Mrs. Moore y ella habían conocido en el *Bridge Party*, el matrimonio que no les había mandado su coche, diferentes criados, aldeanos, funcionarios, y el procesado mismo. Allí estaba sentado: un indio de poca estatura, pero fuerte y pulcro, con el pelo muy negro y manos flexibles. Adela le contempló sin especial emoción. Desde su último encuentro, la muchacha le había convertido en un ser maligno, pero ahora parecía ser lo que siempre había sido: alguien a quien apenas conocía. Una persona sin importancia, desprovisto de significado, tan descarnado como un hueso, y aunque «culpable», no le rodeaba en absoluto una atmósfera de pecado. «Supongo que es culpable. ¿Existe la posibilidad de que me haya equivocado?», pensó Adela. Porque aquella pregunta todavía se le presentaba ante el entendimiento, si bien desde la marcha de Mrs. Moore había dejado de turbar su conciencia.

El abogado defensor, Mahmoud Ali, se levantó a continuación para preguntar con recargada y poco oportuna ironía si no sería posible nacerle un sitio a su cliente en el estrado: también los indios se sentían indispuestos a veces, aunque, naturalmente, el

Mayor Callendar no pensara así, por ser el responsable de un hospital del Gobierno.

—Otro ejemplo de su exquisito sentido del humor —exclamó Miss Derek.

Ronny miró a Mr. Das para ver cómo resolvía la dificultad. El presidente del tribunal dio síntomas de nerviosismo y reprendió a Mahmoud Ali con severidad.

—Perdóneme... —era el turno del eminente abogado de Calcuta, un hombre apuesto, de aventajada estatura, huesos prominentes, y cabello gris que llevaba muy corto—. Protestamos contra la presencia en el estrado de tantas damas y caballeros europeos —dijo con impecable acento de Oxford—. Conseguirán intimidar a nuestros testigos. Esas personas deben estar en la sala, con el resto del público. No nos oponemos a que Miss Qusted siga en el estrado, dado su estado de salud; nos proponemos tener con ella las mayores muestras posibles de cortesía, a pesar de las verdades científicas que el Superintendente de policía del distrito ha tenido a bien revelarnos; pero nos oponemos a la presencia de los demás.

—Ya está bien de cacareo; lo que queremos es la sentencia —gruñó el Mayor.

El distinguido visitante fijó respetuosamente la vista en el presidente del tribunal.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Mr. Das, ocultando desesperadamente el rostro detrás de unos papeles—. Yo sólo he dado permiso a Miss Qusted para sentarse aquí arriba. Sus amigos tendrán la amabilidad de bajar otra vez.

—Bien hecho, Das, totalmente correcto —dijo Ronny con abrumadora sinceridad.

—¡Obligarnos a bajar! ¡Qué increíble impertinencia! —exclamó Mrs. Turton.

—No alborotes, Mary —murmuró su marido.

—Mi paciente no puede quedar desatendida.

—¿Se opone usted a que siga también aquí el Cirujano-Jefe, Mr. Amritrao?

—No me queda más remedio que hacerlo. Un estrado confiere autoridad.

—Aunque no tenga más que un pie de altura; será mejor que bajemos todos —dijo el Administrador General, tratando de tomar a broma.

—Muchas gracias, señor —dijo Mr. Das, muy aliviado—. Gracias, Mr. Heaslop; gracias también a todas ustedes, señoras.

Y el grupo entero, Miss Qusted incluida, descendió de su precipitada eminencia. La noticia de su humillación se extendió rápidamente y se oyeron las burlas de la gente que esperaba fuera. Las sillas especiales acompañaron a los ingleses en su caída. Mahmoud Ali (a quien el odio hacía decir cosas ridículas y completamente inútiles) protestó también contra las sillas; ¿con qué autoridad se habían traído?, ¿por qué no se le daba una al Nabab Bahadur?, La gente empezó a hablar por toda la sala sobre sillas ordinarias y especiales, tiráis de alfombra y estrados de un pie de altura.

Pero aquella breve excursión había tenido un efecto positivo sobre los nervios de Miss Qusted. Se sentía más cómoda después de haber visto a todas las personas que se encontraban en U sala. Era como saber lo peor. Ahora ya estaba segura de que saldría bien de aquello, es decir, sin deshonor espiritual, e hizo llegar la buena noticia

a Ronny y a Mrs. Turton. Pero a estos últimos les había afectado demasiado la derrota sufrida por el prestigio británico para sentirse interesados. Desde su asiento, Adela podía ver a Mr. Fielding, renegado. Lo había visto mejor desde el estrado y sabía que un niño indio estaba subido en sus rodillas. El Director del Instituto con templaba la marcha del proceso y también la miraba a ella. Cuando los ojos se encontraron, él apartó la vista, como si el contacto directo no le interesara.

El presidente del tribunal también estaba contento. Había ganado la batalla del estrado y sentía más confianza en sí mismo. Con inteligencia e imparcialidad siguió escuchando las declaraciones, y trató de olvidar que más adelante tendría que pronunciar un veredicto que estuviese de acuerdo con las pruebas presentadas. El Superintendente siguió adelante con paso firme; había contado con aquellos estallidos de insolencia —eran los lógicos gestos de una raza inferior— y no dejaba traslucir odio alguno hacia Aziz; tan sólo un desprecio infinito.

La exposición de McBryde se extendió considerablemente sobre las personas «que se habían dejado engañar por el detenido»: Fielding, el criado Antony, el Nabab Bahaaur. A Miss Quested siempre le había parecido dudoso este aspecto del caso, y había pedido al policía que no lo desarrollara mucho. Pero la comunidad inglesa estaba empeñada en conseguir una larga condena y quería probar que el ataque había sido premeditado. Y con el fin de ilustrar la estrategia del acusado presentaron un mapa de las Colinas de Marabar, mostrando el camino seguido por la expedición, y el «Estanque de la Daga», donde habían instalado el campamento.

El presidente del tribunal manifestó interés por la arqueología.

Le fue presentado un modelo en alzada de una de las cuevas; llevaba un cartel que decía: «Cueva budista.»

—Creo que no es budista, sino jainí.

—¿En qué cueva se afirma que se cometió el delito, en la budista o en la jainí? —preguntó Mahmoud Ali, con aire de estar desenmascarando una conspiración.

—Todas las cuevas de Marabar son jainíes.

—De acuerdo; en ese caso, ¿en cuál de las cuevas jainíes?

—Tendrá usted ocasión de hacer esas preguntas más adelante.

Mr. McBryde sonrió débilmente ante tu estupidez. Los indios invariablemente se venían abajo con cuestiones como aquélla. El Superintendente sabía que la defensa albergaba la absurda esperanza de establecer una coartada; que habían tratado (sin éxito) de identificar al guía; y que Fielding y Hamidullah habían ido al Kawa Dol y lo habían recorrido y medido durante una noche de luna.

—Mr. Lesley dice que son budistas, y si hay alguien que lo sepa debe de ser él. Pero ¿puedo llamar la atención sobre su atención sobre su fortuna?. Y paso a describir lo que había sucedido allí. Luego habló de la llegada de Miss Derek, del precipitado descenso por el barranco; regreso de las dos señoritas a Chandrapore y

del documento firmado por Miss Quested al llegar, en el que se hacía mención de los prismáticos. Y a continuación llegó la prueba definitiva: el hallazgo de los prismáticos en posesión del procesado—. De momento no tengo nada más que añadir —concluyó, quitándose las gafas. Ahora procederé a llamar a mis testigos. Los hechos hablarán por si solos. El procesado es una de esas personas que llevan una doble vida. Me atrevo a decir que ha ido degenerando gradualmente, y que se ha mostrado muy hábil en la tarea de ocultar sus como suele suceder en estos casos, por lo que ha fingido ser un miembro respetable de la sociedad y ha logrado incluso un puesto gubernamental. En la actualidad está totalmente entregado al vicio y más allá de toda posible redención, mucho me temo. Se comporta de la manera más cruel y brutal que imaginarse pueda con otra de sus invitadas, también inglesa. Para librarse de ella, y quedar así en libertad de perpetrar su delito, estuvo a punto de aplastarla entre sus criados en una de las cuevas, dicho sea de paso.

Pero sus últimas palabras provocaron una nueva tormenta y de repente, otro nombre, el de Mrs. Moore, irrumpió en un torbellino. Mahmoud Ali, muy encolerizado, se dejó los nervios; gritando como un loco preguntó si se acusaba a su cliente de asesinato y, quiso saber quién aquella segunda señora inglesa.

—No me propongo llamarla como testigo.

—No lo haré porque no puede, ya que la han sacado del país ha escondidas; esa señora es Mrs. Moore, que hubiera probado la inocencia del acusado; estaba de nuestra parte, era amiga de los pobres indios.

—También usted podía haberla llamado a declarar —exclamo el presidente—. Como ninguna de las dos partes la ha llamado, nadie puede utilizar su testimonio.

—Nos fue ocultada hasta que ya era demasiado tarde..., lo supe demasiado tarde; ésa es la justicia inglesa, eso es lo que significa la soberanía británica. Devuélvannos a Mrs. Moore tan sólo por cinco minutos y salvará a mi amigo, salvará el nombre de sus hijos; no la excluya, Mr. Das; desdígase de esas palabras que ha pronunciado porque también usted es padre; dígame qué han hecho con ella" qué ha sido de Mrs. Moore...

—Por si acaso tiene algún interés, les diré que mi madre debe de haber llegado a Aden —dijo Ronny con sequedad; no debiera haber intervenido, pero aquel furioso ataque le sobresaltó.

—Ustedes la han llevado allí porque sabía la verdad. —Mahmoud Ali estaba casi fuera de sí, y se le oyó decir a pesar del tumulto—: Estoy arruinando mi carrera, pero no importa; nos van a arruinar a todos, uno a uno.

—Ésa no es manera de defender su caso —le aconsejó el presidente.

—Ni yo estoy defendiendo un caso ni usted lo está juzgando. Los dos no somos más que esclavos.

—Mr. Mahmoud Ali, ya le he hecho una advertencia, y a menos que vuelva usted

a sentarse haré uso de mi autoridad.

—Hágalo; este proceso es una farsa, yo me marchó —hizo entrega de sus papeles a Amritrao y salió, no sin antes exclamar desde la puerta, de manera teatral pero llena de intensa pasión—: Aziz, Aziz, adiós para siempre.

El tumulto creció, siguió invocándose el nombre de Mrs. Moore, y las personas que ignoraban el significado de aquellas sílabas las repetían como si se tratara de un encantamiento. Al indianizarse, el nombre se convirtió en Eximís Esmuí y fue muy pronto recogido por los que esperaban en la calle. Las amenazas y expulsiones del presidente resultaron inútiles. Hasta que la *mas?* del nombre se agotó por sí misma, sus esfuerzos no sirvieron de nada.

—Totalmente inesperado —señaló Mr. Turton.

Ronny proporcionó la explicación. Antes de embarcarse, su madre había adquirido la costumbre de hablar en sueños de las Colinas de Marabar, especialmente por la tarde, cuando había criados en el porche, y no le cabía duda de que sus incoherentes observaciones sobre Aziz habían sido vendidas a Mahmoud Ali por unos céntimos; era algo que siempre sucedía en el Oriente.

—Estaba convencido de que iban a intentar algo de este tipo. Ingenioso. —Mr. Turton contempló sus bocas desmesuradamente abiertas—. Consiguen excitarse de esa manera con su religión —añadió calmosamente—. Empiezan y no pueden parar. Lo siento por el bueno de Das; no está consiguiendo un gran éxito, precisamente.

—Mr. Heaslop, es terrible que mezclen así con todo esto a su querida madre —dijo Miss Derek, inclinándose hacia adelante.

—No es más que un truco, pero les ha salido bien. Ahora se entiende por qué tenían a Mahmoud Ali: sólo para que hiciese una escena si se presentaba la ocasión. Es su especialidad.

Pero lo que estaba sucediendo le molestaba más de lo que dejaba traslucir. Era repugnante oír cómo caricaturizaban a su madre, convirtiéndola en Esmis Esmur, una diosa hindú.

Esmis Esmur

Esmis Esmur

Esmis Esmur

Esmis Esmur...

—Ronny...

—Sí, querida.

—¿No es todo muy extraño?

—Me temo que te estará resultando muy molesto.

—Nada en absoluto. No me importa lo más mínimo.

—Bueno; eso está bien.

Adela había hablado con más naturalidad que de ordinario como si se sintiera mejor de salud.

—No se preocupen por mí, estoy mucho mejor que antes —dijo inclinándose hacia sus amigos—; no me siento nada mareada todo va a salir perfectamente, y quiero darles las gracias a todos; las gracias; muchas gracias por su amabilidad.

No tuvo más remedio que gritar su gratitud, porque la Esmis Esmur, aún continuaba.

Repentinamente se detuvo. Fue como si la plegaría escuchada y se hubieran exhibido las reliquias.

—Pido disculpas por mi colega —dijo Mr. Armitrao, para sorpresa de todo el mundo—. Es un amigo íntimo de nuestro cliente y se ha dejado llevar por sus sentimientos.

—Mr. Mahmoud Ali tendrá que disculparse en Presidente del tribunal.

—Exactamente, señor, tiene que hacerlo. Pero acabamos de saber que Mrs. Moore quería hacer importantes revelaciones, y su hijo la ha hecho salir del país a toda prisa antes de que pudiera declarar; esto ha trastornado a Mr. Mahmoud Ali, al producirse después de un intento de intimidar al único testigo europeo que nos queda, Mr. Fielding. Mr. Mahmoud Ali no habría dicho nada si la policía no hubiese intentado presentar a Mrs. Moore de cargo.

Mr. Amritrao volvió a sentarse.

—Se está introduciendo un elemento extraño al caso —dijo el Presidente—. Debo repetir que, como testigo, Mrs. Moore no existe. Ni usted, Mr. Amritrao; ni usted, Mr. McBryde, tienen el menor derecho a utilizar unas hipotéticas declaraciones de esa señora. Mrs Moore no está aquí, y, por tanto, nada puede decir.

—Bien, retiro mi alusión —dijo el Superintendente con gesto fatigado—. Lo habría hecho hace quince minutos si se me hubiese dado la oportunidad. El testimonio de Mrs. Moore no tiene la menor importancia para mí.

—Yo la he retirado ya por la defensa —dijo Amritrao. Y añadió con el humor característico de su profesión—: Quizás usted pueda persuadir a los caballeros que están fuera para que la retiren también.

Porque en la calle seguían repitiendo el estribillo.

—Mucho me temo que mis poderes no llegan tan lejos —dijo Das, sonriendo.

Así se restableció la paz, y cuando a Adela le llegó el turno de prestar declaración había más tranquilidad en la sala que en ningún otro momento desde el comienzo del juicio. Los expertos no se mostraban sorprendidos. Ya se sabe que el nativo no tiene aguante. Estalla por una insignificancia y no le quedan fuerzas para el momento crítico. Lo que busca es un motivo de queja, y ya lo había encontrado en el supuesto rapto de una anciana. Ahora se sentiría mucho menos afligido cuando Aziz fuese deportado.

Pero el momento crítico no había llegado aún.

Adela siempre había tenido intención de decir la verdad y nada más que la verdad, pero la tarea de preparar su declaración le había resultado difícil, porque el desastre de la cueva estaba ligado, aunque sólo fuera por un hilo, con otra parte de su vida, el compromiso matrimonial con Ronny. Adela había pensado en el amor momentos antes de entrar en la cueva, e ingenuamente le había preguntado a Aziz su opinión sobre el matrimonio, y la muchacha suponía que su curiosidad había despertado la idea del mal en el joven médico. Contar todo esto le hubiera resultado increíblemente penoso, y era el único episodio que deseaba mantener a oscuras; estaba dispuesta a dar detalles que hubieran angustiado a otras muchachas, pero no se atrevía a mencionar este fallo particular suyo, y temía ser interrogada en público por la posibilidad de que saliera a relucir algo de aquello. Pero dejó de preocuparle tan pronto como se levantó para contestar y oyó el sonido de su propia voz. Una nueva y desconocida sensación la protegía, semejante a una magnífica armadura. No pensaba en lo que había sucedido, ni tampoco hizo el uso habitual de la memoria que se necesita para recordar, sino que regresó a las Colinas de Marabar y hablaba desde ellas con Mr. McBryde a través de una especie de oscuridad. El día fatal se estaba repitiendo en todos sus detalles, pero ahora Adela se hallaba fuera y dentro de él al mismo tiempo y esta doble relación le daba un esplendor indescriptible. ¿Por qué le había parecido «aburrida» la excursión? El sol se alzó de nuevo, la elefanta les aguardaba y los pálidos relieves de la roca se deslizaron a su alrededor para ofrecerle en seguida la primera cueva; Adela entró, y el resplandor de una cerilla se reflejó en sus brillantes paredes: todo muy hermoso y lleno de significado, aunque ella hubiese sido incapaz de ver nada en aquel momento. Se le iban formulando preguntas y Adela encontraba la respuesta exacta para cada una; sí, había reparado en el «Estanque de la Daga», aunque ignoraba su nombre; sí, Mrs. Moore estaba cansada después de la primera cueva, y se sentó a la sombra de una roca de gran tamaño, cerca del barro seco. Suavemente, la voz que le llegaba de lejos seguía adelante, llevándola por los senderos de la verdad, y el aire producido por el *punkah* que estaba detrás también la empujaba.

El detenido y el guía la llevaron hasta el Kawa Dol sin que nadie más estuviera presente?

—La colina tiene una configuración realmente extraordinaria. Sí. —Al hablar, Adela iba creando el Kawa Dol, veía los nichos por encima de la curva de la roca y sentía la violencia del calor como una bofetada en el rostro. Y hubo algo que le obligó a añadir—: Que yo sepa, nadie más se hallaba presente. Daba la impresión de que estábamos solos.

—Muy bien, hay un saliente a mitad de camino, colina arriba, o quizá más bien una excavación, con cuevas diseminadas cerca del comienzo de un *nullah*.

—Reconozco el sitio del que está usted hablando.

—¿Entró usted sola en una de esas cuevas?

—Así es, efectivamente.

—Y el procesado la siguió.

—Ya es nuestro —gruñó el Mayor.

Adela guardó silencio. El tribunal, el lugar donde le hacían las preguntas, aguardaba su respuesta. Pero ella no podía darla hasta que Aziz ocupara el espacio requerido por la contestación.

—El detenido la siguió, ¿no es eso? —repitió el Superintendente, con el monótono tono de voz que ambos estaban usando; empleaban todo el tiempo palabras convenidas, de manera que aquella parte del proceso no podía depararles ninguna sorpresa.

—¿Me permite medio minuto antes de responder a eso, Mr. McBryde?

—Ciertamente.

La visión de Adela incluía varias cuevas. Se veía a sí misma en una de ellas, pero también estaba fuera, contemplando la entrada, en espera de que Aziz la cruzara. Pero no consiguió localizarlo. Era la duda que le había asaltado con frecuencia, pero sólida y atractiva, como las mismas colinas.

—No estoy... —Las palabras eran más difíciles que la visión—. No estoy completamente segura.

—¿Cómo dice? —preguntó el Superintendente.

—No tengo seguridad...

—Creo que no he oído bien su respuesta. —McBryde parecía ajustado; su boca se cerró bruscamente—. Está usted en el saliente?* como queremos llamarlo, y ha entrado en una cueva. Le estoy sugiriendo que el detenido la siguió.

Adela movió la cabeza.

—Por favor, ¿qué quiere usted decir?

—No —dijo la muchacha con voz apagada y sin inflexiones.

En varios puntos de la sala se oyeron algunos ruidos todavía débiles, pero, con la excepción de Fielding, nadie entendió todavía lo que estaba sucediendo. El Director del Instituto vio que Miss Qusted iba a tener un colapso nervioso y que su amigo se había salvado.

—¿Qué es ello, qué es lo que está usted diciendo? Hable más alto, por favor.

El Presidente se inclinó hacia adelante.

—Me temo que he cometido una equivocación.

—¿Qué clase de equivocación?

—El doctor Aziz nunca me siguió al interior de la cueva.

El Superintendente dio un golpe con sus papeles contra la mesa, luego los recogió de nuevo y dijo con gran calma:

—Ahora, Miss Quested, vamos a continuar. Voy a leerle el contenido de la declaración que firmó usted dos horas más tarde en mi bungalow.

—Discúlpeme, Mr. McBryde, pero no puede usted continuar. Voy a hablar yo mismo con la testigo. Y el público guardará silencio. Si continúa hablando, haré desalojar la sala. Miss Quested, diríjase a mí, que soy el Magistrado responsable de este caso, y dese cuenta de la extraordinaria importancia de sus palabras. Recuerde que habla usted bajo juramento, Miss Quested.

—El doctor Aziz nunca...

—Suspendo este proceso por razones médicas —exclamó el Mayor al decirle Turton una frase al oído.

Todos los ingleses se alzaron de sus sillas al mismo tiempo: voluminosas figuras blancas que ocultaban por completo al Presidente, de corta estatura. También los indios se pusieron en pie, cientos de cosas sucedieron al mismo tiempo, de manera que después cada persona daba una versión diferente de la catástrofe.

—¿Retira usted la acusación? Contésteme —aulló el representante de la justicia.

Algo que Adela no llegó a entender se apoderó de ella, permitiéndole seguir adelante. Aunque la visión se había desvanecido y se hallaba otra vez en un mundo perfectamente insípido, recordaba lo que había aprendido. Expiación y confesión podían esperar.

—Lo retiro todo —dijo la muchacha con tono prosaico y voz muy clara.

—Es suficiente; siéntese. Mr. McBryde, ¿desea usted continuar después de esto?

El Superintendente contemplaba a su testigo como si fuera una máquina estropeada.

—¿Se ha vuelto loca? —dijo.

—No siga preguntándole; ya no tiene usted derecho a hacerlo.

—Déme tiempo para reconsiderar...

—*Sahib*, tendrá usted que retirar la acusación; esto se está convirtiendo en un escándalo —tronó el Nabab Bahadur desde el fondo de la sala.

—No lo hará —gritó Mrs. Turton, enfrentándose al creciente tumulto—. Llamen a los otros testigos; ninguno de nosotros está a, salvo... —Ronny trató de detenerla y ella le golpeó muy irritada; luego empezó a insultar a Adela a grandes voces.

El Superintendente acudió en ayuda de sus amigos, diciendo con tono displicente a Mr. Das mientras lo hacía:

—De acuerdo, retiro la acusación.

El Presidente se puso en pie, casi destrozado por la tensión había controlado el caso; nada más, prácticamente, pero demostraba con ello que un indio era capaz de presidir.

—El detenido queda en libertad con todos los pronunciamiento» favorables; la cuestión de las costas se dilucidará en otro momento-dijo a los que aún estaban en

condiciones de oírle.

A continuación el frágil entramado de la Administración de la justicia se desplomó, los gritos de burla y de rabia alcanzaron su punto culminante, la gente aulló y maldijo, se besaron unos a otros y lloraron sin tratar de ocultar sus lágrimas. Aquí estaban los ingleses, protegidos por sus criados; allí Aziz, desmayándose en brazos de Hamiaullah. Victoria en este lado; derrota en aquél: durante un momento la antítesis fue completa. Luego la vida volvió a sus complejidades; una tras otra, todas las personas se abrieron paso hasta salir del juzgado camino de sus diferentes tareas, y antes de que pasara mucho tiempo no quedaba en la escena de aquel ensueño más que el hermoso dios desnudo. Sin darse cuenta de que hubiera sucedido nada anormal, seguía tirando de la cuerda de su *punkah*, contemplando el estrado vacío y las sillas especiales, caídas en su mayor parte, mientras agitaba con ritmo imperturbable las nubes de polvo descendente.

—Creo que no he oído bien su respuesta. —McBryde parecía asustado; su boca se cerró bruscamente—. Está usted en el saliente, q como queramos llamarlo, y ha entrado en una cueva. Le estoy sugiriendo que el detenido la siguió.

Adela movió la cabeza.

—Por favor, ¿qué quiere usted decir?

—No —dijo la muchacha con voz apagada y sin inflexiones.

En varios puntos de la sala se oyeron algunos ruidos todavía débiles, pero, con la excepción de Fielding, nadie entendió todavía lo que estaba sucediendo. El Director del Instituto vio que Miss Quested iba a tener un colapso nervioso y que su amigo se había salvado.

—¿Qué es ello, qué es lo que está usted diciendo? Hable más alto, por favor.

El Presidente se inclinó hacia adelante.

—Me temo que he cometido una equivocación.

—¿Qué clase de equivocación?

—El doctor Aziz nunca me siguió al interior de la cueva.

El Superintendente dio un golpe con sus papeles contra la mesa, luego los recogió de nuevo y dijo con gran calma:

—Ahora, Miss Quested, vamos a continuar. Voy a leerle el contenido de la declaración que firmó usted dos horas más tarde en mi bungalow.

—Discúlpeme, Mr. McBryde, pero no puede usted continuar. Voy a hablar yo mismo con la testigo. Y el público guardará silencio. Si continúa hablando, haré desalojar la sala. Miss Quested, diríjase a mí, que soy el Magistrado responsable de este caso, y dese cuenta de la extraordinaria importancia de sus palabras. Recuerde que habla usted bajo juramento, Miss Quested.

—El doctor Aziz nunca...

—Suspendo este proceso por razones médicas —exclamó el Mayor al decirle

Turton una frase al oído.

Todos los ingleses se alzaron de sus sillas al mismo tiempo: voluminosas figuras blancas que ocultaban por completo al Presidente, de corta estatura. También los indios se pusieron en pie, cientos de cosas sucedieron al mismo tiempo, de manera que después cada persona daba una versión diferente de la catástrofe.

—¿Retira usted la acusación? Contésteme —aulló el representante de la justicia.

Algo que Adela no llegó a entender se apoderó de ella, permitiéndole seguir adelante. Aunque la visión se había desvanecido y se hallaba otra vez en un mundo perfectamente insípido, recordaba lo que había aprendido. Expiación y confesión podían esperar.

—Lo retiro todo —dijo la muchacha con tono prosaico y voz muy clara.

—Es suficiente; siéntese. Mr. McBryde, ¿desea usted continuar después de esto?

—El Superintendente contemplaba a su testigo como si fuera tina máquina estropeada.

—¿Se Ha vuelto loca? —dijo.

—No siga preguntándole; ya no tiene usted derecho a hacerlo.

—Déme tiempo para reconsiderar...

—*Sahib*, tendrá usted que retirar la acusación; esto se está convirtiendo en un escándalo —tronó el Nabab Bahadur desde el fondo de la sala.

—No lo hará —gritó Mrs. Turton, enfrentándose al creciente tumulto—. Llamen a los otros testigos; ninguno de nosotros esta a salvo—.

—Ronny trató de detenerla y ella le golpeó muy luego empezó a insultar a Adela a grandes voces.

El Superintendente acudió en ayuda de sus amigos, diciendo con tono displicente a Mr. Das mientras lo hacía: —De acuerdo, retiro la acusación.

El Presidente se puso en pie, casi destrozado por la tensión. Había controlado el caso; nada más, prácticamente, pero demostrado con ello que un indio era capaz de presidir.

—El detenido queda en libertad con todos los pronunciamientos favorables; la cuestión de las costas se dilucidará en otro momento—dijo a los que aún estaban en condiciones de oírle.

A continuación el frágil entramado de la Administración de la justicia se desplomó, los gritos de burla y de rabia alcanzaron su punto culminante, la gente aulló y maldijo, se besaron unos a otros y lloraron sin tratar de ocultar sus lágrimas. Aquí estaban los ingleses, protegidos por sus criados; allí Aziz, desmayándose en brazos de Hamiaullah. Victoria en este lado; derrota en aquel momento la antítesis fue completa. Luego la vida volvió a sus complejidades; una tras otra, todas las personas se abrieron paso hasta salir del juzgado camino de sus diferentes tareas, y antes de que pasara mucho tiempo no quedaba en la escena de aquel ensueño más que

el hermoso dios desnudo. Sin darse cuenta de que hubiera sucedido nada anormal, seguía tirando de la cuerda de su *punkah* contemplando el estrado vacío y las sillas especiales, caídas en su mayor parte, mientras agitaba con ritmo imperturbable las nubes de polvo descendente.

Capítulo vigésimo quinto

Miss Quested había negado a los suyos. Al alejarse de ellos se vio envuelta por una masa de indios de la clase dedicada al pequeño comercio y arrastrada hacia la salida pública del juzgado. El tenue e indescriptible olor de los bazares la invadió, más agradable que el de un suburbio londinense, pero también más inquietante; un poco de algodón en rama perfumado, sujeto tras la oreja de un anciano, fragmentos de pan entre sus dientes negros, polvos olorosos, aceites: el Oriente aromático de la tradición, pero mezclado con sudor, como si un gran rey se hubiera visto envuelto en algo vergonzoso y no pudiera recobrar la libertad, o como si el calor del sol hubiera cocido y frito todas las glorias de la tierra en revuelta confusión. Los indios no hicieron el menor caso de Adela. Se estrecharon la mano unos a otros por encima de su hombro, gritaron \$ través de su cuerpo... porque cuando el indio ignora de verdad a sus gobernantes llega a olvidarse por completo de su existencia. Privada de toda participación en el universo que había creado, Adela se tropezó de pronto con Mr. Fielding.

—¿Qué busca usted aquí?

Sabiéndole enemigo suyo, Adela se dirigió hacia la calle sin contestar.

—¿Dónde va usted, Miss Quested? —la llamó él desde detrás.

—No lo sé.

—No puede usted salir por ahí de esa manera. ¿Dónde está el coche en el que vino?

—Volveré andando.

—Qué locura... Parece que hay un motín en marcha... La policía ha atacado, nadie sabe lo que ocurrirá después. ¿Por qué no vuelve usted con su gente?

—¿Debería reunirme con ellos? —dijo Adela, sin manifestar la menor emoción.

Se sentía vacía, sin valor alguno; no había ya ni sombra de virtud en ella.

—No puede, es demasiado tarde. No hay manera de llegar a la otra entrada. Venga por aquí conmigo, de prisa; haré que la lleven en mi coche.

—Cyril, Cyril, no me dejes —llamó Aziz, con voz insegura.

—Vuelvo en seguida... Por aquí, y no discuta. —Fielding agarró a Adela del brazo—. Perdome mis modales, pero es que no conozco la posición de nadie. Devuélvame el coche mañana a cualquier hora, si hace el favor.

—Pero ¿adónde voy a ir con él?

—Donde prefiera. ¿Cómo quiere que yo lo sepa?

La victoria del Director del Instituto estaba a salvo en un tranquilo callejón lateral, pero faltaban los caballos, porque el *sais*, pensando que el proceso no

terminaría de forma tan abrupta, se había ido con ellos a visitar a un amigo. Adela se subió al coche obedientemente. Fielding no podía dejarla, porque la confusión iba en aumento, y en algunos puntos tomaba un cariz muy fanático. La calle principal que atravesaba los bazares estaba cortada y los ingleses regresaban a la zona residencial por caminos poco frecuentados; eran como moscas cogidas en una tela de araña y no hubiera sido difícil acabar con ellos.

—¿Qué..., qué ha estado usted haciendo? —exclamo Fielding de repente—. ¿Jugando, estudiando la vida, o qué?

—Esto es para usted, señor —interrumpió un estudiante, acudiendo callejón abajo con una guirnalda de jazmines en el brazo.

—No quiero esa porquería; sal de aquí.

—Soy un caballo, señor; seremos sus caballos exclamo otro. mientras alzaba las lanzas de la victoria.

—Trae a mi *sais*, Rafi; pórtate como un buen muchacho.

—No, señor; llevarles es un honor para nosotros.

Fielding estaba cansado de sus alumnos. Cuanto mas le honraban, menos le obedecían. Le pusieron jazmines y rosas alrededor del cuello, arañaron el guardabarros contra una pared y recitaron un poema; el ruido hizo que el callejón se llenara de gente.

—Démonos prisa, señor; vamos a llevarle con la comitiva.

Y con una mezcla de afecto y descaró le rodearon por todas partes.

—No sé si esto le parecerá bien, pero en cualquier salvo —le explicó a Adela.

El coche llegó a tirones hasta el bazar más importante, donde produjo cierta sensación. A Miss Quested se la odiaba tanto en Chandrapore que no se daba crédito a su retracción y corría el rumor de que la deidad la había fulminado en medio de sus mentiras. Pero todo el mundo aplaudió cuando la vieron sentada junto a heroico Director del Instituto (¡algunos la llamaban Mrs Moore), y le pusieron guirnalda para igualarla personas, con flores alrededor del cuello, en seguimiento del victorioso lando de Aziz. En que se les recibía iba mezclada cierta burla. ¡Los ingleses siempre siguen unidos! Tal era la crítica que se les hacia. Y no era del todo injusta. Fielding estaba de acuerdo, y sabía que, de producirse algún malentendido, si sus aliados llegaban a atacar a la muchacha se vería obligado a morir en su defensa. Y el Director del Instituto no deseaba en absoluto morir por ella; lo que quería era participar en el regocijo de Aziz.

¿Adónde se dirigía la comitiva? En busca de amigos y enemigos, al bungalow de Aziz, al del Administrador General, al Hospital Minto, donde el Cirujano-Jefe tendría que humillarse y los pacientes (confundiéndolos con reclusos) serían puestos en libertad; y también a Delhi y a Simla^[14]. Los estudiantes creyeron que iba al Instituto. Cuando llegaron a un cruce, torcieron hacia la derecha, y por calles laterales llevaron

el carruaje colina abajo hasta atravesar la puerta de un jardín y penetrar en una plantación de mangos donde, por lo que se refiere a Fielding y a Miss Quested, todo era paz y silencio. Los árboles estaban llenos de lustroso follaje y de pequeños frutos verdes; el estanque dormitaba y tras él se alzaban los exquisitos arcos azules del pabellón.

—Señor, vamos a buscar a otros; el coche es una carga algo pesada para nuestros brazos —oyeron decir a los estudiantes.

Fielding se refugió en su despacho y trató de telefonar a McBryde, pero no le fue posible; los hilos estaban cortados. Todos sus criados habían desaparecido. Una vez más el Director del Instituto se sintió incapaz de abandonar a Miss Quested. Le asignó un par de habitaciones, le proporcionó hielo, bebidas y galletas, le aconsejó que se echara y también él fue a tumbarse, porque no había otra cosa que hacer. Fielding se sentía inquieto y frustrado escuchando los sonidos de la comitiva que se alejaba, y la perplejidad le impedía disfrutar del triunfo. Habían vencido, pero la victoria resultaba muy extraña.

—Cyril, Cyril... —gritaba Aziz en aquel momento.

Apretujado en un vehículo con el Nabab Bahadur, Hamidullah, Mahmoud Ali, sus hijos y un montón de flores, no se sentía satisfecho; quería estar rodeado por todos los que le amaban. La victoria no le proporcionaba ningún placer; había sufrido demasiado. Desde el momento de su detención se consideró perdido, derrumbándose como un animal herido; había perdido la esperanza, no por cobardía, sino por saber que la palabra de una inglesa siempre tendría más peso que la suya. «Es el destino», había dicho; y «es el destino», repitió cuando volvieron a encarcelarlo después de *muharram*. Lo único que quedaba, durante aquellas terribles semanas, era el afecto; y afecto era todo lo que sentía en los primeros momentos dolorosos de su libertad.

—¿Por qué no viene Cyril detrás? Demos la vuelta.

Pero la comitiva no podía volver atrás. Avanzaba por el estrecho paso dentro del bazar, camino de la depresión donde estaba el Maidan, como una serpiente por una tubería; en la explanada podría girar sobre sí misma y decidir cuál habría de ser su presa.

—Adelante, adelante —gritó Mahmoud Ali, que hablaba únicamente lanzando alaridos—. Abajo el Administrador, abajo el Superintendente de la policía.

—Mr. Mahmoud Ali, eso no es prudente —imploró el Nabad Bahadur.

Sabía que no se ganaba nada atacando a los ingleses; habían caído en su propia trampa y más valía dejarlos allí; él, además, tenía grandes posesiones y condenaba la anarquía.

—Cyril, me abandonas de nuevo —exclamó Aziz.

—Sin embargo, hace falta una demostración ordenada —dijo Hamidullah—; de lo contrario seguirán pensando que tenemos miedo.

—Abajo el Cirujano-Jefe..., rescatemos a Nureddin.

—¿Nureddin?

—Lo están torturando.

—Dios mío... —dijo Aziz, porque también era un amigo.

—No es cierto. No permitiré que se tome a mi nieto como excusa para un ataque al hospital —protestó el anciano.

—Sí que lo es. Callendar alardeó de ello antes del juicio. Lo oí a través de los *tattis*. Dijo: «He torturado a ese sucio negro.»

—Dios mío, Dios mío... Le llamó sucio negro, ¿no es cierto?

—Le pusieron pimienta en las heridas, en lugar de antiséptico.

—Mr. Mahmoud Ali, eso es imposible; de todas formas un poco de mano dura no le vendrá mal a ese muchacho, necesita disciplina.

—Pimienta. Lo dijo el Cirujano-Jefe. Confían en destruirnos uno a uno; pero no lo conseguirán.

La nueva injuria enfureció a la multitud. Hasta entonces le había faltado objetivo; carecía de agravio que vengar. Cuando llegaron al Maidan y vieron las amarillentas arcadas del Minto, se dirigieron aullando hacia él. Era casi mediodía. La fealdad de cielo y tierra era increíble; el espíritu del mal campaba de nuevo por sus respetos. Tan sólo el Nabab Bahadur luchaba contra él y se decía a sí mismo que el rumor debía de ser falso. Había visto a su nieto en el hospital! la semana anterior. Pero también él se vio arrastrado hasta caer por el nuevo precipicio. Había que rescatar a los enfermos y maltratar al Mayor Callendar como venganza; luego le llegaría el turno a toda la zona residencial de los ingleses.

Pero el desastre se evitó, y fue el doctor Panna Lal quien lo hizo.

El doctor Panna Lal se había prestado a declarar como testigo de cargo con la esperanza de agradar a los ingleses, pero también porque odiaba a Aziz. Cuando la acusación se vino abajo se encontró en una posición muy penosa, pero como comprendió lo que estaba sucediendo más de prisa que la mayoría de la gente se escabulló del juzgado antes de que Mr. Das terminara y atravesó los bazares con Dapple a buen paso, huyendo sin rebozo de la indignación que más pronto o más tarde, acabaría por estallar. En el hospital estaría a salvo, porque el Mayor Callendar le protegería. Pero el Mayor no había aparecido y ahora las cosas estaban peor que nunca, porque llegaba un tropel de gente clamando por su sangre, y los enfermeros se habían amotinado y no le ayudaban a saltar la valla de atrás, o más bien le alzaban para dejarle después caer, con gran satisfacción de los pacientes.

—El nombre no puede morir más que una vez —exclamó finalmente el doctor Lal lleno de angustia, y se dispuso a cruzar el recinto del hospital para hacer frente a la invasión, saludando con una mano y empuñando en la otra un paraguas de color amarillo claro.

—¡Perdóneme! —gimió al acercarse al victorioso landó—. Doctor Aziz, perdóneme todas las mentiras que he dicho.

Aziz guardó silencio, los otros hincharon el cuello y sacaron la barbilla en prueba de desprecio.

—Tenía miedo, me dejé engañar —continuó Panna Lal con tono suplicante—. Me dejé engañar en todo lo relativo a su carácter. ¡Perdone al pobre y anciano *hakim* que le dio leche cuando estaba enfermo! ¡Nabab Bahadur, siempre compasivo! ¿Es mi pobre dispensario lo que desean? Llévense todos esos malditos frascos.

Muy nervioso, pero atento a los gestos de sus oyentes, Panna Lal les vio sonreír ante su inglés, y repentinamente empezó a hacer el bufón: tiró la sombrilla, la pisoteó y se golpeó él mismo en la nariz. Sabía lo que estaba haciendo, y sus espectadores también. No había nada patético ni sublime en el envilecimiento de un hombre como él. De origen innoble, el doctor Panna Lal no poseía nada que pudiera degradarse, y con gran prudencia decidió lograr que los otros indios se sintieran como reyes, porque eso les pondría de mejor humor. Cuando descubrió que querían a Nureddin, brincó como una cabra y corrió como una gallina para hacer lo que le pedían; el hospital se salvó, y hasta el fin de su vida no comprendió por qué no le habían ascendido por el trabajo de aquella mañana. «Prontitud, señor; prontitud similar a la suya», era el argumento que utilizaba ante el Mayor Callendar para reclamar un puesto más elevado.

Al aparecer Nureddin con el rostro cubierto de vendajes, se oyó un rugido de alivio, como si hubiese caído la Bastilla. Era el momento crítico de la marcha, y el Nabab Bahadur logró hacerse con la situación. Después de abrazar al joven en público, inició un discurso sobre Justicia, Valor, Libertad y Prudencia —ordenando el tema en varios apartados—, que logró enfriar las pasiones de la multitud. Explicó además que iba a renunciar al título que le habían otorgado los ingleses, para volver a la vida privada como Mr. Zuifiqar, y que por esa razón se pondría inmediatamente en camino hacia su casa en el campo. El landó se dio la vuelta, la multitud lo acompañó y la crisis quedó atrás. Las Cuevas de Marabar habían supuesto un desgaste terrible para el Gobierno local; habían alterado un buen número de vidas y destrozado varias carreras, pero no habían dividido un continente, ni tal siquiera dislocado un distrito.

—Lo celebraremos esta noche —dijo el anciano—. Mr. Hamidullah, delego en usted para que traiga a nuestros amigos Fielding y Amritrao y se informe de si este último necesitará alimentos especiales. Los demás se quedarán conmigo. No saldremos hacia Dilkusha hasta que refresque a última hora de la tarde, por supuesto. Ignoro cómo se sienten los otros caballeros, pero a mí me duele un poco la cabeza, y lamento no haberme acordado de pedirle una aspirina a nuestro buen Panna Lal.

Porque el calor estaba reclamando lo que era suyo. Incapaz de enfurecer, atontaba, y antes de que pasara mucho tiempo todos los combatientes de Chandrapore

estaban dormidos. Los que se habían refugiado en la zona residencial mantuvieron la vigilancia durante un rato, temiendo un ataque, pero también ellos se adentraron en seguida en el mundo de los sueños: ese mundo en el que todos los hombres pasan un tercio de su vida y que algunos pesimistas consideran como un anticipo de la eternidad.

Capítulo vigésimo sexto

Empezaba a atardecer cuando Fielding y Miss Quested se reunieron y tuvieron la primera de sus numerosas y peculiares conversaciones. El Director del Instituto había albergado la esperanza de que cuando se levantara descubriría que alguien se la había llevado, pero el recinto del centro docente seguía aislado del resto del universo. Adela le preguntó si podían celebrar «una especie de entrevista», y al no obtener respuesta, dijo:

—¿Ha encontrado usted alguna explicación a mi extraño comportamiento?

—Ninguna —respondió él lacónicamente—. ¿Por qué hacer semejante acusación si después iba usted a retirarla?

—Efectivamente, ¿por qué?

—Supongo que debería sentirme agradecido, pero...

—No espero gratitud. Tan sólo pensé que quizá le interesara oír lo que tengo que decir.

—Bueno —refunfuñó Fielding, sintiéndose bastante poco seguro de sí mismo—. No creo que sea muy deseable una discusión entre nosotros. Para decirlo sin rodeos, yo pertenezco al otro bando en este desagradable asunto.

—¿No le interesaría oír mi versión?

—No mucho.

—Por supuesto, no pretendo hablarle de manera confidencial, así que podría usted transmitir todas mis observaciones a sus amigos, porque de todos los sufrimientos de hoy ha salido al menos una cosa positiva: ya no tengo ningún secreto. Mi eco ha desaparecido; llamo eco a un zumbido que tenía en los oídos. La verdad es que he estado indispueta desde la expedición a las cuevas, y es posible que incluso desde antes.

Las palabras de Miss Quested interesaron bastante a Fielding; era lo mismo que él había sospechado a veces.

—¿Qué clase de indisposición? —quiso saber.

Adela se tocó un lado de la cabeza y luego la agitó.

—Eso fue lo primero que pensé el día que detuvieron a Aziz: una alucinación.

—¿Cree usted que podría ser eso? —preguntó ella con gran humildad—. ¿Cuál sería la causa de esa alucinación?

—En las Colinas de Marabar sólo pudo suceder una de estas tres cosas —dijo Fielding, dejándose arrastar a una discusión en contra de sus deseos—. Bueno, quizá sean cuatro posibilidades. O Aziz es culpable, que es lo que creen sus amigos, o usted inventó la acusación por pura malicia, que es lo que piensan los míos; o sufrió usted

una alucinación. Yo me siento muy inclinado —levantándose y paseando por la habitación—, ahora que usted me dice que se sentía indispuesta antes de la excursión (es un dato muy importante), a creer que fue usted misma quien rompió la correa de los prismáticos, que estuvo usted sola en la cueva todo el tiempo. —Quizá...

—¿Recuerda cuándo empezó a sentirse mal?

—Cuando vine a tomar el té con usted, en el pabellón.

—Una reunión bastante desafortunada. Aziz y el profesor Godbole también enfermaron después.

—Yo no estaba enferma..., es una cosa demasiado vaga para poder explicarla con claridad; se halla todo muy mezclado con mili asuntos privados. Me gustó mucho el canto del profesor Godbole...; pero, más o menos, entonces empecé a sentir una especie de tristeza que no fui capaz de detectar en aquel momento..., no, era algo menos concreto que la tristeza: vivir a mitad de presión quizá lo exprese mejor. Como sin interés por nada. Recuerdo haber ido a ver el partido de polo en el Maidan con Mr. Heaslop. Sucedieron varias cosas más, no importa lo que fuera; lo cierto es que estuve todo el tiempo por debajo de mis posibilidades. duda, seguía en ese mismo estado cuando vi las cuevas, y usted sugiere (ya no hay nada que me asuste ni que me hiera)..., usted sugiere que sufrí una alucinación, el tipo de experiencia (aunque mucho más terrible en este caso) que hace pensar a algunas mujeres que se les ha hecho una proposición matrimonial, cuando «V» realidad no ha sido así.

—En cualquier caso, lo presenta usted de una manera muy sincera.

—Me educaron para que fuese sincera; el problema es que no me sirve de nada.

Aquello hizo que Fielding la mirara con más simpatía.

—Servirá para llevarnos al cielo.

—¿Cree usted?

—Si es que existe el cielo.

—¿Puedo preguntarle si cree usted en el cielo, Mr. Fielding? —dijo ella, mirándole tímidamente.

—No. Pero creo que la sinceridad nos lleva allí.

—¿Cómo puede ser eso?

—Volvamos a las alucinaciones. La he estado observando con mucha atención mientras prestaba declaración esta mañana, y si no estoy equivocado, la alucinación (lo que usted llama vivir a mitad de presión, que viene a ser lo mismo) desapareció de repente.

Adela trató de recordar lo que había sentido en el juzgado, pero no pudo; la visión desaparecía cada vez que deseaba interpretarla.

—Los acontecimientos se me fueron presentando en su orden lógico —fue lo que dijo, pero no había sido así en absoluto.

—Mi opinión, y, naturalmente, la estaba escuchando sin perder palabra, con la

esperanza de que cometiera usted algún error, mi opinión, como digo, es que el pobre McBryde actuó de exorcista. En cuanto le hizo una pregunta directa, usted respondió con toda sinceridad y se vino abajo.

—¿Habla de exorcizar en ese sentido? Creía que se refería usted a que yo había visto un fantasma.

—¡No voy tan lejos!

—Personas por las que siento un gran respeto creen en los fantasmas —dijo ella con tono más bien cortante—. Mi amiga Mrs. Moore, por ejemplo.

—Mrs. Moore es una anciana.

—No creo que necesite ser descortés con ella como ya lo fue con su hijo.

—No era mi intención mostrarme grosero. Sólo quería decir que, a medida que pasan los años, resulta más difícil resistirse a lo sobrenatural. He comprobado que está empezando a sucederme a mí mismo. Todavía sigo adelante sin hacer caso; pero qué tentación, cuando ya se tienen cuarenta y cinco años, fingir que los muertos vuelven a vivir; los muertos de uno; los demás no importan.

—Porque los muertos no vuelven a vivir.

—Mucho me temo que no.

—Yo también.

Hubo un momento de silencio, como sucede a menudo después de un triunfo del racionalismo. Luego Fielding se disculpó generosamente por su comportamiento con Heaslop en el club.

—¿Qué dice de mí el doctor Aziz? —preguntó Adela después de otra pausa.

—Ha..., ha sufrido demasiado para pensar con calma y, como es lógico, está muy amargado —dijo Fielding, un poco torpemente, porque los comentarios de Aziz eran groseros además de amargos. La idea subyacente era: «Lo que me deshonra es que se haya mezclado mi nombre con el de esa bruja.» Le enfurecía verse acusado por una mujer sin atractivo físico; sexualmente Aziz era un esnob. Esto había sorprendido y preocupado a Fielding. La sensualidad, mientras fuese directa, no le repelía, pero aquella sensualidad derivada —del tipo que clasifica a las amantes entre los automóviles si son hermosas y entre los mosquitos si no lo son— le resultaba totalmente ajena a sus propias emociones, y se le presentaba como una barrera entre Aziz y él cada vez que salía a relucir. Era, de una forma nueva, el viejo problema que devora el corazón de todas las civilizaciones: el esnobismo, el deseo de tener posesiones, apéndices que aumenten el propio crédito; y los santos se retiran al Himalaya más para huir de esto que para escapar a las inclinaciones de la carne—. Pero permítame que termine mi análisis —dijo, para cambiar de tema—. Sabemos que Aziz no es el culpable, ni usted tampoco, y no estamos seguros de que sea una alucinación. Queda una cuarta posibilidad que también debemos examinar: ¿pudo ser alguna otra persona?

—El guía.

—Exactamente, el guía. Lo he pensado a menudo. Desgraciadamente, Aziz le dio una bofetada, y el otro se asustó y desapareció. Como ve, una situación muy poco satisfactoria, pero tampoco hemos contado con la ayuda de la policía, porque el guía carecía de interés para ellos.

—Quizá fuera el guía —dijo Adela con tono sosegado; de repente el problema había dejado de interesarle.

—¿O podría haber sido uno de ese grupo de *pathans* que han estado vagabundeando por el distrito?

—¿Había alguien en otra cueva y me siguió cuando el guía no miraba? Es posible.

En aquel momento Hamidullah se reunió con ellos, y no pareció muy complacido por el hecho de encontrarlos juntos. Al igual que todos los habitantes de Chandrapore, encontraba inexplicable la conducta de Miss Quested, y al entrar había oído las últimas frase*.

—¿Qué tal, mi querido Fielding? —dijo—. Por fin consigo atraparlo. ¿Puede venir conmigo a Dilkusha inmediatamente?

—¿Inmediatamente?

—Espero marcharme en seguida, no quiero causarle molestias —dijo Adela.

—El teléfono está cortado; Miss Quested no puede llamar a sus amigos —explicó Fielding.

—Muchas cosas han quedado cortadas; más de las que nadie podrá arreglar jamás —replicó el otro—. De todas maneras, debería haber alguna forma de trasladar a esta señora a la zona inglesa. Los recursos de la civilización son muy amplios.

Hamidullah hablaba sin mirar a Adela e ignoró el débil movimiento que ella inició para estrecharle la mano.

—Miss Quested estaba tratando de explicarme su conducta de esta mañana —dijo Fielding, con la idea de que aquella conversación estuviera presidida por un ambiente de cordialidad.

—Quizás hayamos vuelto a la época de los milagros. Hay que estar preparados para todo, dicen nuestros filósofos.

—Quizá les haya parecido un milagro a los espectadores —dijo Adela, dirigiéndose a él con mucho nerviosismo—. El hecho es que me di cuenta antes de que fuese demasiado tarde de que había cometido una equivocación, y tuve la suficiente presencia de ánimo para decirlo así. A eso queda reducido mi extraño comportamiento.

—A eso queda reducido, sin duda —replicó Hamidullah, temblando de rabia, pero sin perder el control, porque temía que la muchacha estuviera tendiéndole otra trampa—. Hablando a título personal, en conversación puramente amistosa, tengo

que admirar su conducta, y me agradó que nuestros simpáticos estudiantes la engalanaran con guirnaldas. Pero, al igual que Mr. Fielding, estoy sorprendido; diría incluso que sorpresa es una palabra demasiado débil. Veo cómo arrastra usted a mi mejor amigo por el fango, echa a perder su salud y destroza su futuro de una forma que usted no puede concebir, decido a su ignorancia de nuestra sociedad y de nuestra religión, para luego, de repente, levantarse en el estrado de los testigos y decir: «No, Mr. McBryde, en realidad no estoy del todo segura, será mejor que lo deje usted marchar.» ¿Me habré vuelto loco? Me pregunto una y otra vez. ¿Se trata de un sueño?, y si es así, ¿cuándo empezó? Sin duda se trata de un sueño que aún continúa; porque, según deduzco, todavía no han terminado ustedes con nosotros y ahora le toca el turno al pobre guía que fue mostrándole las cuevas.

—Nada de eso, no hacíamos más que reparar posibilidades —intervino Fielding.

—Un pasatiempo interesante, pero que requerirá mucho tiempo. Hay ciento setenta millones de indios en esta notable península, y, por supuesto, alguno de ellos entró en la cueva. Un indio tiene que ser el culpable, por supuesto; nunca debemos ponerlo en duda. Pero ya que, mi querido Fielding, esas posibilidades tardarán en concretarse —al llegar aquí Hamidullah pasó el brazo por encima del hombro del inglés y lo zarandeó suavemente—, ¿no sería mejor que viniera usted a casa del Nabab Bahadur, o debiera decir más bien de Mr. Zulfiqar, porque ése es el nombre con que ahora quiere que lo llamemos?

—Con mucho gusto, dentro de un momento...

—Ya he decidido lo que voy a hacer —dijo Miss Qusted—. Me iré al *Dak Bungalow*.

—¿No volverá a casa de los Turton? —preguntó Hamidullah con ojos desorbitados—. Creía que era usted su huésped.

El *Dak Bungalow* de Chandrapore estaba en peores condiciones que la mayoría, y con toda seguridad carecía de criados. Fielding, aunque seguía dejándose mecer por Hamidullah, estaba pensando por su cuenta, y dijo al cabo de un momento:

—Tengo una idea mejor, Miss Qusted. Debe usted quedarse aquí en el Instituto. Yo estaré ausente dos días por lo menos; tendrá usted todo el recinto a su disposición y podrá hacer sus planes como mejor le convenga.

—No estoy de acuerdo en absoluto —dijo Hamidullah, con palpable consternación—. Se trata de una pésima idea. Esta noche podría perfectamente producirse otra demostración y supongamos que alguien atacara el Instituto. Se haría usted responsable de la seguridad de esta señora, mi querido amigo.

—También podrían atacar el *Dak Bungalow*.

—De acuerdo, pero en este caso la responsabilidad ceta de ser suya.

—Así es. Yo ha he causado suficientes problemas.

—¿Lo oye? La señora misma lo admite. No es un ataque de nuestra gente lo que

yo temo: tendría usted que haber visto su comportamiento en el hospital; hay que estar preparados contra una incursión preparada en secreto por la policía con el fin de desacreditarle a usted. McBryde mantiene a un buen grupo de rufianes con ese fin y sería darle la oportunidad que ha estado esperando.

—No importa. Miss Quested no irá al *Dak Bungalow* —dijo Fielding, que simpatizaba espontáneamente con los oprimidos fea parte era ésa la razón de que hubiese apoyado a Aziz) y había decidido no dejar a la pobre muchacha en la estacada.

Además, después de su conversación sentía por ella un respeto que antes no le inspiraba.

Aunque Adela seguía manteniendo su fría actitud de maestra, ya no era ella quien examinaba la vida, sino que la vida la examinaba a ella; Miss Quested se había convertido en un verdadero ser mano.

—Entonces, ¿dónde va a ir? ¡Nunca nos libramos de su presencia!

Porque la muchacha no había despertado la simpatía de Hamidullah. Si se hubiera emocionado en la sala del tribunal; si se hubiese derrumbado, dándose golpes de pecho e invocando el nombre de Dios, habría logrado atraer la imaginación y la generosidad de Hamidullah, que poseía ambas cosas en abundancia.

Pero Adela había conseguido helar la mente oriental al mismo tiempo que le quitaba un gran peso de encima y el resultado era que Hamidullah difícilmente podía creer que fuese sincera, y, en realidad, desde su punto de vista no lo era. Porque su comportamiento descansaba sobre la sinceridad y la justicia entendidas de la forma más fría imaginable; al retractarse, Miss Quested no había sentido amor por aquellos a quienes había perjudicado. La verdad no es verdad en esa tierra tan exigente a no ser que vaya unida a la amabilidad, seguida de más amabilidad y luego otra vez de más amabilidad aún; a no ser que la Palabra que estaba en Dios también sea Dios^[15]. Y el sacrificio de la muchacha —tan meritorio según las ideas occidentales— era rechazado con toda justicia porque, aunque venía de su corazón, no lo incluía.

Unas cuantas guirnaldas, colocadas por los estudiantes alrededor de su cuello, era todo lo que la India iba a darle como recompensa.

—¿Que dónde va a cenar y dónde va a dormir? Yo digo que aquí, aquí mismo; y si unos rufianes le golpean la cabeza, se la habrán golpeado. Ésa es mi contribución. ¿Qué dice usted, Miss Quested?

—Es usted muy amable. Creo que hubiera dicho que sí, pero estoy de acuerdo con Mr. Hamidullah. No debo causarle a usted más problemas. Me parece que lo mejor será volver con los Turton y ver si me permiten dormir allí; si me echan tendré que ir al Dak. El Administrador me aceptaría, estoy segura, pero Mrs. Turton ha dicho esta mañana que no quería volver a verme.

Adela hablaba sin amargura, o, como pensó Hamidullah, sin el debido amor

propio. Lo que ella se proponía era causar las menores molestias posibles.

—Será mejor que se quede aquí en lugar de exponerse a los insultos de esa absurda mujer.

—¿La encuentra usted absurda? A mí solía parecérmelo. Ahora ya no.

—Bien, aquí está nuestra solución —dijo el abogado, que después de terminar el suave zarandeo conminatorio de Fielding se había llegado hasta la ventana—. Se acerca el Magistrado Municipal. Viene sin criados y en un *bandghari* de tercera categoría para pasar inadvertido, pero viene.

—Por fin —dijo Adela con una acritud que hizo volverse a Fielding para mirarla.

—Ya viene, ya viene. Me encojo. Tiemblo.

—¿Hará el favor de preguntarle lo que quiere, Mr. Fielding?

—Viene en busca suya, por supuesto.

—Quizá ni siquiera sepa que estoy aquí.

—Le veré yo primero, si usted lo prefiere.

Cuando Fielding se hubo marchado, Hamidullah dijo con tono mordaz:

—Vamos, vamos. ¿Era preciso exponer a Mr. Fielding a esta nueva molestia? Es un hombre demasiado considerado.

Adela no respondió y ninguno de los dos dijo nada hasta que regresó el dueño de la casa.

—Míster Heaslop tiene noticias para usted —dijo Fielding—. Lo encontrará en el porche. Prefiere no entrar.

—¿Ha dicho que salga yo a verle?

—Lo haya dicho o no, creo que tendrá usted que ir —dijo Hamidullah.

Adela hizo una pausa y luego respondió:

—Tiene usted toda la razón.

Después añadió unas palabras de agradecimiento al Director del Instituto por su amabilidad durante el día.

—Menos mal que esto ha terminado —dijo Fielding, sin acompañar a la muchacha hasta el porche, juzgando innecesario ver a Ronny de nuevo.

—Es insultante que Mr. Heaslop no haya entrado en la casa.

—No podía hacerlo después de mi comportamiento con él en el Club. Heaslop no sale demasiado malparado de todo este asunto. Además, el destino le ha tratado hoy con mano dura. Ha recibido un telegrama comunicándole la muerte de su madre, pobre señora.

—Ah, Mrs. Moore. Lo siento —dijo Hamidullah con voz más bien indiferente.

—Murió en el barco.

—El calor, imagino.

—Es probable.

—Mayo no es un mes adecuado para que una anciana salga de viaje.

—Efectivamente. Heaslop no debiera haberla dejado marchar, y él lo sabe. ¿Nos ponemos en camino?

—Vamos a esperar a que la feliz pareja abandone el recinto..., es realmente intolerable que sigan ahí perdiendo el tiempo. Ya sé que usted no cree en la providencia, pero yo sí. Esto ha sido el castigo de Heaslop por quitarnos un testigo y evitar así que tuviéramos una buena coartada.

—Me parece que en eso va usted demasiado lejos. El testimonio de la pobre señora no hubiese servido de nada, por muchos gritos que diera Mahmoud Ali. Mrs. Moore no habría podido ver lo que pasaba dentro del Kawa Dol aunque hubiera querido. Sólo Miss Quested podía salvar a Aziz.

—Mrs. Moore quería a Aziz, según dice él mismo, y también a la India, y él la quería a ella.

—El cariño no tiene ningún valor en un testigo, como todo abogado debe saber. Pero soy consciente de que va a crearse una leyenda de Esmis Esmur en Chandrapore, y no seré yo quien se oponga a su desarrollo.

El otro sonrió y miró la hora en su reloj. Los dos lamentaban la muerte de la anciana, pero eran hombres maduros que habían orientado sus emociones en otra dirección y en su caso no cabía esperar explosiones de dolor por una persona a quien apenas conocían. Sólo los muertos propios son importantes. Si por un momento tuvieron el sentimiento de la comunión en el dolor fue para perderlo en seguida. ¿Cómo sería posible que un ser humano te compadeciera de toda la tristeza que se le aparece sobre la faz de la tierra, de todo el sufrimiento que padecen no sólo los hombres, sino los animales y las plantas, y quizás incluso las piedras? El alma se fatiga en seguida, y por temor a perder lo poco que de verdad entiende, se retira a las posiciones permanentes establecidas por la costumbre o la casualidad y sufre allí. Fielding únicamente había visto a la muerta dos o tres veces, Hamidullah sólo una y desde lejos, y los dos estaban mucho más preocupados con la inminente reunión en Dilkusha; con aquella cena de la «victoria» a la que iban a llegar victoriosamente tarde. Se pusieron de acuerdo en no hablar a Aziz de Mrs. Moore hasta la mañana siguiente, porque la quería mucho y las malas noticias podían estropearle la fiesta.

—¡Esto es insoportable! —murmuró Hamidullah, porque Miss Quested había vuelto.

—Mr. Fielding, ¿le ha hablado Ronny de esta nueva desgracia?

El otro asintió con la cabeza.

—¡Pobre de mí!

Adela se sentó y dio la impresión de transformarse en estatua.

—Creo que Heaslop la está esperando.

—Me gustaría tanto estar sola... Mrs. Moore era mi mejor amiga y significaba mucho más para mí que para él. No soporto estar con Ronny... No puedo

explicarlo... ¿Sería usted tan amable de permitir que me quede aquí, después de todo?

Hamiaullah lanzó una maldición en su idioma nativo.

—Lo haré con mucho gusto, pero ¿será también ése el deseo de Mr. Heaslop?

—No se lo he preguntado, estamos demasiado afectados..., es una cosa muy complicada, no se parece a lo que normalmente se entiende por ser desgraciado. Los dos deberíamos quedarnos solos y pensar. Haga el favor de hablar otra vez con Ronny.

—Creo que esta vez debería entrar él —dijo Fielding, consciente de que su propia dignidad reclamaba al menos eso—. Óigale que pase.

Adela regresó con él. Heaslop parecía hundido y arrogante al mismo tiempo —una mezcla realmente extraña—, y empezó a hablar inmediatamente de manera entrecortada:

—He venido a llevarme a Miss Quested, pero su estancia en casa de los Turton ha terminado, y de momento no ha surgido ningún otro acomodo; mi bungalow es ahora una casa de soltero...

Fielding le interrumpió cortésmente.

—No siga; Miss Quested se queda aquí. Sólo deseaba estar seguro de su aprobación. Miss Quested, será mejor que mande usted a por su criado si es posible encontrarlo, yo daré órdenes a los míos para que hagan todo lo posible por usted; también se lo haré saber a los Exploradores: se han encargado de custodiar el Instituto desde que se cerró y pueden muy bien seguir haciéndolo. Creo que esta usted tan segura aquí como en cualquier otro sitio. Yo volveré el jueves.

Mientras tanto Hamidullah, decidido a no ahorrarle al enemigo ningún sufrimiento por insignificante que fuera, le había dicho a Ronny:

—Hemos oído que ha muerto su madre. ¿Podemos preguntarle de dónde procedía el telegrama?

—Aden.

—Sin embargo, usted ha presumido durante el juicio de que Mrs. Moore ya había llegado a Aden.

—Ha muerto nada más zarpar el barco de Bombay —intervino Adela—. Ya había muerto cuando hablaron de ella esta mañana. Han debido de arrojar su cuerpo al mar.

Por alguna razón aquello silenció a Hamidullah y le hizo desistir de su brutal interrogatorio, que había disgustado a Fielding más que a nadie. El abogado permaneció silencioso mientras se concretaban los detalles de la estancia de Miss Quested en el Instituto, limitándose a indicarle a Ronny cómo debía quedar muy claro que «Ni Mr. Fielding ni ninguno de nosotros es responsable de la seguridad de esta señora mientras permanezca en el recinto del Instituto», precisión con la que el Magistrado Municipal se mostró de acuerdo. Después de esto se dedicó a observar el

comportamiento semicaballeresco de los tres ingleses, divirtiéndose en silencio; en su opinión, Fielding se había mostrado increíblemente débil y estúpido, y también le asombraba la falta de amor propio en los dos jóvenes. Horas más tarde, cuando se dirigían a Dilkusha, Hamidullah le preguntó a Amritrao, que iba también con ellos:

—Míster Amritrao, ¿ha considerado usted la suma que Miss Qusteded debe pagar en concepto de compensación?

—Veinte mil rupias.

No se dijo nada más en aquel momento, pero la observación horrorizó a Fielding. No podía soportar la idea de que aquella extraña muchacha tan honesta fuera a perder su dinero y también posiblemente a su prometido. Adela pasó de repente a ocupar un lugar mucho más destacado en su imaginación. Y, fatigado por aquel día tan enorme y tan cruel, perdió su habitual visión equilibrada de las relaciones humanas y tuvo la impresión de que no existimos en nosotros mismos, sino tan sólo como nos ven las mentes de los demás; una idea sin fundamento lógico y que sólo le había asaltado anteriormente en otra ocasión: la tarde de la catástrofe, cuando desde la galería del Club viera los puños y los dedos de Marabar dilatarse hasta abarcar todo el cielo nocturno.

Capítulo vigésimo séptimo

—Aziz, ¿estás despierto?

—No, así que podemos hablar; soñemos planes para el futuro.

—Yo no sirvo para soñar.

—En ese caso, buenas noches, amigo mío.

El Banquete de la Victoria había terminado y los comensales estaban tumbados en la azotea de la mansión de Mr. Zulfiqar; unos dormían y otros contemplaban las estrellas a través de los mosquiteros. Exactamente encima de sus cabezas se hallaba la constelación del León y el disco de Régulo era tan grande y tan brillante que parecía un túnel, y cuando se aceptaba aquella idea todas las otras estrellas también parecían túneles.

—¿Estás contento con nuestro trabajo de hoy, Cyril? —continuó la voz a la izquierda de Fielding.

—¿Lo estás tú?

—Con la excepción de que he comido demasiado. «¿Qué tal el estómago, qué tal la cabeza?»... Lo que yo digo es que Panna Lal y Callendar se irán a la calle.

—Habrá una mudanza general en Chandrapore.

—Tendrán que ascenderte.

—En cualquier caso, lo que no pueden hacer es rebajarme de categoría.

—De todas formas, pasaremos las vacaciones juntos; visitaremos Cachemira, y posiblemente Persia, porque tendré mucho dinero. Que me será pagado en razón del perjuicio causado a mi reputación —explicó Aziz con cínica tranquilidad—. Mientras estés conmigo no tendrás que gastar ni un céntimo. Es lo que siempre he deseado, y ha venido a nacerse realidad como resultado de mis desventuras.

—Has logrado una gran victoria... —empezó Fielding.

—Ya lo sé, amigo mío, *ya* lo sé; no tienes por qué poner una voz tan solemne y llena de ansiedad. Sé también peque vas a decir a continuación: No hagas que Miss Qusted te pague, y así los ingleses podrán decir: «He aquí un nativo que se ha portado como un caballero; si no fuera por su piel morena casi le dejaríamos ser miembro de nuestro Club.» El beneplácito de tus compatriotas ha dejado de interesarme; me he vuelto antibritánico, y tendría que haberlo hecho antes, porque así me hubiera evitado muchas calamidades.

—Incluido el conocerme a mí.

—Qué te parece si fuéramos a rociar con agua la cara de Mohammed Latif? Se pone muy divertido si se le moja mientras duerme.

Aquel comentario no era una pregunta, sino un punto y aparte. Fielding lo aceptó

como tal y se produjo una pausa, agradablemente ocupada por una suave brisa que rozó la parte más alta de la casa. El banquete, aunque bullicioso, había sido agradable, y ahora la abigarrada mezcla de invitados disfrutaba de los placeres del ocio, desconocidos para Occidente, que sólo sabe trabajar o no hacer nada. La civilización, convertida en fantasma, deambula por el Oriente visitando de nuevo las ruinas imperiales, y no hay que pensaren encontrarla en grandes obras de arte ni en extraordinarias hazañas, sino en los gestos que los indios bien educados hacen al sentarse o cuando se tumban. Fielding, que se había vestido a lo indio, descubrió, gracias a su extraordinaria torpeza con aquel aderezo, que todos sus movimientos no pasaban de ser simples improvisaciones, mientras que cuando el Nabab Bahadur extendía una mano para coger la comida, o Nureddin aplaudía una canción, habían llevado a cabo un gesto bello, perfectamente acabado en sí mismo. Esta quietud del gesto no es, después de todo, más que la Paz que sobrepasa el Entendimiento, el equivalente social del yoga. Cuando cesa el torbellino de la acción, este don se hace visible y pone de manifiesto una civilización que Occidente logra perturbar pero nunca adquirir. La mano se extiende para siempre, la rodilla, alzada tiene la eternidad de la tumba pero no su tristeza. Aziz rebosaba civilización aquella noche; había en él plenitud, dignidad y también dureza, y cuando el otro habló, lo hizo con desconfianza:

—Sí, debes dejar que Miss Quested salga bien librada de esto. Debe pagarte todos los gastos, eso es de justicia, pero no esta bien que la trates como a un enemigo después de la conquista.

—¿Es rica? Te comisiono para que lo averigües.

—Las sumas de las que se habló durante la cena, cuando todos os excitasteis tanto..., la arruinarían, son perfectamente absurdas. Mira...

—Estoy mirando, aunque apenas hay luz. Veo que Cyril Fielding es una excelente persona y mi mejor amigo, pero en ciertos asuntos un tonto de capirote. Crees que mostrándome generoso con Miss Quested mejoraré mi reputación y la de los indios en general. Y no es así en absoluto. Se interpretará como debilidad y como intento para conseguir de los ingleses un puesto mejor. De hecho, he decidido cortar todas mis relaciones con la India británica. Trataré de lograr un empleo en algún Estado musulmán, como Haidarabad o Bhopal, donde los ingleses no pueden insultarme más. No te esfuerces por aconsejarme otra cosa.

—Durante una larga conversación con Miss Quested...

—No quiero oír hablar de tus largas conversaciones.

—Calla un momento. Durante una larga conversación con Miss Quested he empezado a entender su forma de ser. No resulta fácil simpatizar con ella por esa especie de imposible seriedad moral con que lo juzga todo. Pero es una mujer absolutamente sincera y muy valiente. Cuando comprendió que se había equivocado,

se paró de golpe y lo dijo. Me gustaría que te dieras cuenta de lo que eso significa. Con todos sus amigos alrededor, con todo el aparato gubernamental empujándola. Pero Miss Quested se detiene y hace añicos toda la tramoya. En su lugar yo no lo hubiera conseguido. Pero ella fue capaz de decir basta y casi llegó a convertirse en una heroína nacional, pero mis alumnos nos metieron por una calle lateral antes de que la multitud se entusiasmara. Haz el favor de tratarla con consideración. No estaría bien que se llevara todas las bofetadas de tirios y troyanos. Sé lo que todos ellos — indicando las figuras cubiertas que descansaban en la azotea— querrían, pero no debes escucharlos. Sé misericordioso. Obra como uno de tus seis emperadores mongoles, o como todos ellos fundidos en uno.

—Ni siquiera los emperadores mongoles se mostraban misericordiosos sin recibir antes disculpas.

—Miss Quested te las pedirá, si es ése el problema —exclamó Fielding, incorporándose—. Escucha, te hago una oferta. Díctame la fórmula que quieras y mañana a esta hora te la traeré firmada. Sin renunciar por ello a cualquier disculpa pública que ella deba hacerte de acuerdo con la ley. Se trataría tan sólo de algo por añadidura.

—«Querido doctor Aziz, me gustaría que hubiese usted entrado conmigo en la cueva; soy más fea que un pecado y ésa era mi última oportunidad.» ¿Crees que firmaría eso?

—Bien, buenas noches, buenas noches; después de eso no hay duda de que es hora de irse a dormir.

—Supongo que sí, buenas noches.

—Me gustaría que no hicieras ese tipo de observaciones —continuó Fielding después de una pausa—. Es la única cosa tuya que no soporto.

—Yo, en cambio, soporto todas tus cosas, ésa es la diferencia.

—Me has herido diciendo eso; buenas noches. Se produjo un silencio y luego, como entre sueños pero con auténtico sentimiento, la voz dijo:

—Cyril, he tenido una idea que satisfará a esa mente tuya tan emotiva: consultaré a Mrs. Moore.

Fielding no pudo contestar, porque al abrir los ojos el resplandor de mil estrellas le obligó a guardar silencio.

—Su opinión solucionará todos los problemas; tengo una confianza absoluta en ella. Si me dice que perdone a esa chica, lo haré.

Ella nunca me aconsejaría nada contra mi verdadero honor, como quizá lo hicieras tú.

—Ya discutiremos eso mañana.

—¿No es extraño? Sigo olvidándome de que Mrs. Moore ha dejado la India. Mientras repetían su nombre a gritos en el juzgado me leía la ilusión de que estaba

presente. Había cerrado los ojos y me engañaba a mí mismo voluntariamente para sentir menos el dolor. Ahora, en este mismo instante, he vuelto a olvidarlo. Tendré que escribirle. Debe de estar muy lejos, cerca ya de reunirse con Ralph y Stella.

—¿Con quién?

—Sus otros hijos.

—No sabía que tuviera otros hijos.

—Mrs. Moore tiene dos chicos y una chica, igual que yo. Me lo dijo en la mezquita.

—La traté muy poco.

—Yo sólo la he visto tres veces, pero sé que es una oriental.

—Eres realmente fantástico... No estás dispuesto a tratar generosamente a Miss Quested; pero, en cambio, derramas a manos llenas sentimientos caballerescos sobre Mrs. Moore. Miss Quested, en cualquier caso, se comportó de manera muy decente esta mañana, mientras que la anciana señora nunca ha hecho por ti nada en absoluto y es una mera suposición que hubiera salido en defensa tuya: no hay más prueba que el cotilleo de unos criados. Tus emociones nunca parecen estar en proporción con sus objetos, Aziz.

—¿Acaso la emoción es un saco de patatas, a tanto la libra, que hace falta pesar? ¿Acaso soy una máquina? Acto seguido se me dirá que voy a desgastar mis emociones usándolas.

—Yo hubiese dicho que sí. Parece de sentido común. No es posible nadar y guardar la ropa, ni siquiera en el mundo del espíritu.

—Si estás en lo cierto, ninguna amistad tiene sentido; todo se reduce a dar y tomar, o dar y devolver, que es una cosa repugnante, y sería mejor que saltáramos todos ese pretil y nos matáramos. ¿Qué te pasa esta noche que te has vuelto materialista?

—Tu injusticia es peor que mi materialismo.

—Ya entiendo. ¿Tienes algo más de qué quejarte? —Aziz se mostraba de buen humor y afectuoso, pero resultaba un poco inquietante. La cárcel había labrado canales para su carácter, quitándole algo de la flexibilidad que había tenido en el pasado—. Porque es mucho mejor que me cuentes todas tus dificultades con franqueza si hemos de ser amigos para siempre. No te gusta Mrs. Moore y estás molesto porque a mí sí, pero con el tiempo llegarás a quererla.

Cuando a una persona que está muerta se la supone viva» un algo enfermizo tiñe toda la conversación. Fielding no pudo resistir por más tiempo la tensión y dijo bruscamente:

—Siento decirte que Mrs. Moore ha muerto.

Pero Hamidullan, que había estado escuchando el diálogo y no quería que se echara a perder el carácter festivo de la velada, intervino desde la cama vecina:

—Aziz, está tratando de tomarte el pelo; no creas lo que te dice ese bribón.

—No me creo ni una palabra —dijo Aziz, que estaba habituado a las bromas pesadas, incluso de aquel tipo.

Fielding no dijo nada más. Los hechos son los hechos, y todo el mundo se enteraría de la muerte de Mrs. Moore por la mañana. Pero se dio cuenta de que las personas no están realmente muertas hasta que se las siente como muertas. El mismo tenía una experiencia personal que lo confirmaba. Muchos años atrás había perdido a una gran amiga que creía en el paraíso cristiano y le aseguraba que después de los cambios y azares de esta vida mortal volverían a reunirse en el cielo. Fielding era un ateo convencido que no ocultaba sus ideas, pero sentía respeto por las opiniones de su amiga; hacerlo así es esencial en la amistad. Durante algún tiempo le pareció que la muerta le estaba esperando, y cuando la ilusión se desvaneció, dejó tras sí un vacío que era casi un sentimiento de culpabilidad: «Esto es realmente el fin —pensó Fielding— y yo le he dado el golpe definitivo.» Había tratado de matar a Mrs. Moore aquella noche, en la azotea de la casa del Nabab Bahadur; pero ella logró eludirle, y no llegó a alterarse la serenidad de la velada. Poco después se alzó la luna: el exhausto cuarto creciente que precede al sol; hombres y bueyes comenzaron en seguida sus interminables tareas, y el placentero intermedio que Fielding había tratado de acortar llegó a su inevitable conclusión.

Capítulo vigésimo octavo

Mrs. Moore estaba muerta: depositada en las profundidades del mar cuando iba todavía rumbo al Sur, porque los buques que zarpan de Bombay no pueden apuntar a Europa hasta después de dar la vuelta alrededor de Arabia; cuando el sol la tocó por última vez y su cuerpo fue depositado en otra India (el océano indico) se hallaba más dentro del trópico que durante toda su permanencia en tierra firme. Mrs. Moore dejó tras sí un rencoroso pesar, porque una muerte da mala reputación al barco donde se produce. ¿Quién era aquella Mrs. Moore? Cuando llegaron a Aden, telegrafió, escribió, hizo todo lo que estaba en su mano por mostrarse amable, pero la esposa de un Vicegobernador no tiene necesidad de semejantes experiencias, y se le oyó repetir varias veces: «Sólo hacía unas horas que conocía a esa pobre mujer cuando se puso enferma; todo esto ha sido innecesariamente penoso y echa a perder la alegría de volver a casa.» Un fantasma siguió al barco por el mar Rojo, pero no consiguió entrar en él.

Alrededor de Suez se produce siempre un cambio social: las normas y los horarios asiáticos se debilitan y los europeos empiezan a dejarse sentir. En Port Said el norte gris y ventoso hizo acto de presencia. El tiempo era tan frío y vigorizante que los pasaderos creyeron que también sería distinto en el país recién abandonado pero en la India el calor siguió aumentando acuerdo con sus leyes habituales.

En Chandrapore, la muerte de Mrs. Moore adoptó formas más sutiles y más duraderas. Surgió la leyenda de que un inglés había matado a su madre que trataba de salvar la vida de un indio; había en ello la suficiente dosis de verdad como para molestar a las autoridades. A veces era una vaca asesinada o un cocodrilo con colmillos de jabalí que había salido del Ganges. Disparates de este tipo son más difíciles de combatir que las mentiras con todas las de la ley, porque se esconden en los montones de desperdicios y avanzan cuando nadie está mirando. En un determinado momento se supo de dos tumbas diferentes que contenían los restos de Esmis Ésmur: una al lado de la tenería y la otra mis de mercancías. Mr. McBryde visitó ambas y vio signos del comienzo de un culto; platos de barro y otros objetos parecidos. Como era un funcionario experimentado no hizo nada que resultara irritante, y al cabo de una semana la comezón desapareció.

—Detrás de todo esto hay una operación de propaganda —dijo, olvidando que cien años antes, cuando los europeos todavía se instilaban en el campo, se convertían a veces en demonios locales después de su muerte: quizá no en un dios completo, sólo en parte de uno, añadiendo un epíteto o un gesto a lo que ya existía, de la misma manera que los dioses contribuyen a los grandes dioses, y éstos a su vez al Ser

Supremo de la filosofía.

Ronny se repitió a sí mismo que su madre había dejado la India por voluntad propia, pero su conciencia no estaba tranquila. Se había portado mal, y tenía que arrepentirse (lo que llevaba consigo un completo vuelco mental) o persistir en su dureza con ella. Ronny eligió este último camino. ¡Qué molesta había sido su defensa de Aziz! ¡Qué negativa su influencia sobre Adela! Y aún seguía creando dificultades con aquellas ridículas «tumbas», mezclándose con los nativos. Mrs. Moore no estaba ya en condiciones de hacer nada por evitarlo, evidentemente, pero en vida había intentado llevar a cabo expediciones similares e igualmente exasperantes y Ronny no dejaba de reprochárselo. El joven Magistrado Municipal tenía muchos motivos de preocupación —el calor, las tensiones locales, la próxima visita del Vicegobernador, los problemas de Adela— y enlazándolos todos hasta formar una grotesca guirnalda estaba la indianización de Mrs. Moore. ¿Qué sucede con la propia madre cuando muere? Es de suponer que vaya al cielo, y en cualquier caso desaparece. La religión de Ronny pertenecía al tipo esterilizado de los colegios privados ingleses: nunca se echa a perder, ni siquiera en los trópicos. Donde quiera que entraba —mezquita, cueva o templo—, Ronny mantenía la perspectiva espiritual del bachillerato, y condenaba como «perjudicial» cualquier intento de comprender aquellas realidades. Dominándose, consiguió apartar todo el asunto de su imaginación. A su debido tiempo, él y sus hermanastros colocarían una lápida en la iglesia de Northamptonshire que Mrs. Moore frecuentaba y en la que dejarían constancia de las fechas de su nacimiento y de su muerte y del hecho de que había sido enterrada en el mar. Eso sería suficiente.

En cuanto a Adela..., también tendría que marcharse; Ronny había confiado en que lo sugiriese ella misma. A él le resultaba imposible casarse con Miss Quested: hubiera significado el fin de su carrera. Pobre y lamentable Adela... La muchacha seguía en el Instituto gracias a la cortesía de Fielding: una situación impropia y humillante, pero ninguno de los ingleses quería recibirla. Ronny había decidido posponer toda conversación privada con su prometida hasta que se dictara sentencia: Aziz la había demandado por daños y perjuicios ante un tribunal inferior. Cuando aquello terminara Ronny le pediría que rompiera su compromiso. Adela había matado su amor, que nunca había sido demasiado robusto; jamás hubieran llegado a prometerse a no ser por el accidente con el coche del Nabab Bahadur. Miss Quested pertenecía al período académico de su vida —lleno de inexperiencia— que ya había superado: Grasmere, paseos y conversaciones sobre temas serios, todo ese tipo de cosas.

Capítulo vigésimo noveno

La visita del Vicegobernador de la provincia fue la etapa siguiente en la descomposición del asunto Marabar. Sir Gilbert, si» ser un hombre ilustrado, mantenía opiniones que sí lo eran. Exento, gracias a una larga carrera en el ministerio, del contacto personal con los pueblos de la India, podía hablar de ellos cortésmente y deplorar los prejuicios raciales. Sir Gilbert aplaudió el resultado del juicio y felicitó a Fielding por haber adoptado «una actitud abierta, razonable y caritativa desde el primer momento. Hablando confidencialmente...», continuó el Vicegobernador. A Fielding no le gustaban las confidencias, pero Sir Gilbert insistía en concederlas; el asunto había sido «torpemente tratado por ciertos amigos nuestros» que no se daban cuenta de que «las manecillas del reloj se mueven hacia adelante, no hacia atrás», etc. Una cosa sí podía garantizar: el Director del Instituto recibiría una invitación muy cordial para reincorporarse al Club, y él le suplicaba, más bien le ordenaba, que la aceptase. El Vicegobernador regresó muy satisfecho a sus alturas del Himalaya; los detalles locales, como la cantidad de dinero que Miss Quested tuviese que pagar, o la naturaleza exacta de lo sucedido en las cuevas, no eran de su incumbencia.

Fielding se encontró más y más metido en los asuntos de Miss Quested. El Instituto seguía cerrado, y él comía y dormía en casa de Hamidullah, de manera que no había razón para que Adela no siguiera allí si así lo deseaba. En su lugar él hubiera optado por marcharse antes que aceptar las protocolarias atenciones de Ronny, pero la muchacha estaba esperando a que se vaciara el reloj de arena de su estancia. Una casa donde vivir y un jardín donde pasear durante el breve período de tiempo en que disminuía el calor era todo lo que ella pedía, y Fielding estaba en condiciones de proporcionárselo. El desastre había hecho que Adela tomara conciencia de sus limitaciones y el Director del Instituto se daba cuenta ahora de que la muchacha era una persona excelente, llena de lealtad. Su humildad resultaba conmovedora. Nunca se quejaba de que tanto ingleses como indios estuvieran en contra suya; lo creía castigo adecuado a su estupidez. Cuando Fielding le insinuó la conveniencia de que se disculpara con Aziz de manera personal, Adela dijo tristemente:

—Por supuesto. Tendría que haberseme ocurrido antes; el instinto nunca me ayuda. ¿Por qué no fui corriendo a él después del juicio? Sí. claro que le escribiré pidiendo disculpas, pero ¿querrá usted dictarme la carta?

Entre los dos prepararon un texto lleno de conmovedoras, pero que resultaba frío al utilizarlo como carta.

—¿Debo escribir otra? —preguntó ella—. No tal de que pueda reparar el daño

que he causado. Soy capaz de hacer bien estoy aquello, pero al poner juntas las dos cosas resulta que están mal. Ése es el defecto de mi carácter. de ello hasta ahora. Creía que si era imparcial y procuraba enterarme bien podría superar todas las dificultades.

—Nuestra carta fracasa por una simple razón con la que más vale enfrentarse: no siente usted verdadero afecto ni por Aziz ni por los indios en general —replicó Fielding.

Adela asintió.

—Cuando la conocí, estaba usted empeñada en ver la India, no a los indios, y en seguida se me ocurrió: Ah, esto no nos llevará muy lejos. Los indios saben si se les quiere o no; en eso engañarlos. La justicia nunca les satisface, y esa es la razón de que el Imperio británico tenga los pies de barro.

—Pero ¿es que en realidad quiero a alguien?

Probablemente quería a Heaslop, pero de conversación, porque aquel aspecto de su vida no era asunto suyo.

Por otra parte, sus amigos indios estaban un poco fuera de si. La victoria, que hubiese hecho muy cautos a los ingleses, a ellos les volvió agresivos. Querían desarrollar una ofensiva y trataban de hacerlo descubriendo nuevos agravios e injusticias que no existían en su mayor parte. Padecían la habitual desilusión que trae consigo la guerra. Los objetivos de la batalla y los frutos de la conquista nunca coinciden; estos últimos tienen su valor y sólo el santo los rechaza pero su promesa de inmortalidad desaparecerá en cuanto se los tiene en la mano. Aunque Sir Gilbert se había mostrado cortés, casi obsequioso, la estructura que él representaba no había inclinado la cabeza en modo alguno. El oficialismo británico seguía existiendo, tan omnipresente y molesto como el sol, y el siguiente paso que debía darse no estaba demasiado claro, ni siquiera para Mahmoud Ali. Se hablaba mucho y con cierta violencia y se intentaron actos ilegales de menor cuantía; pero detrás de todo ello seguía existiendo un deseo genuino, aunque impreciso, de educarse.

—Mr. Fielding, tenemos que educarnos todos rápidamente.

Aziz se mostraba amistoso y dominante. Quería que Fielding «se entregara al Oriente», como él decía, y viviera en una situación de afectuosa dependencia.

—Puedes fiarte de mí, Cyril.

Fielding no dudaba en absoluto de Aziz y además carecía de raíces entre su propio pueblo. Sin embargo, no podía convertirse en una especie de Mohammed Latif. Cuando discutían acerca de ello, algo racial se mezclaba en la conversación: sin amargura, pero inevitablemente, como la tonalidad de su piel: color café *venus* grisrosáceo.

—¿No ves que te agradezco la ayuda que me has prestado y quiero recompensarte? —concluía Aziz.

—Si quieres recompensarme, no hagas que Miss Quested tenga que pagarte —replicaba el otro.

Su insensibilidad hacia Adela le molestaba. Desde cualquier punto de vista lo correcto sería tratarla generosamente, y un día se le ocurrió apelar a la memoria de Mrs. Moore. Aziz sentía un fantástico aprecio por ella. Su muerte había llenado de pesar su afectuoso corazón; Aziz lloró como un niño y ordenó a sus tres hijos que también lloraran. No había duda de que respetaba y quería a Mrs. Moore. La primera tentativa de Fielding fracasó.

—Yo veo cuál es tu truco —fue la respuesta—. Quiero vengarme de ellos. ¿Por qué tendría que sufrir y aguantar sus insultos, permitir que lean mis cartas y que lleven a la comisaría la fotografía de mi mujer? Además, quiero el dinero para educar a mis hijos, como le expliqué a ella.

Pero después empezó a ablandarse y Fielding no tuvo reparos en practicar un poco de necromancia. Siempre que surgía el asunto de la compensación económica, el Director del Instituto introducía el nombre de la muerta. De la misma manera que otros propagandistas le inventaban una tumba, Fielding, sin decir nada que creyera positivamente falso, pero dando forma a algo que estaba con toda probabilidad muy lejos de ser cierto, creó una discutible imagen de Mrs. Moore en el corazón de Aziz. El joven médico cedió de repente. Se convenció de que la anciana señora deseaba que perdonase a la mujer que iba a casarse con su hijo, que era aquélla la única manera que tenía de honrarla, y, con una hermosa y apasionada explosión sentimental, renunció a todo el dinero a que tenía derecho en concepto de compensación, reclamando sólo las costas del proceso. Fue un gran gesto por su parte, y, como él mismo había previsto, no sirvió para mejorar la opinión que los ingleses tenían de él. Siguieron creyendo que era culpable, mantuvieron la misma opinión hasta el final de su carrera e incluso angloindios retirados se murmuraban uno a otro, en Tunbridge Wells o en Cheltenham: —Aquel asunto de Marabar que se vino abajo porque a la pobre chica le faltó valor para prestar declaración..., aquél fue otro caso bien triste.

Cuando todo hubo terminado oficialmente, Ronny, que estaba a punto de ser trasladado a otro lugar de la provincia, se acercó a Fielding con su habitual envaramiento y dijo:

—Quisiera agradecerle la ayuda que ha prestado usted a Miss Quested, que, por supuesto, no desea abusar mis de su hospitalidad; de hecho ha decidido regresar a Inglaterra. Acabo de gestionar su pasaje de vuelta. Creo que a ella le gustaría verle.

—Iré inmediatamente.

Al llegar al Instituto, Fielding encontró a Miss Quested bastante afectada. En seguida supo que Heaslop había roto su compromiso matrimonial.

—Ronny ha resultado ser mucho más juicioso que yo —dijo Adela con gesto patético—. Tendría que haber hablad» yo, pero k» fui dejando, preguntándome qué

pasaría. Yo hubiese seguido adelante de buena gana, echando a perder su vida por pura inercia: y una llega a no tener nada que hacer, a no tener raíces en ningún sitio y a convertirse incluso en un estorbo público sin darse cuenta de ello. —Para tranquilizar a Fielding, añadió—: Hablo únicamente de la India. En Inglaterra no me sentiré perdida. Allí tengo un sitio..., no, no creo que haga daño a nadie en Inglaterra. Cuando me vea de nuevo en Londres me dedicaré a trabajar en algo. Tengo el dinero suficiente para empezar, y montones de amigos de mi mismo estilo. Estaré perfectamente. —Luego dejó escapar un piro—. Pero los problemas que he causado aquí a todo a mundo..., eso no podré olvidarlo nunca. Todas mis preocupaciones para saber si debíamos casarnos o no... y al final Ronny y yo nos separamos y ni siquiera lo sentimos. Nunca debíamos haber pensado en el matrimonio. ¿No se sorprendió usted cuando se hizo el anuncio de nuestro compromiso?

—No mucho. A mi edad uno se asombra él, sonriendo—. El matrimonio es una cosa completamente en cualquier caso. Empieza y continúa por razones de poquísimo peso. Las estructuras sociales lo apoyan por un lado y tinglado teológico por el otro, pero ninguna de las dos cosas es el matrimonio, ¿no es cierto? Tengo amigos que no recuerdan por que se casaron, ni tampoco sus mujeres. Sospecho que en la mayoría de los casos es algo que sucede por casualidad, aun que después se inventasen diferentes razones, todas muy nobles. En lo se refiere soy un cínico.

—Yo no lo soy. Este comienzo en falso ha sido exclusivamente culpa mía. Yo no aportaba a Ronny nada que él necesitase, y ésa es la razón de que me haya rechazado. Entré en aquella cueva pensando: «¿Le quiero de verdad?» Esto no se lo he contado todavía, Mr. Fielding. No me sentía justificada. Ternura, respeto, posibilidad de comunicación..., quería que esas cosas ocupasen el lugar de...

—A mi ya no me interesa el amor —dijo él, proporcionándole la palabra.

—A mí tampoco. Mis experiencias de aquí me han curado. Pero quiero que otros lo deseen.

—Pero, volviendo a nuestra primera conversación (porque supongo que ésta es la última), ¿quién la siguió?, ¿o es que no la siguió nadie? ¿Está usted ahora en condiciones de decirlo? No me gustaría dejar esto en el aire.

—Digamos que fue el guía —respondió ella sin interés—. No lo sabremos nunca. Es como si pasara el dedo sobre la pared pulimentada de la cueva en la oscuridad y no pudiera llegar más allá. Me tropiezo con algo, y lo mismo le pasa a usted. Mrs. Moore sí lo sabía.

—¿Cómo podía saber ella lo que nosotros ignoramos?

—Telepatía, posiblemente.

Aquella palabra pretenciosa y con tan poco contenido se vino abajo inmediatamente. ¿Telepatía? ¡Vaya explicación! Era mejor retirarla, y Adela así lo hizo. Había llegado al límite de sus posibilidades espirituales, y lo mismo le sucedía a

Fielding. ¿Existían otros mundos que nunca serían capaces de tocar, o, por el contrario, entraban en el campo de su conciencia todas las experiencias posibles? No estaban en condiciones de decirlo. Sólo se daban cuenta de que su punto de vista era más o menos semejante, y encontraban satisfacción en ello. Quizá la vida sea misterio y no simple confusión; no podían decirlo. Quizá las cien Indias que se inquietan y disputan tan tediosamente son sólo una, y el universo que reflejan también es uno, pero ellos carecían de los instrumentos para juzgarlo.

—Escríbame cuando llegue a Inglaterra.

—Lo haré a menudo. Ha sido usted extraordinariamente amable conmigo. Me doy cuenta ahora al marcharme. A cambio me gustaría poder hacer algo por usted, pero veo que tiene todo lo que quiere.

—Creo que sí —respondió él después de una pausa—. Nunca me he sentido aquí más feliz y más seguro. Realmente me entiendo bien con los indios, y ellos confían en mí. Resulta agradable no haber tenido que dejar mi trabajo. También es agradable recibir elogios de un Vicegobernador. Hasta el próximo terremoto seguiré igual que ahora.

—A mí me ha afectado mucho la muerte de Mrs. Moore.

—También Aziz se sentía muy ligado a ella.

—Pero me ha hecho recordar que todos hemos de morir; que las relaciones personales que forman el entramado de nuestra vida son temporales. Solía tener la impresión de que la muerte seleccionaba a las personas; es una idea que se saca de las novelas, porque de ordinario algunos de los personajes siguen hablando hasta el final.

—Ahora empieza a ser una cosa muy real para mí que «la muerte no perdona a nadie».

—No permita que se haga demasiado real, o de lo contrario también se morirá usted. Ese es el inconveniente que tiene meditar sobre la muerte. Nos sometemos a aquello en lo que trabajamos. Yo he sentido esa misma tentación y tuve que cambiar de rumbo. Quiero seguir viviendo un poco más.

—Yo también.

Flotaba en la atmósfera una cordialidad como de enanos estrechándose la mano. Hombre y mujer se hallaban en la plenitud de sus facultades: eran razonables, sinceros, incluso sutiles. Hablaban el mismo idioma, tenían las mismas opiniones, y la diferencia de edad y sexo no les distanciaba. Y, sin embargo, no se sentían satisfechos. Cuando se mostraban de acuerdo, «Quiero seguir viviendo un poco más», o «No creo en Dios», después de las palabras se producía una curiosa contracorriente, como si el universo se hubiera desplazado para llenar un vacío diminuto, o como si hubieran visto tus propios gestos desde una altura inmensa: enanos hablando, estrechándose la mano y asegurándose el uno al otro que habían alcanzado el mismo nivel de discernimiento. No pensaban que estuvieran equivocados, porque tan pronto

como las personas honestas piensan que están equivocadas aparece la inestabilidad. Para ella* no existía una meta infinita más allá de las estrellas y nunca la habían buscado. Pero, al igual que en otras ocasiones, la añoranza de apoderó de ellos; la sombra de la sombra de un sueño se proyecta sobre sus intereses claramente definidos, y, de nuevo, objete» nunca vistos parecieron transformarse en mensajes de otro mundo.

—Y si me lo permite, le diré que siento una gran simpatía por usted —afirmó Fielding.

—Me alegro, porque a mí me sucede lo mismo con usted. Ojalá podamos volver a vernos.

—Nos veremos en Inglaterra, si alguna vez pido permiso para volver a casa.

—Supongo que de momento no hay muchas posibilidades de que lo haga.

—Es bastante probable. En realidad tengo un plan en marcha en estos momentos.

—Eso sería estupendo.

Y así terminó la conversación. Adela se puso en camino diez días; después, siguiendo la misma ruta que su amiga muerta. Había llegado la última oleada de calor que precede a los monzones. Todo el país estaba agotado y como borroso. Las casas, los árboles y los campos parecían moldeados con la misma pasta marrón, y en Bombay el mar chocaba contra los muelles como si fuese caído. La última aventura india de Miss Quested tuvo como protagonista a Antony, que subió al barco detrás de ella y trató de hacerle chantaje. Dijo que Adela había sido la amante de Mr. Fielding. Quizás Antony no estaba de acuerdo con la propina recibida. Miss Quested hizo que lo echaran del barco, pero la historia produjo considerable escándalo, y los demás pasajeros apenas hablaron con Adela durante la primera parte del viaje. Mientras atravesaban el océano indico y el mar Rojo, Miss Quested se quedó sola consigo misma y con los posos de Chandrapore.

La llegada a Egipto hizo que cambiara la atmósfera. La arena limpia amontonada a ambos lados del canal pareció borrar todo lo que era difícil y equívoco, e incluso Port Said creaba una impresión e gracia y de pureza con la luz gris-rosácea del amanecer. Adela desembarcó allí con un misionero americano; fueron andando hasta la estatua de Lesseps, y bebieron con fruición el aire tónico de Levante.

—¿A qué deberes en su propio país retorna usted, Miss Quested, después de su contacto con los trópicos? —le preguntó el misionero—. Fíjese en que no digo a qué deberes torna, sino retorna. Toda vida debiera contener un tornar y un re-tornar. Este célebre pionero (señalando la estatua) aclarará mi pregunta. Se torna hacia el Este, pero se re-torna hacia Occidente. Lo notará usted en la elegante posición de sus manos, con una de las cuales sostiene una ristra de salchichas.

El misionero se la quedó mirando con expresión jocosa, tratando de disimular así su vacuidad mental. No tenía ni la menor idea de lo que quería decir con «tornar» y

«retornar», pero con frecuencia usaba las palabras a pares, para conseguir un tono de sagacidad moral.

—Ya veo —replicó Adela.

Súbitamente, en la claridad mediterránea, había visto. Su primer deber al retornar a Inglaterra era ir a visitar a aquellos otros hijos de Mrs. Moore, Ralph y Stella; después tornaría a su profesión. Mrs. Moore había procurado mantener aparte los productos de sus dos matrimonios y Adela no había tenido aún ocasión de conocer a los más jóvenes.

Capítulo trigésimo

Otra consecuencia local del proceso fue una entente hindú-musulmana. Ruidosas protestas de amistad se intercambiaron entre prominentes ciudadanos, y unido a ella iba un genuino deseo de llegar a un mejor entendimiento. Aziz, un día que estaba en el hospital, recibió la visita de una figura bastante simpática: Mr. Das. El magistrado quería pedirle dos favores: un remedio para el herpes y un poema para la nueva revista mensual de su cuñado. Ambos le fueron concedidos.

—Mi querido Das, ¿por qué, si usted trató de mandarme a la cárcel, tendría yo que enviar un poema a Mr. Bhattacharya? ¿Eh? Naturalmente, esto no es más que una broma. Escribiré lo mejor que pueda, pero tenía la impresión de que su revista era para hindúes.

—No es para hindúes, sino para indios en general —dijo el otro, tímidamente.

—No existe ninguna persona que sea un indio en general.

—No existía, pero quizás exista cuando usted haya escrito un poema. Es usted nuestro héroe; toda la ciudad está con usted, prescindiendo de su credo religioso.

—Lo sé, pero ¿durará?

—Me temo que no —dijo Das, que era un hombre de gran claridad mental—. Y por esa razón, si se me permite decirlo, Haga el favor de no introducir demasiadas expresiones persas en el poema y no insistir mucho en el *bulbuí*.

—Un segundo —dijo Aziz, mordiendo el lápiz. Estaba escribiendo una receta—. Aquí tiene... ¿No es esto mejor que un poema?

—Feliz el hombre que puede componer los dos.

—¡Muchos elogios me hace usted hoy!

—Sé que me guarda usted rencor por haber sido el juez de su caso —dijo el otro, extendiendo la mano de manera impulsiva—. Es usted muy amable y amistoso, pero siempre detecto ironía detrás de sus palabras.

—No, no, ¡qué cosa más absurda! —protestó Aziz.

Se estrecharon la mano en un medio abrazo que simbolizaba la entente. Entre personas de distintos climas existe siempre la posibilidad de romance, pero las diferentes clases de indios saben demasiado los unos de los otros para superar fácilmente lo incognoscible. El intento de aproximación resulta prosaico.

—Excelente —dijo Aziz, dando palmadas sobre un hombro robusto y pensando: «Preferiría que no me recordaran el estiércol de vaca», mientras Das comentaba interiormente: «Algunos musulmanes son muy violentos.»

Los dos sonrieron nostálgicamente, tratando de descubrir el pensamiento en el corazón del otro, y Das, que tenía mayor facilidad de expresión, dijo finalmente.

—Disculpe mis errores, dese cuenta de mis limitaciones. La vida no es fácil tal como la conocemos en la tierra.

—Pero, volviendo a ese poema, ¿cómo se enteró usted de que yo garrapateo versos a veces? —preguntó Aziz, muy satisfecho y bastante conmovido, porque la literatura siempre le había servido de solaz y era algo que la fealdad de los hechos no conseguía estropear.

—El profesor Godbole lo mencionaba frecuentemente antes de marcharse a Mau.

—¿Cómo lo supo él?

—También él es poeta; ¿no se descubren ustedes entre sí sin necesidad de palabras?

Halagado por la invitación, Aziz se puso a trabajar aquella noche. El peso de la pluma entre los dedos generaba *bulbules* inmediatamente. Su poema hablaba una vez más de la decadencia del Islam y de la brevedad del amor; todo lo triste y dulce que él era capaz de lograr, pero sin base en ninguna experiencia personal y sin interés para aquellos excelentes hindúes. Sintiendo descontento, se pasó de golpe al otro extremo, y escribió una sátira demasiado difamatoria para que fuera posible publicarla. Sólo era capaz de expresar patetismo o de destilar veneno, aunque la mayor parte de su vida nada tenía que ver con ninguna de las dos cosas. Aziz amaba la poesía —la ciencia no era más que algo adquirido, que dejaba a un lado cuando nadie le veía, como su ropa europea—, y aquella tarde anhelaba componer una nueva canción que fuese aclamada por las multitudes e incluso repetida en los campos por los labradores. ¿En qué idioma habría que escribirla? ¿Y qué debería anunciar? Se prometió conocer mejor a los indios que no eran mahometanos y no volver nunca la vista atrás. Es la única solución razonable. ¿De qué sirven, en este lugar y en esta época, las glorias de Córdoba y de Samarkanda? Han desaparecido para siempre, y mientras nos lamentamos por ello los ingleses ocupan Delhi y nos excluyen de África Oriental. El Islam mismo, aunque verdadero, arroja luces opuestas sobre la senda de la libertad. La canción del futuro tiene que trascender los credos religiosos. El poema para Mr. Bhattacharya nunca llegó a escribirse, pero tuvo su efecto. Orientó a Aziz hacia la incierta y colosal figura de una patria. El joven médico no sentía un afecto natural por la tierra en la que había nacido, pero las Colinas de Marabar le empujaban en aquella dirección. Cerrando a medias los ojos, Aziz trató de amar a la india. Su país tenía que imitar al Japón. Hasta que no fuese una nación, nadie trataría a sus hijos con respeto. Aziz se hizo más duro y menos tratable. Los ingleses, de quienes se había reído o había ignorado, lo perseguían por todas partes; incluso arrojaban redes sobre sus sueños.

—Mi gran equivocación ha sido tomarme en broma a nuestros gobernantes —le dijo a Hamidullah al día siguiente.

—Es sin duda la manera más prudente de tomárselos —replicó el otro con un

suspiro—, pero no resulta posible a la larga. Antes o después se produce un desastre como el tuyo y hace que salgan a la luz sus pensamientos secretos sobre nuestro carácter. Si Dios mismo descendiera del cielo, se presentara en el Club y dijera que eres inocente, no le creerían. Ahora entenderás por qué Mahmoud Ali y yo mismo perdemos tanto tiempo intrigando y en compañía de criaturas como Ram Chand.

—No soporto los comités. Me marcharé inmediatamente.

—¿Adonde? Los Turton y los Burton son todos iguales.

—Pero no en un Estado indio.

—Creo que los consejeros británicos en los estados nativos están obligados a mostrarse más corteses. Eso es todo.

—Quiero dejar la India británica, aunque sea por un trabajo mal pagado. Creo que allí podré escribir poesía. Quisiera haber vivido en la época de Babur y haber luchado y escrito para él. «Desaparecido, desaparecido», y no sirve de nada repetirlo, porque nos debilita mientras lo hacemos. Necesitamos un rey, Hamidullah; haría más fáciles nuestras vidas. De hecho, tenemos que tratar de sentir aprecio por esos pintorescos hindúes. Mi idea es conseguir un puesto como médico en uno de sus estados.

—Eso es ir demasiado lejos.

—No tan lejos como confraternizar con Mr. Ram Chand.

—Pero ¿y el dinero? Esos rajás salvajes nunca pagarás salarios dignos.

—De todas formas, no seré nunca rico, no va con mi carácter.

—Si hubieras sido razonable y hecho que Miss Quested te pagara...

—Decidí que no fuera así. Discutir sobre el pasado es inútil —dijo Aziz, con tono repentinamente cortante—. Le he permitido conservar su fortuna, que sin duda le será muy necesaria para comprarse: un marido en Inglaterra. No vuelvas a hablarme de ese asunto.

—Muy bien, pero tendrás que seguir llevando la vida de un hombre pobre; nada de vacaciones en Cachemira por el momento; has de seguir con tu profesión hasta que consigas un puesto bien pagado, en lugar de retirarte a un estado de la jungla y escribir poemas. Educa a tus hijos, lee las últimas revistas científicas, obliga a los médicos europeos a respetarte. Acepta como un hombre las consecuencias de tus propias acciones. Aziz le hizo un guiño lentamente y dijo: —Ahora no estamos ante un tribunal. Hay muchas maneras de ser hombre; la mía es expresar lo que hay de más profundo en mi corazón.

—Ante esa observación no existe respuesta posible —dijo Hamidullah, conmovido. Luego, recobrándose, añadió sonriendo—: ¿Estás enterado de ese pícaro rumor que Mohammed Latif ha recogido por ahí? —¿Cuál?

—Cuando Miss Quested estuvo alojada en el Instituto, Fielding solía visitarla», muy tarde por la noche, según dicen los criados.

—Un agradable cambio para ella, si es que el rumor es cierto —dijo Aziz,

poniendo una cara muy rara.

—Pero ¿entiendes lo que quiero decir?

El joven médico volvió a guiñar el ojo y dijo: —¡Con toda claridad! Pero eso que dices no me ayuda a superar mis dificultades. Estoy decidido a abandonar Chandrapore. El problema es ¿para ir dónde? Estoy decidido a escribir poesía. El problema es ¿acerca de qué? Tú no me prestas la menor ayuda —inmediatamente, sorprendiendo a Hamiaullah y también a sí mismo, Aziz tuvo una explosión de mal humor—. Pero ¿es que acaso hay alguien que me ayude? No tengo ningún amigo. Todos me traicionan, incluso mis propios hijos. Estoy harto de amigos.

—Iba a sugerirte que pasáramos detrás del *purdah*, pero tus tres traicioneros hijos están allí, de manera que no querrás hacerlo.

—Lo siento; desde que estuve en la cárcel tengo los nervios deshechos; llévame contigo y perdóname.

—La madre de Nureddin está visitando ahora a mi mujer. Imagino que no te importa.

—Las he visto por separado, pero hasta ahora nunca juntas. Será mejor que las prepares para el impacto de mi cara.

—No, vamos a sorprenderlas sin avisar, porque nuestras queridas damas indias aún siguen haciendo muchas tonterías. Durante tu proceso fingieron que iban a renunciar al *purdah*; de hecho, las que saben escribir redactaron un documento en ese sentido, pero ahora todo ha quedado en nada. Sabes lo mucho que todas respetan a Fielding, pero ninguna lo ha visto. Mi mujer dice que sí, que lo verá, ero cuando viene de visita encuentra alguna excusa: no se siente bien, se avergüenza de la habitación, no tiene dulces de buena calidad que ofrecerle, sólo Orejas de Elefante, y si yo digo que las Orejas de Elefante son el dulce preferido de Mr. Fielding, ella me responde que entonces se dará cuenta de lo mal hechos que están los suyos, de manera que no puede recibirle por ese motivo. Por espacio de quince años, mi querido muchacho, he discutido con mi begum, por espacio de quince años, y nunca he salido victorioso; sin embargo, los misioneros nos aseguran que nuestras mujeres están oprimidas. Si necesitas un tema para un poema, utiliza éste: La dama india tal como es y no tal como se supone que es.

Capítulo trigésimo primero

Para Aziz las pruebas carecían de importancia. La sucesión de sus emociones determinaba sus creencias, y en este caso condujo a la trágica frialdad entre él y su amigo inglés. Habían logrado una victoria, pero nunca llegarían a ser coronados como triunfadores. Fielding estaba de viaje para asistir a una conferencia, y bastó que el rumor sobre Miss Quested no fuera desmentido durante unos cuantos días para que Aziz lo diera por cierto. Desde un punto de vista moral, no tenía la menor objeción a que sus amigos se divirtieran; en cuanto a Cyril, ya de mediana edad, no cabía esperar que obtuviera las mejores piezas del mercado femenino y era lógico que se viera forzado a aceptar los entretenimientos que se ponían a su alcance. Pero al joven médico le parecía mal que se entendiera precisamente con una mujer a la que él seguía considerando su enemiga; además, ¿por qué no se lo había hecho saber? ¿Qué valor tiene la amistad si no existen confidencias? El mismo había contado cosas que se consideraban a veces ofensivas, y el inglés las había escuchado con actitud tolerante, pero sin corresponder con nada parecido.

Aziz fue a recibir a Fielding a la estación al regreso de su viaje, aceptó su invitación para cenar juntos y luego empezó a atacarle utilizando el método indirecto y sin perder la apariencia de buen humor. Existía ya un escándalo entre europeos públicamente reconocido: Mr. McBryde y Miss Derek. Ya estaba explicado el extraordinario afecto de Miss Derek por Chandrapore; Mr. McBryde había sido sorprendido en la habitación de aquélla y su mujer quería el divorcio.

—¡Un hombre de mente tan pura! Como es lógico, le echará la culpa al clima indio. En realidad, nosotros tenemos la culpa de todo. ¿No estás de acuerdo en que te he proporcionado una noticia importante?

—No mucho —dijo Fielding, que sentía escaso interés por pecados que le afectaban de cerca—. Deja que yo te cuente las mías. —El rostro de Aziz se iluminó—. Se ha decidido en la conferencia...

—Será mejor dejar para la noche los problemas sobre la enseñanza. Ahora tengo que irme directamente al hospital; el cólera presenta muy mal cariz. Empezamos a tener casos locales, además de los importados. De hecho, la vida en conjunto resulta bastante triste. El nuevo Cirujano-Jefe es igual que el anterior, aunque todavía no se atreve a demostrarlo públicamente. Eso es todo lo que se consigue con cualquier cambio administrativo. Todos mis sufrimientos no han servido de nada, Pero déjame que te cuente otra cosa antes de que se me olvide. Los rumores no son sólo acerca de McBryde, también se habla de ti. Dicen que Miss Quested y tú llegasteis a tener una amistad demasiado íntima. Sí he de ser completamente franco, aseguran que os

habéis comportado de manera deshonesta.

—Siempre acaban diciendo cosas así.

—La noticia se ha extendido por toda la ciudad y puede perjudicar mi reputación. No pienses que todo el mundo es partidario tuyo. Yo he hecho lo que he podido para silenciar ese rumor.

—No te molestes. Miss Quested se ha marchado ya definitivamente.

—Esa historia perjudica a quienes se quedan en este país, no a los que se marchan. Imagina mi consternación y mi ansiedad. No he logrado apenas conciliar el sueño. Primero se unió mi nombre al de ella y ahora ha sido el tuyo.

—No es preciso que uses esas expresiones tan exageradas.

—¿Como cuáles?

—Como consternación y ansiedad.

—¿No he vivido toda la vida en la India? ¿Crees que no sé qué cosas producen aquí una mala impresión? Su voz se alzó, bastante malhumorada.

—Sí, pero se trata de un problema de proporción. Siempre te pasas en estas cosas, mi querido amigo. Es una pena que exista ese rumor, pero tiene tan poca importancia que podemos perfectamente hablar de otra cosa.

—Pero sí que te importa por Miss Quested. Se te nota en la cara.

—En la medida en que me importa. Ya sabes que viajo ligero de equipaje.

—Cyril, esa jactancia tuya sobre viajar ligero de equipaje será tu ruina. Te está creando enemigos por todas partes y hace que me sienta terriblemente preocupado.

—¿Qué enemigos?

Como Aziz pensaba sólo en sí mismo, no pudo responderle. Sentirse completamente estúpido le hizo enfadarse aún más.

—Te he dado una lista tras otra de personas de esta ciudad de las que hay que desconfiar. En tu posición, yo tendría el suficiente sentido común para saberme rodeado de enemigos. Te darás cuenta de que hablo en voz baja. Es porque veo que tu *sais* es nuevo. ¿Cómo sé que no es un espía? —Aziz bajó aún más la voz—. De cada tres criados, uno es un espía.

—Pero vamos a ver, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Fielding, sonriendo.

—¿Niegas mi última observación?

—Sucede, simplemente, que a mí no me afecta. Hay tantos espías como mosquitos, pero todavía tendrán que pasar años antes de que me tropiece con uno que logre matarme. A ti te preocupa algo distinto.

—Claro que no; no seas ridículo.

—Sí que te preocupa. Estás enfadado conmigo por algo. Cualquier ataque directo dejaba indefenso a Aziz.

—De manera que Mademoiselle Adela y tú os divertíais juntos por las noches, sinvergonzón —dijo acto seguido.

La anterior conversación, tan llena de frases desinteresadas y repetitivas, difícilmente podía haber preparado a Fielding para aquella súbita aparición de la frivolidad. El Director del Instituto se sorprendió tanto de que se tomara la historia en serio y le molestó tanto oírse llamar sinvergonzón, que perdió la cabeza y exclamó:

—¡Tú si que estás hecho un sinvergüenza! ¡Que me aspen si lo entiendo! ¡Nada menos que diversión! ¿Te parece que es lo normal en semejante momento?

—Te ruego que me perdones. Lo siento mucho. Una vez más se ha puesto en marcha la licenciosa imaginación oriental —replicó Aziz, hablando alegremente, pero herido en lo más hondo; durante horas después de su error siguió sangrando interiormente.

—Tienes que darte cuenta de Tas circunstancias..., la chica seguía prometida con Heaslop, y además nunca sentí...

—Claro, claro; pero como no negabas lo que yo decía, creí que era verdad. ¡Cielo santo, Oriente y Occidente! ¡Qué engañoso resulta todo! ¿Tendrás inconveniente en llevar a este sinvergüenza a su hospital?

—¿No te habrás ofendido?

—Naturalmente que no.

—Si te has ofendido, esto tenemos que aclararlo después.

—Está todo aclarado —respondió Aziz, lleno de dignidad—. Estoy completamente seguro de que dices la verdad, y no nace falta darle más vueltas a ese punto.

—Pero tengo que disculparme por la forma de decirlo. Me he mostrado grosero sin querer. Te ruego que me perdones.

—Soy yo quien tiene toda la culpa.

Confusiones como ésta seguían interrumpiendo su comunicación. Una pausa en el sitio equivocado, una entonación que se malinterpretaba eran suficientes para echar a perder toda una conversación. Fielding se había sorprendido, no molestado; pero ¿cómo hacer ver la diferencia? Siempre surgen problemas cuando dos personas no piensan en el sexo al mismo tiempo, en seguida aparecen el resentimiento mutuo y la sorpresa, incluso cuando los dos son de la misma raza. Fielding empezó a recapitular sus sentimientos acerca de Miss Quested Aziz le interrumpió con:

—Pero si yo te creo, no tengo la menor duda. Mohammed Latif será duramente castigado por inventar esa patraña.

—Déjalo tranquilo; como todos los rumores, no es mas que una de esas cosas medio vivas que intentan desbancar a la gas caso y desaparecerá, como las tumbas de la pobre Mrs. Moore.

—Mohammed Latif se ha aficionado a las intrigas. Estamos muy disgustados con él. ¿Te sentirías satisfecho si lo devolviéramos a su familia sin un presente?

—Hablaemos de M. L. durante la cena.

Los ojos de Aziz se ensombrecieron.

—Qué mala suerte..., lo había olvidado. He prometido cenar con Das.

—Trae a Das contigo.

—Habrá invitado a otros amigos.

—Vas a venir a cenar conmigo como habíamos acordado —dijo Fielding, mirando en otra dirección—. No soporto esto. Vas a venir a cenar conmigo. Tienes que venir.

Ya habían llegado al hospital para entonces. Fielding dio una vuelta por el Maidan a solas. Estaba descontento de sí mismo, pero confiaba en la cena para enderezar las cosas. En la oficina de correos vio al Administrador. Sus vehículos quedaron estacionados uno al lado del otro, mientras sus criados se hacían la competencia en el interior del edificio.

—Buenos días; así que ya está usted de vuelta —dijo Turton-con helada entonación—. Me gustaría que hiciera acto de presencia por el Club esta tarde.

—He aceptado ser readmitido, como usted sabe. ¿Considerara también necesario que vaya? Preferiría no tener que asistir; en realidad he invitado a cenar a unos amigos.

—No se trata de lo que usted prefiera, sino de los deseos del Vicegobernador. Quizá me pregunte usted si hablo oficialmente. Así es. Le espero a las seis. No trastornaremos los planes que tenga usted para después.

Fielding asistió a la desagradable ceremonia a su debido tiempo. Todos los gestos de hospitalidad resultaban chirriantes.

—¿No quiere algo de beber? Tómese una copa.

El Director del Instituto habló durante cinco minutos con Mrs. Blakiston, la única mujer superviviente. Habló también con McBryde, que se mostraba desafiante acerca de su divorcio, consciente de que había pecado como un *sahib*. Conversó con el Mayor Roberts, el nuevo Cirujano-Jefe; y con el joven Milner, nuevo Magistrado Municipal; pero cuanto más cambiaba el club mas prometía seguir siendo la misma cosa. «No sirve de nada», pensó Fielding ya de vuelta, después de dejar atrás la mezquita, «todos construimos sobre arena, y cuanto más se modernice el país, peor será la caída. En el siglo dieciocho, cuando reinaban la crueldad y la injusticia, un poder invisible reparaba los destrozos. Ahora todo encuentra eco, y no hay forma de detener el eco. Quizás el sonido original sea inofensivo, pero el eco siempre está lleno de maldad». Esta reflexión acerca de un eco ocupaba siempre un segundo término en la mente de Fielding. Nunca era capaz de desarrollarla. Pertenecía al universo en el que no había logrado entrar o que había rechazado. Tampoco la mezquita lograba penetrar. Al igual que él, aquellos arcos sin profundidad proporcionaban un refugio muy limitado. «No hay más Dios que Dios», no nos lleva muy lejos a través de las complejidades de la materia y del espíritu; en realidad no es

más que un juego de palabras, un retruécano religioso, no una verdad religiosa.

Fielding encontró a Aziz muy cansado y decaído, y decidió no aludir al malentendido entre ellos hasta el final de la velada; para entonces resultaría ya un tema más aceptable. El Director del Instituto se sinceró completamente sobre el club: dijo que había ido obligado y que nunca volvería allí a no ser que se lo ordenaran de nuevo.

—En otras palabras, nunca probablemente, porque voy a irme muy pronto a Inglaterra.

—Ya se me había ocurrido que podías acabar allí —dijo Aziz con mucha calma, cambiando inmediatamente de conversación.

Cenaron en una atmósfera de considerable desasosiego y luego fueron a sentarse en el pabellón del jardín.

—Me quedaré poco tiempo en Inglaterra. Se trata de un viaje oficial. Mi departamento está ansioso de sacarme de Chandrapore por una temporada. Están obligados a considerarme persona valiosa, pero les resulta más bien molesto. Es una situación divertida, hasta cierto punto.

—¿Qué clases de asuntos tienes que resolver? ¿Te dejarán mucho tiempo libre?

—Lo bastante para ver a mis amigos.

—Esperaba que me respondieras eso. Eres un amigo fiel. ¿Te parece que hablemos ahora de otra cosa?

—Con mucho gusto. ¿Qué tema propones?

—Poesía —dijo Aziz, con lágrimas en los ojos—. Consideremos por qué la poesía ha perdido el poder de hacer valientes a los nombres. Mi abuelo materno también era poeta, y luchó contra vosotros en la revolución de los cipayos. Podría igualarme con él si hubiera otra revuelta. Pero, tal como están las cosas, no soy más que un médico que ha ganado un proceso y tiene tres hijos que mantener y cuyo principal tema de conversación son los planes oficiales.

—Hablemos de poesía. —Fielding centró su atención en aquel tema inofensivo—. Vosotros, los indios, os encontráis en unas circunstancias muy tristes. ¿Sobre qué podrías escribir? No puedes repetir eternamente «La rosa se ha marchitado*. Ya sabemos que está marchita. Pero tampoco puedes dedicarte a la poesía patriótica del tipo «India mía, mi India», cuando en realidad la India no es de nadie.

—Me gusta esta conversación. Puede conducirnos a algo interesante.

—Tienes toda la razón al pensar que la poesía debe estar en contacto con la vida. Cuanto te conocí la usabas como sortilegio.

—No era más que un niño cuando me conociste. Todo el mundo era mi amigo entonces. El Amigo: una expresión persa para designar a Dios. Pero ya he dejado de ser poeta religioso.

—Tenía la esperanza de que siguieras siéndolo.

—¿Por qué, siendo tú ateo?

—Hay algo en la religión que quizá no sea cierto, pero que nadie ha cantado todavía.

—Explícalo con más detalle.

—Algo que quizá los hindúes sí han encontrado.

—Entonces que sean ellos quienes lo canten.

—Los hindúes no saben cantar.

—Cyril, de vez en cuando haces observaciones razonables. Por el momento ya hemos hablado bastante de poesía. Volvamos a tu visita a Inglaterra.

—No hemos dedicado ni dos segundos a la poesía —dijo el otro, sonriendo.

Pero a Aziz le gustaban mucho las piezas breves. Podía abarcar aquella conversación con la palma de la mano y sentir que compendia su problema. Por un instante recordó a su mujer y, como sucede cuando un recuerdo es intenso, el pasado se convirtió en el futuro, y se vio con ella en un tranquilo Estado de la jungla, muy lejos de cualquier extranjero.

—Imagino que irás a visitar a Miss Quested —dijo.

—Si tengo tiempo. Resultará extraño verla en Hampstead.

—¿Qué es Hampstead?

—Un pequeño barrio residencial de Londres donde viven artistas e intelectuales...

—Y Miss Quested vive allí confortablemente; disfrutarás con la visita... Vaya, ¡cómo me duele la cabeza! Quizá vaya yo también a tener el cólera. Con tu permiso me retiraré pronto.

—¿A qué hora querrás el coche?

—No te molestes; volveré en bicicleta.

—Pero si no has traído bicicleta. Mi coche te fue a buscar y lo normal es que te devuelva a casa.

—Parece razonable —dijo Aziz, tratando de mostrarse alegre—. Es cierto que no he traído bicicleta, pero se me ve con demasiada frecuencia en tu coche. Mr. Ram Chand piensa que me aprovecho de tu generosidad.

El joven médico se sentía de malhumor e incómodo. La conversación saltaba de un tema a otro de manera desganada. Ambos se mostraban afectuosos y deseosos de intimidad, pero nada terminaba de encajar.

—Aziz, ¿me has perdonado el estúpido comentario que hice esta mañana?

—¿Cuando me llamaste sinvergüenza?

—Sí, para eterna confusión mía. Sabes el mucho afecto que te tengo.

—No tiene importancia, por supuesto; todos cometemos errores. En una amistad como la nuestra unos deslices no significan nada.

Pero más tarde, mientras volvía a su casa, Aziz se sentía deprimido por algo: un

dolor sordo del cuerpo o de la mente, que esperaba para salir a la superficie. Cuando llegó a su bungalow sintió deseos de volver junto a Fielding y decirle alguna frase afectuosa; pero en lugar de hacerlo le dio una fuerte propina al *sais* y se sentó apesadumbrado en la cama, donde Hassan le dio un masaje muy incompetente. Las moscas habían colonizado la parte superior de una *almeira*, y las manchas rojas en la alfombra de algodón eran más perceptibles que nunca, porque Mohammed Latif había dormido en la casa mientras Aziz estuvo en la cárcel, y escupía con mucha frecuencia; el cajón de la mesa conservaba las huellas dejadas por la policía al forzarlo; en Chandrapore todo estaba agotado, incluido el aire. Lo que le preocupaba terminó saliendo a la superficie: Aziz tenía sospechas; sospechaba que su amigo se proponía casarse con Miss Quested por su dinero y que volvía a Inglaterra con ese propósito.

—¿*Huzoor*? —le preguntó el criado, porque Aziz había murmurado algo.

—Mira esas moscas en el techo. ¿Por qué no las has ahogado?

—Es que vuelven, *huzoor*.

—Como todos los males.

Para desviar la conversación, Hassan contó que el pinché había matado una serpiente, cosa buena, pero la había matado cortándola en dos, cosa mala, porque los pedazos se convierten en dos culebras.

—Cuando se rompe un plato, ¿se convierten los trozos en dos platos?

—También harán falta vasos y una nueva tetera; y una chaqueta para mí.

Aziz suspiró. Cada uno para sí mismo. Un hombre necesita una chaqueta, otro una esposa rica; cada uno se acerca a la meta deseada mediante un hábil rodeo. Fielding le había ahorrado a la chica una multa de veinte mil rupias y ahora iba a Inglaterra detrás de ella. Si deseaba casarse todo quedaba explicado: Miss Quested llevaría una dote importante al matrimonio. Aziz no creía en sus propias sospechas, pero hubiera hecho mejor aceptándolas, porque entonces las habría denunciado, aclarándose la situación. Sospecha y fe en el amigo podían coexistir en su mente sin problemas. Surgían de fuentes distintas y no tenían por qué mezclarse. En el oriental la sospecha es una especie de tumor maligno, una enfermedad mental que le hace perder la naturalidad y le vuelve hostil de repente; confía y desconfía al mismo tiempo de una manera que el occidental no es capaz de comprender. Es su espíritu maligno, como lo es la hipocresía para el occidental. Aziz se dejó dominar por ella y su fantasía construyó un castillo satánico, cuyos cimientos habían sido colocados la noche en que Fielding y él hablaron en Dilkusha bajo las estrellas. Sin duda, Miss Quested había sido la amante de Cyril mientras permaneció en el Instituto... Mohammed Latif estaba en lo cierto. Pero ¿era eso todo? Quizá fue Cyril quien la siguió al interior de la cueva... No; imposible. Cyril no había estado en el Kawa Dol. Imposible. Ridículo. Sin embargo, aquellas fantasías le dejaban temblando de dolor.

Semejante traición —caso de ser cierta— habría sido la peor de la historia india; imposible mayor vileza, ni siquiera el asesinato de Afzul Khan por Sivaji^[16]. Aziz se sintió tan anonadado como «hubiera confirmado la verdad de sus sospechas, y le dijo a Hassan que se marchara.

Al día siguiente, el joven médico decidió llevar otra vez a sus hijos a Mussoorie. Habían venido de la zona montañosa para el juicio, con el fin de que Aziz pudiera despedirse de ellos, y se habían quedado en casa de Hamiaullah para las celebraciones. El Mayor Roberts le daría permiso para marcharse y Fielding saldría camino de Inglaterra durante su ausencia. La idea se acomodaba por igual a sus sospechas y a sus creencias. Los acontecimientos demostrarían dónde se hallaba la verdad, y en cualquiera de los dos casos pondría a salvo su dignidad.

Fielding era consciente de algo hostil, y como realmente quería mucho a Aziz, su optimismo le falló. Viajar ligero de equipaje no resultaba tan fácil cuando entran en juego los afectos. Incapaz de seguir adelante con la serena esperanza de que al final todo se arreglaría, Fielding escribió una carta muy pensada y en estilo mis bien moderno:

«Tengo la impresión de que me consideras puritano en lo que a mujeres se refiere. Preferiría que pensaras cualquier otra cosa de mí. Si ahora vivo castamente es por haber pasado ya de los cuarenta y estar en periodo de revisión. Cuando llegue a los ochenta haré una nueva revisión. Y antes de los noventa... ¡seré yo el revisado! Pero, vivo o muerto, carezco completamente de moral. Me gustaría que no tuvieras una opinión equivocada de mí.»

A Aziz le desagradó la carta, que hería su delicadeza. Apreciaba las confidencias, por muy vulgares que fuesen, pero siempre le repelían las generalizaciones y las comparaciones. La vida no es un manual científico. Contestó fríamente, lamentando no poder regresar de Mussoorie antes de que su amigo se embarcara: «Pero tengo que tomarme unas modestas vacaciones ahora que puedo. De aquí en adelante todo será economizar; las esperanzas de Cachemira se han esfumado para siempre jamás. Cuando regreses estaré trabajando como un esclavo en un nuevo puesto.»

Fielding se marchó, y durante los últimos calores de Chandrapore —cuando el cielo y la tierra parecían tener consistencia de melcochas— las peores fantasías del médico indio se vieron confirmadas. Sus amigos las fomentaron, porque, si bien les gustaba el Director del Instituto, se sentían incómodos ante la idea de que llegara a saber demasiado sobre sus asuntos privados. Mahmoud Ali declaró en seguida que la traición estaba en marcha.

—Es cierto que últimamente ya no nos dirigía la palabra con su antigua franqueza —murmuró Hamidullah; y le advirtió a Aziz «que no esperara demasiado; después de todo, él y ella son miembros de otra raza».

«¿Dónde están mis veinte mil rupias?», pensó Aziz. El dinero no le interesaba en

absoluto —no sólo era generoso, sino que pagaba sus deudas con prontitud cuando se acordaba de hacerlo—, pero aquellas rupias le obsesionaban, porque le habían engañado y había permitido que se escaparan al extranjero, como gran parte de la riqueza de la India. Cyril se casaría con Miss Quested; Aziz terminó convencido de ello, con la ayuda de todo lo que había quedado sin explicación en el asunto de las Colinas de Marabar. Era la conclusión natural de aquella horrible excursión sin sentido, y antes de que pasara mucho tiempo no le cupo ninguna duda de que la boda era ya un hecho consumado.

Capítulo trigésimo segundo

Egipto era encantador: una estrecha alfombra verde, y andando por ella, arriba y abajo, cuatro especies de animales y una de hombres. Los asuntos de Fielding le retuvieron allí algunos días.

Se embarcó de nuevo en Alejandría: radiante cielo azul, brisa incesante y una costa baja y nítida en contraste con el complicado relieve de Bombay.

Creta le dio después la bienvenida con sus largas cordilleras nevadas, y más tarde Venecia. Al desembarcar en la Piazzeta le fue ofrecida una auténtica copa de belleza, y Fielding bebió en ella con cierto sentimiento de deslealtad. Los edificios de Venecia, como las montañas de Creta y los campos de Egipto, estaban situados en el lugar adecuado, mientras que en la pobre India todo se hallaba mal puesto. ¿Había olvidado la belleza de la forma entre templos repletos de ídolos y colinas desproporcionadas? ¿Cómo podía haber belleza donde faltaba la forma? La forma balbucía aquí y allá en una mezquita, perdía incluso flexibilidad debido al nerviosismo; pero ¡aquellas iglesias italianas! ¡San Giorgio alzándose sobre una isla que sin ella difícilmente hubiera podido surgir de las olas! ¡Santa María della Salute guardando la entrada de un canal que sin ella no sería el Gran Canal! En sus días de estudiante se había arropado con la capa multicolor de San Marcos, pero ahora se le ofrecía algo aún más precioso que mosaicos y mármoles: la armonía entre las obras del hombre y la tierra que las sostiene, la cultura que ha evitado la confusión, el espíritu en una forma razonable, en la que perduran carne y sangre. Al mandar postales a sus amigos indios, Fielding comprendió que ninguno apreciaría los placeres que él experimentaba en aquel momento, la alegría de la forma, y que ello constituía un serio obstáculo en sus relaciones.

Sus amigos indios verían la suntuosidad de Venecia, no su forma, y aunque Venecia no fuese Europa, formaba parte de la armonía mediterránea.

El Mediterráneo es la norma humana. Cuando los hombres abandonan ese lago exquisito, ya sea a través del Bósforo o de las Columnas de Hércules, se encaminan hacia lo monstruoso y lo extraordinario, y la salida meridional lleva a la más extraña de todas las experiencias. Volviéndole una vez más la espalda, Fielding tomó el tren con dirección al Norte, y tiernas y románticas fantasías que ya creía muertas para siempre florecieron nuevamente cuando contempló extasiado los botones de oro y las margaritas del mes de junio.

TERCERA PARTE

TEMPLO

Capítulo trigésimo tercero

Unos cientos de millas al oeste de las Colinas de Marabar, y dos años después, el profesor Naravan Godbole está de pie en la presencia de Dios. Dios no ha nacido todavía —eso sucederá a medianoche—, pero también nació hace muchos siglos, y en realidad Dios no puede nacer nunca, porque es el Señor del Universo, que trasciende todos los procesos humanos. Dios es, no era, no es, era. El y el profesor Godbole se hallaban en los extremos opuestos de la misma tira de alfombra.

Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram...

El corredor del palacio de Mau desembocaba a través de otros corredores en un hermoso patio de estuco blanco, pero apenas era posible ver sus pilares y sus bóvedas, ocultos detrás de trapos de colores, globos tornasolados, arañas de cristal opaco de color rosa y oscuras fotografías con el marco torcido. Al final estaba el pequeño pero famoso santuario del culto dinástico, y el Dios que había de nacer era básicamente una imagen de plata del tamaño de un* cucharilla. Los hindúes se sentaban a ambos lados de la alfombra allí donde encontraban sitio, o se desparramaban por los corredores próximos y por el patio: hindúes, sólo hindúes, nombres de facciones suaves, aldeanos en su mayor parte, para quienes cualquier cosa de sus pueblos se convertía en parte de un sueño, trabajadores del campo a quienes algunos llaman la India verdadera. Mezclados con ellos se hallaban algunos comerciantes de la ciudad, funcionarios, cortesanos, vástagos de la casa reinante. Alumnos del Instituto local mantenían el orden de manera muy poco eficiente. La asamblea se encontraba en un estado de felicidad y ternura desconocido para una multitud inglesa, y bullía como una poción benéfica. Cuando los aldeanos rompían el cordón para lanzar una ojeada a la imagen de plata, aparecía en su rostro una expresión increíblemente hermosa y radiante, de una belleza en la que no había nada personal, porque hacía que todos se parecieran mientras tomaba posesión de ellos, y sólo cuando desaparecía volvían a su rústica individualidad. E igualmente con la música. Había música, pero surgía de tantas fuentes que la suma total carecía de límites. Los rebuznos, golpes y canturreos se fundían en una masa única que se arrastraba por todo el palacio antes de unirse a los truenos. Llovía a intervalos a lo

largo de la noche.

Le tocaba el turno al coro del profesor Godbole. Había logrado este honor especial como Ministro de Educación. Cuando el anterior grupo de cantantes se dispersó entre la multitud, él avanzó desde atrás, cantando ya a pleno volumen, para que no se interrumpiera la cadena de sonidos sagrados. Godbole iba descalzo y vestido de blanco, con un turbante de color azul pálido; sus quevedos de oro se habían enganchado en una guirnalda de jazmines, ladeándose sobre su nariz. Él y los seis colegas que le acompañaban entrechocaban címbalos, golpeaban pequeños tambores, producían un sonido monótono mediante un armonio portátil y cantaban:

Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram, Tukaram, Tú eres mi padre y mi madre y todo el mundo. Tukaram, Tukaram...

No cantaban siquiera al Dios que estaba frente a ellos, sino a un santo; no hacían ni una sola cosa que los no hindúes pudieran aceptar como dramáticamente correcta; aquel triunfo de la India que estaba a punto de producirse era (desde nuestro punto de vista) una pura confusión, algo completamente desprovisto de razón y de forma.;Dónde estaba el Dios en cuyo honor se había reunido aquella muchedumbre? Resultaba imposible distinguirlo entre la mezcolanza de su propio altar, acurrucado hasta perderse de vista entre imágenes de inferior categoría, asfixiado bajo pétalos de rosa, con demasiadas oleografías colgando sobre su cabeza, reducido a insignificancia por las placas doradas que reproducían a los antepasados del raja, y completamente oscurecido, cuando soplaba el viento, por el andrajoso follaje de un plátano. En su honor se habían encendido cientos de luces eléctricas (alimentadas por un motor cuyas violentas convulsiones destruían el ritmo de la canción). Sin embargo, era imposible ver su rostro. Cientos de sus bandejas de plata se apilaban a su alrededor con el mínimo efecto posible. Las inscripciones compuestas por los poetas de! Estado colgaban donde no podían leerse, o habían hecho saltar las tachuelas que las sujetaban al estuco, y una de ellas (redactada en inglés para indicar su universalidad) estaba formada, debido a un desafortunado desliz del dibujante, por las palabras: «Dios se Amor.» Dios se Amor. ¿Es éste el mensaje definitivo de la India?

Tukaram, Tukaram...,

continuó el coro, reforzado por una disputa detrás de la cortina del *pardab*, donde dos madres trataban de colocar a sus hijos al mismo tiempo en primera fila. La pierna de una niña salió proyectada como una anguila. En el patio, empapados por la lluvia, los componentes de una pequeña orquestina europeizada se encontraron de pronto tocando un vals. *Noches de júbilo* era lo que interpretaban. Los cantantes no se inmutaron por la aparición de aquel competidor, porque para ellos no existía la

rivalidad. Pasó mucho tiempo antes de que el minúsculo fragmento del profesor Godbole que se ocupaba de las realidades externas decidiera que sus quevedos estaban en peligro y que mientras no se los ajustara no podría elegir un nuevo himno. Depositó un címbalo en el suelo sin dejar de golpear el aire con el otro, y con la mano libre movió torpemente las flores que llevaba alrededor del cuello. Un colega le ayudó. Sin dejar de cantar —un bigote gris muy cerca de otro— separaron la cadena de los quevedos del hilo de oro con el que se había enredado. Godbole consultó el libro de música, dijo unas palabras al tamborilero, quien, quebrando el ritmo, produjo una breve y confusa sucesión de rápidos sonidos antes de pasar a un nuevo ritmo, que resultó ser más excitante, más claras las imágenes interiores que evocaba, y en el rostro de los cantantes apareció una expresión distante y lánguida. Amaban a todos los hombres, a todo el universo, y fragmentos de su pasado, detalles insignificantes, surgían por un momento para fundirse luego en el calor universal. Así Godbole, aunque aquella persona no tuviera importancia para él, se acordó de una anciana mujer que había conocido en sus días de Chandrapore. La casualidad la trajo a su mente mientras se hallaba en aquel estado de acaloramiento; él no la eligió: ella se presentó entre el cúmulo de imágenes importunas —fragmento insignificante— y Godbole la empujó, mediante su fuerza espiritual, al lugar donde es posible hallar la integridad. Integridad, no reconstrucción. Sus sentidos se debilitaron, Godbole recordó una avispa contemplada en algún sitio que había olvidado, quizá sobre una piedra. El profesor amó a la avispa con la misma fuerza, empujándola con la misma intensidad, imitando a Dios. Y la piedra a la que la avispa se agarraba..., podía él quizá..., no, no podía, se había equivocado al intentarlo con la piedra; la lógica y un esfuerzo consciente habían logrado seducirle. Godbole volvió a la tira de alfombra roja para descubrir que estaba bailando sobre ella. Arriba y abajo, un tercio del recorrido hasta el altar y de nuevo en la dirección contraria, haciendo entrechocar los címbalos, moviendo rápidamente sus piernecillas, y sus compañeros bailando con él y entre ellos. Ruido, ruido, la orquestina europeizada tocando cada vez más fuerte, incienso en el altar, sudor, el resplandor de las luces, el viento en los plátanos, ruido, truenos, las doce menos diez según su reloj de pulsera, visto al alzar las manos y separar la diminuta reverberación que era su alma. Gritos más fuertes entre la multitud. Godbole siguió bailando. Los muchachos y los hombres acuclillados en los pasillos fueron alzados a la fuerza y depositados sin modificar su postura sobre los regazos de sus vecinos. Por la senda así conseguida avanzó una litera.

Era el anciano Soberano del Estado, traído contra la opinión de sus médicos para presenciar la ceremonia del Nacimiento.

Nadie saludó al Rajá, que tampoco lo deseaba; no era momento para la gloria humana, como tampoco podía depositarse la litera en el suelo, no fuera a profanar el templo convirtiéndose en trono. El Rajá fue alzado en el aire y colocado sobre la

alfombra cerca del altar, luego le enderezaron la inmensa barba, le sentaron sobre sus propias piernas y le dejaron en la mano un papel que contenía polvo rojo. Allí se quedó, apoyado contra un pilar, agotado por la enfermedad, los ojos agrandados por las muchas lágrimas no derramadas.

El soberano no tuvo que esperar demasiado. En un país donde todo lo demás pecaba de impuntualidad, la hora del Nacimiento se respetaba cronológicamente. Tres minutos antes del momento exacto, un brahmán trajo una maqueta de la aldea de Gokul (el Belén de aquella nebulosa historia) y lo colocó delante del altar. La maqueta se hallaba sobre una bandeja de madera de una yarda cuadrada aproximadamente; era de arcilla, y de alegres colores azules y blancos gracias a las banderolas y a la pintura. A un lado, en una silla demasiado pequeña para él y con una cabeza demasiado grande, aparecía el rey Kansa, que representa a Herodes, dirigiendo la matanza de algunos inocentes; en un rincón, y de proporciones similares, se hallaban el padre y la madre del Señor, avisados mediante un sueño de la necesidad de partir. La maqueta no era un objeto sagrado, pero tenía más valor que una simple decoración, porque apartaba a los hombres de la verdadera imagen del dios y aumentaba su santa perplejidad. Algunos de los aldeanos pensaban que el Nacimiento ya se había producido, diciendo con razón que el Señor tenía que haber nacido: de lo contrario, ellos no podrían verlo. Pero el reloj dio las campanadas de la medianoche y simultáneamente estalló la nota desgarradora de la trompa de caracol, seguida del barritar de los elefantes; todos los que tenían paquetes de polvo los arrojaron sobre el altar, y en medio del polvo rojo y del incienso, de los gritos y el estruendo de los instrumentos musicales, el Amor Infinito tomó como propia la forma de SHRI KRISHNA y salvó al mundo. Todos los sufrimientos quedaron aniquilados no sólo para los indios, sino para los extranjeros, los pájaros, las cuevas, los ferrocarriles y las estrellas; todo se convirtió en alegría y en risas; nunca había existido la enfermedad, ni la duda, ni los malentendidos, ni la crueldad, ni el miedo. Algunos de los presentes saltaron por el aire, otros se arrojaron al suelo y abrazaron los pies descalzos del amante universal; las mujeres detrás del *purdah* dieron palmadas y chillaron; la niña salió de detrás de la cortina y bailó sola, las oscuras trenzas ondeando tras ella. No se trataba de una orgía del cuerpo; la tradición del santuario lo prohibía. Pero el espíritu humano había tratado —mediante una desesperada contorsión— de apoderarse por la fuerza de lo desconocido, prescindiendo en la lucha de la ciencia y de la historia, sí, y también de la misma belleza. ¿Lo había conseguido? Libros escritos posteriormente dicen «Sí». Pero ¿cómo, si se produce tal acontecimiento, puede recordarse después? ¿Cómo puede expresarse con algo que no sea él mismo? Los misterios no sólo quedan ocultos para el no creyente, sino que tampoco el mismo adepto puede retenerlos. Puede pensar, si así lo decide, que ha estado con Dios, pero, tan pronto como lo piensa, el recuerdo se

convierte en historia y cae bajo las reglas del tiempo.

En seguida apareció sobre la alfombra una cobra de cartón piedra, y también una cuna de madera colgada de un bastidor. El profesor Godbole se acercó a esta última llevando en brazos un pañal rojo de seda. El pañal era Dios, aunque no lo era en realidad, y la imagen continuaba escondida entre la confusión del altar. No era más que un pañal, doblado de forma que indicase la presencia de un niño. El profesor lo meció y se lo entregó al Rajá, quien, haciendo un gran esfuerzo, dijo:

—Doy a este niño el nombre de Shri Krishna.

Después lo dejó caer en la cuna.

Las lágrimas brotaron incontenibles en los ojos del anciano monarca porque había visto la salvación del Señor. Estaba demasiado débil para mostrar a su pueblo el niño de seda, como había sido privilegio suyo en años anteriores. Sus acompañantes lo alzaron de nuevo, volvió a abrirse un camino entre la multitud y el Raja fue trasladado a otra parte menos sagrada del palacio. Allí, en una habitación accesible a la ciencia occidental por una escalera exterior, le aguardaba su médico, el doctor Aziz. Su médico hindú, que había acompañado al santuario, informó brevemente sobre sus síntomas.

Al desaparecer el embelesamiento, el enfermo empezó a dar muestras de desasosiego. El traqueteo de la máquina de vapor que alimentaba la dinamo le perturbaba, y preguntó por qué razón había sido introducida en su hogar. Los que estaban con él respondieron que lo preguntarían, y le fue administrado un sedante.

Debajo, en los corredores sagrados, la alegría había dado paso al jolgorio. Era deber de los presentes participar en varios juegos para divertir al Dios recién nacido y simular sus escarceos amorosos con las sensuales pastoras de Brindaban. En estos juegos la mantequilla desempeñaba un papel muy destacado. Una vez retirada la cuna, los principales nobles del Estado se reunieron para retozar inocentemente. Todos se quitaron el turbante, uno de ellos se colocó una pella de mantequilla en la frente y esperó a que se deslizara nariz abajo hasta llegar a la boca. Pero antes de que pudiera llegar, otro de los participantes se situó sigilosamente detrás de él, se apoderó del bocado a punto de derretirse y se lo tragó. Todos los espectadores rieron exultantes al descubrir que el sentido divino del humor coincidía con el suyo, «¡Dios se Amor!» Hay diversión en el cielo. Dios puede gastarse bromas pesadas a Sí mismo, quitarse la silla debajo de Su propio trasero, prender fuego a Su propio turbante y robarse Su propia ropa interior cuando se baña. Al sacrificar el buen gusto, estas devociones lograban lo que el cristianismo ha evitado: incluir la diversión. Todo el espíritu, al igual que toda la materia, tiene que participar en la salvación y si se suprimen las bromas pesadas el círculo queda incompleto. Después de tragarse la mantequilla, los participantes iniciaron otro juego que por casualidad resultó donairoso: las caricias a Shri Krishna bajo la apariencia de un niño. Se lanza una

bonita pelota roja y oro y el que se apodera de ella elige a un niño entre la multitud, lo alza entre sus brazos y lo va llevando por todo el recinto para ser acariciado. Todo el mundo lo hace por amor al Creador, murmurando palabras de alegría. El niño es devuelto a sus padres, vuelve a lanzarse la pelota y otro niño se convierte por un momento en el Deseado del Mundo. Y el Señor salta de aquí para allá a través de los corredores y utiliza la casualidad, y el juego de la casualidad, para irradiar Su inmortalidad a los pequeños mortales... Cuando hubieron jugado el tiempo suficiente —y al no afectarles el aburrimiento lo repitieron una y otra vez, una y otra vez—, las personas principales tomaron muchas varas y las golpearon entre sí, haciendo un ruido muy fuerte, como si estuvieran peleando en las guerras de los Pandavas^[17], y se agitaron y revolvieron con ellas, y después colgaron del techo del templo, en una red, una gran vasija negra de barro, que estaba pintada de rojo aquí y allá, y enguinaldada con higos secos. Entonces llegó el momento de un juego muy estimulante. Saltando, golpearon la vasija con sus varas.

El cántaro se quebró, terminó rompiéndose y una masa de leche y arroz grasiento se derramó sobre sus rostros. Comieron y se untaron la boca unos a otros, y se zambulleron entre las piernas de los demás para coger lo que había caído sobre la alfombra. Por todas partes se extendía la divina mezclanza, hasta que los alumnos del instituto local, que hasta cierto punto habían mantenido a raya a la multitud, abandonaron sus puestos para tomar parte en el sagrado festín. Los corredores, el patio, se llenaron de afable confusión. También las moscas se despertaron, reclamando su parte en la dádiva de Dios. No había peleas, debido a la naturaleza del regalo, porque bienaventurado es el hombre que se lo otorga a otro, imitando así a Dios. Y estas «imitaciones», estas «sustituciones» siguieron aleteando por la asamblea durante muchas horas, despertando en cada hombre, de acuerdo con su capacidad, una emoción que no hubiera conocido de otra manera. No sobrevivía ninguna imagen definida; en el Nacimiento era discutible si lo que había venido al mundo era una muñeca de plata, una maqueta de barro, un pañal de seda, un espíritu impalpable o una piadosa resolución. ¡Quizá todas esas cosas! ¡Quizá ninguna! ¡Quizá todo nacimiento es una alegoría! Sin embargo, era el principal acontecimiento del año religioso y causaba extraños pensamientos. Cubierto de grasa y polvo, el profesor Godbole había desarrollado una vez más la vida de su espíritu. Había visto de nuevo a Mrs. Moore con mayor nitidez, y en torno suyo formas de aflicción vagamente adheridas a ella. El era un brahmán y ella cristiana, pero eso no suponía ninguna diferencia; daba lo mismo que se tratase de una mala jugada de su memoria o de una súplica telepática. Era su deber y su deseo ponerse en el lugar de Dios y amarla; y, al mismo tiempo, ponerse en el lugar de la anciana señora y decirle a Dios: «Ven, ven, ven, ven.» Eso era todo lo que él podía hacer. ¡Qué insuficiente! Pero cada uno según su propia capacidad, y Godbole sabía que la suya era muy limitada. «Una

anciana inglesa y una avispa muy pequeña», pensó mientras salía del templo a una húmeda mañana gris de lluvia incesante. «No parece mucho y, sin embargo, es más de lo que soy yo.»

Capítulo trigésimo cuarto

El doctor Aziz abandonó el palacio al mismo tiempo que Godbole. Mientras regresaba a su casa —rodeada de un agradable jardín y situada un poco más adelante en la calle principal de la ciudad— vio a su antiguo protector, que le precedía chapoteando y dando saltos por el barro.

—¿Qué tal? —exclamó Aziz, pero no eran aquéllas las palabras adecuadas, porque el devoto hindú indicó con gestos circulares de sus brazos que no deseaba ser molestado—. Lo siento —añadió el joven médico, acertando esta vez, porque Godbole torció la cabeza hasta que dejó de pertenecer a su cuerpo, y dijo con una voz forzada que no tenía conexión alguna con su mente:

—Quizás esté ya en el Pabellón de Invitados de Oficiales..., al menos, cabe dentro de lo posible.

—¿De verdad? ¿A qué hora?

Pero hablar del tiempo era ya precisar demasiado. Godbole agitó débilmente un brazo y desapareció. Aziz sabía que estaban hablando de Fielding, pero no quería pensar en él, porque se trataba de un elemento perturbador en su vida, y aún confiaba en que la crecida del río le impidiese llegar. Una pequeña corriente brotaba bajo la puerta de su jardín y logró renovar sus esperanzas. Era imposible que nadie consiguiera cruzar desde Deora con un tiempo como aquel. Fielding venía en visita oficial. Había sido trasladado de Chandrapore y enviado a recorrer la India Central para comprobar lo que los Estados más apartados estaban haciendo en relación con la educación inglesa. Se había casado, había hecho lo que se esperaba con Miss Qusted, y Aziz no tenía el menor deseo de volver a verlo.

«Inefable Godbole», pensó, sonriendo. El joven médico carecía de curiosidad religiosa, y no había llegado a descubrir el significado de aquella exótica ceremonia que se celebraba una vez al año, pero estaba totalmente convencido de que Godbole era una excelente persona. Aziz había llegado a Mau gracias a él y seguía allí por la misma razón. Sin su ayuda nunca hubiera entendido problemas completamente distintos de los de Chandrapore. Porque aquí la distancia era entre brahmán y no-brahmán; musulmanes e ingleses quedaban totalmente al margen, y a veces no se les mencionaba durante días. Como Godbole era brahmán, Aziz también lo era cuando se trataba de intrigar; a menudo bromeaban juntos acerca de ello. Las fisuras del suelo indio son infinitas: el hinduismo, que parece tan sólido desde lejos, está dividido en sectas y clanes, que se bifurcan y se unen, y cambian de nombre según el aspecto desde el que se los examina. Si alguien estudia el hinduismo durante años con los mejores profesores, descubre al levantar la cabeza que nada de lo que le han dicho

encaja realmente. Aziz, el día de su toma de posesión, había hecho notar: «Yo no examino nada, solamente respeto», causando con ello una excelente impresión. En el momento presente los prejuicios contra él eran mínimos. Aunque se hallaba nominalmente a las órdenes de un doctor hindú, Aziz era en realidad el médico más importante de la corte. Había tenido que renunciar a las inoculaciones y otros caprichos occidentales del mismo estilo, pero también en Chandrapore su profesión había sido un juego, centrado en torno a la mesa de operaciones, y allí, en aquel lugar apartado, permitía que se le oxidaran los bisturíes, dirigía su pequeño hospital a medio rendimiento y no causaba innecesaria alarma.

El impulso que le había llevado a escapar de los ingleses era correcto. Le habían asustado de manera definitiva, y sólo existen dos reacciones contra el miedo: patear y gritar en los comités, o retirarse a una remota jungla donde el *sahw* apenas aparece. Sus viejos amigos abogados querían que se quedara en la India británica y colaborara en las tareas de agitación, y quizá le hubieran convencido de no ser por la traición de Fielding. La noticia no había sorprendido a Aziz en absoluto. La primera fisura entre ellos había surgido inmediatamente después del juicio, cuando Cyril no tomó parte en el cortejo; la defensa de la muchacha la había hecho más honda; luego llegaron las postales desde Venecia, tan frías y tan poco amistosas que todos estuvieron de acuerdo en que algo iba mal; y, finalmente, después de un silencio, la esperada carta desde Hampstead. Mahmoud Ali estaba con Aziz en aquel momento. «Voy a darte una noticia que te sorprenderá. Me caso con alguien a quien conoces...» Aziz no siguió leyendo.

—Ahí tienes, contéstala por mí.

Y se la arrojó a Mahmoud Ali.

Las cartas posteriores las rompió sin abrir. Era el final de un estúpido experimento. Y, aunque a veces, en algún apartado rincón de su mente sentía que Fielding había hecho sacrificios por él, todo ello quedaba mezclado con un odio totalmente genuino hacia los ingleses. «Por fin soy indio», pensó Aziz, inmóvil bajo la lluvia.

La vida transcurría agradablemente; el clima era saludable, de manera que sus hijos podían pasar todo el año con él; había vuelto a casarse —no se trataba exactamente de un matrimonio, pero a Aziz le gustaba considerarlo como si lo fuera—; leía en persa; escribía poesía; tenía caballo, y a veces lograba cazar algo cuando los buenos hindúes miraban en la otra dirección. Todos sus poemas se ocupaban del mismo tema: la condición de la mujer oriental. «El *pardah* tiene que desaparecer» porque es una carga insostenible, «de lo contrario nunca seremos libres». Y también declaraba (dejándose llevar enteramente por la fantasía) que la India no hubiese sido conquistada si en Plassey^[18] hubiesen luchado las mujeres además de los hombres. «Pero no hemos de permitir que los extranjeros vean a nuestras mujeres» (sin explicar

cómo se lograría esto último, debido a estar escribiendo un poema). *Bulbules* y rosas seguían apareciendo: Aziz aún llevaba en la sangre el patetismo del Islam derrotado y no podía expulsarlo mediante el recurso a la modernidad. Los suyos eran unos poemas tan ilógicos como su autor. Pero decían una cosa acertada: no podía existir una patria sin nuevos hogares. En un poema —el único que le gustaba al pintoresco Godbole— Aziz había prescindido de la patria (a la que no amaba de verdad) para ir directamente a la internacionalidad.

—¡Ah! Esto es *bhakti*—, esto, mi joven amigo, es diferente y muy bueno. La India, que parece no moverse, irá directamente a ello mientras las otras naciones pierden el tiempo. ¿Me permite traducir este poema al hindú? En realidad es tan instructivo que casi podría verse al sánscrito. Sí, claro, todos sus otros poemas son también muy buenos. Su Alteza le decía al Coronel Maggs durante su última visita que estamos muy orgullosos de usted —sonriendo tímidamente.

El Coronel Maggs era el Comisionado Político de la zona y desalentado oponente político de Aziz. El Departamento de Investigación Criminal no perdía de vista al joven médico a partir del proceso: no tenían nada concreto en contra suya, pero hay que vigilar a los indios que han tenido mala suerte, y, gracias a la equivocación de Miss Qusted, Aziz permanecería en observación hasta el final de sus días. El Coronel Maggs se sintió lleno de preocupación al saber que un sospechoso iba a trasladarse a Mau, y, adoptando un tono de broma, ridiculizó al anciano Rajá por permitir que un médico musulmán se ocupara de su sagrada persona. Unos años antes el Rajá hubiera prestado oídos a aquella insinuación, porque en aquellos tiempos el Comisionado Político era una figura formidable, capaz de desatar todos los truenos del Imperio en los momentos más inoportunos; de trastornar toda la organización política pidiendo automóviles y cacerías de tigres; talas de árboles porque impedían la vista desde el Pabellón de Huéspedes; que se ordeñara a las vacas en su presencia y, en general, atribuyéndose el control de los asuntos internos. Pero se había producido un cambio de estrategia en las altas esferas. Los truenos locales ya no encontraban respaldo, y el grupo de pequeños Estados que componían la Comisaría se habían enterado de ello y empezado a cambiar impresiones, con provechosos resultados. Ver lo mucho —o lo poco— que el Coronel Maggs estaba dispuesto a soportar se convirtió en un agradable pasatiempo, y todos los Departamentos de Estado de Mau se dedicaban a él. El Coronel Maggs tuvo que aceptar el nombramiento de Aziz. El Rajá hizo caso omiso de la insinuación, pero replicó que los hindúes tenían mentes más amplias que anteriormente, gracias a las esclarecedoras disposiciones del Virrey, y que consideraba un deber suyo avanzar de acuerdo con los tiempos.

Sí, todo había ido bien hasta entonces, pero ahora, cuando el resto del Estado se hallaba sumergido en las festividades religiosas, Aziz tenía que enfrentarse con una

crisis de un tipo muy distinto. En su casa le esperaba un mensaje. No quedaba la menor duda de que Fielding había llegado la noche anterior, ni tampoco de que Godbole estaba enterado de ello, porque el mensaje era para él, y el viejo profesor había escrito al margen: «Estupendas noticias, pero, desgraciadamente, mis deberes religiosos me impiden tomar ninguna iniciativa.» Fielding explicaba que había inspeccionado Mudkul (el antiguo coto de Miss Derek), que casi se había ahogado en Deora, que había llegado a Mau de acuerdo con el calendario previsto, y que esperaba permanecer allí dos días, estudiando las diferentes innovaciones pedagógicas de su antiguo amigo. Y Fielding no había venido solo. Le acompañaban su mujer y su cuñado. Y a continuación la nota se convertía en el típico mensaje que se recibía K siempre del Pabellón de los Huéspedes Oficiales. Pidiendo algo.

Faltaban huevos. Mosquiteros rotos. ¿Cuándo podrían presentar sus respetos a Su Alteza? ¿Era cierto que iba a celebrarse una procesión a la luz de las antorchas? Si era ése el caso, ¿podían verla ellos? No deseaban causar problemas, pero si fuera posible contemplarla desde un balcón o a bordo de una embarcación... Aziz rompió el mensaje. Ya estaba bien de enseñarle a Miss Quested la vida de los nativos. ¡Bruja traicionera! Mala gente todos ellos. Aziz no perdía la esperanza de evitarlos, aunque quizá resultara difícil, porque sin duda tendrían que quedarse varios días en Mau. Hacia el Sur, las crecidas de los ríos eran todavía peores, y en dirección a la estación de Asirgarh habían aparecido las pálidas superficies grises de varios lagos.

Capítulo trigésimo quinto

Mucho antes de que Aziz descubriera Mau, otro joven musulmán había ido allí a retirarse: un santo. Su madre le dijo: «Pon en libertad a los presos.» De manera que el joven cogió una espada y subió al tuerte. Abrió una puerta y los presos salieron a raudales y volvieron a sus antiguas ocupaciones, pero la policía se enfadó mucho y le cortó la cabeza al joven musulmán quien, ignorando su ausencia, se abrió camino por las rocas que separaban el fuerte de la ciudad, matando policías mientras avanzaba, hasta caer junto a la casa de su madre, después de haber cumplido sus órdenes. El resultado de todo esto era la existencia de dos santuarios dedicados a él —el de la Cabeza arriba y el del Cuerpo abajo—, que son lugares de devoción para los pocos musulmanes que viven cerca, y también para los hindúes. «No hay más dios que Dios»; tan simétrica amonestación se desvanece en el suave aire de Mau; es algo que pertenece a peregrinaciones y universidades, no al feudalismo y a la agricultura. Cuando Aziz descubrió al llegar que también el Islam era idólatra, se sintió lleno de desprecio y quiso purificar aquel lugar, como Alamgir. Pero en seguida dejó de importarle, como a Akbar. Después de todo, aquel santo había puesto en libertad a los presos, y él mismo había estado en la cárcel. El Santuario del Cuerpo se hallaba en su propio jardín y producía una cosecha semanal de lámparas y flores, y cuando Aziz las veía recordaba sus sufrimientos. Al Santuario de la Cabeza se llegaba dando un agradable paseo bastante corto, muy adecuado para los niños. El joven médico tenía libre la mañana después del gran *pujab*, y les dijo a sus hijos que le acompañaran. Jamila le cogió de la mano. Ahmed y Karim corrieron delante, discutiendo sobre el aspecto que tenía el cuerpo mientras descendía a trompicones, y si les hubiera dado miedo encontrarse con él. Aziz no quería que fueran supersticiosos y les riñó; ellos respondieron «Sí, padre», porque estaban bien educados, pero, como el mismo Aziz, eran sordos a los razonamientos, y después de una pausa cortés, siguieron diciendo lo que su naturaleza les impulsaba a decir.

En lo alto de la ladera se alzaba un edificio octogonal, alto y esbelto, rodeado de algunos matorrales: el Santuario de la Cabeza. Carecía de techo y no era en realidad más que un biombo protector.

Dentro se agazapaba una humilde cúpula y en su interior, visible a través de una reja, se hallaba una lápida mutilada, envuelta en percal blanco. Los ángulos interiores del biombo de piedra estaban ocupados por nidos de abejas, de los que caía constantemente una suave lluvia de alas rotas y otros adminículos aéreos, que habían cubierto de restos el pavimento humedecido. Ahmed, enterado por Mohammed Latif del carácter de la abeja, dijo: «No nos atacarán, porque nuestras vidas son castas», y

se introdujo audazmente en el santuario; su hermana fue más cauta. De allí pasaron a una mezquita, que, por tamaño y decoración, parecía una de esas pantallas que se colocan delante del hogar de la chimenea; los arcos de Chandrapore habían quedado reducidos a una lisa extensión de estuco de carácter ornamental, con protuberancias en los extremos que creaban la impresión de dos minaretes, Aquella cosa tan ridícula ni siquiera se mantenía derecha, porque la roca sobre la que estaba situada había empezado a resbalar colina abajo. La mezquita y el santuario constituían una extraña consecuencia de las protestas de Arabia.

Aziz y sus hijos se pasearon por el viejo fuerte, ahora desierto, y admiraron las diferentes vistas. El panorama, según sus criterios, era encantador: el cielo gris y negro, nubes panzudas repletas de lluvia por todas partes, la tierra picada de charcos y resbaladiza por el fango. Un magnífico monzón, el mejor en tres años; los estanques ya estaban llenos y posiblemente la cosecha sería excepcional. En dirección al río (la ruta por la que Fielding había escapado de Deora) el aguacero había sido enorme, haciendo necesario recurrir a cuerdas para pasar al otro lado las sacas del correo. Desde allí podían ver, entre los árboles del bosque, la abertura por donde bajaba el desfiladero, y encima las rocas que señalaban el emplazamiento de la mina de diamantes, resplandecientes por la humedad. Por debajo y muy cerca se hallaba la residencia de la *Rani* más joven, aislada por la inundación, y era posible ver a Su Alteza, que no daba mucha importancia al *pardah*, chapoteando en el jardín con sus doncellas, y agitando el *sari* en dirección a los monos instalados sobre el tejado. Pero quizá fuera mejor no mirar en aquella dirección, ni tampoco hacia el pabellón de los Huéspedes Oficiales. Más allá de este último se alzaban, como una penumbra gris-verdosa, colinas cubiertas con templos semejantes a pequeñas llantas blancas. Sólo en aquella dirección había más de doscientos dioses que se visitaban unos a otros constantemente y eran propietarios de numerosas vacas y de toda la industria de la hoja de betel, además de una participación en el autobús de Asirgarh. Muchos de ellos se hallaban en palacio en aquel momento, pasándolo estupendamente; otros, demasiado voluminosos o con demasiado orgullo para viajar, habían enviado símbolos que los representaran. El aire estaba lleno de lluvia y de religión.

Ahmed y Karim —sus camisas blancas ondeando al viento— corrieron por todo el fuerte, gritando de alegría. En seguida se tropezaron con una fila de presos, que contemplaban distraídamente un viejo cañón de bronce.

—¿Cuál de vosotros será perdonado? —preguntaron los niños.

Porque aquella noche era la procesión del Dios Principal, que saldría del palacio, escoltado por todo el poder del Estado, y pasaría junto a la cárcel, que se hallaba ahora abajo, en la ciudad. Cuando el Dios cruzara ante el establecimiento penitenciario, agitando las aguas de nuestra civilización^[19], uno de los presos sería

puesto en libertad; después el divino viajero se internaría en el gran estanque de Mau, que llegaba hasta el jardín del Pabellón de los Huéspedes, donde sucedería alguna otra cosa, una gran apoteosis final o quizás algo de menor importancia; a continuación el Dios se sometería a la experiencia del sueño. Aziz y su familia, por ser musulmanes, no estaban al tanto de todo esto, pero la visita a la cárcel sí era de dominio común. Sonriendo, sin levantar los ojos, los presos comentaron con aquellas personas acomodadas sus posibilidades de libertad. Tan sólo los grilletes que llevaban en las piernas les diferenciaban de otros hombres, y tampoco ellos se sentían distintos. Los cinco que se hallaban aún pendientes de juicio no podían alcanzar el perdón, pero todos los condenados estaban llenos de esperanza. Para ellos no existía distinción entre el Dios y el Rajá: ambos quedaban demasiado por encima de sus posibilidades; pero su guardián era un hombre mejor educado y se atrevió a preguntar por la salud de Su Alteza.

—Sigue mejorando —replicó el joven médico.

La verdad era que el Rajá había muerto; la ceremonia de la noche anterior había resultado excesiva para sus fuerzas, y se ocultaba su muerte para no oscurecer el esplendor de la festividad. El médico hindú, el Secretario Privado y un criado de confianza custodiaban el cadáver, mientras Aziz, por su parte, se dejaba ver en público para no despertar sospechas. El joven médico había sentido un gran afecto por el desaparecido Soberano, y era posible que no prosperara bajo su sucesor, pero todavía no era capaz de preocuparse por semejantes problemas, inmerso como se hallaba en la ilusión que estaba ayudando a crear. Los niños siguieron corriendo por el fuerte, buscando, con insensato entusiasmo, una rana que meter en la cama de Mohammed Latif. Cientos de ranas vivían en su propio jardín, pero querían una del fuerte. Ellos mismos dieron la noticia de que se divisaban dos cascos. Fielding y su cuñado, en lugar de descansar después del viaje, estaban subiéndola ladera camino de la tumba del santo.

—¿Les tiramos piedras? —preguntó Karim.

—¿Les ponemos cristal pulverizado en el *pan*?

—Ahmed, ven aquí para que te castigue por decir esa maldad.

Aziz alzó la mano para golpear a su primogénito, pero le permitió, en cambio, que se la besara.

Era muy agradable tener a sus hijos con él en aquel momento, y saberlos afectuosos y valientes. Les hizo ver que los ingleses eran huéspedes oficiales y no se les podía envenenar, recibiendo, como siempre, una dócil aunque entusiasta aquiescencia a sus palabras.

Los dos visitantes entraron en el edificio octogonal, pero salieron en seguida a toda prisa, perseguidos por algunas abejas. Los vieron correr de un lado a otro, golpeándose la cabeza con las manos; los niños gritaron, burlándose, y del cielo,

repentinamente, como si alguien hubiese quitado un tapón, cayó un agradable aguacero. Aziz no había tenido intención de saludar a su antiguo amigo, pero el incidente le puso de excelente humor.

—¿Qué tal, caballeros? ¿Tienen algún problema? —gritó.

El cuñado de Fielding dejó escapar una exclamación; una abeja le había picado.

—Túmbese en un charco..., aquí hay muchos. No se acerque a mí, yo no soy capaz de controlarlas, son abejas del Estado; quéjese a Su Alteza de su comportamiento. —No había ningún peligro en realidad, porque llovía cada vez con más fuerza. El enjambre se retiró hacia el santuario. Aziz se acercó al desconocido y le extrajo un par de agujones de la muñeca—. Vamos, seréne y pórtese como un hombre.

—¿Qué tal estás, Aziz, después de tanto tiempo? Supe que te habías instalado aquí —exclamó Fielding; la entonación de su voz, sin embargo, no era amistosa—. Imagino que un par de picaduras no tienen importancia.

—Ninguna. Mandaré un unguento al Pabellón de Huéspedes. He oído que se han instalado ustedes allí.

—¿Por qué no contestaste a mis cartas? —preguntó Fielding, tratando de ir directamente al grano, pero sin conseguirlo, porque el agua caía otra vez a cántaros. Su acompañante, nuevo en el país, exclamó, al sentir el golpeteo de las gotas sobre el casco, que las abejas estaban reanudando el ataque. Fielding interrumpió sus desorbitados gestos con cierta brusquedad y luego dijo—: ¿Existe algún atajo para llegar hasta nuestro coche? Más vale que abandonemos el paseo. Este tiempo es una verdadera pesadilla.

—Sí. Sigam por ahí.

—¿No bajas tú también?

Aziz esbozó una cómica reverencia; como todos los indios, era muy hábil a la hora de mostrarse sutilmente impertinente. «Tiemblo y obedezco», decía el gesto, y Fielding lo entendió perfectamente. Bajaron hacia el camino por una senda muy accidentada —los dos hombres delante; el cuñado (muchacho más que hombre) detrás, muy cariacontecido porque le dolía el brazo; los tres niños indios los últimos, ruidosos y desvergonzados—, todos ellos calados hasta los huesos.

—¿Qué tal te van las cosas, Aziz?

—Disfruto de buena salud, como de costumbre.

—¿Sacas algo en limpio de tu vida aquí?

—¿Cuánto saca usted en limpio de la suya?

—¿Quién se encarga del Pabellón de los Huéspedes? —respondió Fielding, renunciando a su tímido esfuerzo por recobrar la perdida intimidad, y adoptando un tono más oficial; el antiguo Director del Instituto de Chandrapore se había hecho más viejo y menos flexible.

—El Secretario Privado de Su Alteza, probablemente.

—¿Dónde está, entonces?

—No lo sé.

—Porque desde que llegamos no se ha acercado ni un alma a saludarnos.

—¿Es posible?

—Escribí con anticipación al *Durbar*, preguntando si era oportuna una visita nuestra. Se me dijo que sí, y preparé mi viaje de acuerdo con ello; pero los criados no parecen tener instrucciones concretas; no hemos podido conseguir huevos, y además mi mujer quiere salir a pasear en la barca.

—Hay dos.

—Sí, pero faltan los remos.

—El Coronel Maggs los rompió en su última visita.

—¿Los cuatro?

—Es un hombre extraordinariamente fuerte.

—Si mejora el tiempo, esta noche querríamos ver la procesión con antorchas desde el agua —siguió Fielding—. Escribí a Godbole acerca de ello, pero no parece haberse enterado: es como estar en un cementerio.

—Quizá su carta nunca llegó a manos del Ministro en cuestión.

—¿Existe alguna norma en contra de que los ingleses presencien la ceremonia?

—No sé absolutamente nada sobre la religión local. A mí personalmente nunca se me ocurriría asistir a una procesión.

—Tuvimos un recibimiento muy distinto en Mudkul en Deora; en Deora especialmente todo fueron amabilidades, el Maharajá y la Maharaní no querían que nos fuésemos sin verlo todo.

—Debieran ustedes haberse quedado con ellos.

—Sube, Ralph.

Habían llegado al sitio donde esperaba el coche.

—Suban, Mr. Quested y Mr. Fielding.

—¿Quién demonios es Mr. Quested?

—¿Acaso pronuncio mal un apellido que conozco tan bien? ¿No es el hermano de su mujer?

—¿Con quién demonios crees que me he casado?

—Me llamo Ralph Moore —dijo el muchacho, poniéndose colorado, y al mismo tiempo cayó otro chaparrón que hizo surgir un vaho alrededor de sus pies.

Aziz trató de apartarse, pero era demasiado tarde.

—¿Quested? ¿Quested? ¿No sabías que mi mujer era la hija de Mrs. Moore?

Aziz empezó a temblar y su rostro adquirió una tonalidad gris morada; aquella noticia le desagradaba profundamente, le desagradaba oír el apellido Moore.

—¿Quizás esto explica tu extraña actitud?

—¿Qué tiene de malo mi actitud?

—La absurda carta que le permitiste escribir a Mahmoud Ali en nombre tuyo.

—Creo que esta conversación no tiene ninguna utilidad.

—¿Cómo pudiste cometer semejante equivocación? —dijo Fielding, en tono más amistoso que antes, pero mordaz y despectivo—. Es casi increíble. Juraría que te escribí media docena de cartas mencionando el nombre de mi mujer. ¡Miss Qusted! ¡Qué idea tan peculiar! —Por su sonrisa, Aziz supuso que Stella era hermosa—. Miss Qusted es nuestra mejor amiga, ella nos presentó, pero... qué idea tan curiosa. Luego tenemos que resolver este malentendido, Aziz. Ha sido, sin duda, una estratagema de Mahmoud Ali. Sabe perfectamente bien que me he casado con Miss Moore. La llamaba «hermana de Heaslop» en la insolente carta que me escribió.

Aquel apellido enfureció a Aziz.

—Claro que lo es, y ahí está el hermano de Heaslop, y usted es su cuñado y no hay más que decir. —La vergüenza se había convertido en rabia, devolviéndole su propia estimación—. ¿Qué me importa con quién se haya casado usted? Todo lo que pido es que no venga a molestarme aquí en Mau. No le necesito a usted ni a ninguno de los suyos en mi vida privada, y no voy a cambiar de opinión. Sí, sí; ya se que cometí una equivocación estúpida; desprécieme y míreme con frialdad. Creí que se había casado con mi enemiga. No leí su carta. Mahmoud Ali me engañó. Creí que me había robado el dinero, pero —Aziz juntó las manos dando una palmada y sus hijos se congregaron a su alrededor— es como si lo hubiera hecho. A Mahmoud Ali se lo perdono todo, porque estoy seguro de su afecto —luego de hacer una pausa mientras las gotas de lluvia estallaban con ruido de pistoletazos, añadió—: De aquí en adelante mi corazón pertenece únicamente a mi pueblo. —Y se dio la vuelta para marcharse. Cyril le siguió por entre el barro, disculpándose, riendo un poco, queriendo discutir y recomponer, señalando con lógica irrefutable que no se había casado con la prometida de Heaslop, sino con su hermana. ¿Qué importancia podía tener para Aziz la verdad a aquellas alturas? Había edificado su vida sobre una equivocación, pero edificada estaba. Hablando en urdu, para que fe entendieran sus hijos Aziz dijo—: Haga el favor de no seguirnos; da lo mismo con quién se haya casado. No quiero por amigos a ningún inglés ni a ninguna inglesa.

Aziz regresó a su casa feliz y muy excitado. Oír pronunciar el apellido de Mrs. Moore, con los recuerdos que despertaba, le había resultado turbador y misterioso al mismo tiempo. «Esmis Esmur...», como si la anciana señora viniera a ayudarle. Siempre había sido muy buena con él, y aquel muchacho al que apenas había mirado era su hijo, Ralph Moore; Stella y Ralph, a quienes había prometido tratar cariñosamente, y Stella se había casado con Cyril.

Capítulo trigésimo sexto

En el palacio continuaba el rasguear de los instrumentos y el resonar de los tambores. La revelación había terminado, pero su efecto duraba, y consistía en hacer creer a los hombres que la revelación no se había producido aún. Subsistía la esperanza a pesar de haberse cumplido lo esperado, como sucederá en el paraíso. Aunque el Dios había nacido, su procesión —que muchos identificaban erróneamente con el Nacimiento— no se había celebrado aún. En años normales, las horas centrales de aquel día quedaban marcadas por actuaciones de gran belleza en las habitaciones privadas del Rajá, poseedor de un grupo de hombres y muchachos consagrados, cuya tarea era danzar en presencia del soberano diferentes actuaciones y meditaciones de su fe. Cómodamente sentado, podía presenciar los Tres Pasos con que el Salvador ascendió a la cumbre del universo para confusión de Indra, también la muerte del dragón, la montaña que se convirtió en paraguas, y el *sadduh* que (con resultados muy cómicos) invocó al Dios antes de comer. Todo culminaba con la danza de las pastoras ante Krishna, y con la danza aún más importante de Krishna delante de las pastoras, cuando la música y los músicos se arremolinaban entre las túnicas azul marino de los actores hasta llegar a sus coronas de oropel y todos se fundían en uno. Entonces el Rajá y sus invitados olvidaban hallarse en presencia de una representación dramática, y adoraban a los actores. Nada semejante podía suceder aquel día, porque la muerte tiene el poder de interrumpirlo todo. En Mau interrumpía menos que en Europa; su patetismo no era tan intenso, su ironía menos cruel. Desgraciadamente, se hallaban en palacio dos aspirantes al trono, y sospechaban lo que había sucedido, pero no crearon problemas, porque la religión es una fuerza viva para los hindúes, y en ciertos momentos es capaz de suprimir todo lo que haya de mezquino y efímero en sus naturalezas. La festividad continuaba, desordenada y sincera; todos los hombres se amaban entre sí, y evitaban instintivamente cualquier cosa que pudiera producir molestias o dolor.

Aziz no entendía todo esto, como tampoco lo entendería un cristiano corriente. Le asombraba que de repente Mau se viese libre de sospechas y egoísmos. Aunque era un extraño, y quedaba excluido de sus ritos, los hindúes se mostraban particularmente atentos en aquel momento; él y los suyos recibían pequeños presentes y muestras de cortesía, precisamente por ser extraños. Aziz no tenía nada que hacer durante todo el día, excepto enviar el unguento al Pabellón de los Huéspedes; al atardecer se acordó de ello, y estuvo buscando por la casa un analgésico local, ya que el dispensario estaba cerrado. Encontró una lata de unguento perteneciente a Mohammed Latif, que estaba poco dispuesto a permitir que se la llevara, porque se habían pronunciado

palabras mágicas durante la preparación de aquella pomada, pero Aziz le prometió que se la devolvería después de tratar las picaduras del joven inglés; lo que Aziz quería era una excusa para dar un paseo a caballo.

La procesión empezaba a formarse cuando pasó delante del palacio. Una considerable multitud veía cómo cargaban el palanquín real, cuya proa —con forma de cabeza de dragón y tallada en plata— asomaba por la amplia puerta del palacio, abierta a medias. Dioses, grandes y pequeños, estaban subiendo a bordo. Aziz apartó los ojos, porque nunca sabía cuánto se le permitía mirar, y estuvo a punto de chocar con el Ministro de Educación.

—Ah, podría hacerme llegar tarde.

Dando a entender que el contacto con un no-hindú le obligaría a darse otro baño; Godbole pronunció aquellas palabras sin acaloramiento moral.

—Lo siento —dijo Aziz.

El otro sonrió, y mencionó de nuevo a los ocupantes del Pabellón de Huéspedes, y cuando oyó que, después de todo, Miss Qusted no era la esposa de Fielding, exclamó:

—No, claro, se casó con la hermana de Mr. Heaslop. Exactamente. Hace más de un año que lo sé.

—También sin vehemencia alguna en la voz.

—¿Por qué no me lo dijo? Su silencio me ha metido en un buen lío.

Godbole, de quien no se sabía que hubiese contado nunca nada a nadie, sonrió de nuevo, y dijo en tono de disculpa:

—No se enfade conmigo. Ya sabe que, hasta donde mis limitaciones me lo permiten, soy un verdadero amigo suyo. Además, ésta es la más sagrada de nuestras festividades.

Aziz siempre se sentía como un niño pequeño en presencia de aquel ser extraño; como un niño que recibe un juguete inesperado. Sonrió también, e hizo torcer a su caballo por un callejón lateral porque las apreturas eran cada vez mayores. Estaba llegando la Banda de los Basureros. Tocando sus cedazos y otros emblemas de su profesión, iban directamente hacia la puerta del palacio con la actitud de un ejército victorioso. Toda la demás música había cesado, porque ritualmente era aquél el momento de los Despreciados y Abandonados; el Dios no podía salir de Su templo hasta que los sucios basureros tocaran su son: eran el núcleo de suciedad que necesitaba el espíritu para alcanzar la cohesión. Por un instante la escena fue magnífica. Las puertas se abrieron por completo y en el interior del palacio se vio a todos los miembros de la corte, descalzos y vestidos con túnicas blancas; en el centro se hallaba el Arca del Señor, cubierta con tela de oro, flanqueada por abanicos de plumas de pavo real y rígidos estandartes circulares de color carmesí, y llena hasta rebosar de flores y estatuillas. Al alzarse desde el suelo hasta los hombros de los

portadores, el amable sol de los monzones empezó a brillar, inundando el mundo de color, de manera que los tigres amarillos pintados en las paredes del palacio parecieron disponerse a saltar, y rosadas y grises madejas de nubes apresaron entre sus lazos la parte más alta del cielo. El palanquín se puso en movimiento... El callejón estaba lleno de elefantes del Estado, con los castillos vacíos en señal de humildad. Aziz no prestó atención a todos aquellos objetos sagrados, porque carecían de conexión con los que despertaban sus sentimientos religiosos; le aburrían y le hacían sentirse un poco cínico, como a su querido emperador Babur, que bajó del Norte y no encontró en el Indostán ni buenos frutos, ni agua dulce, ni conversaciones ingeniosas; ni siquiera un amigo.

El callejón llevaba muy de prisa fuera de la ciudad, sobre unas rocas muy altas, ya en la jungla. Aziz detuvo allí su caballo y examinó el gran estanque de Mau, que se extendía a sus pies, visible hasta la curva más distante. Al reflejar las nubes del atardecer, llenaba el mundo inferior de un resplandor idéntico, de manera que tierra y cielo se acercaban entre sí, a punto de chocar en pleno éxtasis. Aziz escupió, adoptando de nuevo una actitud cínica, más cínica que la de antes. Por el centro del bruñido círculo del estanque avanzaba una pequeña mancha oscura: el bote del Pabellón de Huéspedes. Los ingleses habían encontrado algo que hiciera las veces de remos, y seguían dedicados a su tarea de inspeccionar la India. Aquello bastó para que, comparativamente, los hindúes le resultaran más simpáticos, y Aziz, volviendo la vista hacia el bulto blanco lechoso del palacio, les deseó que disfrutaran paseando a su ídolo de un sitio a otro, porque, en cualquier caso, aquello no servía para husmear en las vidas de las demás personas. La pose de «ver la India» que le había hecho dejarse seducir por Miss Quested en Chandrapore no era más que otra forma de gobernar; detrás no había indicio alguno de afecto; Aziz sabía perfectamente lo que estaba sucediendo en el bote mientras sus ocupantes contemplaban los escalones que la imagen utilizaría para descender al cabo de unos instantes, y se preguntaba hasta dónde podrían acercarse remando sin provocar un conflicto con las autoridades.

Aziz no renunció a su expedición, porque en el Pabellón de los Huéspedes habría criados a los que interrogar; un poco de información que nunca está de más. El joven médico tomó la senda junto al sombrío promontorio que albergaba las tumbas de los reyes. Como el palacio, eran de estuco blanco, y brillaban debido a su luz interna, pero su resplandor se estaba haciendo fantasmal con la proximidad de la noche. El promontorio se hallaba cubierto de árboles de gran altura, y los murciélagos gigantes empezaban a soltarse de sus copas y a hacer un ruido como de besos al rozar la superficie del estanque; se habían pasado todo el día colgados cabeza abajo y empezaban a tener sed. Los signos de un tranquilo atardecer indio se multiplicaban: ranas por todas partes, estiércol de vaca ardiendo eternamente; por encima, una bandada de cálaos tardíos, con apariencia de esqueletos alados mientras volaban

atravesando el crepúsculo. Había muerte en el aire, pero no tristeza; se había llegado a una avenencia entre destino y deseo, y hasta el corazón del hombre se hallaba en calma.

El Pabellón de los Huéspedes estaba situado a doscientos pies por encima del agua, sobre la cresta de un rocoso espolón cubierto de árboles que sobresalía de la jungla. Cuando Aziz llegó allí la superficie del estanque había palidecido, convirtiéndose en una película gris malva, y no se veía el bote por ninguna parte. Un centinela dormía en el porche y había lámparas encendidas en las habitaciones desiertas. Aziz rué recorriéndolas, inquisitivo y avieso. Dos cartas abandonadas sobre el piano recompensaron su curiosidad, y lanzándose sobre ellas, las leyó con prontitud. No se avergonzó de hacerlo. La santidad de la correspondencia privada no ha sido nunca ratificada por el Oriente. Y, además, Mr. McBryde había leído todas sus cartas, publicando después su contenido. Una de ellas —la más interesante de las dos— era de Heaslop a Fielding. Arrojava nueva luz sobre la mentalidad de su antiguo amigo e hizo que Aziz endureciera aún más su corazón contra él. La carta era en gran parte sobre Ralph Moore, a quien se presentaba casi como un imbécil. «Deshazte de mi hermano cuando lo consideres oportuno. Te digo esto porque sin duda terminará organizando algún lío.» Más adelante: «Estoy completamente de acuerdo; la vida es demasiado breve para alimentar resentimientos, y también me consuela que te sientas capaz, hasta cierto punto, de alinearte con los opresores de la India. Necesitamos todo el apoyo que podamos conseguir. Espeto que la próxima vez que Stella venga a verme lo haga contigo: trataré de ofreceros todas las comodidades que están al alcance de un soltero; ya va siendo hora de que nos veamos, El matrimonio de mi hermana, poco después de la muerte de mi madre y de mis dificultades personales me molestó y fui muy poco razonable. Pero ha llegado el momento de hacer las paces del todo, como tú dices: basta con repartirnos las culpas a medias. Me alegro mucho de que esté en camino tu hijo y heredero. La próxima vez que alguno de vosotros escriba a Adela, mandadle unas palabras de parte mía, porque también quisiera hacer las paces con ella. Has tenido suerte pudiendo trabajar fuera de la India británica en el momento actual. Los incidentes se suceden sin interrupción, todos debidos a la propaganda, pero no logramos descubrir el hilo conductor. Cuanto más tiempo se vive aquí, más seguridad se tiene de que todo está conectado. Mi opinión personal es que se trata de los judíos.»

Hasta ahí el chico de la nariz encarnada. A Aziz le distrajeron por un instante unos sonidos confusos que llegaban desde el estanque; la procesión se había puesto en marcha. La segunda carta era de Miss Quested a Mr. Fielding. Contenía uno o dos toques interesantes. Su autora confiaba en que «Ralph disfrute con la India más que yo», y parecía haberle dado dinero con ese propósito: «La deuda que nunca podré pagar en persona.» ¿Qué deuda imaginaba Miss Quested haber contraído con el país?

A Aziz no le gustó aquella frase. Adela se interesaba por la salud de Ralph. Todo eran «Stella y Ralph», incluso «Cyril» y «Ronny»..., todo tan amistoso y razonable, y escrito con una actitud mental que se hallaba por completo fuera del alcance de Aziz. Envidió la fácil comunicación que sólo resulta posible en una nación donde las mujeres son libres. Aquellas cinco personas resolvían sus pequeñas diferencias y cerraban sus maltrechas filas contra los extranjeros. Hasta el mismo Heaslop venía a reforzarlas. De allí surgía la fuerza de Inglaterra, y en una explosión de mal genio, Aziz golpeó el piano, y como las teclas se habían dilatado formando cuerpo en grupos de tres, produjo un ruido considerable.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz llena de nerviosismo y respetuosa a la vez.

Aziz no recordaba dónde había oído antes aquella entonación. Algo se movió en la penumbra de una habitación contigua.

—Médico estatal, visita informativa, muy poco inglés —replicó Aziz, guardándose las cartas en el bolsillo.

Luego, para demostrar que tenía acceso al Pabellón de Huéspedes, golpeó de nuevo el teclado.

Ralph Moore entró en la zona iluminada. Qué joven de aspecto tan extraño, alto, prematuramente envejecido, de grandes ojos azules descoloridos por la ansiedad, y cabello escaso y despeinado! No pertenecía al tipo de los que se exportaban ordinariamente para desempeñar misiones imperiales. «Nacido de una madre demasiado mayor», pensó el médico que había en Aziz; pero al poeta le pareció más bien hermoso.

—No he podido venir antes debido al mucho trabajo. ¿Qué tal están las famosas picaduras de abejas? —preguntó Aziz con tono condescendiente.

—Estaba... descansando; me dijeron que era lo mejor que podía hacer; duelen bastante.

Su timidez y evidente «inexperiencia» tuvieron complicados efectos sobre el descontento Aziz.

—Venga aquí, haga el favor, déjeme verle —le ordenó con tono amenazador.

Estaban prácticamente solos y podía tratar al paciente como Callendar había tratado a Nureddin.

—Esta mañana dijo usted...

—Hasta el mejor médico se equivoca. Venga aquí, haga el favor, para que haga el diagnóstico con buena luz. Dispongo de muy poco tiempo.

—¡Ay!

—¿Qué le sucede?

—Sus manos son crueles.

Aziz, sobresaltado, bajó la vista para mirarlas. Aquel extraño joven tenía razón, y las escondió detrás de la espalda antes de replicar con fingida cólera:

—¿Qué demonios tienen que ver mis manos con usted? Es una observación muy extraña. Soy médico diplomado y no tengo por qué hacerle daño.

—No me importa el dolor; en realidad no me duele.

—¿No hay dolor?

—Prácticamente no.

—Excelentes noticias —se burló Aziz.

—Pero hay crueldad.

—Le he traído un poco de unguento, pero en su actual estado de nerviosismo aplicárselo se convierte en un problema —continuó Aziz, después de una pausa.

—Haga el favor de dejármelo.

—De ninguna manera. Volverá inmediatamente a mi dispensario. —Aziz se inclinó hacia adelante y el otro se retiró al extremo más alejado de la mesa—. Veamos, ¿quiere usted que le cure las picaduras o prefiere un médico inglés? Hay uno en Asirgarh. Asirgarh queda a cuarenta millas de aquí, y la presa de Ringnod se ha derrumbado.

De manera que ya ve en qué situación se encuentra. Creo que sería mejor hablar de usted con Mr. Fielding; es realmente absurda la manera que tiene de comportarse.

—Han salido a pasear en bote —replicó Ralph, mirando a su alrededor en busca de ayuda.

Aziz fingió sorprenderse en extremo.

—Espero que no hayan ido en dirección a Mau. En una noche como ésta los hindúes se vuelven terriblemente fanáticos.

Y, como para confirmar sus palabras, se oyó un enorme gemido, que parecía brotar de los labios de un gigante; la procesión estaba acercándose a la cárcel.

—No debería usted tratarnos así —le recriminó el muchacho, y esta vez Aziz no pudo ignorar sus palabras, porque la voz, aunque asustada, no era débil en absoluto.

—¿Así? ¿De qué manera?

—No le hemos hecho ningún daño, doctor Aziz.

—Ah; ya veo que sabe usted mi nombre. Sí, yo soy Aziz. No, por supuesto; su gran amiga Miss Quested no me hizo ningún daño en las Cuevas de Marabar.

Todos los cañones del Estado ahogaron sus últimas palabras disparando al mismo tiempo. Un cohete lanzado desde el jardín de la cárcel había dado la señal. El preso, alcanzada la libertad, estaba besando los pies de los cantantes. Pétalos de rosas caían desde las casas, mientras otras personas ofrecían especias sagradas y trozos de coco... Era el momento de la mitad del camino; el Dios había extendido Su templo y hacía una pausa llena de exultación. Mezclados y confundidos al trasladarse, los rumores de salvación entraron en el Pabellón de los Huéspedes. Aziz y Ralph, sobresaltados, salieron al porche, atraídos por la repentina iluminación. El cañón de bronce en lo alto del fuerte seguía lanzando llamaradas, la ciudad era una mancha de

luz en la que las casas parecían danzar y el palacio asilar unas alas diminutas. Ni el agua, abajo, ni las colinas ni el cielo, arriba, participaban todavía; tan sólo una lucecita y una canción luchaban entre los bultos informes del universo. La canción llegó a hacerse audible gracias a las muchas repeticiones; el coro invocaba a las deidades invirtiendo sus nombres.

Radhakrisbna Radhakrisbna, Radhakrisbna Radhakrisbna, Krishnaradha Radhakrisbna, Radhakrisbna Radhakrisbna,

cantaban; y despertaron al dormido centinela del Pabellón de Huéspedes, que estaba apoyado en su lanza con punta de hierro.

—Añora tengo que marcharme, buenas noches —dijo Aziz, y tendió la mano a Ralph, olvidando por completo que no eran amigos y dirigiendo su corazón a algo más lejano que las cuevas, algo muy hermoso. El otro aceptó su mano; entonces Aziz recordó lo mal que se había comportado y añadió amablemente—: ¿Ya no me considera cruel?

—No.

—Es usted una persona muy extraña, ¿cómo logra saberlo?

—No tiene ninguna dificultad: es la única cosa de la que siempre estoy seguro.

—¿Siempre es capaz de decir cuándo un extraño es su amigo?

—Sí.

—Entonces es usted un oriental. —Aziz soltó la mano de Ralph mientras hablaba, con un leve estremecimiento. Aquellas mismas palabras se las había dicho a Mrs. Moore en la mezquita al comienzo del ciclo, y, una vez dentro de él, sólo había logrado librarse después de muchos sufrimientos. ¡Nunca hacer amistad con un inglés! Mezquita, cuevas, mezquita, cuevas. Y ahora vuelta a empezar. Aziz alargó a Ralph el unguento mágico—: Tómelo, piense en mí cuando lo use. No quiero que me lo devuelva. Debo hacerle un pequeño regalo y eso es lo único que tengo; usted es el hijo de Mrs. Moore.

—Eso sí que lo soy —murmuró Ralph para sí mismo; y una parte de la mente de Aziz que había permanecido escondida pareció ponerse en movimiento camino de la superficie.

—Pero también es el hermano de Heaslop, y, desgraciadamente, las dos naciones no pueden ser amigas.

—Lo sé. Todavía no.

—¿Su madre le habló de mí?

—Sí. —Y con un brusco viraje en la voz y en el cuerpo que Aziz no logró entender, añadió—: En sus cartas, en sus cartas. Le quería mucho.

—Sí, su madre fue el mejor amigo que he tenido. —Aziz guardó silencio, sorprendido ante su enorme gratitud. ¿En qué consistía aquella eterna bondad de Mrs. Moore? En nada, si uno se paraba a pensar en ello. La anciana señora no había

declarado a su favor en el juicio, ni había ido a visitarlo a la cárcel, y, sin embargo, se le había metido en lo más profundo del corazón y siempre despertaría en él un sentimiento de veneración—. Éste es nuestro monzón, la mejor época del año —dijo mientras las luces de la procesión ondeaban como si estuvieran bordadas sobre una cortina agitada por el viento—. ¡Cómo me gustaría que Mrs. Moore hubiese visto nuestras lluvias! Ahora es el momento en que todas las cosas son felices, jóvenes y viejas. Esas gentes son felices ahí fuera con sus ruidos salvajes, aunque nosotros no podamos entenderlos; los estanques están llenos, y ellos bailan: eso es la India. Me gustaría que no estuviera usted aquí en visita oficial, porque entonces le enseñaría mi país, pero no puedo hacerlo. Quizá le lleve a dar un breve paseo en bote, nada más que media hora.

¿Empezaba de nuevo el ciclo? Aziz estaba demasiado conmovido para volverse atrás. Tenía que deslizarse fuera en la oscuridad y realizar aquel acto de homenaje al hijo de Mrs. Moore. Sabía dónde estaban los remos —escondidos para desanimar a los visitantes— y reapareció también con el segundo par, por si acaso se tropezaban con el otro bote; los Fielding se habían servido de unos palos muy largos y quizá se vieran en dificultades, porque el viento se hacía cada vez más fuerte.

Una vez en el agua, Aziz se sintió completamente a gusto. En él, la primera acción amable siempre se convertía en canal para otra, y muy pronto el torrente de su hospitalidad brotó incontenible, y empezó a hacer los honores de Mau y a convencerse a sí mismo de que entendía la bárbara procesión, cuyas luces y ruidos iban en aumento a medida que se desarrollaban las complejidades de su ritual. Apenas necesitaban remar, porque la brisa refrescante les empujaba hacia donde querían ir. Unas zarzas arañaron la quilla y fueron a chocar con una isleta, asustando a varias cigüeñas. La extraña vida momentánea del agua de la crecida les sostuvo, dando la impresión de que podría durar para siempre.

El bote carecía de timón. Acurrucado en la popa, con el par de remos sobrantes sobre el regazo, el invitado no hacía preguntas sobre cosas de poca importancia. En seguida vieron el destello de un relámpago, seguido inmediatamente de otro: débiles arañazos rojos sobre el inmenso firmamento.

—¿Era eso el Rajá? —preguntó Ralph.

—¿Qué..., qué quiere usted decir?

—Vuelva atrás.

—Pero no hay ningún Rajá..., nada...

—Vuelva atrás y verá lo que quiero decir.

Aziz descubrió que le costaba trabajo remar en contra del viento, pero fijó la mirada en el punto de luz que marcaba la posición del Pabellón de Huéspedes y retrocedió unas cuantas yardas.

—Allí...

Un rey flotaba en la oscuridad, sentado bajo un baldaquín, con resplandecientes vestiduras reales...

—No sé decirle qué es eso, puede estar seguro —susurró Aziz—. Su Alteza ha muerto. Creo que deberíamos volver inmediatamente.

Estaban cerca del promontorio de las tumbas y habían mirado directamente al *chhatri* del padre del Rajá a través de un claro entre los árboles. Esa era la explicación. Aziz había oído hablar de la imagen-echa para imitar la vida y enormemente costosa—, pero no había conseguido verla nunca, a pesar de que remaba con frecuencia en el lago. Sólo había un sitio desde donde podía divisarse, y Ralph le había conducido a él. Aziz se alejó de allí con cierta precipitación, sintiendo que su compañero era más guía que visitante.

—¿No deberíamos volver? —hizo notar.

—La procesión no ha terminado.

—Yo no me acercaría más..., tienen unas costumbres muy extrañas y podrían hacerle daño.

—Sólo un poquito más cerca.

Aziz obedeció. Sabía con el corazón que aquél era el hijo de Mrs. Moore y, verdaderamente, hasta que su corazón se comprometía Aziz no entendía nada en absoluto. «Radhakrishna Radhakrishna Radhakrishna Radhakrishna Krishnaradha», seguía la salmodia; luego se modificó súbitamente, y en el intervalo Aziz oyó, casi con seguridad, las sílabas de salvación que habían sonado durante su proceso de Chandrapore.

—Mr. Moore, no le cuente a nadie que el Rajá ha muerto. Todavía es un secreto y yo no estoy autorizado para decirlo. Fingiremos que sigue vivo hasta que termine la festividad, para evitar la tristeza. ¿Quiere acercarse todavía más?

—Sí.

Aziz trató de mantener el bote lejos del resplandor de las antorchas que empezaban a brillar en la orilla opuesta. Seguían estallando cohetes, y también disparaban los cañones. De repente, más cerca de lo que el joven médico había calculado, el palanquín de Krishna apareció detrás de una pared en ruinas y descendió los resplandecientes escalones tallados que llevaban hasta el estanque. A ambos lados brincaban los cantantes, una mujer destacando sobre todos» una joven santa — hermosa y frenética— con flores en el pelo, que alababa a Dios sin atributos: era así como ella lo percibía. Otros lo alababan con atributos, viéndolo en este o en aquel órgano del cuerpo o manifestación del cielo. Todos corrieron hasta la orilla y se quedaron en pie entre olas de pequeño tamaño; se preparó una comida sagrada y los que se sintieron dignos participaron en ella. El viejo Godbole descubrió el bote, que iba a la deriva empujado por el viento, y agitó los brazos (Aziz nunca logró descubrir si en gesto de alegría o de indignación). Más arriba quedaba el poder secular de Manu

—elefantes, artillería, multitudes— y por encima de ellos comenzó una feroz tormenta, confinada momentáneamente a las regiones más elevadas de la atmósfera. Ráfagas de viento mezclaban luz y oscuridad, cortinas de lluvia avanzaban desde el Norte, se detenían, avanzaban desde el Sur, se alzaban desde detrás, y entre ellas luchaban los cantantes, profiriendo todas las notas excepto la del terror y preparándose a arrojar a Dios (aunque Dios no pueda ser arrojado) a la tormenta. Así se le arrojaba año tras año, y también otras cosas, pequeñas imágenes de Ganpati^[20], cestos de maíz de diez días, diminutas *tazias* en recuerdo de *muharram*: chivos expiatorios, cáscaras vacías, símbolos de tránsito: un tránsito nada fácil, de ahora, no de aquí, que sólo puede percibirse cuando ya es inalcanzable; el Dios que había de arrojarse era un símbolo de todo ello.

La aldea de Gokul reapareció sobre su bandeja. Sustituía a la imagen de plata, que nunca abandonaba su escondrijo entre las flores; la aldea tenía que perecer en representación de otro símbolo. Un servidor la tomó entre sus manos y procedió a arrancar los estandartes azules y blancos. Iba desnudo, ancho de hombros, estrecho de cintura —el cuerpo indio una vez más triunfante—, y le correspondía por herencia la tarea de cerrar las puertas de la salvación. Se introdujo en las oscuras aguas empujando la aldea delante de sí, hasta que las figurillas de barro abandonaron sus asientos y empezaron a deshacerse bajo la lluvia, y el Rey Kansa se confundió con el padre y la madre del Señor. Oscuras y sólidas, las pequeñas olas iban realizando su tarea; luego una ola más grande lo anegó todo y voces inglesas exclamaron «¡Cuidado!» Los botes habían chocado entre sí.

Los cuatro intrusos extendieron los brazos y se agarraron unos a otros, y, con remos y palos fuera del agua, giraron en el torbellino como un monstruo mítico. Los devotos aullaron de indignación o de alegría, mientras los botes se dirigían, impotentes, contra el servidor, que les esperó sin que su hermoso rostro moreno cambiara de expresión. Cuando los últimos fragmentos de barro se estaban deshaciendo, la bandeja tropezó con uno de los botes.

El golpe fue mínimo, pero Stella, la más próxima al lugar del impacto, se refugió en brazos de su marido, luego se inclinó hacia adelante, después se arrojó contra Aziz y volcó los botes con sus movimientos. Todos se hundieron en el agua tibia y poco profunda y lucharon por salir otra vez a la superficie en medio de una explosión de ruido. Los remos, la bandeja sagrada, las cartas de Ronny y Adela flotaron juntos en confuso revoltijo. Los cañones hicieron fuego, redoblaron los tambores, barritaron los elefantes y, ahogándolo todo, un trueno inmenso, sin acompañamiento de relámpago, golpeó como un mazo la cúpula del firmamento.

Aquello fue la apoteosis, hasta donde es posible hablar en la India de semejante cosa. La lluvia se consagró con total dedicación a su tarea de empaparlo todo y a todos, y muy pronto echó a perderla tela de oro del palanquín y los costosos

estandartes circulares, Algunas de las antorchas se apagaron, los fuegos artificiales no se encendían, disminuyeron los cánticos, y la bandeja volvió al profesor Godbole, quien recogió un fragmento de barro que seguía adherido a ella y se embadurnó la frente sin mucha ceremonia. Lo que hubiese sucedido había sucedido, y mientras los intrusos se reponían del chapuzón, la multitud de hindúes inició una confusa retirada hacia la ciudad. La imagen del Dios también regresó, y al día siguiente tuvo que someterse a una muerte privada especialmente reservada para ella, cuando unas cortinas de color magenta y verde ocultaron de nuevo a la vista de los fieles el santuario dinástico. Los cánticos continuaron aún por más tiempo..., bordes deshilachados de la religión..., insatisfactoria mañana sin dramatismo alguno... «Dios se amor.» Volviendo la vista a la gran confusión de las últimas veinticuatro horas, nadie estaba en condiciones de explicar cuál era su centro emocional, de la misma manera que tampoco podría localizarse el corazón de una nube.

Capítulo trigésimo séptimo

Otra vez amigos, pero conscientes de que nunca volverían a verse, Aziz y Fielding salieron a dar un último paseo a caballo por la jungla de Mau. El nivel del agua estaba bajando y se había anunciado oficialmente la muerte del Raja, de manera que los ocupantes del Pabellón de Huéspedes iban a marcharse a la mañana siguiente, como exige el decoro. Debido al luto y a la festividad, la visita había resultado un fracaso. Fielding apenas había visto a Godbole, quien todos los días prometía enseñarle el Instituto del Rey-Emperador Jorge Quinto, principal objetivo de su visita, pero siempre encontraba alguna excusa para no hacerlo. Aquella tarde Aziz le explicó lo que había sucedido: el Rey-Emperador había sido convertido en granero y al Ministro de Educación no le apetecía confesárselo a su antiguo Director. No hacía aún un año que el Comisionado Político del Gobernador General inaugurara el centro docente y aún seguía funcionando en teoría; Godbole confiaba en volver a empezar antes de que se notara su ausencia y en reunir a sus alumnos antes de que éstos produjeran una nueva generación de escolares. Fielding rió ante tanta confusión y despilfarro de energías, pero ya no viajaba tan ligero de equipaje como en el pasado; la educación era una preocupación constante para él porque sus ingresos y el bienestar de su familia dependían de ello. Sabía que pocos indios consideran la educación buena en sí misma, y ahora deploraba esta actitud por motivos que cada vez resultaban más amplios. Empezó a decir algo de mucho peso sobre el tema de los Estados nativos, pero la cordialidad de Aziz le distrajo. Al menos aquella reconciliación era todo un éxito. Después del pintoresco naufragio no había habido ya incompreensión ni resentimiento, y los dos habían vuelto riendo a su antigua amistad como si nada hubiese sucedido. Ahora cabalgaban entre rocas y agradables arbustos. En seguida llegaron a un sitio despejado, a plena luz del sol, y vieron un declive cubierto de hierba y de mariposas de vivos colores; también una cobra, que cruzó el camino sin hacer nada en particular y desapareció entre un grupo de guanábanos. En el cielo había redondas nubes blancas, y charcos, también blancos, en la tierra; las colinas que se divisaban a lo lejos eran de color morado. La escena tenía un aire tan de jardín como si se tratara de Inglaterra, pero no por ello dejaba de resultar extraña. Los dos detuvieron a los caballos para darle espacio suficiente a la cobra, y Aziz mostró una carta que deseaba enviar a Miss Quested. Una carta encantadora. El joven médico quería dar las gracias a su antigua enemiga por su excelente comportamiento dos años atrás; ahora estaba perfectamente claro que Miss Quested se había portado bien. «Al caerme al estanque más grande que tenemos en Manu, bajo circunstancias que nuestros amigos le relatarán, pensé en lo valiente que era Miss Quested y resolví

decírselo, a pesar de lo defectuoso de mi inglés. Gracias a usted soy feliz aquí en compañía de mis hijos, en lugar de estar en la cárcel: sobre esto no albergo la menor duda. Tenga la seguridad de que enseñaré a mis Hijos a pensar y a hablar acerca de usted con el mayor afecto y respeto imaginables.»

—Miss Quested se sentirá muy feliz. Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta de su valentía.

—Quiero portarme amablemente con todo el mundo y acabar para siempre con este desdichado asunto de las Cuevas de Marabar. Me precipité de la manera más vergonzosa al pensar que deseabas quedarte con mi dinero: un error tan absurdo como el de la cueva.

—Me gustaría que hablaras con mi mujer, Aziz. También ella cree que la historia de Marabar ha concluido para siempre.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé, quizá te lo cuente a ti, a mí no quiere decírmelo. Stella tiene ideas que yo no comparto; de hecho, cuando no estoy con ella me parecen ridículas. En cambio, cuando estamos juntos, supongo que es por el cariño que le tengo, todo resulta distinto, y siento que estoy medio muerto, y ciego también a medias. Mi mujer busca algo. Tú y yo y Miss Quested, hablando *grosso modo*, no vamos en busca de nada. Seguimos adelante lo mejor que podemos, tú al frente, un poco destacado; un grupito muy loable. Pero mi mujer no va con nosotros.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso Stella no te es fiel, Cyril? Me llenas de preocupación.

Fielding vaciló. No se sentía completamente feliz acerca de su matrimonio. Había vuelto a experimentar la pasión física —la llamarada final antes de las cenizas de la mediana edad—, sabía que su mujer no le amaba tanto como él la amaba a ella y se avergonzaba de importunarla. Pero durante la visita a Mau la situación había mejorado. Por fin parecía existir un lazo entre ellos: ese lazo exterior a los participantes necesario en toda relación. En el lenguaje de la teología cabía decir que su unión había sido bendecida. Podía asegurarle a Aziz que Stella no sólo le era fiel, sino que lo más probable era que lo fuera cada vez más; y, tratando de expresar lo que no estaba claro para él mismo, añadió estúpidamente que personas distintas tienen diferentes puntos de vista.

—Si no quieres hablar con Stella acerca de Marabar, ¿por qué no lo haces con Ralph? Es realmente un muchacho muy sagaz. Y (otra vez la misma metáfora) cabalga un poco detrás de Stella, pero con ella.

—Explícale que no tengo nada que decirle, aunque sin duda es un muchacho capaz de comprender muchas cosas y cuenta para siempre con un amigo indio. En parte, siento un gran cariño hacia él porque me ha hecho volver junto a ti para decirte adiós. Porque esto es una despedida, Cyril, aunque pensar en ello echaría a perder

nuestro paseo y nos pondría tristes.

—No, no vamos a pensar en ello. —También Fielding sentía que aquélla era su última oportunidad para comunicarse libremente. Todos los estúpidos malentendidos habían quedado aclarados, pero socialmente Aziz y él carecían de un sitio donde reunirse. El antiguo Director del Instituto de Chandrapore había unido su suerte a la de la India inglesa al casarse con una de sus compatriotas, y estaba adquiriendo algunas de sus limitaciones; incluso empezaba a sorprenderse de su pasado heroísmo. ¿Volvería ahora a desafiar a toda su gente por el bien de un indio maltratado? Aziz era un recordatorio, un trofeo; cada uno estaba orgulloso del otro, y, sin embargo, tenían que separarse inevitablemente. Ansioso de sacar el máximo partido posible de aquella última tarde, Fielding hizo un esfuerzo para hablar íntimamente de su mujer, la persona que más quería—. Desde su punto de vista —dijo—, Mau ha sido un éxito. Ha servido para tranquilizarla..., los dos sufren desasosiegos con frecuencia. Stella ha encontrado algo sedante aquí, una especie de solución a sus extraños problemas. —Después de un silencio (con innumerables sonidos como de besos a su alrededor a medida que la tierra chupaba el agua), continuó—: Tú sabes algo sobre todo este asunto de Krishna?

—Mi querido amigo, oficialmente lo llaman Gokul Ashtami. Todas las oficinas estatales están cerradas, pero, aparte de eso, ¿qué otro interés podría tener para ti y para mí?

—Gokul es la aldea donde nació Krishna..., bueno, más o menos, porque existe la misma vacilación entre esa aldea y otra, que entre Belén y Nazaret. Lo que quisiera descubrir es su lado espiritual, si es que lo tiene.

—No sirve de nada hablar conmigo sobre los hindúes. Vivir con ellos no me ha enseñado nada nuevo. Cuando creo molestarles, no es así. Cuando creo que no les molesto, lo estoy haciendo. Quizá me despidan por caerme sobre su casa de muñecas; por otro lado, quizá me doblen el sueldo. El tiempo lo dirá. ¿Por qué te inspiran tanta curiosidad?

—Es difícil de explicar. En realidad nunca los he entendido ni me han gustado, excepto algunas cosas de Godbole de cuando en cuando. Nuestro buen amigo, ¿todavía sigue diciendo «Ven, ven»?

—Imagino que sí.

Fielding suspiró, abrió los labios, volvió a cerrarlos y luego dijo con una risita:

—No puedo explicarlo, porque no es una cuestión de palabras en absoluto, pero ¿por qué a mi mujer y a su hermano les gusta el hinduismo, aunque no sienten el menor interés por sus rituales? No quieren hablar de esto conmigo. Saben que, en mi opinión, un determinado aspecto de su vida es una equivocación, y se muestran reservados. Por eso quisiera que hablaras con ellos, porque de todos modos eres un oriental.

Aziz se negó a contestar. No quería ver de nuevo a Stella y a Ralph, sabía que tampoco ellos querían verle, sus secretos no le inspiraban la menor curiosidad, y tenía la impresión de que el bueno de Cyril estaba siendo un poco torpe. Algo —no un suspiro, pero sí un sonido— pasó volando junto a él, y le hizo releer la carta para Miss Quested. ¿No había tenido intención de decirle algo más? Sacando la pluma, añadió: «Por mi parte, de ahora en adelante uniré siempre el suyo con un nombre muy sagrado que hay en mi mente, el de Mrs. Moore.» Cuando terminó, el espejo del paisaje se había hecho añicos y el prado se desintegraba en mariposas. Un poema sobre la Meca —la Kaba de la Unión—, los arbustos espinosos donde mueren los peregrinos antes de haber visto al Amigo, pasó rápidamente por su imaginación; pensó también en su esposa; y finalmente todo aquel vuelco semimístico y semisensual, tan característico de la vida de su espíritu, terminó como una avalancha y le dejó en el sitio adecuado: Aziz se encontró cabalgando en la jungla al lado de su querido Cyril.

—Cállate —dijo—. No echas a perder nuestro último paseo con preguntas absurdas. Deja en paz a Krishna y hablemos de algo razonable.

Así lo hicieron. Durante todo el camino de vuelta a Mau discutieron sobre política. Los dos se habían endurecido desde Chandrapore y una buena pelea les resultó muy agradable. Confiaban el uno en el otro aunque iban a separarse, quizá porque iban a separarse. Fielding «no veía ya la necesidad de ser cortés», dijo, dando a entender que no se puede abolir el Imperio británico porque sea grosero.

—De acuerdo, y nosotros no vemos la necesidad de soportaros —replicó Aziz, fulminándolo con miradas llenas de odio abstracto.

—Sin nosotros, los indios se echan a perder inmediatamente —dijo Fielding—,;Mira el Instituto del Rey-Emperador! Mírate tú mismo, olvidando la medicina y volviendo a los conjuros. Mira tus poemas.

—Son muy buenos, me los van a publicar en Bombay.

—Sí, ¿y qué es lo que dicen? Liberemos a nuestras mujeres y la India será libre. Inténtalo, anda. Libera a tu propia mujer antes de nada, y espera a ver quién le lava la cara a Ahmed, a Karim y a Jámila. ¡Hermosa situación!

Aziz se iba excitando cada vez más. Alzándose en los estribos, tiró hacia atrás de la cabeza de su caballo con la esperanza de que se encabritara. Entonces se sentiría enzarzado en una batalla.

—Marchaos todos vosotros, los Turton y los Burton —exclamó—. Deseábamos conoceros hace diez años; ahora es ya demasiado tarde. Si nos reunimos con vosotros y asistimos a vuestros comités es sólo por razones políticas, no os hagáis ilusiones. — Su caballo se encabritó de hecho—. Marchaos, desapareced para siempre. ¿Por qué tenemos que sufrir tanto? Solíamos culparos a vosotros, ahora nos echamos la culpa a nosotros mismos, nos estamos haciendo más prudentes. Mientras Inglaterra no tenga

dificultades guardaremos silencio, pero en la próxima guerra europea, ¡ah!, habrá llegado nuestra ocasión.

Hizo una pausa, y el paisaje, aunque sonreía, se desplomaba como una lápida mortuoria sobre cualquier esperanza humana. Pasaron al galope junto a un templo dedicado a Hanuman —tanto amó Dios al mundo² que se hizo mono—, y también junto a un templo de Siva, que invitaba a la lujuria, pero bajo semblanza de eternidad, con obscenidades que no tenían relación alguna con las de nuestra carne y nuestra sangre. Chapotearon entre mariposas y ranas; grandes árboles con hojas como platos se alzaban entre la maleza. Las divisiones de la vida cotidiana volvían a imponerse, el santuario casi estaba cerrado.

—¿Quién queréis que ocupe el lugar de los ingleses? ¿Los japoneses?

—No, los afganos. Mis propios antepasados.

—Eso encantará a vuestros amigos hindúes, ¿no es cierto?

—Se arreglará..., una conferencia de estadistas orientales.

—No hay duda de que se arreglará.

—Imagino que se trata de la vieja historia de que «Robaremos a todos los nombres y violaremos a todas las mujeres desde Peshawar a Calcuta», que hacéis repetir a alguna persona insignificante y luego citáis todas las semanas en el *Pioneer* para que nos asustemos y os pidamos que os quedéis. ¡Pero no nos engañaréis más! —De todas formas Aziz no lograba encajar a los afganos en Mau y, sintiéndose acorralado, hizo encabritarse de nuevo a su caballo hasta que recordó que tenía, o debía tener, una patria. Entonces, gritó—: ¡La India será una nación! ¡Sin extranjeros de ninguna clase! ¡Hindúes y musulmanes y sikhs y todos los demás lograrán unirse! ¡Viva! ¡Viva la India!

¡La India una nación! ¡La última adquisición de la gris hermandad del siglo XIX! ¡Acercándose, con amplio contoneo, en esta hora del mundo, a ocupar su sitio! ¡La India, cuyo único igual sería el Sacro Imperio Romano, vendría a emparejarse quizá con Guatemala y con Bélgica! Fielding se burlaba de nuevo. Y Aziz, terriblemente furioso, danzaba de un sitio para otro, sin saber qué hacer.

—Abajo los ingleses de todas formas —exclamó—. Sobre eso no hay la menor duda. Marchaos lo más de prisa que podáis, os lo digo bien claro. Quizá nos odiamos entre nosotros, pero aún os odiamos más a vosotros. Si yo no consigo que os vayáis, lo conseguirá Ahmed, o Karim; aunque tardemos cincuenta o quinientos años nos libraremos de vosotros, sí, arrojaremos al mar al último inglés, y entonces —se lanzó sobre Fielding furiosamente—, y entonces —terminó, medio besándole— tú y yo seremos amigos.

—¿Por qué no podemos ser amigos ahora? —dijo el otro, sujetándolo afectuosamente—. Es lo que yo quiero. Es lo que tú quieres.

Pero los caballos no lo querían: se apartaron bruscamente; la tierra no lo quería, y

enviaba rocas junto a las cuales los jinetes tenían que pasaren fila india; los templos, el estanque, la cárcel, el palacio, los pájaros, los animales muertos y el Pabellón de los Huéspedes, que aparecieron al salir ellos del desfiladero y ver Mau a sus pies, tampoco lo querían, y lo dijeron con sus cien voces: «No, todavía no», y el cielo dijo: «No, ahí no.»

FIN



EDWARD MORGAN FORSTER, hijo de un arquitecto, nació en Londres en 1879 y se educó en la Universidad de Cambridge, donde cursó estudios de literatura clásica e historia. A partir de 1901 residió temporadas en Italia y Grecia, y en estos países mediterráneos están ambientados algunos de sus cuentos, como *La historia de la sirena*, y sus dos primeras novelas, *Donde los ángeles no se aventuran* (1905) y *Habitación con vistas* (1908). Cambridge es el escenario de su tercera novela, *El viaje más largo* (1907), y la cuarta, *Howard's end* (1910) —traducida al castellano con el título de *La mansión*—, se sitúa en la ciudad de Londres y sus alrededores. En 1912 y en 1922 vivió en la India, experiencia que noveló en *Pasaje a la India* (1924), obra que confirmó su fama universal como novelista; pero Forster abandonó definitivamente este género y hasta el final de su larga vida sólo cultivó otras modalidades literarias, como libros de viajes, ensayos, cuentos y biografías: *Aleandría* (1922), *Aspectos de la novela* (1927), *El momento eterno* (1928), *Abinger Harvest* (1936), *Lo que creo* (1939), *Virginia Woolf* (1942), *Dos vivas por la democracia* (1951) y, en colaboración con Eric Crozier, el libreto de la ópera de Benjamin Britten, *Billy Budd* (1951), sobre el célebre relato de Melville. Murió en Coventry en 1970.

Notas

[1] Hafiz (1320-1389), generalmente considerado como uno de los grandes poetas persas. Hadi (1837-1914) escribió en urdu, y Mohammed Iqbal (1875-1938) escribió en urdu, en persa y en panjabi. (Nota del traductor.) <<

[2] El Emperador mongol Shah Jahan construyó el Taj Mahal en Agra, entre 1630 y 1652, como mausoleo para su esposa Mumtaz-i-Mahal («Orgullo de Palacio»). <<

[3] Bijapur, ciudad de Mysore, en el Decán, conserva una ciudadela con restos de templos hindúes que atestiguan su importancia en tiempos preislámicos. En los siglos XVI y XVII fue capital de un reino independiente. El eco al que Forster hace referencia se halla en el Gol Gumbaz, el mausoleo de Mohammed Adil Shah. <<

[4] La revuelta de los cipayos en 1857 se caracterizó no sólo por Us atrocidades de los amotinados, sino también por las feroces represalias británicas. (*Nota del traductor.*)

<<

[5] Episodio del *Mahabbarata*. El dios Krishna, que se ha convertido en cochero de Arjuna, da a este héroe enseñanzas sobre filosofía y yoga. El más venerado de los textos sagrados de la India. (*Nota del traductor.*) <<

[6] La Vipera Russelli, de color marrón amarillento, es la víbora más común y más peligrosa de la India; mide alrededor de metro y medio y su mordedura es mortal. (Nota del traductor.) <<

[7] Lucknow, capital del Estado de Uttar Pradesh, junto al Gumti, un afluente del Ganges, fue sitiada por espacio de seis meses en 1857, durante la revuelta de los cipayos. (Nota del traductor.) <<

[8] Palabras del general Dyer en Amritsar el 13 de abril de 1919.cuando las tropas británicas abrieron fuego contra la multitud en un espacio abierto conocido por Jallianwala Bagh. Se contabilizaron 379 muertos y alrededor de 1.200 heridos. <<

[9] Monsalvat, Montsalva, Montsalvaze o Mcmsalvach, montaña maravillosa donde, según leyendas de la Edad Media, se celebraba el sacrificio del Santo Grial. Las opiniones sobre su localización difieren, pero según una de ellas Monsalvat sería el Montserrat catalán. *(Nota del traductor.)* <<

[10] Valhala: en la mitología escandinava, la morada de Odín, un espléndido palacio donde los guerreros caídos renuevan su vida marcial, y por las noche», reunidos en torno al dios, celebran orgías sagradas. (*Nota del traductor.*) <<

[11] Referencia a Isaías 9, 5. (Nula del traductor) <<

[12] Colaba es un promontorio (anteriormente isla separada) en el extremo sur de la isla de Bombay. (Nota del traductor.) <<

[13] Laksmi, esposa de Visnú, es la diosa del amor, de la belleza y de la buena fortuna. Al igual que la Afrodita griega, surgió del océano, pero en este caso, y según las epopeyas indias, se trataba del océano de leche de la época primigenia consciente, porque donde domina el oficialismo las relaciones humanas resultan siempre perjudicadas. <<

[14] Simla, ya mencionada anteriormente en el texto, era la sede del Gobierno durante la Estación Cálida, como Delhi durante el resto del año. (Nota del traductor.) <<

[15] Referencia al evangelio de San Juan, 1, 1: «Al principio existía la Palabra, y la Palabra existía con Dios, y la palabra era Dios.» <<

[16] En 1659, Afzul Khan, gobernador musulmán de Bijapur, al reunirse con Sivaji (fundador del Imperio de los mahrattas) para celebrar conversaciones de paz, fue asesinado por este último, que le abrazó con unos estiletes de acero sujetos a los dedos. <<

[17] Guerras descritas en el Mahabharata, en las que los Pandavas (es decir, los cinco príncipes del rey Pandu) triunfaron sobre sus primos, los Kauravas, y en las que Krishna intervino como cochero de Arjuna. (Nota del traductor) <<

[18] Plassey (1757) fue la batalla en la que Robert Olive, con un ejército de unos tres mil hombres, derrotó a las fuerzas —muy superiores en número— del Nabab Siray al-Dawla, victoria que dio Bengala a los británicos. (Nota del traductor.) <<

[19] Referencia a San Juan, 5,4 (versículo no aceptado por todos los estudiosos): «Porque un ángel del Señor de cuando en cuando bajaba a! estanque y removía el agua; y el primero que entraba después de la agitación del agua quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviera.» (Nota del traductor.) <<

[20] El dios Ganpati o Ganesa, hijo de Siva y Parvati. —Señor de los obstáculos». Se le invoca en todas las empresas, pero es sobre todo patrón de las letras y de los estudiante». Se le representa con cabeza de elefante y montado sobre una rata. <<